

IDENTIDADES JUVENILES EN CUBA

Claves para un diálogo



Coordinadoras

Yoannia Pulgarón Garzón

Ana Isabel Peñate Leiva

IDENTIDADES JUVENILES EN CUBA

Claves para un diálogo

Yoannia Pulgarón Garzón

Ana Isabel Peñate Leiva

(Coordinadoras)

IDENTIDADES JUVENILES EN CUBA

Claves para un diálogo

José Manuel Valenzuela Arce

Ana Isabel Peñate Leiva

Ofelia Carolina Díaz Bravo

Yenisei Bombino Companioni

Pedro Emilio Moras Puig

Yisel Rivero Baxter

Yoannia Pulgarón Garzón

Daybel Pañellas Álvarez

Ligia Lavielle Pullés

Elaine Morales Chuco

Yeisa B. Sarduy Herrera

Ana Hernández Martín

Juliette Ortiz Gómez

Edición y corrección: Ana Isabel Peñate Leiva

Diseño de cubierta y maquetación: Anabel Falcón Peñate

Coordinadoras:

© Yoannia Pulgarón Garzón y Ana Isabel Peñate Leiva

© Sobre la presente edición:

Centro de Estudios Sobre la Juventud, 2021

Publicaciones Acuario, Centro Félix Varela, 2021

ISBN: 978-959-7226-83-3

ÍNDICE

Prólogo

José Manuel Valenzuela Arce /11

**Problematizaciones en torno a las identidades juveniles. Presentación al texto:
Identidades juveniles en Cuba: claves para un diálogo**

Ana Isabel Peñate Leiva /23

Parte I

Identidades y diversidades culturales a debate

**Ser cubanas y cubanos en el siglo XXI. Un estudio de identidad nacional desde la
psicología**

Ofelia Carolina Díaz Bravo /37

**Juventudes rurales: acercamiento desde el imaginario juvenil urbanocéntrico, las estadísticas y
las investigaciones**

Yenisei Bombino Companioni /63

El consumo cultural como expresión de diversidades culturales

Pedro Emilio Moras Puig y Yisel Rivero Baxter /87

Parte II

Pertenencias grupales y espacios identitarios juveniles

Identificaciones y pertenencias. Revisitando las culturas juveniles en Cuba

Yoannia Pulgarón Garzón /113

Culturas juveniles: Los TEAMS

Daybel Pañellas Álvarez /149

**Atrapando el lugar. Espacios identitarios de las escenas rap-reggae y reguetón en
Santiago de Cuba**

Ligia Lavielle Pullés /169

Parte III

Identities in conflict, inequalities and resistances

Identities and perceptions of exclusion in young people. De lo particular y lo general en la juventud cubana

Elaine Morales Chuco /201

Voces juveniles al habla: identidad barrial, agentes mediadores y desigualdad territorial a debate

Yeisa B. Sarduy Herrera /229

Identity, resilience and adolescent transgressors. Un estudio entre la exclusión social y el proyecto Escaramujo

Ana Hernández Martín y Juliette Ortiz Gómez /259

Discursos de identidad y resistencia cultural en jóvenes Rastas cubanos

Yoannia Pulgarón Garzón /287

Sobre los autores /317

PRÓLOGO

Creadores de nuevos rumbos

En el posicionamiento anti colonial y anti imperialista de José Martí, juventud implica ímpetu e imaginación y *crear* es palabra de pase generacional. Martí consideraba a los jóvenes como forjadores de América y creadores privilegiados de nuevos rumbos. Décadas después, tras el triunfo de la Revolución Cubana, el Che Guevara destacó el trascendental papel de la juventud para la sociedad y para la construcción del hombre nuevo (Guevara, 1965). El recuento histórico valida los posicionamientos de estos egregios pensadores y humanistas que dedicaron su vida a la construcción de nuevos y mejores mundos, e hicieron nacer flores entre espinas.

La reflexión inicial nos conduce a preguntar ¿Quiénes son las y los jóvenes cubanos en la actualidad? ¿Qué sueñan? ¿Cuáles son sus imaginarios? ¿Qué mundos están construyendo? ¿Cómo se reconocen y representan? ¿Cómo prefiguran sus proyectos de vida?, interrogantes que organizan la espléndida obra coordinada por Yoannia Pulgarón Garzón y Ana Isabel Peñate Leiva: *Identidades juveniles en Cuba. Claves para un diálogo*, donde se interpretan las condiciones juveniles cubanas desde las perspectivas teóricas de las identidades socioculturales. Estamos frente a un meritorio trabajo de colegas que conjuntaron sus conocimientos y experiencias investigativas en diálogos germinales con jóvenes para dar forma y sentido a este importante libro que escudriña las culturas, las identidades, los consumos y las praxis juveniles.

Las identidades se conforman como sistemas y dispositivos de clasificación social, como ha destacado el relevante sociólogo paraguayo y mexicano Gilberto Giménez (2007). Por ello, resulta pertinente comprender la expresión de estos sistemas en los procesos de clasificación de las y los jóvenes cubanos desde sus adscripciones sociales, políticas, étnicas, religiosas, (trans) género y en sus relaciones con los mundos adultos y adultocéntricos.

Las identidades juveniles no pueden reducirse a una condición transitiva vaciada de contenido como si solo fueran un eslabón, puente o dispositivo conectivo que vincula el cambio de vida de la niñez a la adultez. Concebirlas de esa manera, difumina las transformaciones que han definido la condición diacrónica de lo juvenil o las diferencias sociales e históricas que les han significado.

Más allá de los límites sociales e históricos que definen los parámetros perentorios de la condición juvenil, los tiempos y las condiciones juveniles no deben reducirse a la transitoriedad, pues hacerlo impide comprender adecuadamente sus experiencias de vida, además de que se desdibuja el presentismo de sus prácticas cotidianas. Toda identidad es transitiva, cambiante y no esencialista, pero esto no significa que las vidas juveniles sean meros procesos de tránsito entre infancia y adultez. Las identidades juveniles refieren procesos de vida intensos, cargados de significado que marcan la subjetividad y los sentidos de sus trayectorias personales y colectivas.

A inicios del siglo XX se definieron estilos de vida juveniles con rutinas, prácticas, culturas e identidades propias y reconocibles, asociadas a las luchas y conquistas laborales, la expansión de las condiciones de bienestar social, el tiempo de ocio, la masificación educativa, y el desarrollo de las industrias culturales. Las conquistas sociales de las y los trabajadores redujeron la jornada laboral y permitieron que miembros jóvenes de la familia retrasaran su ingreso al trabajo; asimismo, el incremento de la cobertura educativa escolarizada y los servicios de seguridad social posibilitaron el surgimiento de

sujetos juveniles con estilos de vida propios que reproducían diferenciaciones ancladas en las desigualdades de clase, étnicas y de género. Desde estas transformaciones sociales aparecieron estilos y modelos que dieron sentido a la condición juvenil durante la segunda mitad del siglo XX, frecuentemente asociados al fortalecimiento de las industrias culturales con un fuerte papel en la conformación o recreación de prototipos juveniles y, en el caso cubano, con la Revolución de 1959 que generó inéditos horizontes y condiciones que significaron las experiencias de vida, las culturas y los imaginarios juveniles.

Las identidades sociales son umbrales simbolizados y significados de adscripción y diferenciación, de pertenencia y de exclusión, inscritos en contextos socio históricos y redes socioculturales específicas. Esta condición identitaria obliga a escudriñar la construcción juvenil desde las fronteras o umbrales definidos por los propios jóvenes, como marco de sentido que establece quiénes pertenecen o se inscriben en sus líneas de pertenencia y quienes quedan fuera de ellas. Objetivo que aparece de forma clara en los textos que componen esta obra.

La discusión sobre las identidades sociales posee importante centralidad en las ciencias sociales, las humanidades, los estudios culturales, así como en los debates de política, poder, feminismos, identidades trans/género o en los movimientos sociales y culturales donde se destaca su condición cambiante, situada, histórica y relacional, rasgos que se recuperan de manera atinente en *Identidades juveniles en Cuba. Claves para un diálogo*, mediante textos que son resultados de investigaciones que interpretan a las y los jóvenes y sus circunstancias, identificando sus cambios, sus realidades específicas situadas y las particularidades de sus posicionamientos frente a otros actores sociales.

El concepto de identidad ha incidido en la definición de perspectivas sobre acción y movimientos sociales como horizonte colectivo de lucha, organizado desde los referentes identitarios o conciencia de nosotros. A partir de la segunda mitad del siglo XX, jóvenes y mujeres han sido protagonistas

centrales de esos movimientos y de las principales transformaciones socioculturales que incluyen a lo cotidiano, los ámbitos públicos y las agendas políticas. Del mismo modo, observamos la presencia de protagonismos juveniles en muchas de las principales luchas que han ocurrido en las últimas décadas alrededor del mundo (Valenzuela, 2015). Las prácticas y estilos de vida juveniles incorporan diversos referentes significantes que participan en la definición del sentido del nosotros juvenil frente a las múltiples definiciones de los mundos adultos, pero, también, como umbrales de identificación/diferenciación frente a otras identificaciones, culturas y agrupaciones juveniles.

Las identidades sociales refieren procesos de identificación y diferenciación que median la relación entre individuo y colectividad y del grupo frente a otros agrupamientos sociales. Se establecen mediante la definición de límites subjetivos de adscripción/diferenciación inscritos en condiciones específicas de vida donde no pueden soslayarse adscripciones de clase, étnicas, de género, religiosas, políticas o generacionales. Partimos de una perspectiva que reconoce el papel de las identidades como sistemas de clasificación sociocultural, por ello consideramos su inscripción significativa como expresión de las relaciones sociales y de poder que las definen. Lo anterior adquiere especial nitidez cuando concebimos a las culturas, identidades y agrupaciones juveniles como parte de campos definidos por supremacías adultocráticas o adultocéntricas.

Las identidades sociales estructuran umbrales o fronteras de identificación y diferenciación de pertenencia y exclusión o de adscripción y proscripción. Esta condición participa en la delimitación sociohistórica y cultural de las condiciones juveniles, y es dentro de estas delimitaciones cronotópicas de tiempo y lugar como experiencias situadas, donde las y los jóvenes cargan de sentido a la condición juvenil en diálogo y disputa con otras perspectivas juveniles y con posiciones adultocéntricas, pues esta delimitación involucra a los jóvenes y a otros actores que inciden en la disputa por la significación de lo juvenil.

Las identidades se concretan en las mediaciones entre identificaciones individuales y colectivas, lo cual no se corresponde con perspectivas sesgadas que tratan de analizar a las identidades individuales fuera de su condición situada y social o las que solo identifican identidades colectivas, obviando las subjetividades, especificidades y adscripciones de los individuos.

No existen identidades cristalizadas, esencialistas o inamovibles, toda identidad es cambiante y situada en la medida en que se ubica en tiempos y espacios específicos, así como en entramados históricos particulares. En las sociedades contemporáneas, los ámbitos de interacción individual y grupal permiten múltiples adscripciones intersubjetivas que generan relaciones particulares entre individuos y colectividades, relaciones que amplían y multiplican los repertorios identitarios; de la misma manera, las identidades juveniles conllevan estilos que abrevan en diversos repertorios identitarios donde las marcas étnico nacionales, indígenas o de clase resultan relevantes e insoslayables.

Observamos identificaciones juveniles conformadas desde referentes que no obedecen a los ponderados por la identidad nacional sin que por ello abandonen su sentimiento de adscripción a la nación definida como comunidad imaginada (Anderson, 1984). Aunque en Cuba se atenuaron las desigualdades y las posiciones de clase como organizadores centrales de las relaciones sociales y las formas de convivencia, las condiciones objetivas de vida y los posicionamientos de clase aún participan en la conformación de perspectivas juveniles y en los horizontes que definen sus proyectos de vida. La condición juvenil y sus significaciones son solo uno de los repertorios identitarios de los jóvenes, quienes también se adscriben en repertorios identitarios nacionales, étnicos, de clase, de género, sexuales, políticos, religiosos, familiares y demás, en dependencia de contextos históricos, situados y relacionales, pertenencias y adscripciones que desempeñan papeles importantes en sus trayectorias posibles.

Las autoras y autores de *Identidades juveniles en Cuba. Claves para un diálogo*, reconocen las heterogeneidades que cargan de sentido a la nación, como cubanidad imaginada, paraguas identitario que contiene desigualdades conspicuas, invisibles o latentes bajo los procesos complejos de pertenencia, adscripción y reconocimiento, por ello Ofelia Carolina Díaz Bravo se pregunta por los significados del ser cubano en el siglo XXI con base en diferenciales semánticos que permiten reconocer variados referentes de adscripción y de diferenciación. La nación, como comunidad imaginada, conserva importantes demarcaciones entre las cuales conviven los imaginarios urbanos y bucólicos. Aunque no se mantenga la condición dicotómica rural/urbano, dominante en décadas anteriores, prevalecen perspectivas urbanocéntricas en la definición de los itinerarios juveniles como se ilustra en el trabajo de Yenisei Bombino Companioni, al mismo tiempo que se expresan procesos de hibridación sociocultural que sugieren una suerte de nuevas rurbanidades.

Las prácticas socioculturales significadas y significantes participan en la definición de los referentes de distinción analizados por Bourdieu (1995) y, de manera creciente, el consumo cultural donde se aprecia más el valor simbólico de algunos productos que sus valores de uso o de cambio como práctica que construye significados y sentidos de vida (García-Canclini, 1992). Asimismo, el consumo cultural define adscripciones, estatus e identificaciones/diferenciaciones. El consumo cultural, como dispositivo diferenciador, es uno de los ejes importantes analizados en el texto de Pedro Emilio Moras Puig y Yisel Rivero Baxter, quienes no solo consideran los consumos culturales formales sino también los informales, donde incluyen al famoso y expandido *paquete semanal*.

Las identidades sociales se conforman en espacios íntimos, cercanos, cara a cara, ámbitos donde se definen las identidades cotidianas, mientras que las identidades genéricas se estructuran en ámbitos, espacios y dimensiones que imposibilitan el inter-re-conocimiento cotidiano, como ocurre con

las identidades nacionales, religiosas, políticas o con algunos movimientos juveniles que han logrado implantación y presencia nacional, internacional o mundial. Las identidades cotidianas se conforman por la pertenencia de las personas, mientras que las genéricas son identidades de adscripción o referencia. Dentro de estas últimas han cobrado enorme presencia y visibilidad las que se construyen desde la mediación de las nuevas tecnologías y las redes sociales, expresiones desafiantes que fracturan cualquier intento por mantener o regular condiciones insulares, especialmente desde los mundos juveniles, significados por nuevas prácticas que anclan los espacios cotidianos privados con los espacios virtuales-globales con sus mediaciones en las lógicas y dinámicas de la acción social, su función como fuentes informativas o su papel en la transformación de las relaciones humanas y en la modificación de las estructuras emocionales. En estos campos destacan los trabajos: *Identificaciones y pertenencias. Revisitando las culturas juveniles en Cuba* de Yoannia Pulgarón Garzón, y *Culturas juveniles: los Teams*, de Daybel Pañellas Álvarez.

El primero de estos textos analiza el papel de internet y las identidades juveniles cubanas frente a los modelos de consumo occidentales, así como nuevos procesos identitarios de integración juvenil vinculados a expresiones culturales globales como los punks, mickys, reparteros, rockeros, emos, hip hoppers, skaters, otakus, frikys, gamers, teams, hipsters y youtuberos. Además, se analizan agrupamientos juveniles informales que se apropian de calles, plazas y parques y aquellos que lo hacen desde los espacios virtuales.

En el segundo artículo, se pone la mirada sobre las culturas juveniles de los Teams, agrupamientos con reglas mínimas que determinan su organización y presencia en espacios públicos, pero tienen su anclaje principal en las redes sociales. Los Teams admiran e imitan a figuras que cuentan con fuerte reconocimiento internacional como Bad Bunny, Anímel, Chriss Brown y muchos otros. Pañellas define el sentido de las prácticas realizadas por Teams como formas alternativas de expresión y construcción del

“mundo real” mediante dispositivos digitales, adscribiéndose en identidades reconocidas como digitales, online o virtuales, donde los jóvenes proyectan los códigos desde los cuales quieren ser reconocidos. Los Teams son grupos de jóvenes y adolescentes organizados colectivamente desde afinidades y amistades que delimitan la cohesión interna, al mismo tiempo que buscan reconocimiento externo a través de las redes sociales.

En el artículo, *Atrapando el lugar: Espacios identitarios de las escenas rap-reggae y reguetón en Santiago de Cuba*, de Ligia Lavielle Pullés, la autora analiza la escena musical urbana conformada por jóvenes y no tan jóvenes articulados por el gusto a las músicas del rap, reggae y reguetón en esta provincia del oriente cubano. Lavielle realiza su estudio sobre escenas musicales urbanas desde la triada conceptual formada por juventudes, consumos e identidades; con ellas piensa e interpreta el mapa simbólico y sonoro de la ciudad, así como los espacios significados donde cobra vida la escena musical y la recreación de los espacios urbanos.

Las identidades se conforman en marcos agónicos, de tensión y disputa entre auto y hetero percepciones y representaciones, en las cuales —frecuentemente— inciden aspectos productores y reproductores de las desigualdades sociales. Las culturas e identidades juveniles persisten y resisten los intentos de imposición de perspectivas adultocéntricas, participan en la disputa por la definición y significación de lo juvenil y construyen bio-resistencias frente a las biopolíticas, donde el cuerpo significado y significativo adquiere centralidad como dispositivo político de definición, posicionamiento y resistencia. Estos son algunos de los ejes que definen el apartado *Identidades en conflicto, desigualdades y resistencias*.

Lo inicia el texto: *Identidades y percepciones de exclusión en jóvenes. De lo particular y lo general en la juventud cubana*, de Elaine Morales Chuco. La autora ahonda en la relación entre las pertenencias grupales, las identidades y las percepciones de exclusión, con énfasis en las identidades

territoriales. Miradas que se complementan con el artículo presentado por Yeisa B. Sarduy Herrera, *Voces juveniles al habla: identidad barrial, agentes mediadores y desigualdad territorial a debate*.

Las experiencias juveniles, como toda experiencia social, (re)definen y resignifican los espacios apropiados. Por ello, los espacios vividos y representados se separan o se alejan de los espacios concebidos identificados por Lefebvre (2013). Los jóvenes conforman proxemias propias desde las cuales cargan de sentido al barrio o la colonia, rediseñan sus inteligibilidades y construyen identidades situadas en y desde las cuales se reconocen. Como refiere Sarduy en su texto, las identidades barriales se configuran en entramados sociales, que la autora identifica como cotidianidades difíciles.

Pero los espacios y las gramáticas espaciales expresan y son constituyentes de las relaciones sociales, son su dimensión territorializada, y los espacios también expresan y significan la desigualdad, a la vez que son constituidos y constituyentes de relaciones sociales donde prejuicios, estigmas, estereotipos, racismos, sexismos y posiciones aporofóbicas expresan su condición territorializada; por ello resulta sugerente leer el artículo de Ana Hernández Martín y Juliette Ortiz Gómez, *Identidad, resiliencia y adolescentes transgresores*. Un estudio entre la exclusión social y el proyecto Escaramujo, donde se analizan los rasgos de las resiliencias de jóvenes infractores y sus posibilidades, condiciones y opciones *reinserción social*.

En el último artículo, Yoannia Pulgarón Garzón escribe sobre los jóvenes rastas cubanos, a partir de la identidad racial, la africanía y la resistencia cultural del movimiento rasta. Reinterpreta la africanía a través de perspectivas que buscan descolonizar la historia mediante narrativas de las poblaciones afrodescendientes, inscritas en la memoria histórica y en la actualidad cubana. Esas historias e imaginarios son apropiados y recreados desde posicionamientos afroepistémicos por los jóvenes del movimiento rasta, quienes confrontan perspectivas racistas y coloniales que poseen indignante presencia en el mundo.

Interpretar *Identidades juveniles en Cuba. Claves para un diálogo* resulta una valiosa contribución académica para (re)pensar los mundos juveniles en la Isla, las identidades juveniles, los procesos que definen las relaciones articuladas entre lo rural y lo urbano, la recreación y fuerza de la identidad nacional, la construcción social y cultural de los espacios vividos y representados y los nuevos desafíos anclados a las redes y espacios virtuales que revelan de manera conspicua la cercana articulación de los procesos locales y globales, y su incidencia en la conformación de nuevas formas de adscripción a identidades imaginadas o genéricas desde los mundos virtuales y las articulaciones digitales.

José Manuel Valenzuela Arce
Tijuana, septiembre de 2020

Referencias Bibliográficas

- Anderson, B. (1984). *Imagined Communities*. Verso Editions.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. (1995). *Respuestas por una antropología reflexiva*. Grijalbo.
- García-Canclini, N. (1992). *El consumo cultural en México*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Giménez, G. (2007). *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales*. CONACULTA/ITESO.
- Guevara, E. (1965). *El socialismo y el hombre en Cuba*. Centro de Estudios Che Guevara. Ocean Sur.
- Valenzuela, M. (2015). *El sistema es antinosotros. Cultura, movimientos y resistencias juveniles*. El Colegio de la Frontera Norte.

Problematizaciones en torno a las identidades juveniles

Presentación al texto:

Identidades juveniles en Cuba: claves para un diálogo

Ana Isabel Peñate Leiva

No existe espacio ni problemática social que no se relacione —de una u otra forma— con los jóvenes; grupo poblacional diverso hacia lo interno, pero con características identitarias propias que lo distinguen como generación. La juventud es una etapa de consolidación personalológica del ciclo vital en la que se incorporan y/o redimensionan valores, principios, actitudes, comportamientos; aparecen expectativas y aspiraciones importantes en diferentes esferas, a la vez que se adquieren habilidades y capacidades en espacios de socialización como la familia, el barrio, la escuela, el centro laboral, el grupo de coetáneos, los medios de comunicación, entre otros.

Conexión entre identidad/juventud/identidades juveniles

Los seres humanos han tenido la necesidad permanente de conocer, comprender, organizar y regular el mundo en que viven. Este proceso está atravesado por las relaciones que se establecen entre los individuos y que “incluyen los aprendizajes cognoscitivos, afectivos y conductuales que van conformando la subjetividad individual y social” (Romero, 2006, p.32) y que, en última instancia, cristalizan en la conformación de las identidades individuales y colectivas.

Existen diversas definiciones acerca del fenómeno identitario (De la Torre, 2001, 2003; Casaña y Álvarez, 2004; Romero, 2006); todas concuerdan en que el proceso tiene un carácter sociopsicológico, de continuidad y ruptura, de conservación y cambio. Es esencial considerar que la identidad tiene que ver no solo con contenido, sino también con contornos y límites, establecidos por la influencia de factores tradicionales y procesos comunicativos.

La experta cubana Carolina de la Torre, reconoce que:

la identidad es (...) una categoría relativa. Las identidades se crean, se recrean, se transforman y se enriquecen; tienen sentidos en ciertos límites, y en otros límites pueden formar parte de identidades mayores (...) tenemos muchas identidades sociales, y no hay por qué decir que solo una es la que puede funcionar (...). El respeto de las pequeñas identidades puede hacer más sólidas las grandes identidades (2001, p.193).

En cuanto a esto último, es necesario tener presente que una de las peculiaridades de la identidad, es que alude a varios tipos. Podemos encontrar referencias a la identidad cultural, social, nacional, regional, grupal, colectiva, individual, de género, de clase, de raza, de profesión, de religión, entre otras. Todas ellas confluyen —con mayor o menor fuerza— en el ser humano e inciden en sus comportamientos en micro y macro espacios a lo largo de su vida. La identidad

...es tanto lo que somos como lo que creemos que somos (...). Tienen que haber rasgos compartidos que nos diferencian de otros. Identidad es similitud dentro de un grupo y diferencia dentro de ese grupo con otros, y además conciencia de esas similitudes y esas diferencias. No basta compartir los rasgos y saberlos diferentes. Si no están concientizados —y esa concientización también se produce mediante la participación, dentro del proceso, de grupos humanos—, es difícil pensar

en la identidad. Identidad es igualdad y también diferencia. Identidad es conciencia de pertenencia a un grupo, pero también sustentada por elementos inconscientes (...) (De la Torre, 2003, p.192).

La construcción de la identidad comienza desde la propia concepción biológica; a partir de ahí las vivencias, las experiencias, la historia, la cultura y todos los elementos que construyen las características identitarias de los sujetos *inundan, envuelven y atrapan* de forma espontánea; por lo tanto, la conformación de la identidad bien pudiera ser inconsciente. Sin embargo, no pudiera hablarse de construcción, transformación y actividad si no existe una elaboración consciente. El ser humano tiene la capacidad de repensarse, problematizar su origen, el lugar que ocupa en la sociedad y su herencia ineluctable. En esa medida podrá reflexionar sobre su propia identidad.

Para decir que una identidad colectiva se formó, es necesario que los miembros de ese grupo compartan elementos comunes y seleccionen aquellos que los caracterizan de forma evidente y real; deben apropiarse mentalmente de esas y otras características, subjetivarlas y hacerlas únicas; tienen que descubrir su espacio de pertenencia y representar dicha pertenencia a través de una o varias categorías y, por último, conformar un discurso que visualice su identidad y, al mismo tiempo, la consolide y reestructure.

Desde la Psicología, el enfoque que se considera mucho más apropiado para entender cómo se construyen las identidades parece ser la Escuela Histórico Cultural de Vygotsky, que sitúa al sujeto activo participando en contextos socioculturales, e interiorizando o subjetivando la realidad a partir de mediadores como el discurso y todos los elementos de la cultura que determinan la dinámica, el cambio y la transformación constante de la identidad. Ello permite comprender al individuo, su desarrollo y la construcción de su subjetividad como resultado de un proceso eminentemente sociocultural e histórico, sin excluir los factores biológicos.

En todo este proceso, no basta con la conformación de elementos comunes y ser consciente de ellos, es imprescindible vivenciarlos y asumirlos como componentes de otredad, que recortan y diferencian a la nueva identidad. A su vez, esta nueva construcción cobrará sentido cuando se coloque frente a un *otro*, tanto externo como interno, pues es posible que dentro de una misma totalidad aparezcan espacios de exclusión, para aquellos que no se sienten parte o que no les permitan hacerlo. A estos se les ha denominado alter endóxico.

Peñate, López, Salazar y Trujillo, en la investigación: *Territorio e identidad juvenil en Ciudad de La Habana* (2007), proponen algunas ideas a tener en cuenta en el acercamiento al fenómeno identitario. En este sentido precisan que:

- Es una construcción social dialéctica, que permite la transmisión de significados diversos, traducidos o expresados en actitudes, comportamientos y representaciones sociales. En esa construcción de la identidad como proceso, confluyen diversas subidentidades que le otorgan un carácter integrador.
- Recibe la influencia del medio externo, lo cual contribuye a una constante transformación.
- Encierra lo que nos asemeja y a su vez lo que nos diferencia de otros y que algunos autores denominan mismidad y otredad.
- La conciencia de ser uno mismo, de su autenticidad, que se adquiere a partir de la participación activa en el proceso identitario.
- Se expresa por la interrelación entre las características observables, las autopercibidas, las formas de reconocer que pertenecemos a un grupo y las narraciones de identidad (p.17).

Los mismos autores apuntan que la identidad es aprehendida a través de la práctica social. Por lo que la instrucción de conocimientos, los hábitos, las costumbres, las cualidades, las relaciones interpersonales, los vínculos productivos y culturales, las normas de conducta, las concepciones estéticas y del mundo en general, que se forman a través de la familia, la escuela, la comunidad, los grupos informales, los centros laborales y medios de comunicación masiva, son elementos que ejercen gran influencia en la construcción social de las características identitarias. Ahora bien, esas características no son iguales para todos los grupos humanos que conviven en un mismo medio social; sino que tienen sus matices a partir del sexo, la edad, la región, el color de la piel, la religión, entre otros indicadores. Estas microidentidades son factores que desempeñan un papel determinante en el mantenimiento de la identidad nacional y cultural. La identificación de las personas con su generación y más específicamente con sus edades y peculiaridades del desarrollo, es uno de los cimientos para la construcción de identidades cuya influencia en la cultura y la nacionalidad es fundamental (Peñate, López, Salazar y Trujillo, 2007).

“La existencia de una identidad juvenil es reconocida por el resto de las generaciones y autorreconocidas por ellas a partir de la actividad que desarrollan en esta etapa —estudio e inicios de la vida laboral— así como de las relaciones sociales que establecen” (Pérez, 2001, p.4). Sin embargo, la juventud es concebida como el punto de emergencia de una cultura que rompe, tanto con la basada en el saber y la memoria de los abuelos, como con aquella cuyos referentes asocian los patrones de comportamiento de los jóvenes a los de sus padres.

Al marcar el cambio que culturalmente atraviesan los jóvenes como *ruptura* se nos están señalando algunas claves sobre los obstáculos y la urgencia de comprenderlos, esto es sobre la envergadura antropológica, y no solo sociológica, de las transformaciones en marcha. (...) Ante

el desconcierto de los adultos vemos emerger una generación formada por sujetos dotados de una “plasticidad neuronal” y elasticidad cultural que, aunque se asemeja a una *falta de forma*, es más bien apertura a muy diversas formas, camaleónica adaptación a los más diversos contextos (...) (Martín Barbero, s/f, s.p).

En este sentido, resulta vital el estudio de las características identitarias de los jóvenes como grupo etario, pues estos pueden constituirse como agentes de cambio de una realidad condicionada por la historia y las herencias del pasado, a partir de modificar e imponer nuevas formas de identificación que pudieran ser en beneficio de los valores y principios que ha defendido y defiende la sociedad en que se vive, o en detrimento de los mismos. El decurso del tiempo ha demostrado que, en cualquier sociedad y época histórica, la generación joven es portadora del cambio, que en sí misma contiene la mezcla de lo tradicional y lo innovador y abre las puertas hacia las transformaciones graduales de valores sociales, éticos, morales, de costumbres y creencias, culturas, posicionamientos de género y revoluciones políticas.

¿Qué entender por juventud?

Variados resultan los conceptos, enmarcados desde diversas perspectivas: biológica, antropológica, psicológica, sociológica, histórica o demográfica. Por ejemplo, el investigador cubano Luis Gómez, advierte que:

La juventud es una construcción histórico social que aparece primero en el contexto de vida burgués entre los siglos XVII y XVIII y más tarde cruza todas las clases y estratos sociales (...) Vista de este modo, la juventud es un proceso social relacionado con las condiciones de producción y las fuerzas productivas (...) asociado a la familia y la escuela (s/f, p.5).

Por su parte, el sociólogo chileno Jorge Baeza, muestra un interesante análisis acerca de la conceptualización de juventud a partir de tres aristas fundamentales: la juventud como categoría etaria, como etapa de maduración

y como cultura. La primera de ellas alude, no solo a los límites etarios, sino también a la inserción del joven en el mundo adulto mediante la obtención de un trabajo y la constitución de su propia familia. La segunda se centra en los cambios fisiológicos y psicológicos que corresponden al llamado período de *moratoria*, donde hay una posposición de los roles adultos para desarrollar conocimientos y habilidades que lo preparen para los mismos; todo lo cual redundaría en su construcción identitaria. La tercera se asocia a los modos de pensar, sentir y actuar que atraviesan las actividades de los jóvenes y los distinguen de otros grupos de jóvenes y de otras generaciones, lo que permite hablar de la existencia de culturas juveniles (2003).

A partir de considerar estos conceptos, Peñate, López, Salazar y Trujillo, (2007) identifican determinadas regularidades en los mismos, a saber:

- La juventud es un constructo social e histórico.
- Según el desarrollo ontogenético tiene límites etarios flexibles.
- Es un proceso de constantes transformaciones que se inicia con la maduración sexual reproductiva y culmina con la inserción social y autónoma en el ámbito público y familiar.
- Es un período intermedio, con profundas fuerzas capaces de cambiar, transgredir preceptos, reestructurar modos de pensamientos y visiones del mundo circundante.
- Contiene en sí misma una gran diversidad, asumida individual o grupalmente y asignada al mismo tiempo por el resto de las generaciones, en función de razas, religiones, valores, comportamientos, aficiones, territorios, sexos, etcétera.

- Es una etapa de aprehensión de valores, normas, principios, formación de habilidades y capacidades, que se reciben a través de la socialización en los espacios familiares, escolares, grupales y por los medios de comunicación (pp.25-26).

A partir de estos referentes, la *identidad juvenil* puede ser abordada como:

un proceso intersubjetivo de conformación de límites no estáticos, que se construyen en los ámbitos de interacción social sin abandonar las identificaciones tradicionales como, por ejemplo: ser cubanos, ser habaneros, etc., desde las cuales se conforman los imaginarios colectivos sobre la juventud. Es decir, las identificaciones juveniles pasan por el prisma de las autopercepciones, creaciones o imaginaciones tanto de los propios jóvenes, como de la sociedad en su conjunto (Peñate, López, Salazar y Trujillo, 2007, p.26).

Para la comprensión de la identidad juvenil es necesario un análisis sobre aquellas características de los jóvenes que matizan la conformación de su sentido de pertenencia como generación. Desde el punto de vista sociopsicológico, el arribo a la juventud, entraña una sucesión constante de cambios que adquieren significaciones importantes para los implicados, los cuales comienzan a debatirse en asuntos relacionados con su vida pasada, presente y futura, que tal vez nunca antes habían cuestionado. Las relaciones sociales se tornan más amplias, diversas y extensas, por lo que influyen casi de manera determinante en comportamientos y actitudes. Unido a esto, desde el punto de vista intelectual, su pensamiento es más abstracto, lógico y teórico, lo que les posibilita la adquisición de una autovaloración, autodeterminación e incluso, autoeducación más consciente, todo lo cual redundará en la construcción de su identidad.

Para el experto mexicano Rogelio Marcial,

...los procesos identitarios en la juventud guardan ciertas características (...) nos colocan ante la necesidad de reconocer dos niveles que se mezclan en el individuo: la subjetividad y la relación con el mundo inmediato. Es en este período vital en el que, con mayor fuerza, las construcciones identitarias encuentran su naturaleza en procesos tanto psicológicos como sociales (1996, p.50).

Entre la juventud cubana coexisten diversos modelos de identidad, con los cuales se conforman sentidos de pertenencias que se expresan en los discursos y comportamientos juveniles. Es necesario comprender, para actuar en consecuencia, la existencia de maneras diferentes de ser joven, incluso, dentro de un mismo contexto, que otorgan a la sociedad cubana de hoy, mayor riqueza y heterogeneidad.

Sirva este texto para problematizar acerca de una categoría en perenne transformación, sobre la base de resultados de investigación desde diferentes enfoques y disciplinas de las Ciencias Sociales.

Referencias Bibliográficas

- Baeza, J. (marzo, 2003). Culturas juveniles. Acercamiento bibliográfico. *Teología y Pastoral para América Latina*. XXIX. (113). ITEPAL. pp. 9-14.
- Casaña, A. y Álvarez, C. (2004). *Emigración e identidades: una experiencia de reconstrucción de identidades mediante talleres interactivos*. (informe de investigación). Centro de Estudios de las Migraciones Internacionales. Universidad de La Habana.
- De la Torre, C. (2003). Sobre los jóvenes cubanos. En *El cubano de hoy. Un estudio psicosocial*. Fundación Fernando Ortiz.
- De la Torre, C. (2001). *Las identidades. Una mirada desde la Psicología*. Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura “Juan Marinello”.
- Gómez, L. (s/f). Algunas reflexiones acerca del origen de la categoría juventud y los problemas relativos a su conceptualización. *Curso de Postgrado a dirigentes juveniles. Reflexiones teóricas y metodológicas sobre la juventud cubana*. CESJ.
- Marcial, R. (1996). *Desde la esquina se domina. Grupos juveniles: identidad cultural y entorno urbano en la sociedad moderna*. El Colegio de Jalisco.
- Martín Barbero, J. (s/f). Jóvenes, comunicación e identidad. *Pensar Iberoamérica. Revista de Cultura*. Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura. <http://www.oei.es/revistacultura/sec-03/-1/pdf>
- Peñate, A.I.; López, D.; Salazar, S.; y Trujillo, Y. (2007). *Territorio e identidad juvenil en Ciudad de La Habana*. (informe de investigación). CESJ.
- Pérez, O. (2001). La identidad nacional en los jóvenes cubanos. *Revista Estudio* (1). Centro de Estudios Sobre la Juventud. enero-junio. pp.3-11.
- Romero, M.I. (2006). La identidad: un enclave de resistencia cultural. *Caminos. Revista Cubana de Pensamiento Socioteológico*. (40). abril-junio.

I

IDENTIDADES Y
DIVERSIDADES
CULTURALES
A DEBATE

Ser cubanas y cubanos en el siglo XXI. Un estudio de identidad nacional desde la psicología

Ofelia Carolina Díaz Bravo

La identidad nacional. Apuntes para su comprensión

El interés por conocer y registrar las características que distinguen a los pueblos es de antaño. Los diarios de viajeros, conquistadores e incluso, los relatos de los pobladores de distintos confines pueden ser considerados entre los primeros registros sobre el tema. Son igualmente testimonios de identidad, y no menos enriquecedores, las producciones artísticas y literarias recogidas a lo largo de la historia de la humanidad.

Las ciencias sociales también han dirigido su mirada a la identidad, marcando su análisis con las particularidades de cada una de sus disciplinas. Se atribuye al psicoanalista Eric Erikson la introducción del término en este campo del conocimiento, con sus trabajos durante y después de la Segunda Guerra Mundial (1959, 1966). Desde entonces, y hasta la actualidad, su estudio no ha cesado.

Amplio y polémico debate se ha producido en torno a él, del cual se han derivado múltiples definiciones. Cada una lleva el sello de la disciplina que la sostiene: psicología, sociología, antropología, historia, filosofía. Sin embargo, tal y como reconoce De la Torre (2007), unas y otras suelen coincidir en la relación de la identidad con la igualdad y con la diferencia; con la continuidad y ruptura, con lo objetivo y lo subjetivo; las fronteras y los

límites; el pasado, el presente y el futuro; con lo homogéneo y heterogéneo; lo que se recibe de otras generaciones y lo nuevo que se construye; lo cognitivo, lo afectivo y lo conductual; lo consciente e inconsciente; etcétera.

Se trata de un fenómeno sociopsicológico con dos planos de expresión dialécticamente entrelazados: el individual y el colectivo. Las identidades colectivas se configuran a partir de la pertenencia de los individuos a los grupos y existen luego que las personas que los integran los reconocen e incorporan como parte de su autoconcepto o identidad personal. Esta última resulta única e irrepetible, por la articulación y jerarquización singular que hace cada sujeto de dichas pertenencias grupales.

Entre las identidades colectivas que conforman la identidad personal de los individuos se encuentra la nacional. La misma se define por el conjunto de rasgos, representaciones y significaciones que son reconocidos como propios y, al mismo tiempo, compartidos por las personas relacionadas biográficamente. Tal identificación, aun cuando puede ser más o menos consciente y elaborada, permite la comparación con otros grupos nacionales y no ignora los movimientos y/o cambios asociados a los tiempos y los contextos.

Su estudio, tan antiguo como el encuentro entre culturas, se torna particularmente controversial en época de globalización. Unos proclaman que deja de ser necesario porque aumentan las similitudes y las identidades se disipan; en tanto otros defienden su importancia creciente. Nos sumamos al segundo grupo, en apoyo a la convocatoria a las ciencias sociales, y entre estas de manera especial a la psicología, abordarla desde la inter y transdisciplina.

Tal posición responde al convencimiento de la importancia que tiene para el individuo la identidad como configuración subjetiva. Su definición puede ser entendida como un ejercicio de categorización que ayuda a los sujetos a comprender el mundo y a construir sus representaciones; así como, a encontrar su lugar en él. Al mismo tiempo, el poder precisar los elementos

que la distinguen y las particularidades de los grupos a los que pertenecen se torna requisito para la necesaria seguridad emocional. Además, esta posibilidad de responder a las interrogantes ¿quién soy? ¿de dónde vengo? ¿qué lugar ocupo en el mundo? le otorga sentidos a la vida.

Dichas respuestas se elaboran a lo largo de la existencia de las personas, en la interacción con los otros. Es en ese intercambio que se apropian de las costumbres y tradiciones, se incorpora la lengua, se identifican semejanzas y diferencias en los planos individual y grupal. Se trata de un diálogo reflexivo permanente consigo mismo y con los otros, que ofrece la posibilidad de cambio, de crecimiento y/o auto perfeccionamiento.

Cuba: interés por su identidad

En Cuba, como en todas las naciones, la identidad nacional tiene sus referentes en la historia del país. Pesan en su configuración las luchas contra la esclavitud y la dominación colonial, el nacimiento del *criollo* en el siglo XVI y la gran gesta independentista iniciada en 1868, creadora de la nación que dio paso a la revolución del siglo XX. A estos procesos se asocian el patriotismo, la oposición al anexionismo a los Estados Unidos, los ideales de justicia social y libertad, el antimperialismo, las ideas socialistas y el internacionalismo, presentes en los habitantes de esta Isla (Martínez, 2012; Torres, 2017).

La cubanidad que reconocemos y sentimos hoy, y que no cesa de reconfigurarse, tiene sus inicios en el surgimiento de la necesidad de diferenciarse de un *otro*, símbolo de explotación, miseria y atraso; unido al despertar de sentimientos de pertenencia experimentado siglos atrás por los criollos, protagonistas de las primeras manifestaciones de la cultura cubana.

A lo largo de la historia, incluso con anterioridad al surgimiento de la nacionalidad y hasta la actualidad, pensadores, independentistas, políticos e intelectuales preocupados por el destino de nuestro pueblo, han reparado

en las particularidades del cubano y reflexionado sobre sus posibles causas, desmintiendo los argumentos fatalistas y defendiendo su valor para el progreso de la nación.

De este modo, las investigaciones referidas a la identidad nacional acumulan sólidas contribuciones teóricas y metodológicas. Trabajos de antropólogos, sociólogos, historiadores, políticos, intelectuales y psicólogos, pueden ser considerados exponentes de estas. Así cuentan, entre otros, los de Enrique José Varona (1891, 1919), Fernando Ortiz (1963, 2008), Jorge Mañach (1940, 1944), Calixto Masó y Vázquez (1941), Bernal del Riesgo (1944), Elías Entralgo (1947), José Ángel Bustamante (1960), Mónica Sorín (1991), Letsy Tejeda (1990), Carolina de la Torre (1995, 1997, 2001) y los colaboradores de la línea de investigación *Caracterización psicológica del cubano*, impulsada por la Facultad de Psicología de la Universidad de La Habana en la última década del siglo XX; María Isabel Domínguez (1995), Consuelo Martín y Maricela Perera (1996) y Marta Díaz (2003).

De sus reflexiones y resultados se nutre el trabajo que realizamos actualmente, como parte del proyecto de investigación *Grupos, identidades y heterogeneidad social en Cuba*, de la mencionada facultad. La intención es contribuir a la caracterización psicológica del cubano en la contemporaneidad.

El hecho de asumir que las identidades, y entre ellas la nacional, se forman a lo largo de la vida de los seres humanos en los procesos de actividad y comunicación que acontecen, presupone su sensibilidad a los cambios en los contextos económicos, políticos y sociales. Entraña, de igual modo, su carácter dinámico aun cuando la estabilidad es una de sus características, y explica su continuidad en el tiempo.

Según resultados de investigaciones, las transformaciones operadas en Cuba a partir de la actualización del modelo económico han impactado la subjetividad individual y colectiva (Domínguez y Castilla, 2011; Morales,

2017, 2011; Pañellas, 2012, 2017). Esto se traduce en un incremento de la heterogeneidad social acompañada de vivencias de desigualdades sociales, una disminución y/o variación de la participación social, un movimiento en los valores; así como, un cambio en el contenido de los proyectos de vida. Tal escenario refuerza la necesidad de comprender los referentes motivacionales, los valores, las creencias, los prejuicios, las actitudes y las características personales de las cubanas y cubanos hoy.

Ante este reto, dirigir la mirada a las y los jóvenes resulta pertinente, debido a la trascendencia de este grupo etario en el futuro de la nación. Un segmento poblacional que desde el punto de vista psicológico consolida su concepción del mundo, la cual se torna clave dinamizadora del comportamiento. Los valores, normas, principios, creencias, estereotipos y juicios que esta incluye funcionan como marco de referencia para mirarse a sí mismo y a los demás, otorgándole cierta estabilidad a su vida y forma de actuar. Sus contenidos llevan la impronta de la sociedad en la cual crecen y el lugar que ocupan en ella, el tiempo que viven y las vivencias personales que experimentan.

Los aspectos identitarios constituyen elementos importantes dentro de la concepción del mundo. En ella se articulan identidades que trascienden al sujeto y que se relacionan con cuestiones heredadas como: la condición racial, el género y el país de nacimiento. Deslindar unas de otras se hace difícil; pero conocer la mayor o menor elaboración que realiza un joven de sus espacios sociopsicológicos de pertenencia, de las características que lo identifican como miembro de estos y lo distinguen de otros, del grado de identificación con este; así como, las valoraciones que hace de su pertenencia y la carga afectiva que acompaña a la misma, permite entender aspectos cardinales de su forma de concebir la realidad y su lugar en ella.

Detenerse especialmente en las cuestiones identitarias nacionales facilita un acercamiento de los sujetos a las raíces culturales e históricas de la sociedad con la cual se identifican; así como, un reconocimiento y va-

loración de las potencialidades sociales, culturales e incluso naturales que poseen como país. Tal ejercicio contribuye a elevar la autoestima y abre la posibilidad a cambios en el comportamiento individual y colectivo.

Estrategias para su estudio desde la psicología

Caracterizar la identidad nacional de un grupo de jóvenes capitalinos supone, desde nuestra concepción, describir la percepción que poseen sobre los cubanos, determinar sus elaboraciones sobre el hecho de ser cubano a partir del análisis de su autopercepción como parte de dicho grupo; así como, definir los conocimientos en relación a su pertenencia al mismo, la valoración que hacen de su identidad nacional y las emociones asociadas a esta.

Por la complejidad que reviste este objeto de estudio, los diseños metodológicos mixtos resultan oportunos al combinar métodos cuantitativos y cualitativos. De este modo, es factible lograr indagaciones más dinámicas y creativas, que redundan en una mayor riqueza de los datos, pues propician mejor exploración y explotación de los mismos; una mayor teorización y la posibilidad de múltiples aproximaciones al fenómeno de interés (Hernández, Fernández y Baptista, 2014).

Abordar de este modo la autoimagen nacional permite aunar en una misma investigación técnicas tradicionales en el estudio del tema, como el diferencial semántico (Vincent, 1989; González y García, 1989; Díaz, Galguera y Pérez, 1989; Díaz y Galguera, 1990; Coello y Parets, 1991) y los cuestionarios (Salazar, 1983; de la Rosa, 1989), con otras que se han ido sumando y que cuentan con probada efectividad como son: los dibujos (de la Torre, 1995; Fernández, 1993), las dramatizaciones (de la Rosa, 1987; González y Díaz, 1989), las composiciones (Garriga, 2009), entre otras; al tiempo que abre espacio para la creatividad del investigador en el ejercicio de su rol.

Según nuestra experiencia, favorece la autenticidad del dato y la aproximación a una imagen más real y menos estereotipada, la complementación de la información derivada de cuestionarios y del diferencial semántico “Los cubanos somos...” con la obtenida a través de dibujos, dramatizaciones, asociaciones de sentimientos, imágenes y canciones; la técnica “El cuerpo humano”¹ y debates en torno al tema de la identidad nacional. La implementación de dispositivos grupales permite la aplicación de varias de estas técnicas y, sobre la base de una comunicación flexible y fluida, propicia la expresión libre de las ideas y opiniones de quienes se involucran en ellos.

Es destacable el valor de las técnicas proyectivas en las indagaciones grupales. Por ejemplo, las dramatizaciones benefician la implicación personal con la tarea y permiten aflorar, en el contexto del grupo, situaciones reales de la vida cotidiana de las cubanas y cubanos del siglo XXI, que resultan valiosas para promover y enriquecer la reflexión colectiva (Díaz, 1993; García, 2017). Otro tanto ocurre con el dibujo, factible de ser aplicado de manera individual (De la Torre, 1995; Díaz, Escalona y Molina, 2017) o en el espacio grupal (García, 2017), tanto como modo de expresión de cada sujeto, como de creación colectiva.

Lógicamente, esta manera de concebir el estudio demanda la combinación de estrategias diferentes para el procesamiento de la información, para al final proceder a la triangulación de los resultados de uno u otro tipo. Para los datos cuantitativos funcionan herramientas como el Paquete Estadístico para Ciencias Sociales (SPSS); en tanto, para el análisis de la información cualitativa es factible el análisis de contenido.

1 El cuerpo humano: Técnica creada para los fines de la investigación (García, 2017). Consiste en la creación de una imagen del joven cubano prototípico, mediante la ubicación de sus diferentes características (listadas a partir de la propia elaboración del grupo), en el cuerpo de uno de los participantes.

Cubanas y cubanos del siglo XXI. Una mirada desde la juventud

Estudios realizados entre mayo del 2016 y abril del 2019², con muestras no representativas y no probabilísticas, de jóvenes —mujeres y hombres— residentes en La Habana, con edades entre los 18 y los 30 años, con diferente color de piel (blanco negro, mestizo) y distintas ocupaciones (estudiantes, trabajadores del sector estatal y por cuenta propia, estudiantes-trabajadores); así como, desvinculados del estudio y el trabajo, ponen a debate los resultados que aquí se comparten.

Prima entre los jóvenes implicados en las indagaciones una percepción positiva del grupo nacional. La aplicación del diferencial semántico “Los cubanos somos”, en el cual, el uno equivale al extremo positivo de los adjetivos y el siete al negativo, muestra medias por debajo de cinco.

Se califica a los cubanos como muy alegres, fuertes, sociables, activos, útiles e inteligentes. Al mismo tiempo, bastante agradables, internacionalistas, críticos, buenos, decididos, sensibles y, en menor medida, modernos, revolucionarios, morales y democráticos. Cualidades como reflexivos, superiores, elegantes, eficientes y profundos resultan menos favorecidas.

Otros atributos, sin llegar a ser colocados en el extremo negativo, reciben una valoración más crítica. Este es el caso de: trabajadores, educados, honestos, no drogadictos, pacifistas, organizados, fieles y corruptos. Específicamente los tres últimos cambian el sentido de la evaluación al señalar como características de la autoimagen grupal algo de desorganización, corrupción e infidelidad. Cabe precisar que dicha infidelidad es referida —mayormente— a las relaciones de pareja.

² Investigaciones desarrolladas bajo la tutoría de la autora: Cámara, Rodríguez y de Jesús (2016); García (2017); Lacalle y Ataury (2019); Silva, Guamán y Diogo (2016).

El cuestionamiento del atributo “trabajadores” resulta particularmente interesante pues, al mismo tiempo, ante la posibilidad de incluir en el diferencial semántico otros adjetivos o características para describir a las cubanas y cubanos aparecen con no poca frecuencia: luchadores, incansables, persistentes, sacrificados y aguerridos. Todos ellos asociados con el reconocimiento de la capacidad para salir adelante, para afrontar las adversidades cotidianas exitosamente.

Tal desplazamiento de los valores en la escala del diferencial semántico coincide con lo reflejado en dibujos, dramatizaciones y debates en cuanto a la percepción del grupo nacional. De forma explícita e implícita aparece un llamado de atención, vivenciado con displacer, sobre el deterioro de la educación formal y el auge de la vulgaridad, el maltrato al lenguaje, el irrespeto al otro y el declive de la solidaridad en la cotidianidad. Esta situación se vincula con el incremento de actitudes egoístas, apáticas y de doble moral. En este sentido se afirma: *El cubano... se ha vuelto egoísta, no cree en nadie, no mide los límites ni las consecuencias de lo que hace para buscarse cuatro pesos.*

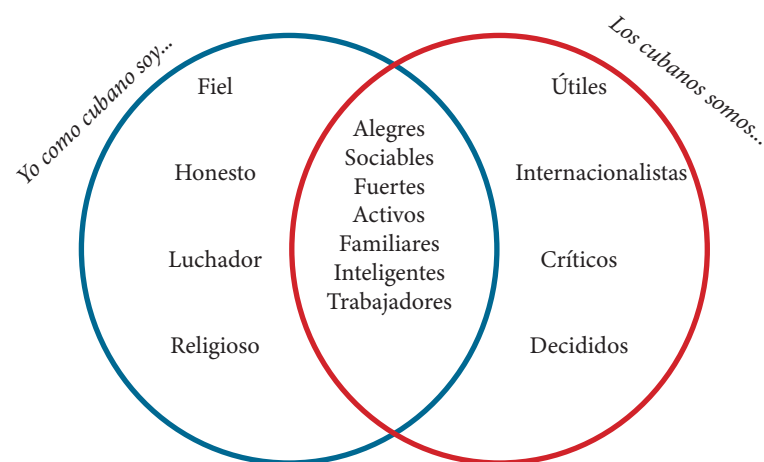


Dibujo 1. ¿Cómo somos los cubanos? realizado por jóvenes. Denota la vulgaridad, chabacanería y mala educación.

El grupo nacional es percibido como portador de prejuicios raciales, etarios, de género; con las ocupaciones, la procedencia geográfica y la orientación sexual. De manera particular se apuntan predisposiciones en contra de: las personas de piel negra, las diferencias de edades en las parejas, los jóvenes y los ancianos, la práctica de religiones, los oficios y el bajo nivel de instrucción; las personas de procedencia campesina, del oriente del país y de la provincia Pinar del Río. Resultados que llaman la atención luego de tantos años de políticas públicas y prácticas sociales orientadas a la justicia social.

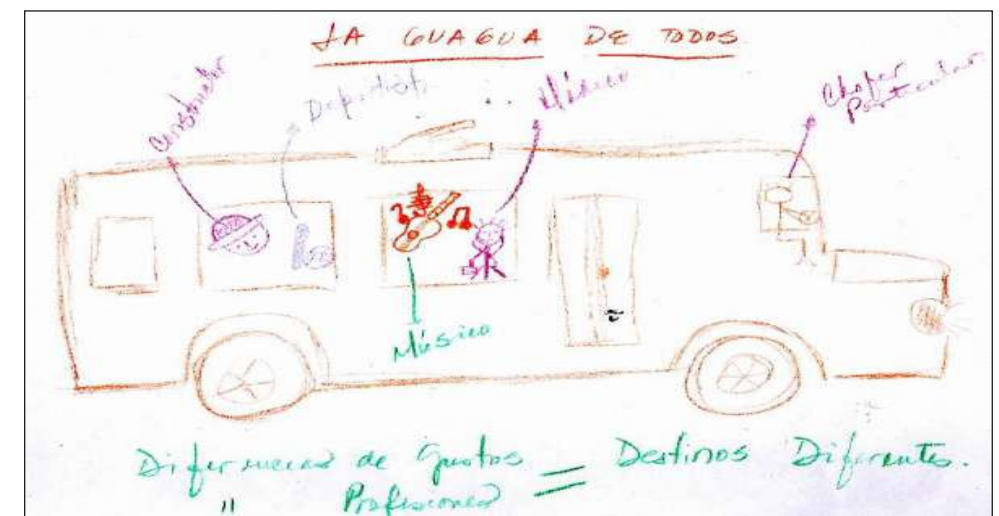
Al comparar la percepción del grupo nacional con la autoimagen que presentan de sí mismos como cubanos y cubanas, se constata coincidencia en gran medida, siendo esta última —de igual manera— básicamente positiva. Incluso, algunas cualidades forman parte tanto de los atributos identitarios individuales como de los colectivos, lo que pone en evidencia el doble vínculo existente entre las identidades grupales y personales. De igual modo, demuestra que la pertenencia al grupo de cubanos constituye un elemento importante de la autocategorización de estos jóvenes.

Gráfico 1. Autoimagen nacional personal y grupal



No significa esto que exista total homogeneidad; pues el reconocerse cubano no excluye la posibilidad de no compartir y/o rechazar atributos considerados distintivos del grupo nacional. La heterogeneidad existente en la homogeneidad explica que se continúe sintiendo la identidad nacional como propia y se valore positivamente, a pesar del malestar que genera la presencia en esta de aspectos percibidos como negativos.

Para ilustrar la heterogeneidad y homogeneidad presentes en la identidad nacional del cubano, en uno de los dispositivos grupales realizados se dibuja una guagua³. Se elige este medio de transporte porque en él se congregan personas que, con independencia de sus ocupaciones, características físicas y psicológicas, e incluso destinos diferentes, en ese momento comparten un espacio común que marca determinadas pautas de comportamientos.



Dibujo 2. ¿Cómo somos los cubanos? La Guagua de todos. Fuente: García, R. (2017).

Curioso resulta que los atributos identitarios considerados negativos no sean contemplados en la autoimagen individual y que como elemento distintivo de la generación que representan resalten el hecho de ser menos

3 Guagua: manera en que se denomina en Cuba al vehículo de transporte público.

prejuiciada. Tales datos deben ser tenidos en cuenta para analizar la dinámica entre el cómo somos los cubanos y el cómo soy como cubano; es decir, entre las dimensiones personal y colectiva de la identidad nacional.

Entre las características personales de los jóvenes asociados al ser cubanos sobresalen: ser sociable, honesto, fiel y fiestero. Las mismas son secundadas por rasgos de personalidad que facilitan afrontar exitosamente la vida, como son el hecho de ser trabajadores, luchadores, objetivos y emprendedores. No faltan la alegría y el sentido del humor; el ser activos, sencillos, apasionados, soñadores, optimistas y religiosos. Además, se reconocen inteligentes, sensibles, críticos, educados, amables, elegantes, fuertes, pacifistas, rebeldes y atrevidos.

Son múltiples las razones por los cuales se catalogan como cubanos y cubanas. En primer orden por la forma de ser, *eso que nos distingue* dentro y fuera del país. *Somos sociables, solidarios, fiesteros y buenos amigos, luchadores, trabajadores y perseverantes.* Le siguen las cuestiones relativas al lugar de nacimiento y los valores transmitidos en el seno familiar; así como, cuestiones culturales entre las que se incluyen las costumbres, las tradiciones, los festejos, las preferencias musicales, el idioma y el aprecio a la cultura nacional. Se suman la forma de pensar, cuestiones de carácter social como la participación social y elementos afectivos como la presencia de sus seres queridos y el aprecio a los cubanos. Además, se asocia el sentimiento de cubanía con el respeto a los símbolos patrios (bandera) y a personalidades de nuestra historia (José Martí, el Che Guevara y Fidel Castro).

El ser cubana y cubano tiene para los jóvenes estudiados igual proporción de ventajas y desventajas. Entre las prerrogativas se apuntan, en primer lugar, aspectos sociales como: la educación y la atención de salud gratuitas, la tranquilidad existente en el país por la ausencia de conflictos bélicos y el bajo índice de violencia, la libertad de expresión; así como, la posibilidad de vivir sin trabajar, lo cual puede tornarse condicionante de un antivalor: la

vagancia. Se considera ventajoso, además, la posesión de ciertas características personales que permiten afrontar exitosamente los retos de la cotidianidad (la creatividad, la perseverancia y el optimismo; el ser solidario, sociable y guapo; gozador, carismático y tener música en la sangre) y el valor otorgado a la familia y a la amistad. Cuentan también, en sentido positivo, las riquezas de tipo cultural y natural del país. No obstante, algunos jóvenes consideran que ser cubano no ofrece ninguna ventaja.

En cuanto a las desventajas de la pertenencia al grupo nacional se aprecia un marcado desbalance entre las referidas a los aspectos personales o internos y las relacionadas con los elementos sociales o externos a los sujetos. Las primeras se asocian a la vulgaridad, la deshonestidad y la vagancia; las cuales, por demás, no son asumidas como particularidades propias. Las segundas se vinculan a las limitaciones económicas que vive el país, que dificultan la satisfacción de las necesidades básicas, a su condición de subdesarrollado, al bloqueo y a las dificultades para viajar. Los bajos salarios son responsabilizados de la desmotivación y apatía juvenil, la corrupción y la pérdida de valores en la sociedad. Ilustran tales sentimientos las siguientes palabras:

... es como que la sociedad se ha convertido en una jungla en la que sobrevive el más fuerte.

... Los jóvenes que vienen detrás de nosotros quieren estudiar menos para con 15 años entrar a trabajar en una cafetería, ganar 3 CUC⁴ al día, y entonces yo les paso por el lado y me dicen: mi socio estudiar ¿para qué?

Cuestiones como la libertad de expresión y la imagen existente del cubano en el mundo son señaladas indistintamente como ventajas y desventajas. En cuanto a la libertad de expresión se afirma que, aunque no es

⁴ CUC papel moneda que circuló en Cuba hasta principios de 2021, con un equivalente de cambio de un CUC por 24 pesos moneda nacional (CUP).

del todo satisfactoria, su generación de cubanos se caracteriza por defender más sus opiniones e ideas sobre todo a partir del empleo de los recursos electrónicos disponibles (Facebook, Cubadebate, Twitter, etc.). Por su parte, la imagen internacional del cubano es vista como un arma de doble filo, pues los convierte en depositarios de características positivas (*Si eres cubano tienes ventaja de saber bailar aunque tengas dos pies zurdos*) y de un buen número de aspectos negativos (*El cubano es visto como posible emigrante en todo el mundo, si eres mujer eres jinetera⁵, si tienes un amigo extranjero estás luchando pa' irte*).

La vivencia de preocupación y malestar que provocan algunos de los cambios experimentados en la identidad nacional, ya mencionados anteriormente, unido a las desventajas atribuidas a la pertenencia a este grupo explica, en alguna medida, que aun cuando predominan entre los jóvenes sentimientos positivos derivados del hecho de ser cubanos, existan emociones negativas y respuestas que denotan ambivalencia e indiferencia. Afloran contradicciones de orden afectivo. El orgullo y la satisfacción de vivir en Cuba y de ser cubano coexisten con el malestar que genera la situación social y económica vigente, convirtiéndose en motivo de preocupación. De este modo se escucha:

Lo que más me preocupa de esto es que se han ido incrementando una serie de cuestiones negativas en la sociedad que hace algunos años no existían y que pueden empañar las cosas lindas que tiene el cubano.

A mí me preocupa... , porque el que no tiene para donde irse está aquí, está para buscarse cuatro pesos como sea, pero el que puede se va para una beca o definitivo, pero la cosa es que aquí no se quiere quedar, a este paso nos vamos a quedar solos en casa.

5 Jerga con la que se denomina a las mujeres que ejercen la prostitución con extranjeros.

Apuntes finales

Lo hasta aquí comentado, fruto de lo expresado a través de dibujos, cuestionarios, diferenciales semánticos, dramatizaciones y debates, permite afirmar que los jóvenes contactados se reconocen y sienten cubanos-cubanas. Sentimiento de pertenencia que descansa en el reconocimiento, con mayor o menor elaboración, de una serie de atributos compartidos que les distinguen en cualquier lugar del mundo y que trasciende el hecho de ser esta Isla su lugar de nacimiento. Es así que ante la invitación a tararear canciones populares que ilustran cómo somos los cubanos, como cierre de una sesión grupal, cantan con evidente emoción, la canción de Habana de Primera “Me dicen Cuba” que expresa:

Para saber de verdad lo que es sentirse cubano

debes de haber nacido en Cuba

debes de haber vivido en Cuba.

Aflora, entonces, la convicción acerca de la necesidad de compartir la cotidianidad como condición para la configuración de la identidad nacional. Se reconoce la convivencia como escenario en el cual se mezclan cuestiones sociales, económicas, culturales y psicológicas; que son procesadas de manera individual, y crean identificaciones que llevan a sentirse parte del grupo nacional.

Se trata de una pertenencia que genera orgullo, luego de conferir a las cubanas y cubanos características identitarias altamente valoradas personal y socialmente. Tal percepción positiva coincide con la registrada en estudios anteriores (De la Torre, 1995, 1997; Díaz, 1993; Peñate y López, 2009; García, 2017); pero difiere de lo encontrado en otros pueblos latinoamericanos donde asoma baja autoestima grupal (Golcher, 1993; IMO, 2015; Salazar, 1983, 1987).

No obstante, aun cuando los cubanos tienden a una sobrevaloración de sus cualidades, en ocasiones de manera acrítica y estereotipada (De la Torre, 2001), se evidencia una caracterización más crítica de sí mismos. Reflexiones de este corte aparecen desde la década de los 90 (Díaz, 1993), cuando se aludían elementos negativos como la doble moral, que eran atribuidos a la situación económica que se vivía (Período Especial) y considerados transitorios. Después de más de 20 años, con justificación similar, lo negativo asignado se ha incrementado con la inclusión de atributos como la mala educación, la deshonestidad, la corrupción, el consumo de drogas y la vagancia (García, 2017; Díaz, Escalona y Molina, 2017; Cámara, Rodríguez y de Jesús, 2016; Silva, Guamuán y Diogo, 2016; Lacalle y Ataury, 2019).

Tal reconocimiento se acompaña de evidente inconformidad y en acto de defensa de la identidad nacional cuando hacen referencia a ello lo asocian al “cómo estamos”, como una manera de enfatizar su transitoriedad atribuyéndolo a condiciones externas. Por el contrario, cuando se mencionan características de las cuales se sienten orgullosos como ser apasionado, enérgico, luchador y fiestero hablan del “cómo somos”, legitimando su aceptación y estabilidad en el tiempo. Sobre este particular, De la Torre (1997) ya ha llamado la atención.

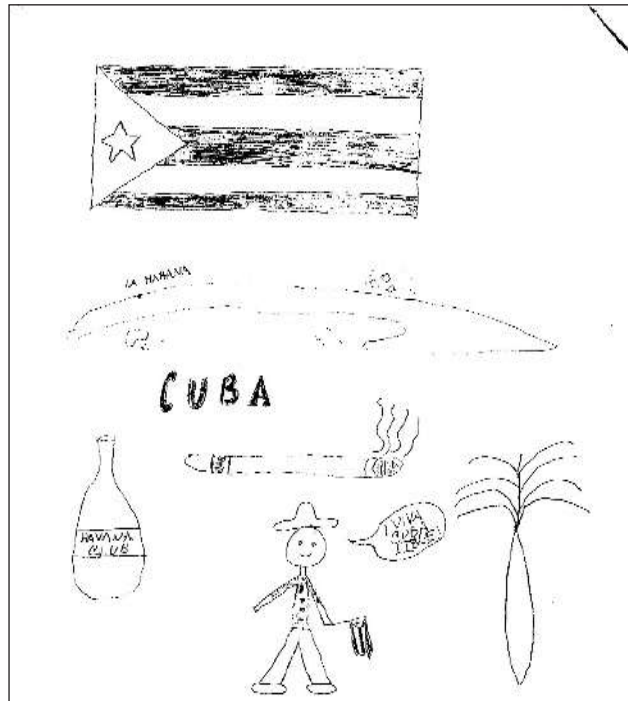
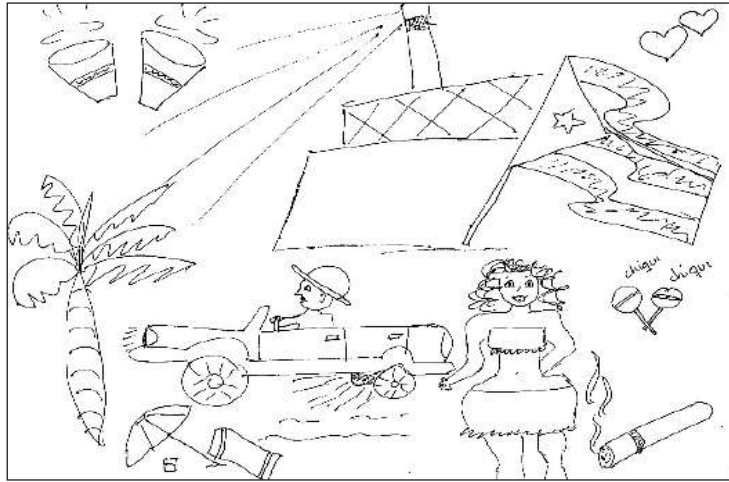
Con similar sentido de “protección” de la identidad nacional se plantea que son los mismos cubanos que se mantienen apáticos los que cuando hay un ciclón albergan a vecinos, comparten sus alimentos y donan parte de su ropa; dando muestras sobradas de sensibilidad, solidaridad y desinterés.

También son evidencias del dinamismo de las identidades y del carácter social de su configuración la identificación de características típicas de la generación sujeto de la investigación. Se definen entonces marcados por desigualdades en el poder adquisitivo que condicionan el acceso a determinados recursos y oportunidades; así como, la diversidad de pensamiento y acción, justificada por la “apertura al mundo” con las migraciones, las

comunicaciones y el auge del turismo. Atribuyen a sus coetáneos estilos de vida que privilegian el tener, lo que acompaña la desvalorización de profesiones tradicionalmente prestigiosas por no permitir altos ingresos económicos; la simultaneidad del estudio y el trabajo; la emigración como alternativa para la realización de los proyectos de vida. De igual modo, destacan la flexibilidad para aceptar las transformaciones.

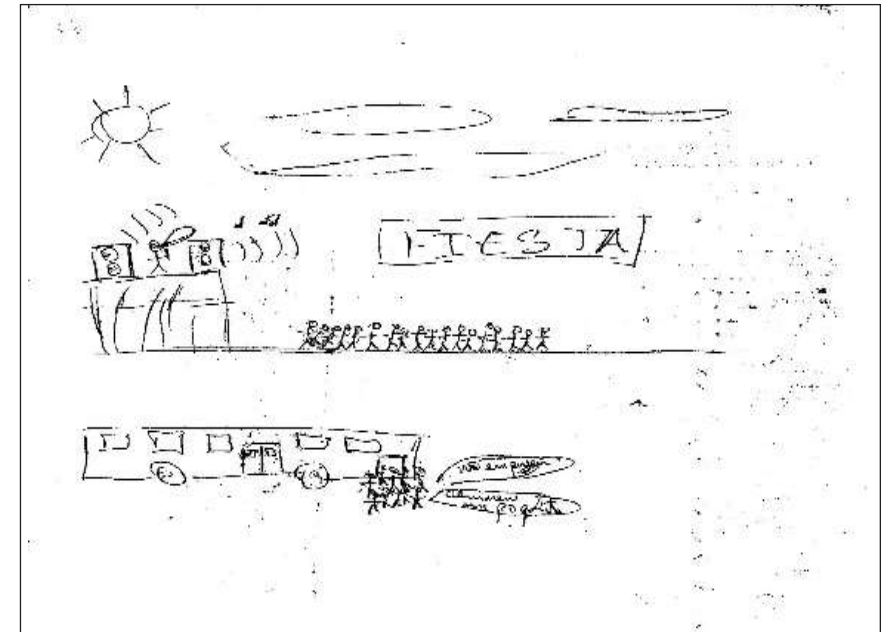
Describiendo a los jóvenes cubanos de hoy afirman: *Ahora hablamos más, antes no se hablaba tanto, había más prejuicios. Creo que esta es la verdadera generación de la batalla de ideas.* Es una generación más diversa, en tanto en ella *confluye un cubano que tiene cosas de otras partes del mundo pero que al final, el toque de cubano está.*

Estas distinciones con respecto a generaciones anteriores no atentan contra la necesaria continuidad en la identidad nacional. No hacen desaparecer los escenarios típicos de la cotidianidad del cubano referidos en los estudios de la década de los noventa: las colas, las paradas de guaguas, el malecón. Tampoco anulan el orgullo por la calidad de los servicios médicos, por la cultura y el deporte. No reemplazan al tabaco, la mulata, el sol, la playa, la música y el ron, como símbolos que son parte del estereotipo del cubano y reforzados en la promoción de la imagen de país a nivel internacional.



Dibujos 3 y 4 ¿Cómo somos los cubanos? realizados por jóvenes. Símbolos.

Se conserva el perfil del ser humano alegre, fiestero y musical, que disfruta compartir con otros, que coloca a la familia y los amigos en un lugar especial. Persiste el erotismo en el discurso y las relaciones interpersonales.



Dibujos 5 y 6. ¿Cómo somos los cubanos? realizados por jóvenes. Rasgos.

La existencia de una identidad nacional fuertemente sentida, valorada positivamente y aceptada con satisfacción, explica que la misma continúe funcionando como elemento aglutinador en una sociedad que se complejiza. No obstante, la misma es percibida con mayor criticidad que en décadas anteriores. Esta situación provoca múltiples lecturas: puede ser asumida como muestra de ganancia en autenticidad y flexibilidad, lo cual la fortalece; o como llamado de atención acerca de una transformación empobrecedora de su percepción, que de continuar avanzando puede generar que deje de sentirse como propia, con consecuentes cambios en la subjetividad individual y colectiva.

Dicha realidad impone nuevos retos a la investigación sobre el tema que nos ocupa. La sociedad cubana se hace más heterogénea, con la aparición de disímiles grupos identitarios que desde sus ópticas configuran y reconfiguran la identidad nacional, lo cual merece ser estudiado.

Referencias bibliográficas

- Bernal, A. (1944). *Cuestiones futuras de la enseñanza cubana*. Selecta.
- Bustamante, J.A. (1960). *Raíces psicológicas del cubano*. Imprenta Económica.
- Cámara, T.; Rodríguez, M. y de Jesús, I. (2016). *Identidad nacional. La autoimagen y heteroimagen en un grupo de jóvenes estudiantes universitarios de La Habana*. (trabajo de curso). Facultad de Psicología, Universidad de La Habana.
- Coello, G. y Parets, N. (1991). *Autoimagen del cubano e imagen del norteamericano y del latinoamericano*. (trabajo de curso). Facultad de Psicología, Universidad de La Habana.
- De la Rosa, G. (1989). *La imagen de los Estados Unidos en jóvenes cubanos: aproximación a su estudio*. (tesis de diploma). Facultad de Psicología, Universidad de La Habana.
- De la Rosa, G. (1987). *Imagen de los Estados Unidos en jóvenes cubanos: aproximación a su estudio*. (trabajo de curso). Facultad de Psicología, Universidad de La Habana.
- De la Torre, C. (2007). *Valores y motivaciones de los cubanos y las cubanas de hoy. Un aporte al conocimiento del mercado cubano y sus segmentos*. Informe de investigación. BRASCUBA.
- De la Torre, C. (2001). *Las Identidades. Una mirada desde la psicología*. Centro de Investigación de la Cultura Cubana "Juan Marinello".
- De la Torre, C. (1997). La identidad nacional del cubano. Logros y encrucijadas de un proyecto. *Revista Latinoamericana de Psicología*. pp.223-241.
- De la Torre, C. (1995). *¿Cómo somos los cubanos? Estudiantes de la Ciudad de La Habana responden dibujando*. Facultad de Psicología, Universidad de La Habana.

Díaz, C.; Escalona, A. y Molina, K. (2017). Retrato a lápiz de cubanas y cubanos del siglo XXI: Jóvenes universitarios dibujan su identidad nacional. *Revista Estudio* (22). CESJ. enero-junio. pp.14-21.

Díaz, C. (1993). Identidad nacional. Investigación y acción. *Revista Cubana de Psicología*. 10 (2-3). pp.2-3.

Díaz, C., Galguera, M. y Pérez, Y. (1989). *Estudio comparativo de la imagen del cubano en dos grupos de jóvenes*. (trabajo de curso). Facultad de Psicología, Universidad de La Habana.

Díaz, M. (2003). *Definiendo la identidad entre tres mundos: cubanoamericanos en Miami*. (tesis de doctorado). Facultad de Psicología, Universidad de La Habana.

Domínguez, M. (1995). Las investigaciones sobre la juventud. *Revista Temas*, (1). <http://temas.cult.cu/articulo/544/las-investigaciones-sobre-juventud>.

Domínguez, M.I. y Castilla, C. (2011). Prácticas participativas en grupos juveniles de Ciudad de La Habana. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*. enero-junio. 9 (1). pp.141-160.

Entralgo, E. (1947). *Perioca sociográfica de la cubanidad*. Editorial Jesús Montero.

Erikson, E. (1959). *Identity and the life cycle*. Norton.

Erikson, E. (1966). *Infancia y sociedad*. Paidós, Edic Hormé.

García, R. (2017). “La guagua de todos”. *Un estudio de identidad nacional en jóvenes capitalinos*. (tesis de diploma). Facultad de Psicología, Universidad de La Habana.

Garriga, T. (2009). *Cubanos y norteamericanos. Una investigación de autoimagen y heteroimagen*. (tesis de diploma). Facultad de Psicología, Universidad de La Habana.

Golcher, E. (1993). Reflexiones en torno a la identidad nacional costarricense. *Anuario de Estudios Centroamericanos*. pp 91-99.

González, A. y García, M. (1989). *Autoimagen del cubano e imagen del norteamericano en un grupo de jóvenes*. (trabajo de curso). Facultad de Psicología, Universidad de La Habana.

Hernández, R., Fernández, C., y Baptista, P. (2014). *Metodología de la Investigación*. 6ta Ed. Mc Graw-Hill/Interamericana de Editores.

Instituto de Mercadotecnia y Opinión. (2015). *Encuesta nacional en México sobre Identidad Nacional*. WAPOR.

Lacalle, A. y Ataury, A. (2019). *Identidad nacional y participación social. Un estudio en jóvenes universitarios de La Habana*. (trabajo de curso). Facultad de Psicología, Universidad de La Habana.

Mañach, J. (1940). *Indagación al choteo*. (2da edición). La Verónica.

Mañach, J. (1944). *Historia y estilo*. Editorial Revista de Avance.

Martín, C. y Perera, M. (1996). *El cubano frente al espejo*. *Revista Caminos* (3). pp.16-19.

Martínez, F. (junio, 2012). Identidad y cultura nacionales: historia y temas actuales. Versión revisada de la conferencia impartida por el autor a los miembros de la UJC del Ministerio de Relaciones Exteriores, con motivo del Día de la Cultura Nacional. <http://revista.ecaminos.org/article/identidad-y-cultura-nacionales-historia-y-temas--2/>.

Masó y Vázquez, C. (1941). *El carácter cubano: apuntes para un ensayo de psicología social*. (tesis de doctorado). Universidad de La Habana.

Morales, E. (2017). Identidades colectivas, identidades marginadas en la juventud cubana. En *Identidad, cultura y juventud*. Instituto Cubano de Investigación Cultural “Juan Marinello”. pp.77-96.

Morales, E. (2011). *Percepción social de marginación en jóvenes cubanos*. (tesis de doctorado). Facultad de Psicología, Universidad de La Habana.

Ortiz, F. (1963). *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Consejo Nacional de Cultura.

Ortiz, F. (Mayo-diciembre de 2008). Los factores humanos de la cubanidad. *Perfiles de la Cultura Cubana*. (02) pp.1-15.

Pañellas, D. (2012). *Grupos e identidades en la estructura social cubana*. (tesis de doctorado). Facultad de Psicología, Universidad de La Habana.

Pañellas, D. (2017). Identidades sociales y jóvenes. Notas a tono de debate. En *Identidad, cultura y juventud*. Instituto Cubano de Investigación Cultural "Juan Marinello". pp. 99-112.

Peñate, A. y López D. (2009). La Habana: Jóvenes, barrios e identidad. Apuntes desde la investigación social. En *Última Década*. 17 (31). pp.31-54.

Salazar, J.M. (1987). El latinoamericanismo como ideal político. En Montero. M. (Ed.) *Psicología política latinoamericana*. Panapo. pp.203-227.

Salazar, J.M. (1983). *Bases psicológicas del nacionalismo*. Trillas.

Silva, A.; Guamuán, D. y Diogo, A. (2016). *Un estudio de autoimagen en un grupo de jóvenes universitarios del Instituto Superior Politécnico José Antonio Echeverría*. (trabajo de curso). Facultad de Psicología, Universidad de La Habana.

Sorín, M. (1991). Identidad nacional, identidad latinoamericana y desarrollo moral de la personalidad en el cubano de hoy. En Montero, M. (Coord.). *Acción y discurso: problemas de psicología política en América Latina*. EDUVEN. pp. 154-171.

Tejeda, L. (1990). *Aproximación al estudio de la identidad cultural y su vínculo con el desarrollo moral de algunos creadores*. (tesis de doctorado). Academia de Ciencias.

Torres, E. (2017). *Espada y escudo de la nación cubana*. <http://www.lajiribilla.cu/articulo/espada-y-escudo-de-la-nacion-cubana-1>.

Varona, E.J. (1891). El diccionario biográfico cubano. En *Artículos y discursos* (literatura, política y sociología). Imprenta de Álvarez y Co. pp.66-71.

Varona, E.J. (1919). Mirando en torno ¿abriremos los ojos? En Varona, E.J. *De la colonia a la República* (selección de trabajos agrupados por el autor). Sociedad Editorial de Cuba Contemporánea. pp. 228-234.

Vincent, M. (1989). *Estudio psicosemántico sobre Identidad Nacional*. (tesis de diploma). Facultad de Psicología, Universidad de La Habana.

Juventudes rurales: acercamiento desde el imaginario juvenil urbanocéntrico, las estadísticas y las investigaciones

Yenisei Bombino Companioni

Introducción

El estudio de las publicaciones realizadas en el período 2009-2019 sobre juventud rural en Cuba permitió constatar un escaso desarrollo como tema autónomo, objeto de debate científico y de políticas específicas. Además de la carencia de investigaciones dedicadas a explorar interrogantes relacionadas con ¿quiénes son los jóvenes residentes en comunidades rurales? ¿cómo viven su condición juvenil? y ¿cuáles son sus expectativas, proyectos de vida, valores compartidos?, la mayoría de las investigaciones se aproximan a esta población desde su condición de productores y trabajadores agrícolas, y en su relación con las entidades agropecuarias, fundamentalmente en el sector cooperativo.

El artículo pretende ser un diálogo entre el imaginario social que sobre las juventudes rurales tienen estudiantes de la carrera de Sociología de la Universidad de La Habana y de la Universidad Central “Marta Abreu” de Las Villas, con las estadísticas y los resultados de las investigaciones publicados en los últimos 10 años, de manera que permita mostrar certezas y/o deconstruir estereotipos sociales.

Durante dos cursos consecutivos (2017-2018 y 2018-2019), como parte de la docencia de la asignatura Sociología Agraria, se solicitó a los estudiantes¹ de cuarto año de la carrera de Sociología, de la Universidad de La Habana (UH), identificar el significado que tiene para ellos ser un o una joven rural, para lo cual se realizó un completamiento de frases, y quienes se motivaron pudieron expresarse, además, a través de un dibujo. También, en el curso escolar 2018-2019 tuvo lugar en la Universidad Central “Marta Abreu” de Las Villas, el Taller *Debates sobre oportunidades y retos de la juventud rural y del sector agropecuario*, con la participación de estudiantes y profesoras jóvenes de la carrera de Sociología, a quienes se les solicitó representar mediante un dibujo, a una mujer y a un hombre joven rural.

El artículo inicia con un posicionamiento teórico en el que se colocan nudos centrales del debate en torno a los conceptos de juventud y ruralidad. Las reflexiones finales pretenden tributar a futuras investigaciones dedicadas al estudio de las identidades de las juventudes residentes en áreas rurales, para ello se realizan generalizaciones fundamentadas en el marco teórico-conceptual y en los resultados obtenidos en este estudio.

Posicionamiento teórico del constructo juventudes rurales

La juventud es una categoría social y culturalmente construida, con duración y rasgos específicos según la sociedad o el estrato al que pertenece. En clave intrageneracional se caracteriza por la pluralidad endogrupal debido a la diversidad de prácticas, sentidos, universos simbólicos y de significación que convergen en ella en interconexión con variables como clase, sexo/género, etnia, color de la piel, ocupación, zona de residencia (urbana/rural), entre otras, lo cual conlleva a hablar no de un único modelo de juventud sino, reconocer la existencia de juventudes. Estas concepciones posicionan

¹ Participaron 42 estudiantes, la mayoría residente en La Habana, cinco viven en la provincia Artemisa y dos son extranjeros.

en el debate teórico el concepto de condición juvenil, reconocido como una experiencia situada que potencia formas de re-existencia de los y las jóvenes (Bourdieu, 1990; Alvarado y Vommaro, 2014; Pérez Islas, 2000).

La interconexión de los constructos sociales *juventud* y *ruralidad* complejiza el análisis. Se reconoce lo rural no solo como áreas y estructuras organizativas agroproductivas, si no también, como espacios complejos de interacción social en los que se (re)construyen modos de vida, identidades y prácticas socioculturales específicas de sus pobladores, en permanente diálogo con el estilo de vida urbano a través de los múltiples lazos de interacción socioeconómica existentes entre ellos. Según Luis Caputo: “...la ruralidad denota una concepción totalizante que reúne la territorialidad, lo productivo, los saberes, los elementos simbólicos, las formas y estilos de vida del campo” (2006 citado por Elías, 2017, pp.11-12).

Por ello, la necesidad de hablar de “nueva ruralidad debido a los cambios acontecidos en las estructuras de esas sociedades, cambios en las relaciones económicas, sociales y comerciales y como consecuencias cambios violentos en los sistemas de trabajo, en las estrategias de vida y en las subjetividades” (Elías, 2017a, p.13).

Para Yanko González (2004) lo rural es

(...) aquel espacio que sintetiza las contracciones de la imposición y apropiación (pos) modernizadora (...) no es una desaparición de lo “eternamente” propio y distinto, sino más bien una recombinación multitemporal y multi-identitaria de las formas de comprender y experimentar la cultura y el espacio por los actores que lo habitan; una combinatoria entre tradición, modernismo cultural y modernización socioeconómica (pp.201-202).

Una aproximación al estudio de la identidad de las juventudes que residen en áreas rurales debe retomar las pistas epistemológicas ofrecidas por Klaudio Duarte (2001) como herramientas que permiten aprender a mirar y conocer las juventudes, en tanto portadoras de diferencias y singularidades que construyen su pluralidad y diversidad en los distintos espacios sociales. Al respecto plantea: “A las ya tradicionales exigencias respecto de la clase, el género, la religión y la raza, se suman hoy exigencias respecto de los estilos culturales y de los subgrupos etarios que se comprenden dentro del grupo social juventud” (p.68).

Según Feixa (1999), para que exista juventud debe darse, por una parte, una serie de condiciones sociales como normas, comportamientos e instituciones que distingan a los jóvenes de otros grupos de edad y, por otra parte, una serie de imágenes culturales expresado en valores, atributos y ritos asociados específicamente a los jóvenes. Al decir de Yanko González, “las juventudes rurales cuentan con débiles espacios culturales propiamente juveniles y un período de moratoria o postergación de los roles adultos diferenciales [respecto a sus pares urbanos]” (2003, p.162). Para Durston, la carencia de espacios propiamente juveniles en las comunidades rurales se debe a “la herencia gerontocrática y patriarcal de las culturas campesinas” (1997 citado por González, 2003, p.163).

Por su parte, José Bengoa (2003, p.60) sostiene que “hablar de identidad es conversar acerca de supervivencia, no tanto al nivel de la economía sino sobre todo al nivel de la reconstrucción cultural de la comunidad rural en la modernidad”.

En las sociedades rurales actuales, los medios de comunicación y el uso de las nuevas tecnologías desempeñan un rol central en la vida de los y las jóvenes. La invasión tecnológica, cultural y de mercado (la moda, la música, el ocio y el trabajo) impuesta por la globalización (re)construyen la reali-

dad juvenil que los lleva a considerar como opciones de vida y patrones de consumo cultural, aquellos ajenos a la tradicional realidad rural (Jurado y Tobasura, 2012; González, 2004; Hernández, 2019).

La doble condición de jóvenes y habitantes de comunidades rurales configura una identidad colectiva que los singulariza como grupo en condición juvenil y como generación, en cuanto a prácticas sociales-culturales, (re)creaciones subjetivas e identitarias y modos de ser.

Gabriel Kessler (2005) en su estudio: *Estado del arte de la investigación sobre juventud rural en América Latina*, identifica tres dimensiones que estructuran la definición sobre juventud rural, ellas son: residencia en el espacio rural, origen rural/campesino, arraigo en tradiciones, costumbres y prácticas culturales campesinas cotidianas.

La autora asume que la juventud rural es la población cuyas edades oscilan entre 15 y 30 años de edad, y sus prácticas, subjetivaciones e identidades cotidianas se (re)construyen en espacios de socialización en torno a lo rural, bien porque de manera cotidiana residen en asentamientos humanos rurales y/o laboran en actividades agropecuarias (Bombino, 2014).

Miradas a las juventudes rurales cubanas

Un acercamiento al imaginario urbanocéntrico de un grupo de jóvenes

El estudiantado de la carrera de Sociología de la UH participante en el estudio, considera que la felicidad y la alegría son cualidades comunes con los jóvenes rurales. Identifica compartir, además, necesidades sociales relacionadas con las posibilidades de superación y aprendizaje, de recreación, la capacidad de adaptación y transformación ante los cambios sociales, la búsqueda de nuevas experiencias,

tener aspiraciones, soñar y hacer planes. A la vez, reconoce en la juventud rural cualidades que la caracteriza como laboriosa, trabajadora, ruda, fuerte, humilde y noble.

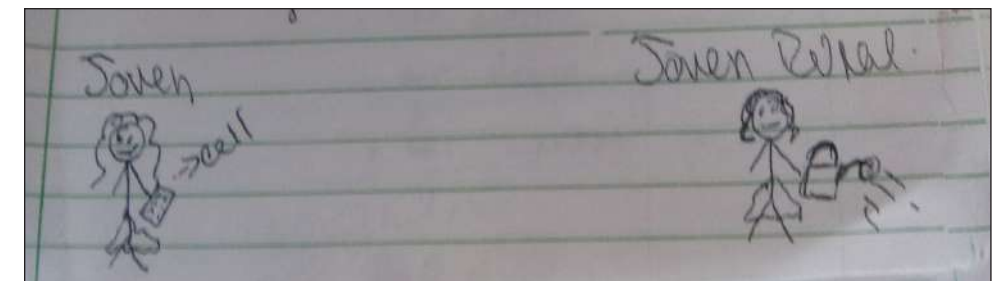
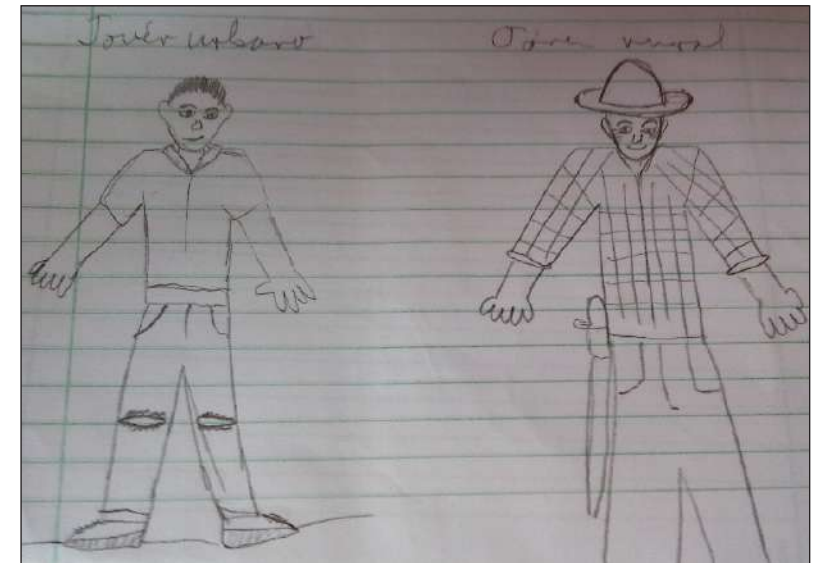
Estos jóvenes sitúan el análisis sobre la juventud rural a partir de la comparación entre los beneficios y las dificultades que generan la vida cotidiana de la ciudad y el campo. Se representan a las comunidades rurales signadas por carencias y restricciones, lo cual limita a las juventudes satisfacer las posibilidades de estudio, trabajo y recreación, al respecto señalan: *están alejados (los jóvenes) de los principales centros recreativos, educacionales, laborales y económicos.*

No reconocen la existencia y disponibilidad en estas comunidades de centros deportivos, recreativos y lúdicos donde se propicie el encuentro entre pares, por lo que consideran que *no están incorporados a las dinámicas que se viven en la ciudad producto a la lejanía de los espacios centrales donde se reúne la juventud.*

La mayoría de los dibujos reflejaron a personajes varones (23 de un total de 30 figuras humanas). La forma de vestir y el uso de equipos e implementos constituyen elementos que caracterizan —a la vez que diferencian— a la población joven rural respecto a la urbana. En las imágenes, muestran a la juventud urbana portando celular y audífonos, mientras al joven rural lo presentan con útiles agroproductivos como son machete, rastrillo y guataca; además de camisas a cuadros, sombrero y botas, indumentaria considerada por los ganaderos² como parte de su identidad sociocultural vinculada al oficio. Los jóvenes

² “Vaquero completo del botín al sombrero”, frase empleada por un joven rural en un taller sobre sensibilización de género, realizado en el municipio La Sierpe, provincia de Sancti Spiritus.

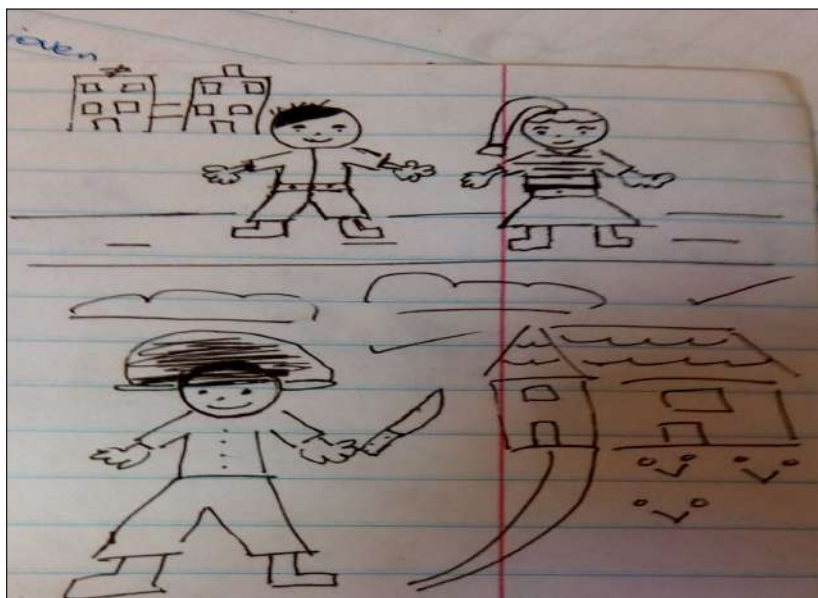
encuestados que residen en La Habana consideran a sus pares rurales como “*cheos*”³ para la cultura de la ciudad”, criterio que se fundamenta en el estereotipo descrito en la manera de vestir.



Dibujos 1 y 2. Realizados por estudiantes de la carrera de Sociología de la Universidad de La Habana, para ilustrar quiénes son los/as jóvenes urbanos y rurales.

Los personajes rurales aparecen próximos a la naturaleza: sembrados, nubes, montañas y árboles. Los espacios urbanos los caracterizan por la presencia de edificios multifamiliares y automóviles.

³ Expresión utilizada para decir que no están a la moda, que están ridículos.



Dibujo 3. Realizado por estudiantes de la carrera de Sociología de la Universidad de La Habana, para mostrar quiénes son los/as jóvenes urbanos y rurales.

Los resultados del Taller *Debates sobre oportunidades y retos de la juventud rural y del sector agropecuario*⁴, están influenciados por las vivencias cotidianas de las estudiantes con el ámbito rural, dado que la mayoría son de origen campesino y no residen en el municipio cabecera de la provincia Villa Clara.

El dibujo 3 muestra la coexistencia de patrones culturales modernos y tradicionales a través de personajes que portan símbolos “típicos” del campo como son: el caballo, el sombrero, las botas, la camisa a cuadros, junto con atributos que refieren “modernidad”, por ejemplo, el joven usa una cadena, la joven tiene un cigarro en la mano, también disponen de celular y/o teléfono. El rostro del joven fue dibujado con esmero y muestra características de masculinidades no hegemónicas: tiene perfiladas las cejas y usa barba a la moda.

⁴ Realizado en la Universidad Central “Marta Abreu” de Las Villas, con la participación de estudiantes (todas mujeres) y profesoras jóvenes de la carrera de Sociología, durante el curso 2018-2019.

A diferencia del ejercicio realizado con el estudiantado de La Habana, en Villa Clara reforzaron la división social del trabajo que coloca a las mujeres en el espacio doméstico (privado) y a los hombres en el ámbito público. A través de símbolos e imágenes representaron la sobrecarga de trabajo de las mujeres rurales en el ejercicio de roles de cuidado a hijos, atención a los animales del patio de la casa y cocción de alimentos. Entre los símbolos resulta importante destacar la presencia de lágrimas en la mujer, la botella de alcohol, el cigarro, así como el televisor para *ver novelas*, como fue expresado por las estudiantes en la construcción de la historia de vida del personaje. Estos elementos fueron utilizados por las estudiantes para confirmar el estado depresivo y la tristeza de las mujeres como resultado de la sobrecarga de trabajo.



Dibujos 4 y 5. Realizados por estudiantes y profesoras de la carrera de Sociología en la Universidad Central “Marta Abreu” de Las Villas, para ilustrar quiénes son los/as jóvenes urbanos y rurales.

La socialización en el espacio rural constituye otro aspecto significativo en la construcción del imaginario social sobre las juventudes rurales, a quienes asocian con el *respeto a las tradiciones y las costumbres, apego a la familia, una cultura arraigada al campo*. La mayoría del estudiantado reconoce el trabajo en el sector agropecuario como la principal actividad laboral de estos jóvenes, lo cual se confirma en las siguientes frases: *les caracteriza conversar sobre el campo, pensar en las tierras, los animales y los equipos productivos, tienen vínculo cercano al trabajo, a las tareas propias de donde viven*.

Es importante señalar que, aunque solo fue mencionado en una ocasión, se relacionó ser joven rural con *los viajes a la ciudad y tener deseos de mudarse*. Llegado a este punto, resulta necesario reflexionar sobre cuánto de realidad y de estereotipos sociales han reproducido estos jóvenes de La Habana en la construcción social realizada sobre la juventud rural cubana, porque como plantea Durston (2001, p.101) “es menester superar el estereotipo existente de la juventud rural para lograr dar cuenta de sus tendencias predominantes, su diversidad y sus individualidades”.

A continuación, se analizan las fuentes estadísticas del país y se consultan diferentes publicaciones que permiten discernir con los criterios planteados por el estudiantado.

Evidencias vs. estereotipos

En Cuba, aproximadamente 2,2 millones de personas tienen entre 15 y 29 años de edad, representan el 19,9% de la población cubana; de ellos, menos de una cuarta parte reside en áreas rurales, y el 53,6% son varones (ONEI, 2014; CEPDE, 2018).

Aunque la categoría color de la piel no fue mencionada, es importante señalar que las zonas rurales reproducen el patrón del país donde la mayor parte de los jóvenes son de piel blanca (60%), le siguen los mestizos o mulatos (34%) y en menor proporción quienes tienen la piel negra (6%) (Estévez, Martinto y Bombino, 2017).

Continuidad de estudios

El Atlas de la Infancia y la Adolescencia en Cuba (Íñiguez et al., 2017) identifica que la actividad principal de los adolescentes de 15 a 17 años es el estudio (78% del total), pero en las zonas urbanas lo hace un 10% más de adolescentes en estas edades, que en las rurales.

Aunque con bajos porcentajes, resultado de las políticas públicas del país que garantizan el acceso universal y gratuito a la educación, el Censo de Población y Viviendas de Cuba de 2012 (ONEI, 2012), muestra que la proporción de jóvenes rurales que no tiene ningún nivel educacional concluido duplica a los jóvenes urbanos en esa condición, y triplica en la categoría de quienes tienen el nivel primario terminado. El porcentaje de jóvenes urbanos con niveles de formación medio superior (pre-universitario y técnico medio) resulta mayor al de sus pares rurales, y se duplica en el nivel superior o universitario (Tabla 1).

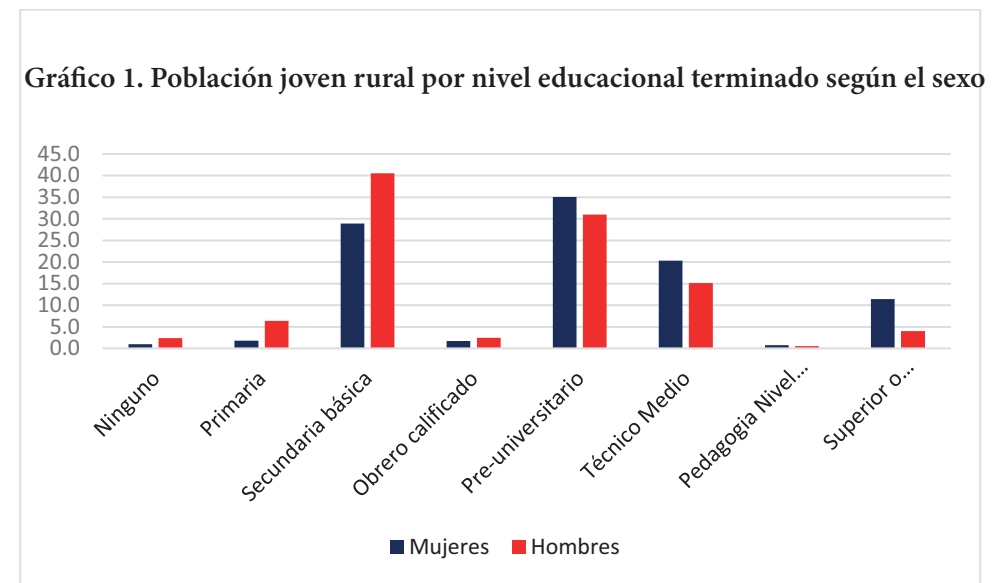
	Urbano		Rural	
	No.	%	No.	%
Ninguno	16 565	0.9	10 644	2.0
Primaria	30 787	1.8	29 974	5.6
Secundaria Básica	499 929	28.9	206 021	38.8
Obrero Calificado	29 776	1.7	8 306	1.6
Pre universitario	605 791	35.0	179 219	33.8
Técnico Medio	351 547	20.3	71 842	13.5
Pedagogía Nivel Medio	13 222	0.8	4 340	0.8
Superior o universitario	197 436	11.4	31 114	5.9
Total	1 745 053	100.00	541 460	100.00

Fuente: Elaborada por la autora a partir de las estadísticas publicadas por el Censo de Población y Viviendas, Informe Nacional, 2012 (ONEI, 2014).

El proceso de actualización del modelo social y económico cubano iniciado en el 2011, conllevó —entre otros importantes cambios— al reordenamiento de la red escolar del país. Ello implicó la implementación de transformaciones estructurales y funcionales de las diferentes instituciones educativas, (Estévez y Abadie, 2014), lo cual generó su compactación en correspondencia con el desarrollo económico, socio-demográfico y el lugar de residencia de los educandos.

La población de infantil, adolescente y joven de las zonas rurales, es quien más ha afectado sus posibilidades de continuidad de estudios, debido a que la mayoría de las instituciones escolares que dejaron de funcionar, resultado de la implementación del proceso de compactación de los centros educativos, se localizaban en espacios rurales. Las instituciones escolares del nivel medio y superior a las que deben asistir las poblaciones rurales, están ubicadas en comunidades urbanas (ciudad o pueblo), muchas de ellas distantes de las localidades de residencia.

Según la variable sexo, se aprecia que el 47% de los muchachos interrumpen su formación en los niveles educativos primario y secundario; el porcentaje de varones sin nivel escolar duplica al de las muchachas. Las mujeres muestran mejores resultados educativos en todos los niveles, incluido el superior o universitario, en el que representan el doble de los varones graduados (Gráfico 1).



Fuente: Elaborado por la autora a partir de la estadísticas publicadas por el Censo de Población y Viviendas, Informe Nacional, 2012 (ONEI, 2014).

En los últimos años, en las zonas rurales, y en particular en las comunidades dispersas, se aprecia un incremento de la maternidad adolescente. Esta situación provoca la salida del sistema educativo de las adolescentes y jóvenes, quienes emprenden, además, el camino de la nupcialidad en uniones no formales (Quintana y Bombino, 2012). Estas experiencias les implica asumir roles diversos como cuidadoras de hijos/as y otros familiares adultos y/o enfermos, trabajadoras remuneradas, y hacedoras de quehaceres domésticos. El Censo identificó que entre las personas de 15 a 17 años de edad ocupadas en quehaceres del hogar, los valores porcentuales en zonas rurales duplican a los urbanos y son más altos en las muchachas (Íñiguez et al., 2017).

Vínculo con el trabajo en el sector agropecuario

El sector agropecuario constituye la principal fuente de empleo de las comunidades rurales y una importante oportunidad de inserción laboral en las ciudades a través de la agricultura urbana y suburbana. Históricamente, ha constituido una práctica cotidiana de las familias campesinas que infantes, adolescentes y jóvenes se vinculen en condición de ayudantes a “la agricultura familiar no remunerada: laboreo en las áreas de autoconsumo, atención a los animales o se incorporan a la producción en los picos de cosecha” (Bombino, 2015, p.56).

La población joven representa el 19,9% de las personas ocupadas en el sector de la actividad económica de agricultura, ganadería, caza y silvicultura (son 200 639 de un total de 1 010 252), de ellos, el 77,2% son hombres y el 23,8% mujeres. En la categoría ocupacional de agricultores y trabajadores calificados, agropecuarios y pesqueros constituyen el 20,5% (son 102 858 de un total de 502 696), de ellos, el 83,6% son hombres y el 16,4% mujeres. Entre quienes son agricultores y trabajadores calificados, agropecuarios y pesqueros como ocupación secundaria, forman el 14,2% (son 768 de un total de 5 427), de ellos, el 81,1% son hombres y el 18,9% mujeres (ONEI, 2014).

Estas estadísticas permiten identificar dos importantes brechas presentes relacionadas con la población de 15 a 29 años: los jóvenes de uno y otro sexo son aproximadamente la quinta parte de quienes están ocupados en el sector agropecuario, de ellos, los varones son más de las tres cuartas partes, lo cual reafirma mayor presencia de hombres jóvenes que de mujeres jóvenes.

Los estudios consultados plantean que la juventud rural no tiene motivación por vincularse al trabajo agropecuario (Bombino, 2015, 2018; Domínguez, 2010; González, Cañizares, Reyes, Padilla y González, 2016; Hernández y Martínez, 2018; López, 2017; Martín, 2017; Ortega, 2015). Aunque provengan de una familia de tradición campesina, han desarrolla-

do una autopercepción individual y colectiva diferente a ser productores de la tierra (Martín, 2017), lo cual tiene relación con una concepción más general de la formación a nivel social que ha privilegiado el trabajo profesional urbano y ese es el que está enraizado en las aspiraciones juveniles desde los años ochenta (Domínguez, 2010). Por su parte, Ávalos y Pérez (2008) identifican que los móviles fundamentales para la incorporación son predominantemente económicos.

Los estudios mencionados revelan diversas razones para esta falta de interés por el trabajo agropecuario. Estas aluden, por una parte, situaciones relacionadas con el sector: poco reconocimiento, no confiere prestigio social, deficientes condiciones de trabajo, escasez de recursos, obsolescencia tecnológica, reproducción productiva distante a procesos de innovación y bajos ingresos y, por otro lado, la necesidad de satisfacer expectativas de desarrollo profesional, el interés por superarse y alcanzar niveles de bienestar asociados a los espacios urbanos.

Migraciones

La juventud rural con regularidad, y desde muy temprana edad, mantiene vínculos con la ciudad, bien sea para cursar estudios en las enseñanzas secundaria, preuniversitaria y superior, como para recibir asistencia médica en los niveles secundarios y terciarios de salud, para participar en espacios recreativos como fiestas populares, competencias deportivas, etc. También “consumen” el modo de vida urbano a través de los medios de comunicación y de las nuevas tecnologías.

Tener deseos de migrar de las comunidades rurales hacia la ciudad se expresa en sus proyectos de vida. Además, las estadísticas constatan el éxodo de la población de mujeres y hombres jóvenes, que se incrementa en los subgrupos de 20-24 y 25-29 años (Tabla 2). Este resultado da cuenta que la emi-

gración ocurre a partir de que los jóvenes culminan los estudios y se titulan como universitarios, técnicos u obreros calificados, lo que les permite acceder con competencias al mercado laboral urbano (Bombino, 2015).

Grupos de edades	Rural		
	Total	Hombres	Mujeres
Jóvenes	-1497	-772	-725
15 a 19 años	-275	-104	-171
20 a 24 años	-634	-339	-295
25 a 29 años	-588	-329	-259

Fuente: Tomado de Estévez, Martinto y Bombino (2017).

Los estudios consultados (González, Cañizares, Reyes, Padilla y González, 2016; CESJ, 2016) apuntan que el anhelo de migrar se justifica por el deseo de satisfacer necesidades que en sus comunidades no lo logran, como son: mejorar las fuentes de empleo, acercarse a servicios de salud y educación, inconformidad con las expectativas educativas y laborales, sentimientos de aislamiento, problemas con el transporte, búsqueda de mejoras salariales y dificultades para adquirir una vivienda en buen estado.

Este resultado se conecta con las aspiraciones de la población joven residente en comunidades rurales, las cuales están dirigidas, principalmente, a la adquisición de un capital socioeducativo y cultural (terminar estudios, superarse y alcanzar reconocimiento profesional), desempeñarse laboralmente con éxito en la carrera que se estudió, así como los relativos a la conformación de una familia y su bienestar. También se relaciona con las insatisfacciones que, en los ámbitos de estudio y empleo, se presentan con la ubicación laboral, porque una vez culminado los estudios no existe el puesto de trabajo en la comunidad rural, limitadas posibilidades —entre ellas de

transporte— para continuar estudiando y alcanzar grados superiores. No pueden estudiar determinadas carreras porque el territorio no las solicita, al no responder a las necesidades de desarrollo de estas zonas (CESJ, 2016).

La mayoría de los y las jóvenes desea mudarse, en primer lugar, hacia el municipio cabecera provincial por ser este un espacio usualmente conocido por las frecuentes visitas, seguido por localidades situadas en provincias cercanas y, en menor medida, a la capital del país.

Autopercepción de su identidad

La investigación realizada por el CESJ (2016) muestra que a pesar de que los jóvenes rurales encuestados reflejan proyectos de vida y aspiraciones que no necesariamente se satisfacen en el ámbito rural, el 82,3% se encuentra satisfecho de vivir en su localidad, el 80,9% se identifica con la misma y el 81,1% se siente orgulloso de esta. Este hallazgo permite reconocer una oportunidad para fortalecer y reconstruir una identidad juvenil rural ajustada a las actuales maneras de ser joven y conocer su condición en un contexto rural que refuerza importantes lazos cada vez más difusos con las áreas urbanas, donde el consumo de la cultura urbana por donde primero llega y con mayor fuerza es a través de la población juvenil.

En los estudios consultados, (CESJ, 2016; González, Cañizares, Reyes, Padilla y González, 2016; Martín, 2017) los jóvenes rurales se autoperceben con cualidades positivas como son: ser sencillos, trabajadores, honestos, humildes, solidarios y sacrificados. Se valoran en vínculo con el trabajo agropecuario, a partir de lo cual se autocalifican como consagrados al mismo, intransigentes, con sentido del deber, responsables, cooperativos y disciplinados. Se comparan con sus pares urbanos en cuanto a oportunidades de desarrollo, perciben sus opciones como “atrasadas” y consideran que las comunidades urbanas tienen más posibilidades de acceder a diferentes alternativas educativas y recreativas.

Suelen tener sobre sus pares urbanos una opinión negativa y señalan que el comportamiento social los diferencia; valoran que el joven urbano es más indisciplinado y proclive a cometer actos violentos y de vandalismo.

Reflexiones finales

De manera general se puede decir que resultan insuficientes las investigaciones que den cuenta del reconocimiento de las juventudes rurales como colectividad que debe ser entendida en constante intercambio con sus pares y prácticas urbanas, poseedora de su propia identidad e historia, condicionada por un modo de producción, un ritmo y una espacialidad particular, que van a determinar su vida cotidiana y las representaciones sociales que se hagan de ella (Elías, 2017a).

El artículo ha realizado un acercamiento a las juventudes rurales desde la mirada de “los otros” —los pares urbanos— y de las publicaciones (estadísticas y científicas) que permite llegar a las siguientes generalizaciones:

- La condición de ser jóvenes pone en común necesidades (de superación educacional y recreación), actitudes ante la vida (como la alegre y feliz) y un espíritu emprendedor y jovial, de las juventudes residentes en áreas urbanas o rurales.
- La dimensión residencia urbano/rural constituye el principal punto de inflexión de las diferencias entre las juventudes de estos territorios, en cuanto a las posibilidades y dificultades que enfrentan para desplegar sus potencialidades. Para el ámbito rural, la naturaleza y el vínculo con ella constituye un aspecto utilizado para construir la identidad de las juventudes.

- Las principales diferencias registradas están dadas en la forma de vestir, en identificar a quienes viven en la ciudad con las nuevas tecnologías y a los rurales con instrumentos característicos del trabajo agropecuario y el ambiente de naturaleza que signa la cotidianidad.
- Coexiste en la cotidianidad de los jóvenes un debate entre modernidad vs. tradición/naturaleza. Al decir de Jurado y Tobasura (2012): “La identidad de los jóvenes y las jóvenes de territorios rurales interactúa con la cultura tradicional, de modo que vive la tensión de la globalización, por un lado, y las costumbres campesinas de los padres, madres y mayores, por otro” (p.67).
- La valoración de la vida rural es una condición para reconocer la cultura campesina, la cual es considerada como “atrasada”. Lo cual implica el debilitamiento de la construcción de la identidad personal y grupal, afecta la autoestima e incide en la elaboración de proyectos de vida fuera del espacio rural.

En el debate entre el imaginario social urbanocéntrico, las fuentes estadísticas y las investigaciones, se muestran desafíos que inciden en la construcción de la identidad individual y colectiva de los jóvenes rurales cubanos, entre los que se encuentran:

- Tienen mayores niveles educativos que la generación que les antecede, pero menores respecto a sus pares urbanos.
- Protagonizan procesos de emigración hacia zonas urbanas y peri-urbanas.
- Vivencian pérdida de tradiciones, desarraigo cultural y falta de sentido de pertenencia al medio rural.
- Muestran una movilidad socio-ocupacional hacia el área de los servicios.

- Las mujeres tienen el primer hijo en edades tempranas y un elevado número de ellas se dedica al trabajo doméstico como amas de casa.
- Mantienen relaciones de pareja estables, a través de unión consensual o el matrimonio.
- Viven un conflicto de “doble filo” en cuanto al carácter estereotipado de la juventud reconocida como osada, valiente, rebelde, enérgica y apasionada, pero no inspiran confianza, seguridad y seriedad, por lo que les limitan las oportunidades de desarrollo y participación social.

Merece ser destacada la percepción compartida en cuanto a las cualidades positivas que poseen: sencillez, laboriosidad, honestidad, humildad, solidaridad y sacrificio. Se auto valoran en vínculo con el trabajo agropecuario, como consagrados al trabajo, intransigentes, con sentido del deber, responsabilidad, cooperación y disciplina.

De acuerdo con Feixa (1999), los espacios rurales reclaman nuevas miradas sobre sus juventudes centradas en su potencial para la transformación productiva, en su apertura a la innovación y en su capacidad para enfrentar las nuevas posibilidades y los desafíos de la vida moderna. Según Caputo (2001, p.3) indagar sobre “quiénes son las y los campesinos jóvenes”, significa de alguna manera justificar el pasado y el presente, sobre todo, es interrogarse acerca de la construcción del futuro.

Permita el presente artículo motivar el desarrollo de próximos estudios dedicados a las identidades de las juventudes rurales cubanas, que integren un posicionamiento histórico, situado e interseccional.

Referencias bibliográficas

- Alvarado, S.V. y Vommaro, P. (2014). *En busca de las condiciones juveniles latinoamericanas*. CLACSO.
- Ávalos, O. y Pérez, N. (2008). Inserción juvenil en Unidades Básicas de Producción Cooperativa. Estudio de caso en el municipio de Güines, provincia de La Habana. *Revista Estudio* (6). CESJ. enero-junio. pp.44-55.
- Bengoa, J. (2003). 25 años de estudios rurales. *Sociologías (Porto Alegre)*, pp.36-98.
- Bombino, Y. (2014). *Juventud rural y sector agropecuario en el contexto de actualización del modelo socioeconómico cubano*. Fondos del Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas (CIPS).
- Bombino, Y. (2015). Oportunidades y desafíos del proceso de actualización para la inserción laboral de la juventud rural en Cuba. En Espina, M. y Echevarría, D. (coords.) *Cuba: los correlatos socioculturales del cambio económico*. Editorial Ciencias Sociales/ Ruth Casa Editorial. pp.148-163.
- Bombino, Y. (2018). Educación superior y transformaciones agrarias: diálogo de las políticas con las desigualdades sociales en el espacio rural. En Leyva, A., Echevarría, D. y Villegas, R. *Cuba Rural: Transformaciones Agrarias, Dinámicas Sociales e Innovación Local*. Editorial Ciencias Sociales. pp.189-219.
- Bourdieu, P. (1990). *La juventud no es más que una palabra*. Grijalbo.
- Caputo, L. (2001). *Identidades trastocadas de la Juventud Rural en contexto de exclusión. Ensayando una reflexión sobre la juventud campesina paraguaya*. BASE Investigaciones Sociales.
- Centro de Estudios de Población y Desarrollo. (2018). *Anuario Demográfico de Cuba 2017*.

Centro de Estudios Sobre la Juventud. (2016). *Características sociopsicológicas que identifican a la población rural joven cubana entre los años 2014 y 2016*. (informe de investigación).

Domínguez, M.I. (2010). Oportunidades y retos para la integración social de la adolescencia y la juventud en Cuba hoy. En Domínguez, M.I (Comp.). *Niñez, adolescencia y juventud en Cuba. Aportes para una comprensión social de su diversidad*. CIPS-UNICEF. pp.9- 112.

Duarte, K. (2001). ¿Juventud o juventudes? Acerca de cómo mirar y remirar a las juventudes de nuestro continente. En Donas, S. (Comp.). *Adolescencia y juventud en América Latina*. Cartago: Libro Universitario Regional. pp.57-74.

Durston, J. (2001). Juventud rural y desarrollo en América Latina. Estereotipos y realidades. En Donas, S. (Comp.). *Adolescencia y juventud en América Latina*. Cartago: Libro Universitario Regional. pp.99-116.

Elías, A. (2017). Juventudes rurales en la Cuba contemporánea. *Estudios Latinoamericanos* (39). pp. 99-116.

Elías, A. (2017a). *Representación social en torno a la juventud rural: un estudio de caso en Cuba y México*. CONACYT/CLACSO.

Estévez, K. y Abadie, L. (2014). Continuidad de estudios. Realidades y desafíos en Cuba. *Revista Estudio* (16). CESJ. enero-junio. pp.4-14.

Estévez, K., Martinto, M., y Bombino, Y. (2017). Perfil de la juventud rural en Cuba (2012-2016). *Revista Estudio* (número especial). CESJ. pp.64-75.

Feixa, C. (1999). De culturas, subculturas y estilos. En Feixa, C. *De jóvenes, bandas y tribus. Antropología de la juventud*. Ariel.

González, N., Cañizares, B., Reyes, S., Padilla, L., y González, A. (2016). *Percepción de los jóvenes residentes en los territorios montañosos de Cuba sobre su realidad social*. La Habana: Simposio Internacional del CIPS.

González, Y. (2003). Juventud Rural-Trayectorias teóricas y dilemas identitarios. *Revista Nueva de Antropología*, 63(XIX). pp.153-175.

González, Y. (2004). Óxido de lugar: ruralidades, juventudes e identidades. *Nómadas* (20). pp.194-209.

Hernández, A., y Martínez, A. (2018). La participación juvenil rural: proceso indispensable en el cambio socio-productivo de Villa Clara. En Leyva, A., Echevarría, D. y Villegas, R. *Cuba Rural: Transformaciones Agrarias, Dinámicas Sociales e Innovación local*. Editorial de Ciencias Sociales. pp. 262-284.

Hernández, H. (2019). Del arado al celular. apuntes sobre juventud y consumo en espacios rurales. *Revista Euroamericana de Antropología* (7). pp.71-94.

Íñiguez, L.; et al. (2017). *Atlas de la infancia y la adolescencia en Cuba. Análisis a partir del Censo de Población y Viviendas 2012*. Editorial UH.

Jurado, C., y Tobasura, I. (2012). Dilema de la juventud en territorios rurales de Colombia: ¿campo o ciudad? *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*. 10(1). pp.63-77.

Kessler, G. (2005). Obtenido de Estado del arte de la investigación sobre juventud rural en América Latina.: docs.google.com/viewer?a= v&q=cache:sOUD-VbfNySoJ:www. minagri.gob.ar/SAGPyA/pogramas/ Prodernoa/04/3Dinformes/02

López, Y. (2017). Análisis teórico-práctico y procesos socio-históricos de la juventud rural en Cuba. *Revista Estudio*. (número especial). CESJ. pp.4-13.

Martín, M. (2017). Expresión de los cambios de una comunidad rural y campesina en sus niños, adolescentes y jóvenes. 1974-2017. *Revista Estudio*, (número especial). CESJ. pp.24-39.

Oficina Nacional de Estadísticas e Información. (2014). *Censo de Población y Viviendas, Informe Nacional Cuba 2012*.

Ortega, D. (2015). El trabajo de los jóvenes agricultores: reflexiones desde la investigación social. *Revista Estudio*, (18). CESJ. enero-junio. pp. 64-77.

Pérez Islas, J.A. (2000). Visiones y versiones. Jóvenes, instituciones y políticas de juventud. En Martín-Barbero, J. *Umbrales: cambios culturales, desafíos nacionales y juventud*. Corporación Región. pp.24-39.

Quintana, L., y Bombino, Y. (2012). *Proyecto Piloto Prevención y Atención del embarazo adolescente: estudio de casos en Cuba y Venezuela. 2011-2012*. (informe de investigación).

El consumo cultural como expresión de diversidades culturales

Pedro Emilio Moras Puig

Yisel Rivero Baxter

Introducción

Cada vez existe una mayor coincidencia en considerar que el crecimiento de los países no puede medirse únicamente por indicadores económicos, sino también por factores culturales. Este eje del desarrollo engloba el conjunto de componentes socio-psicológicos que concurren con el mismo derecho que los económicos, técnicos y científicos, al mejoramiento de las condiciones de vida material y moral de las poblaciones. Así, la cultura se ha asumido como un elemento vital de la calidad de vida y es evaluada con una visión abarcadora, no solo para la preservación de la identidad, sino también para la gobernabilidad, la ciudadanía, la cohesión social y la creatividad (Unesco, 1996).

Estos preceptos han guiado el proyecto social cubano. El Estado ha designado importantes recursos a diferentes instituciones e impulsa un movimiento político a favor de una amplia socialización de la cultura. Para ello, se empeña en materializar acciones concretas dirigidas a difundir y promover los valores de la cultura nacional y universal; así como garantizar a todos los ciudadanos —sin distinción alguna— el acceso a los bienes y servicios de este ámbito. Asimismo, crea las condiciones sociales, —a través de progra-

mas sistemáticos de formación general y especializada, con la intervención del conjunto de actores sociales—, para que la población disponga de los recursos, habilidades y competencias necesarias para relacionarse con estos bienes y tenga la capacidad de apreciar, comprender y valorar los códigos más novedosos, compenetrarse con las exigencias y los lenguajes de las distintas manifestaciones artístico-literarias. Esto subraya la necesidad de que la sociedad asuma la cultura como un instrumento de liberación, elemento central en el quehacer político, en la defensa de nuestra identidad, en el perfeccionamiento de la sociedad y la democracia, en la voluntad de modificar aquellas estructuras que reproducen la inequidad económica y social.

Junto con la significación que adquiere la cultura, otro de los temas centrales es el de la participación. Al margen de cualquier diferencia de interpretación conceptual o metodológica, existe consenso en considerarla un elemento primordial para el perfeccionamiento de la democracia, el medio para enfrentar colectivamente los retos del desarrollo, que impone la coyuntura histórica actual y el único camino para lograr que las bases sociales se conviertan en el espacio estratégico para la toma de decisiones. Relacionado a este término, abordamos el consumo cultural como nivel legítimo de la participación y que, a su vez, tipifica a la población que tiende a interactuar básicamente con la cultura como público y beneficiario de acciones elaboradas por otros.

En este contexto, el artículo que se presenta reflexiona sobre el consumo cultural como escenario de homogenización, pero también de desigualdades en tanto accesos diferenciados a bienes y servicios culturales. A partir de una amplia experiencia investigativa¹ se han podido consolidar ejes conceptuales y empíricos estratégicos para evidenciar la emergencia de estos fenómenos en el contexto cubano.

¹ Dos encuestas nacionales sobre consumo cultural (1998, 2008/2009), tres investigaciones provinciales y más de diez estudios de casos territoriales.

Cultura, participación y consumo. Acotando un campo

Cada uno de los elementos que se consideran, constituyen nociones abarcadoras y complejas, tanto por los procesos a los que hacen alusión, como por la ausencia de consenso sobre su definición, lo que dificulta su aprehensión empírica. Enfrentando estos retos, se acotarán algunos conceptos que, a nuestro juicio, resultan indispensables.

Cultura

Alrededor de las definiciones de cultura aún no existe un consenso y son múltiples las dimensiones privilegiadas en cada una de ellas. Sin embargo, es vital asumir su autonomía relativa. Esto supone, por una parte, concebirla como un campo especializado con sus instituciones, actores y lógica específica, que la legitiman como un objeto de investigación en sí mismo. Por la otra, guarda interconexión con el resto de las esferas de la sociedad, como pueden ser la política y la económica. Vínculos que lejos de ser mecánicos, unilaterales o dependientes, son dinámicos e interdependientes.

Las ideas anteriores son deudoras del pensamiento de Bourdieu (1990) y Williams (1992). Para el primero la cultura es un campo del sistema social, en tanto ámbito de la acción humana que se articula según una ley específica y que, a su vez, define una posición en el conjunto de la sociedad, en relaciones no solo de interdependencia, sino también de subordinación y dominación con los otros campos. Para el segundo, la cultura tiene un carácter manifiesto y uno latente. Lo manifiesto remite a las prácticas activas, o sea, la acción directa y conscientemente actuada (se escribe una novela, se va al teatro, se ve televisión, etc.). Los estados mentales, expresión de lo latente, reflejan una coherente red de significados compartidos, que los individuos generalmente no cuestionan y se admiten como marcos útiles presentes en sus interrelaciones. De forma tal que los mismos se objetivan en comportamientos, objetos y rituales, que configuran la piel del contexto

institucional y que se asumen como imprescindibles e incuestionables, por su carácter previo a la intervención de los agentes. Por lo tanto, la cultura será entendida como un sistema signifiante de autonomía relativa y carácter manifiesto y latente, que nos proporciona datos, nos dice cómo es y está el mundo, brinda instrucciones de cómo actuar en él, metas y valores a alcanzar o utopías por construir.

De esta manera no es posible comprender las prácticas desligadas de dichos estados mentales, en tanto están mediatizadas por una serie de factores que la reconstruyen. Entre ellos los sistemas de creencias, valores, *habitus*², el sentido común, etcétera.

Ariño (1997) plantea que, a lo largo del desarrollo histórico, el término cultura ha sido usado en tres sentidos fundamentales. El *humanista*³, que la enfatiza como proceso adquirido mediante un entrenamiento en el transcurso de la vida, de carácter selectivo, normativo, carismático, jerarquizador, vulnerable y restrictivo. El *antropológico* recalca su naturaleza constitutiva, inclusiva, colectiva, práctica, plural y relativa; mientras que el *sociológico* integra de manera crítica los aportes de los otros dos, agregándole su carácter de campo específico de relativa autonomía con respecto al resto de las esferas sociales.

El sentido humanista supone una visión jerárquica, donde solo algunas actividades humanas son realmente creativas, identificadas con el cultivo de facultades del espíritu, del gusto y la sensibilidad, distantes de la

2 El concepto de *habitus* vincula lo social con lo individual, al asumirlo como un sistema de disposiciones duraderas que brinda a la conducta un marco de referencia. El mismo se configura a partir de las condiciones de existencia de las personas, que pueden ser muy variadas y estar sometidas a múltiples influencias.

3 El término humanismo se usa con gran frecuencia para describir el movimiento literario y cultural que se extendió por Europa durante los siglos XIV y XV y subrayaba el valor que tiene lo clásico, más que por su importancia en el marco del cristianismo. En filosofía, se refiere a la actitud que hace hincapié en la dignidad y el valor de la persona, cuyo principio básico es que se trata de seres racionales, que poseen en sí mismos capacidad para hallar la verdad y practicar el bien. Utilizamos esta noción atendiendo a la interpretación y tratamiento que de la misma hace Ariño (1997).

vida cotidiana. En consecuencia, se convierte en un atributo que permite clasificar tanto a las obras en sí, como a los sujetos, grupos, sociedades y civilizaciones, en una escala de valor cultural. Asociados a esta noción, están los conceptos de alta o baja cultura, legitimidad, capital cultural y la responsabilidad social de determinadas instituciones en su preservación.

En cuanto al enfoque antropológico, éste parte del carácter cultural de todo acto humano. Asume que los diversos modos de vida de un pueblo o grupo social no deben ser sometidos a ninguna clasificación de superioridad e inferioridad: "... cada cultura humana es tan singular que no existe ningún criterio o norma para comparar unas con otras. Ninguna es más alta o más baja, más rica o más pobre, más grande o más pequeña que otra" (Rosaldo, 1993, p.96, en Ariño, 1997). Se defiende así, el carácter universal, relativo y dignificador de las diferencias.

Coincidimos con Ariño (1997) en que estas dos posiciones van de un "culturalismo" a un "relativismo" extremo y la manera de superarlo es la opción sociológica. Esto es, tener en cuenta los procesos sociales que subyacen en cualquier formación simbólica, tales como: su valoración, legitimación, distribución desigual de bienes y diferenciación funcional del campo cultural, su organización interna y articulación con otras esferas sociales. A esto, el autor añade que la cultura se produce en un contexto social donde los bienes simbólicos operan como un tipo de recurso, distribuidos de manera asimétrica, en dependencia de diversas variables, y que tales relaciones de desigualdad ocurren en los planos inter e intra cultural. La aparición de artistas y otros mediadores culturales; de instituciones, prácticas particulares y relaciones sociales nuevas; de géneros y tipos de consumidores, con sus maneras de apropiación de los bienes simbólicos, producen: formas institucionalizadas en la acumulación del capital cultural y diferencias entre el trabajo manual e intelectual, y entre el tiempo de trabajo y de ocio. Todo lo

cual se hace sobre la base de jerarquizaciones, en el marco de luchas por la legitimación y la consagración cultural, que sitúan a los actores y sus estrategias culturales en posiciones específicas.

Participación

La participación es una palabra de uso común, que se define como acción y efecto de participar, y a esta última como dar, tener y tomar parte. Se manifiesta en la vida económica, política, cultural y familiar. En los procesos de producción, consumo e intercambio de información, opiniones y creencias. En las expresiones colectivas más disímiles como reuniones, organizaciones o en todo un conjunto de decisiones, con mayor o menor trascendencia para nuestra existencia.

Esta noción, vinculada a las estrategias de desarrollo, es considerada como medio para el reparto equitativo de los beneficios, así como elemento de transformación y modernización autosostenida de la sociedad. A su vez, es interpretada como un medio de acercamiento entre quienes deciden y ejecutan la posibilidad de incrementar y redistribuir las oportunidades de tomar parte en el proceso de toma de decisiones.

La participación en el ámbito específico de la cultura, supone la posibilidad de acceder, interactuar, apropiarse y ejercer el control sobre los recursos y bienes simbólicos propios de esta esfera. En consecuencia, implica tomar parte en el consumo, la creación o la gestión de los mismos.

Todo proceso de participación se expresa en distintas formas, niveles y espacios⁴. Las formas aluden a las maneras como se concreta el proceso. El *público* o *beneficiario*, se refiere al rango de audiencia, con más o menos compromiso personal en el hecho cultural. Como *artista*, aquella persona que practica alguna actividad artístico-literaria, ya sea como aficionado o profesional. Los sujetos pueden estar *aprendiendo* o *practicando* algún

4 Estos conceptos fueron tomados fundamentalmente de Linares C., Correa, S. y Moras, P. (1996).

hobby o afición de cualquier manifestación cultural o deportiva. El *estudioso* o *investigador* es aquel que estudia o investiga una materia cultural de manera formal o informal. El *colaborador*: apoya, da criterios o ejecuta actividades y proyectos que las instituciones patrocinan. El *promotor, organizador* o *gestor de iniciativas socioculturales* es quien, por responsabilidades de trabajo o por voluntad propia, propone, estructura, convoca o dirige planes y proyectos de acción cultural. El *asesor* o *evaluador* es el que participa sistemáticamente en la valoración de acciones a implementar o de las ya realizadas. Por último, el *decisor* interviene en la administración de actividades culturales, en la toma de decisiones, en la configuración de políticas y en la elaboración de proyectos culturales.

Los niveles se refieren a los grados en que los actores sociales deciden sobre su vida cultural, tanto de manera individual como colectiva. Estos pueden ser ordenados en un espectro que va desde el consumo hasta acciones que remiten a una mayor actuación e implicación. Así tenemos el nivel de *consumo*, donde se disfrutan y utilizan los bienes y servicios culturales disponibles. El nivel *movilizador* supone la ejecución de tareas asignadas para apoyar proyectos elaborados en sus aspectos esenciales fuera de su radio de acción y sobre los cuales no se tienen atribuciones para modificar o influir sobre los objetivos y alcance del mismo. En la *consulta, discusión y/o conciliación* los proyectos de acción están elaborados en sus aspectos esenciales y se pide el parecer, opinión y contribución de los sujetos. Aquí se concilia y se llegan a acuerdos o incluso, a decidir algunas alternativas de elementos, pero que no sean vitales. La *delegación y control* implica transferencia de poder para aplicar y controlar un proyecto ya elaborado en sus líneas esenciales, en el cual se pueden hacer variaciones de acuerdo a las condiciones particulares del escenario en cuestión, siempre que no se traicionen sus postulados fundamentales. Por último, la *responsabilidad compartida y codeterminación* entraña la intervención en la toma de decisiones, que incluye desde la identi-

ficación de las necesidades y los problemas, la articulación de los objetivos, la formulación y negociación de propuestas para la solución, ejecución y evaluación de las acciones y el reparto de los beneficios.

Los espacios de participación serían aquellos ámbitos, sectores o áreas de la sociedad caracterizados por una dinámica particular de interrelación donde se suceden estos procesos. Tales escenarios pueden tener distinto alcance y posición en la organización social, de acuerdo a las esferas en que se desarrollan y la naturaleza intrínseca de los mismos. Como *espacios públicos*, están: parques, plazas y áreas abiertas de las ciudades. Los *privados* incluyen lugares de sociabilidad organizados en posesiones particulares como son los propios hogares de los sujetos. El *asociativo* responde a una unión voluntaria o convocada de personas con intereses y aficiones comunes de manera estable y sistemática, en torno a un proyecto de acción común. Mientras que el *institucional* contempla las ofertas de organizaciones tanto públicas como privadas. Estas últimas de recién irrupción en el panorama cultural de nuestras ciudades, lo que complementa o contradice la oferta estatal, en tanto operan en una dinámica más próxima a estrategias de mercado y crean en el imaginario popular destinos ideales de consumo cultural.

Entendemos que la participación cultural, a través de las formas, niveles y espacios donde se manifiesta, debe convertirse en un proceso formativo de respeto a la pluralidad, sin discriminación de culturas. Esto supone reconocer diversas identidades culturales a partir de rasgos, prácticas y cosmovisiones comunes de grupos en contextos de democracia cultural; donde los sujetos implicados, desde su diversidad, deben asumir roles protagónicos en procesos de creación, gestión y consumo de los bienes culturales que se producen en la sociedad.

De esta manera, la vida cultural de las ciudades se vincula a la dinámica e interrelación de espacios culturales de diferente naturaleza y a las posibilidades de consumo y de escenarios de participación que estos ofrezcan. No obstante, la forma de manifestación por excelencia de la participación cultural es el consumo.

Consumo cultural

El consumo es una noción que ha originado múltiples polémicas, sobre todo en su vinculación con las investigaciones culturales, debido a su impronta económica. Sin embargo, cada vez más ha devenido en un eje de análisis que permite comprender actitudes, comportamientos y desigualdades en la realidad social. Esto ha favorecido un incremento de su atención investigativa. Se considera que en la vida de las personas gana espacio el uso material (de bienes y servicios) y el simbólico (de conocimientos, información, imágenes, entretenimiento, iconos), al punto que se afirma que estamos pasando de la sociedad basada en la producción y la política, a la sociedad basada en el consumo y la comunicación (Hopenhayn, 2007). En correspondencia, diversos autores han privilegiado el análisis de su lugar creciente en la configuración de las identidades colectivas o de clase y en la permanencia de las posiciones de ventajas y desventajas.

El tema del consumo cultural se ha consolidado en las agendas investigativas de las ciencias sociales latinoamericanas. Se destacan los análisis de varias ciudades como Santiago de Chile (1987), Buenos Aires (1988), Brasilia (1989) y Ciudad de México (1989). Esos estudios se propusieron conocer los comportamientos culturales de la población de esas ciudades, a través del uso del tiempo libre, de los bienes culturales clásicos o del equipamiento doméstico vinculado a los mismos.

Para García Canclini (1995), concebir el consumo cultural como el lugar de lo suntuario y lo superfluo, es reducir su capacidad explicativa de las sociedades actuales, de sus procesos (integración/diferenciación), de la estructura política y cultural, además de negar la capacidad que el sistema social le concede para integrarse a sí mismo. En la selección y apropiación de los bienes, se define lo que se considera públicamente valioso, así como las maneras en que se integran y distinguen las personas. Propone una sistematización que resalta las dimensiones más importantes de este concepto, donde conecta las interpretaciones ofrecidas por las distintas teorías. Las agrupa en seis modelos, que asumen al consumo como: (1) un proceso ritual y (2) espacio de reproducción de la fuerza de trabajo y de expansión del capital; (3) pugna por la apropiación del producto social de los grupos y las clases; (4) diferenciación social y distinción simbólica entre los grupos sociales; (5) integración y comunicación entre clases y grupos; (6) objetivación de los deseos e impulsos indefinidos.

El autor reconoce que estos modelos son aplicables a todo tipo de consumo y llevan implícito su carácter cultural. Considera el consumo cultural, como: “El conjunto de procesos de apropiación y usos de productos en los que el valor simbólico prevalece sobre los valores de uso y de cambio, o donde al menos estos últimos se configuran subordinados a la dimensión simbólica” (García Canclini, 1992, p.34).

Ahora bien, ese consumo se expresa en prácticas concretas, lo que remite a la acción directa, en tanto se escribe una novela, se va al teatro, se ve televisión, etc. (Williams, 1992), las que varían en función de los individuos, los grupos y las sociedades. Esto conecta con otro de nuestros presupuestos teóricos: el carácter activo del consumo. En respuesta a los debates que cuestionan tal afirmación, consideramos que éste no es una mera mani-

pulación o integración total del individuo en un mundo de representaciones que lo coartan, lo domestican, lo enajenan y lo distorsionan. Por el contrario, implica la construcción de identidades y la proyección de sentidos.

En relación con esto De Certeau (1979), tratando de eliminar los prejuicios sociales que la palabra consumidor tiene, prefiere usar la de practicante. Ello supone centrar la mirada en el proceso de producción de sentido que ocurre en la interacción del sujeto con los bienes culturales. Lo que las personas hacen con determinado objeto o imagen no se ve a simple vista, ya que a “los practicantes” les resulta imposible “marcar” lo que hacen con los productos recibidos “... las huellas del consumidor se borran” (p.267). El análisis de este proceso no puede encontrarse solo en los bienes que se ofrecen, sino en las maneras específicas en que se emplean: “A la producción de los objetos y de las imágenes, producción racionalizada, centralizada, ruidosa y espectacular corresponde otra producción disimulada en forma de consumo, una producción astuta, dispersa, silenciosa y oculta, pero que se insinúa por doquier” (p.267).

En el caso cubano el consumo cultural, si bien no ha constituido una prioridad en la agenda de investigación, ha estado presente, de una manera u otra, en el transcurso de los años. Aunque no se haya apelado explícitamente a esta noción como tal, se ha mantenido un interés por examinar cuestiones asociadas a la misma. Ello se evidencia en el abordaje del tiempo libre (desde 1959 hasta los años ochenta); las audiencias y el uso de bienes culturales clásicos (década de 1980), consumos culturales, procesos subjetivos y recepción (de 1990 hasta la actualidad) (Rivero y Linares, 2008).

En la última etapa de estudios (1990-actualidad) nuestro equipo de investigación del Instituto Cubano de Investigación Cultural “Juan Mariello” (ICIC), ha estado inspirado en García Canclini (1992), al considerar el consumo cultural como una práctica donde se construyen significados y sentidos del vivir, lo que lo hace espacio clave para comprender los com-

portamientos sociales, de ahí su afirmación de que sirve para pensar. Al seleccionar los bienes y apropiarnos de ellos definimos lo que consideramos públicamente valioso. Se trata de una apropiación colectiva, resultado de relaciones de solidaridad y distinción con otros, de bienes que dan satisfacciones biológicas y simbólicas que sirven para enviar y recibir mensajes.

Así, ha sido prioridad trascender la descripción de los comportamientos culturales y adentrarse en su comprensión a partir de causales y análisis de contextos que las condicionan. Todos los ejes conceptuales anteriormente esbozados han tenido un correlato en la práctica investigativa sobre este tema.

Participación cultural en Cuba. Evidencias empíricas

La primera encuesta nacional de consumo cultural (Correa, Alzugaray y Linares, 1998), constituyó un esfuerzo por conocer los intereses y hábitos culturales de la población, en las zonas urbanas del país. Esta investigación se diferencia de las realizadas en épocas anteriores, donde el concepto esencial era el de tiempo libre, por centrarse en el consumo cultural. En correspondencia, no solo se registraron las principales actividades culturales que hacía la población con mayor frecuencia, sino también sus intereses y expectativas, mediados por variables sociodemográficas (sexo, edad, nivel de escolaridad y ocupación). Todos estos elementos permitieron obtener una visión más abarcadora del fenómeno e identificar prácticas que homogenizan a todos los grupos poblacionales y otras que los distinguen.

Esta perspectiva fue retomada en estudios de casos de tres ciudades del país: Villa Clara, Holguín y Ciudad de La Habana⁵ (Linares, Moras y Correa 1999; Linares, Rivero y Moras, 2002; Linares, Rivero y Moras, 2004) y en la segunda encuesta nacional (Linares, Rivero, Moras, y Mendoza, 2009). En todos ellos se analizó el consumo, pero esta vez como expresión de la participación de la población en el desarrollo cultural. En congruencia, además

5 Actualmente La Habana.

de los hábitos, intereses y expectativas artístico-culturales, se consideraron las formas, espacios, niveles y estructuras de esa participación, con atención a las variables sociodemográficas anteriormente mencionadas.

En el contexto de condiciones socio históricas específicas, se reconocieron similitudes y diferencias que hablan, en cierta medida, de limitaciones y potencialidades para intervenir, bien como consumidor o como actor de transformación en esta esfera y transitar de mero beneficiario o usuario de políticas, a real protagonista. En las indagaciones se consideraron como ejes centrales: necesidades, discursos, repertorio de conocimientos y significaciones, junto a las conductas que modelan y orientan las maneras en que los sujetos sociales se apropian de determinados bienes.

En este quehacer, las investigaciones han acumulado resultados que permiten conocer las formas y niveles de participación de la población, en especial, las particularidades del consumo cultural. Se ha podido delinear un mapa global sobre la interacción de los distintos grupos sociales con los bienes simbólicos, así como identificar algunas de las mediaciones que pueden incidir en la misma. La combinación de las lógicas cuantitativas y cualitativas ha sido la base de las propuestas.

Los resultados de esta labor permiten distinguir patrones similares de consumo cultural. Estos develan rasgos integradores que sirven para comunicar e interconectar a las personas, en relación con prácticas e intereses comunes a todas por igual. Así vemos que la mayoría se vincula a la cultura masiva, en especial a la TV y a la radio, y el hogar constituye el espacio cultural por excelencia.

A pesar de estas coincidencias, se observa una diversidad al interior de cada grupo poblacional, expresada en diferentes intereses, hábitos y expectativas. Ello posibilita definir conjuntos poblacionales con particulares formas de interconectarse con los circuitos de la cultura, indicadores de

múltiples identidades que conviven en la sociedad, como reflejo de su complejidad. En este sentido, en la población cubana se constatan fragmentaciones que hablan de distintos niveles de consumo cultural y jerarquizaciones implícitas por parte de los sujetos, con relación a los tipos de bienes con que interactúan y que a su vez marcan accesos asimétricos a partir de mediaciones culturales y también económicas.

Los datos indican que el consumo cultural descansa sobre una estructura compleja y opera con una lógica dictada por los más diversos factores, entre los que se hallan: trayectorias profesionales, géneros, edades, matrices consolidadas de intereses, hábitos, expectativas, formas de participación, así como de necesidades y significaciones relacionados con la cultura. Dichos estudios profundizaron en el universo de necesidades de los sujetos, caracterizado por estar estrechamente ligado a la realización personal, la familia y el trabajo, en la búsqueda de satisfactores materiales de sustento, que les impiden trascender los planos existenciales más inmediatos de su cotidianidad.

Al indagar sobre los significados otorgados a la noción de cultura, se observa el predominio de un contenido que la relaciona con la creación, arte y sensibilidad, en estrecho vínculo con la educación, conocimiento y desarrollo. Los sujetos distinguen así una alta cultura más elaborada, que exige ciertas competencias, y asumen que existe un gusto legítimo y superior. Esta forma de representación constituye un factor diferenciador y jerárquico, en detrimento de otras prácticas de su vida cotidiana, donde también se despliegan capacidades, habilidades, creatividad y originalidad. Así, las personas portadoras de estos sentimientos pueden sentirse excluidas ante determinadas propuestas, subestimarse al auto catalogarse como incultas, y llegar a desarrollar estereotipos o prejuicios que coarten cualquier tentativa de interacción con estos bienes.

Hay que destacar que el predominio en la subjetividad social, de este sentido de la cultura, construye y reproduce a diario categorías afines a un modelo jerarquizador, que de una manera consciente o no, sigue siendo el dominante en las estrategias que se implementan, tanto por los medios de comunicación, las políticas culturales y educativas, como por la familia. Este responde a categorías predeterminadas, que delinearán cada campo artístico por separado y definen la estética, por la belleza que albergan las grandes obras de arte, lo cual los sujetos heredan y sedimentan como verdades indiscutibles (Willis, 1999).

La valoración anterior implica una separación entre el consumo y la producción; una visión de que la cultura, en su elaboración y disfrute, es exclusiva de grupos con competencias y entrenamientos específicos.

Consumo cultural informal

En el contexto cubano actual el consumo cultural se ha desplazado hacia ámbitos no institucionales. Este tránsito está asociado, entre otros, al auge de las tecnologías de la información y las comunicaciones (TIC) y la facilidad que introducen en la producción, distribución y consumo de productos y servicios culturales. Por lo que es oportuno mostrar las tácticas y estrategias que ponen en juego los sujetos para configurar de manera autónoma sus consumos culturales, lo que puede estar reflejando la capacidad e ingenio de los mismos para acceder a niveles de participación más activos.

En Cuba, la interacción con las TIC adquiere matices específicos. Existe una infraestructura débil, obsoleta y aún en construcción, que configura un panorama distante de las sociedades del conocimiento. El acceso y penetración de estas tecnologías es limitado (López, 2013; Palacio, 2012). Sin embargo, se producen tácticas creativas que reflejan la participación del sujeto común en la elaboración, distribución y disfrute de productos audiovisuales y digitales.

Las prácticas de consumo cultural informal en la población cubana están centradas en productos audiovisuales, musicales y en el uso de espacios de la ciudad. Con respecto al primero se destaca el llamado *paquete semanal*⁶, el cual se disfruta en el espacio privado del hogar. Dentro de la música, sobresale el videoclip, preferiblemente del género reggaetón. Asimismo, predominan en los más jóvenes, actividades ciudadanas generadas por los proyectos audiovisuales de la capital (Fiestas House, Fiesta Havana y Sarao) y la articulación en redes informáticas a nivel de barrios.

Las prácticas de consumo cultural informal se han mantenido en el tiempo y su principal atractivo es que los individuos tienen el control sobre la elección, el momento y el modo de consumo del bien o servicio cultural elegido. Se trata de la autonomía y libertad que les otorgan a los sujetos para escoger programas, crear un espacio y delimitar el tiempo de consumo (Echemendía, 2015; Márquez, 2015).

Es necesario destacar que, en un contexto desfavorecido tecnológicamente, nuestra población juvenil ha adquirido las habilidades tecnológicas acordes para interactuar con tecnologías digitales. Esta ha logrado apropiarse de las competencias necesarias para hacer un consumo crítico y creativo de bienes y servicios culturales propios de los mercados informales; pero también para configurar sus propios consumos culturales, que denotan prácticas de participación de mayor implicación. No obstante, estas prácticas muestran accesos diferenciados a partir de la tenencia a nivel personal de determinadas tecnologías, economía familiar o personal distintiva y residencia en zonas urbanas, entre otros factores.

6 Compilación digital que circula por todo el país a través de discos duros externos. Este incluye telenovelas, series, películas, videos musicales, documentales, música, videojuegos, catálogos, publicidad, noticieros, revistas, libros, actualizaciones de anti-virus, reality shows, aplicaciones para móviles, entre otros.

Identidades juveniles y consumos culturales

Las investigaciones revelan el condicionamiento recíproco de ambas nociones, sin ánimos de demostrar una relación causal; se evidencia que determinadas prácticas culturales conectan con pertenencias grupales que apuntan a identidades configuradas o en formación. Los rockeros, mickys, frikis, repas, por solo mencionar algunos, tienen gustos musicales peculiares y socializan en espacios caracterizados por consumos particulares, formas de vestir, uso de objetos culturales, léxico y otras formas de comunicación también únicas. Tales distinciones no escapan de mediaciones económicas que reproducen desigualdades en el acceso a escenarios culturales diversos.

Reflexiones de cierre

La vida cultural de las ciudades conecta los temas de las ofertas, los consumos y otras formas de participación. La democracia cultural implica reconocer la participación de los sujetos en la construcción de la vida cultural, tener al menos en cuenta sus necesidades y demandas, sin deslegitimar su acceso como público de la oferta cultural, que es la forma predominante y que tradicionalmente tipifica el acceso a la cultura.

El hecho de que en las instituciones culturales, la participación cultural de la población cubana no sobrepase el nivel de consumo, no indica que en otros escenarios los sujetos no tengan diferentes formas de acceso a la cultura, expresado en legítimos procesos participativos. Tal es el caso de parques, plazas, del propio ámbito doméstico y de algunos escenarios comunitarios. Por otra parte, en la dinámica de nuestras ciudades aparecen cada vez nuevos objetos y formas de relación con la cultura, que conectan con demandas de la población. Tal es el caso del llamado *paquete semanal*, propuesta no institucionalizada, que oferta un cúmulo importante de infor-

mación y que ofrece la oportunidad para que los sujetos diseñen su propio espacio audiovisual en el ámbito doméstico, así como las redes que integran los jóvenes con el uso de computadoras y del internet.

De cualquier manera, el estudio de la participación y el consumo cultural nos remite a fenómenos complejos que tienen como principal reto profundizar en las significaciones atribuidas a las prácticas y a la diversidad cultural que subyace en las mismas, así como su relación con identidades culturales. La modernidad parece imponer pautas a los hábitos y prácticas de los sujetos, donde predomina la recepción de la cultura a través de los medios y otras tecnologías electrónicas, en detrimento de la utilización de las instituciones públicas. Esta lógica se convierte en patrón que asemeja a las diferentes ciudades, al margen de sus particularidades.

¿Por qué se repiten patrones de conductas, tanto en las grandes ciudades como en las pequeñas, independientemente de sus diferentes ofertas y servicios, de las poblaciones que las habitan, de los sistemas económicos que las rigen o de las circunstancias históricas que las atraviesan? En el intento de dar respuesta a estos problemas se alude a las consecuencias del nuevo orden comunicativo, la disfuncionalidad de las instituciones existentes, el predominio de la cultura oral, los procesos de hibridación, globalización, migración, des-urbanización, nuevas relaciones de los ciudadanos con sus ciudades, reordenamiento de las categorías de lo público y lo privado, así como el surgimiento de nuevas formas de sociabilidad. Además, se reconoce el papel de los medios masivos y su influencia en las dinámicas culturales cotidianas, en tanto pasan a formar parte del tejido constitutivo de lo urbano y lo público, de la producción de imaginarios e integración de la experiencia de los ciudadanos.

Otras matrices importantes son las significaciones atribuidas a los conceptos de cultura y participación. En el primer caso, prevalecen las nociones que la identifican con instrucción, desarrollo intelectual y espiritual.

Mientras que, en el segundo caso, en concordancia con la forma como se manifiesta, la concepción predominante es la de consumo de bienes culturales. Ello explica, de alguna manera, que los individuos no se reconozcan a sí mismos como protagonistas, sino que adjudiquen esa responsabilidad a especialistas, técnicos y funcionarios de las instituciones y del gobierno. Tal percepción podría ser interpretada a la luz de una concepción de la cultura como un campo, cuya proyección no le compete, por el hecho de asumirla solo en su disfrute, en momentos de descanso y relajación, sin implicación directa en la conducción y organización de las políticas que la rigen.

La manera de asumir la labor cultural, a veces inconsciente, deja afuera y deslegitima otras creaciones de la experiencia cotidiana, en las cuales igualmente se reflejan las capacidades, agudeza, imaginación, destrezas e inventivas de los sujetos. La creatividad y el talento humano no son inherentes y exclusivos de lo artístico-literario, sino que se manifiestan en la utilización, disfrute y apropiación de los más variados objetos y espacios sociales. Usos generadores de significados, que llevan consigo un proceso de clasificación, elección, compromiso y negociación en la configuración del sentido personal. De esta manera, la interacción con cualquier objeto significativo comporta una cuota de inteligencia, intuición e inspiración, que lo confirma como acto cultural y supera los límites de aquella concepción tradicional de cultura.

Esto supone el desafío de asegurar, a todos, el acceso a las bellas artes, así como educarlos en las habilidades, capacidades y disposiciones básicas, para el entendimiento de sus principales códigos y símbolos. Todo ello sin menospreciar e ignorar lo que hay de creativo en cualquier práctica social, aún en sus apariencias más simples, corrientes, naturales y supuestamente intrascendentes, desde el punto de vista cultural.

Visión que reconoce, además, la multiplicidad de identidades que conforman el entramado social. Más allá de las identidades fuertes se encuentran las débiles, no instituidas y novedosas, que se producen al margen de las instituciones escolares, culturales y familiares. Identificadas como lo “social invisible”, lo fronterizo, que se manifiesta en grupos que han luchado por dignificar y legitimar sus específicas formas de ser en la vida pública, a saber: religiosos, homosexuales, transexuales, rockeros, raperos, rastas y creadores de los campos culturales. A partir de lo cual el éxito y la vitalidad de la(s) política(s) se fecundaría al asumir el reto de *habitar la identidad* y dar cuenta de la emergente diversidad de la sociedad cubana y los desafíos que se plantean en términos simbólicos, lo que exige una mirada a lo fronterizo, a lo híbrido del comportamiento existencial de los *outsiders* (Basail, 2006).

Es preciso contribuir a que las personas sean capaces de reconocer sus potencialidades y, a partir de ellas, activarlas e impulsarlas como actores de desarrollo, así como realzar la significación social de sus acciones. Esto no debe implicar una renuncia por parte de la política cultural en sus empeños por conquistar la equidad en el acceso y asimilación de los bienes culturales, a la vez de extender y formar un público, pero sí hacerlo desde el protagonismo de la población, en la configuración de su propia cultura, haciendo posible, como nos dice Martín-Barbero (1989), la experimentación cultural, la experiencia de apropiación y de invención, además del movimiento de recreación permanente de su identidad.

El consumo cultural se mueve entre prácticas que homogenizan a la población y otras que la diferencian a su interior en múltiples segmentos, donde la diversidad cultural subyace como elemento importante, pero también capitales culturales y económicos a nivel individual, grupal y comunitario marcan diferencias que expresan desigualdades de acceso, formación e interacción con la cultura.

Referencias bibliográficas

- Ariño, A. (1997). *Sociología de la cultura*. Editorial Ariel.
- Basail, A. (2006), Habitar la identidad: la cultura y lo social cubano invisible. *Revista Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, junio. XII (023). pp. 93-115.
- Bourdieu, P. (1990). *Sociología y Cultura*. Editorial Grijalbo s.a.
- Correa, S., Alzugaray, M.C. y Linares, C. (1998). *Algunas tendencias sobre el consumo cultural de la población urbana en Cuba*. (informe de investigación). CIDCC “Juan Marinello” y ONEI.
- De Certeau, M. (1979). Prácticas cotidianas. En *Les Cultures Populaires*, (París, traducción de Laura López). Tomado de Basail, A. *Selección de Lecturas*. Universidad de la Habana.
- Echemendía, I.M. (2015). *Copi@ y Comp@rte una vez a la semana. Acercamiento a los principales rasgos que caracterizan el consumo audiovisual informal del “Paquete Semanal” en dos grupos de jóvenes de la capital de Mayabeque* (tesis de diploma). Facultad de Comunicación, Universidad de la Habana.
- García Canclini, N. (1992). *El consumo cultural en México*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- García Canclini, N. (1995). *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. Editorial Grijalbo.
- Hopenhayn, M. (2007). Educar en ciudadanía crítica, multiculturalismo y Comunicación democrática: desafíos para la Cooperación iberoamericana. En Bustamante, E. (Ed.) *La Cooperación Cultura-Comunicación en Iberoamérica*. Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo.
- Linares, C., Correa, S. y Moras, P. (1996). *La participación, ¿Solución o problema?*, CIDCC “Juan Marinello”.

Linares, C., Moras, P. y Correa, S. (1999). *La población como actor de participación: un estudio de caso de la provincia de Villa Clara* (informe de investigación). CIDCC “Juan Marinello”.

Linares, C., Rivero, Y. y Moras, P. (2002). *Participación Social y Cultura: un estudio de caso de la provincia de Holguín*. (informe de investigación). CIDCC “Juan Marinello”.

Linares, C., Rivero, Y. y Moras, P. (2004). *Prácticas Culturales y Actores de Participación: Un estudio en Ciudad de La Habana*. (informe de investigación). CIDCC “Juan Marinello”.

Linares, C.; Rivero, Y.; Moras, P. y Mendoza, Y. (2009). *Consumo cultural en Cuba. II Encuesta Nacional*. (informe de investigación). ICIC “Juan Marinello”. CEPDE (ONE).

López, H. (2013). Sociedad de la información, cultura digital participativa y marco institucional. El caso del software libre en Cuba. *Revista Temas*. (74). abril-junio. pp.68-74.

Márquez, V. (2015). El consumo del “Paquete Semanal” en La Habana. *II Simposio Cultural*. ICIC “Juan Marinello”.

Martín Barbero, J. (1989). Comunicación y cultura: unas relaciones complejas. *Telos* (19).

Palacio, A. (2012). *Jóvenes y consumo de internet. Explorando sus prácticas*. (tesis de diploma). Facultad de Filosofía-Historia, Universidad de la Habana.

Rivero, Y. y Linares, C. (2008). El consumo cultural en Cuba: trayectoria en su conceptualización y análisis. *Revista Perfiles de la Cultura Cubana*. (1). enero-abril. <http://www.perfiles.cult.cu/articles.php?numero=2&materia=4>.

Rosaldo, R. (1993). *Cultura y Verdad*. Gedisa.

UNESCO. (1996). *Nuestra Diversidad Creativa*. UNESCO.

Williams, R. (1992). Hacia una sociología de la cultura. En *Sociología de la cultura*. Editorial Paidós. (Tomado de Basail, A. *Selección de Lecturas*. Universidad de La Habana).

Willis, P. (1999). Notas sobre cultura común. *Arxius de Sociología*. (3). pp.15-31.

II

PERTENENCIAS
GRUPALES

Y ESPACIOS
IDENTITARIOS
JUVENILES

Identificaciones y pertenencias. Revisitando las culturas juveniles en Cuba¹

Yoannia Pulgarón Garzón

“Al preguntar qué significa hoy ser joven, encontramos que la sociedad que se responde que su futuro es dudoso o que no sabe cómo construirlo está contestando a los jóvenes no sólo que hay poco lugar para ellos. También se está respondiendo a sí misma que tiene baja capacidad, por decir así, de rejuvenecerse, de escuchar a los que podrían cambiarla.”

Néstor García Canclini

Ideas iniciales...

En las condiciones actuales, el estudio de las identidades juveniles cobra un espacio de extraordinario valor, en tanto los jóvenes se nuclean y recrean en nuevos espacios de socialización, muchas veces contruidos desde la alter-natividad. A través de ellos rompen con los paradigmas tradicionales de in-serción social. Ejemplo de lo anterior es la emergencia en Cuba —desde hace varias décadas—, de grupos informales juveniles que asumen como opción viable el poder interactuar en escenarios físicos como calles, plazas, parques

¹ El artículo que se presenta forma parte de los resultados obtenidos en la investigación desarrollada por un equipo del Centro de Estudios Sobre la Juventud denominada: *Identidades juveniles y consumos culturales de adolescentes y jóvenes cubanos* (Pulgarón, et. al, 2020). Fungieron como coautores de la misma: Lic. Jagger Álvarez Cruz, Lic. Jankell del Real Dumas, Lic. Gabriela Pérez Reigosa, Lic. Lucía Calabuche Dib y Lic. Jorge Sánchez Santiago.

o, de manera más reciente, hacen uso de los espacios virtuales mediante el acceso a las tecnologías. De esta forma, se estructuran nuevos procesos de integración juvenil, vinculados con tendencias culturales globales.

Tal integración se ha caracterizado por la asunción de prácticas y símbolos que conforman identidades diversas, según los grupos a los cuales se pertenezca, y dan lugar a colectividades autodenominadas como: punks, mickys, reparteros, rockeros, emos, exponentes del movimiento hip hop, skaters, otakus, frikys, y otras más actuales como los gamers, teams, hipsters, etc. Estas agrupaciones juveniles han sido estudiadas bajo disímiles denominaciones, desde tribus urbanas, culturas, grupos e identidades juveniles.

Los mayores intereses académicos nacionales suscitados sobre estas poblaciones ocurrieron entre los años 2001 y 2013². Sobresalieron los estudios realizados en la capital del país, que tuvieron como protagonistas a los adolescentes y jóvenes reunidos en la céntrica Avenida de los Presidentes, en el Vedado habanero (popularmente conocida como calle G). Sin embargo, estas formas de expresión juvenil ya tenían una historia social importante en el mundo, desde el período de postguerra (Feixa, 1998).

La presencia en el panorama social cubano de procesos de hibridación cultural, a través de los cuales lo foráneo se readecua y contextualiza en nuestras realidades, conlleva a que sea cada vez más necesario el estudio de los mecanismos que se colocan detrás de estos nuevos modos de identificación de adolescentes y jóvenes. Resulta importante profundizar en todo aquello que en materia juvenil se está re-produciendo en la sociedad cubana actual.

2 Tomamos como antecedentes para la indagación científica sobre las culturas juveniles en Cuba, las diferentes investigaciones realizadas por la Dra. Carolina de La Torre (2001, 2003, 2007), referidas a la identidad personal y colectiva; el proyecto *Calle G-eando*, rectorado por la profesora universitaria Daybel Pañellas (2009), que caracteriza diferentes culturas juveniles desde el territorio. Otra visión es la aportada por la investigadora del ICIC "Juan Marinello", Lisette Gutiérrez (2010), los resultados de la IV Encuesta Nacional de Juventud (CESJ/ ONEI, 2011), relacionados con la temática y la tesis de maestría en criminología sobre Control social y Grupos informales juveniles (Cooppinger, 2012). En el caso de Santiago de Cuba, sobresale el acercamiento realizado por la Dra. Ligia Lavielle y Dra. María Eugenia Espronceda, (2013).

En las sociedades postmodernas las identidades juveniles ya no se construyen en base a los referentes tradicionales de tiempo cronológico y memoria histórica, espacio territorial delimitado y experiencias de vida como comunidad (Bermúdez, 2001). Los crecientes procesos de globalización que impulsan los actores globales y la revolución social que ha acompañado el desarrollo cada vez mayor de las llamadas *nuevas tecnologías*, implica también un redimensionamiento en la manera como se configuran las identidades y diferencias. En este contexto, los adolescentes y jóvenes construyen cada vez más sus experiencias de vida, a partir del consumo de símbolos culturales globales provenientes de diversos lugares y sometidos a una fugaz permanencia (Bermúdez, 2001).

Los procesos vinculados a la globalización y su papel en la homogeneización de prácticas sociales y simbólicas en el mundo, han mediado muchos de los nuevos procesos de identificación juvenil. Los mecanismos de este modelo de dominación, tienen sus principales efectos en el área de la cultura. Se asocian a la exportación de patrones culturales y modelos de consumo occidentales como ideales para las sociedades, particularmente a través del avance tecnológico y la informatización, visiblemente expresado en los medios de comunicación masiva y la comunicación en red (Zebadúa, 2008).

La inserción de Cuba en esta realidad globalizadora, en la que constantemente se promueve el consumo, donde el poder de la imagen y la moda resultan tan significativos, ha incidido en el panorama ideológico y cultural de la juventud. La introducción de mecanismos del mercado ha originado:

(...) el incremento del uso de los medios electrónicos, la computación y las autopistas de la información: computadoras e Internet, videojuegos, telefonía celular, dispositivos electrónicos de última generación (...) los cuales han comenzado a influir poderosamente en las subjetividades juveniles, generando expectativas e identidades (...) (Gómez, 2009, p.17).

De esta manera, se expresan las conexiones que existen entre el contexto social y las formaciones identitarias juveniles, sobre la base de definir formas diversas de asumirse e identificarse como jóvenes de acuerdo a las coyunturas de la época, pero también, homogenizar prácticas y conductas atribuibles a la generación, diríamos que globalmente. En ese sentido, los modelos de consumo cultural asumidos hoy, hacen que se reduzcan las diferencias al interior de la generación y que se estructuren maneras globales de vivir y reproducirse como jóvenes.

Con esta idea, no se anula la importancia de pensar en las juventudes en plural y no en la versión singular del concepto. Sería un error pensar que la juventud tiene una única forma de expresarse, de comunicarse e identificarse como tal, así como que existe una forma exclusiva de ser joven, pues esta realidad se construye a partir de la articulación de varios factores sociales. Así lo destacaron dos importantes sociólogos argentinos dedicados a estudiar los procesos identitarios juveniles, Mario Margulis y Marcelo Urresti:

La noción de “juventud” conlleva diferentes significados, ya que variados aspectos influyen en esa condición. El concepto no reposa estrictamente en un enclasmiento de edades, es más que una mera categoría estadística. Al hablar de los jóvenes estamos sí, hablando del tiempo, pero de un tiempo social, construido por la historia y la cultura, como fenómenos colectivos, y también por la historia cercana, la de la familia, el barrio, la clase. (...) Hay muchas formas de ser joven, distintas juventudes, atendiendo a la diferenciación social, al género y la generación (Margulis y Urresti, 1996, p.68).

El concepto juventud como un constructo social, con límites etarios flexibles, contiene en sí mismo una gran diversidad. Se asume individual o grupalmente y es asignado al mismo tiempo por el resto de las generaciones, en función de razas, religiones, valores, normas, principios, compor-

tamientos, aficiones, territorios, etcétera. Es precisamente a través de estos referentes que se entretajan y consolidan las diferentes identidades juveniles construidas a partir de la interacción social.

Culturas juveniles: aproximaciones a un concepto

La antropóloga y juvenóloga mexicana Rossana Reguillo (2003), desde una dimensión sociocultural de identificación de la juventud, propone una mirada a los procesos de interacción dados al interior del heterogéneo grupo. La autora presenta un mapa para deconstruir estas complejas relaciones a partir de tres conceptos ordenadores: 1) *la agregación juvenil*, que permite dar cuenta de las formas de grupalización de los jóvenes, 2) *las adscripciones identitarias*, que nombra los procesos socioculturales mediante los cuales estos se adscriben presencial o simbólicamente a ciertas identidades sociales y asumen discursos, estéticas y prácticas; y 3) *las culturas juveniles*, para hacer referencia al conjunto heterogéneo de expresiones y prácticas socioculturales juveniles.

Las llamadas culturas juveniles son también portadoras de los elementos de distinción y de transformación social, característicos de la juventud. Estas consisten en estilos juveniles propios, que se objetivan a través de símbolos, atributos, discursos y prácticas culturales disímiles. Su existencia y expresión como colectividades definidas están mediadas por condicionantes sociales como: el género, la clase social, las etnias y la pertenencia a una generación.

Los estudios realizados sobre el tema reconocen al período de posguerra (segunda mitad del siglo XX), como el momento clave para la emergencia de estas en los escenarios sociales. Sus orígenes se vinculan a los cambios acaecidos en las sociedades modernas durante esa etapa, los cuales conllevaron, también, a transformaciones en las subjetividades, en las formas de interpretar y asumir las realidades, tanto en el macro como en el micro nivel. Todo ello impactó en las maneras de asociarse e identificarse como

jóvenes, aparecieron los movimientos sociales, se comenzó a valorar lo estético como forma de protesta e inconformidad ante el *status quo*, rompiéndose con los paradigmas anteriores de juventud.

Como concepto, el término culturas juveniles tomó auge a finales del siglo pasado. Autores como Michel Mafessoli (1990), Carles Feixa (1992a, 1992b, 1998), Rogelio Marcial (1992, 1997, 2009), José Manuel Valenzuela (1997), Maritza Urteaga (1998a, 1998b), Rossana Reguillo (2000, 2003), entre otros, destacan como quienes más lo han desarrollado como objeto de estudio. Para estos, las culturas juveniles son identidades que se expresan y se construyen en tiempos y espacios de ocio, determinados y disímiles, volviéndose visibles como actores sociales de manera privilegiada en el ámbito de las expresiones culturales. Coinciden en entenderlas como un concepto que no puede ser englobado ni determinado por las posturas biologicistas y funcionalistas de la juventud, sino más bien, como un proceso en continuo movimiento, donde el joven es un actor posicionado socioculturalmente.

La definición del tema propuesta por Carles Feixa se centra en reconocerlas como:

Experiencias sociales de los jóvenes, expresadas colectivamente mediante la construcción de estilos de vida distintivos, localizados fundamentalmente en el tiempo libre, o en espacios intersticiales de la vida institucional. En un sentido más restringido, definen la aparición de “microsociedades juveniles”, con grados significativos de autonomía respecto de las “instituciones adultas”, que se dotan de espacios y tiempos específicos (...) coincidiendo con grandes procesos de cambio social en el terreno económico, educativo, laboral e ideológico. Su expresión más visible son un conjunto de estilos juveniles “espectaculares”, aunque sus efectos se dejan sentir en amplias capas de la juventud (Feixa, 1998, p.61).

Es así como este macro concepto puede englobar a identidades juveniles tan diversas como los rockeros (con todas sus denominaciones y variantes: punks, skinheads, góticos, etc), los emos, los representantes del hip hop, los ravers, los okupas, taggers (Marcial, 2009, p.37). También los rastafaris, los pijos o fresas, los skaters, y otros más actuales como gamers, hipster u otakus³. Desde esta diversidad emerge la comunidad de ser grupos juveniles, con lógicas identitarias y culturales diversas, a través de las cuales algunos sujetos nuclea su existencia como jóvenes.

Al interior de estas adscripciones identitarias funcionan de manera articulada elementos simbólicos (como prácticas y consumos culturales, discursos, atributos), que consolidan los procesos de adscripción de los sujetos. Todos estos elementos contribuyen a revelar la imagen de estas grupalidades en el entramado social.

El consumo musical, deviene una de las actividades focales para la gran mayoría de las culturas juveniles. Resulta clave comprender el papel que desempeña para estas conformaciones, al punto de que muchas se han fundado en torno al consumo de corrientes musicales específicas o determinados géneros se han convertido en símbolos para sus identidades. Tal es el caso de los rockeros, exponentes del movimiento hip hop (raperos), rastafaris (reggae), y de manera más reciente, los reggaetoneros.

En el caso de la música, el rock, el rap, el reggae, etcétera, no solo son creaciones a través de las cuales pueden innovar con nuevos sonidos o vivir esos espacios de libertad incesantemente buscados, sino también, porque les permite expresarse de un modo diferente; en el que predomina el sentimiento, las relaciones de compromiso e identificación con la cultura de pertenencia y el grupo.

³ Sus características y prácticas culturales en el contexto nacional serán analizadas más adelante.

Actualmente, con el desarrollo e impacto social de las tecnologías e internet, estas se han posicionado como entes de articulación grupal en jóvenes y adolescentes. Lo cual también lleva a comprender estos procesos identitarios en diálogo con los contextos sociales, debido a que están condicionados socialmente y reproducen muchas veces, las nuevas maneras de comunicación e interacción en las sociedades.

En la construcción de estas identidades grupales predomina lo afectivo, se comparten ideas, sentimientos, vivencias mediante sus prácticas y los espacios de socialización. De esa manera, se crea un espacio simbólico que se construye a través de sus propias percepciones y representaciones sociales, compuestas principalmente por la música, el baile, el vestuario, las tecnologías; lo cual otorga un sentido de pertenencia e identidad a una realidad en común.

Culturas juveniles en Cuba.

A propósito de un estudio en tres provincias del país

La pertenencia a culturas juveniles o *tribus urbanas* en Cuba no resulta un fenómeno mayoritario en la escena juvenil. Cuestión que ha sido refrendada como tendencia en el país desde el año 2011 con la IV Encuesta Nacional de Juventud (CESJ/ONEI). Este estudio arrojó que el 68,3% de los adolescentes y jóvenes pesquisados, no se identificó ni pertenecía a ninguna de las culturas juveniles, contrario a un 33,7% que si lo hizo⁴.

⁴ El estudio abarcó todas las provincias del país, y contó con una muestra total de 7 711 adolescentes y jóvenes de 15 a 29 años.

Para profundizar en los resultados de ese estudio nacional, nos dimos a la tarea de desarrollar un acercamiento al tema en tres provincias del país: La Habana, Villa Clara y Holguín⁵. Así surge la investigación titulada: *Identidades juveniles y consumos culturales de adolescentes y jóvenes cubanos* (Pulgarón, et al., 2020), que tuvo como principal objetivo, el análisis de los actuales procesos de identificación juvenil, relacionados con las prácticas de consumo cultural y la pertenencia a culturas juveniles, en la población referida.

El trabajo de campo se realizó entre los años 2017 y 2018, abarcó una muestra total aproximada de 540 adolescentes y jóvenes entre 12 y 29 años de edad, subdividida para el análisis en grupos etarios de 12-14, 15-19, 20-24 y 25-29 años. Se aplicaron técnicas cuantitativas (cuestionario estandarizado) y cualitativas (entrevistas individuales y grupos focales). La muestra cuantitativa ascendió a un total de 453 pesquisados y la cualitativa a cerca de 90 sujetos.

Se asumió la diversidad de ocupaciones posibles en el país: estudiantes, trabajadores, desvinculados y amas de casa. También se tuvo en cuenta a las diferentes enseñanzas educacionales y los trabajadores fueron del sector estatal de la economía, así como del no estatal.

En relación a la temática que nos ocupa, se pudo apreciar que en la muestra hubo niveles muy inferiores de pertenencia a culturas juveniles, reconocida como esa forma de adscripción grupal más consciente y militante. En palabras de Giménez (1997), es aquella expresión de la identidad como conciencia de pertenencia, a través de la cual, la personalidad individual se incluye en una colectividad hacia la que experimenta un sentimiento de

⁵ La selección de estos territorios tomó en cuenta la presencia de un desarrollo urbano y económico importante en ellos. También la existencia de lugares de interés turístico y recreativo, con una vida cultural institucional amplia y activa, con presencia de eventos, tradiciones y proyectos culturales importantes. Además, puntearon como territorios con mayor presencia de culturas juveniles en investigaciones anteriores (CESJ/ONEI, 2011).

lealtad o compromiso. Pese a que solo 69 sujetos declararon tal pertenencia, en el estudio emergieron otras formas de relacionamiento con estas grupalidades a partir de identificarse sin pertenecer a ellas (ver Tabla 1).

Tabla 1. Identificación con culturas juveniles, según provincias, total de sujetos

Respecto a <i>culturas juveniles</i>	La Habana	Villa Clara	Holguín	Otra	Total
Pertenecen	38	10	19	2	69
Se identifican	111	45	48	3	207
Se identifican con nuevos grupos	12	1	11	2	26
No se identifican	79	71	68	0	218
No conoce	0	5	4	0	9
No respuesta					28

Fuente: Datos tomados de la investigación (Pulgarón et al., 2020).

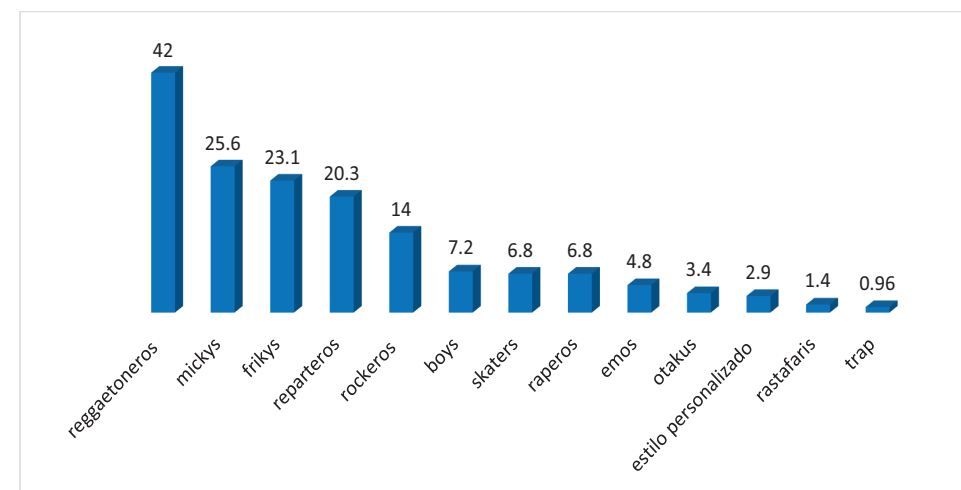
En ese sentido, se observó que no existen marcadas diferencias en la muestra total, entre los sujetos identificados con estas expresiones (207) y aquellos que aludieron mantenerse al margen (218); siendo un poco más los que se alejan de estas propuestas identitarias. No obstante, aunque los identificados fueron menos globalmente, en el caso de La Habana, los sujetos con afinidades hacia estas grupalidades superaron, considerablemente, a los que no se identificaban (ver tabla 1). Esa realidad conduce a pensar en las particularidades del contexto capitalino y sus dinámicas para que el fenómeno identitario se re-produzca constantemente y cobre nuevas dimensiones. Ejemplo de tales cambios son los nuevos grupos identitarios que emergieron tras la actualización hecha, principalmente por los capitalinos y holguineros, y que serán analizados más adelante.

Sin embargo, el ínfimo valor alcanzado por los sujetos de la muestra respecto al desconocimiento de estas expresiones (solo 9 personas), revela que ellas no están tan divorciadas de las experiencias cotidianas juveniles.

Por otra parte, da cuenta de que el fenómeno ha dejado de ser puramente capitalino y, de alguna manera, también interactúa con dinámicas locales y contextos nacionales; como resultado de procesos socializadores y mediadores, asociados a las tecnologías, el papel de las industrias culturales, el consumo musical, la moda y el influjo de la globalización; homogenizando estas prácticas simbólicas. De esa forma, se contextualizan y naturalizan experiencias culturales, muchas veces globales.

Los adolescentes y jóvenes habaneros, villaclareños y holguineros estudiados refuerzan los vínculos hacia estas expresiones, ya sea por reconocerlas, identificarse con algunas o comunicarse de manera efectiva con sus expresiones contemporáneas, sin necesidad de pertenecer a ellas. Por tanto, puede afirmarse que no integrarlas, no limita la existencia de canales efectivos de comunicación entre los diferentes actores juveniles. De esa forma, se incorporan nuevos elementos y variables para el análisis del tema en el país, que dan cuenta de sus complejidades y particularidades.

Gráfico 1. Culturas juveniles con las que se identifican en %



Fuente: Datos tomados de la investigación (Pulgarón et al., 2020).

Como bien refleja el gráfico1, entre las mayores identificaciones de los adolescentes y jóvenes estudiados, predominaron las preferencias hacia los reggaetoneros, los mickys, los frikys y los reparteros, con más de la quinta parte de estos. Otras grupalidades con mayor presencia en el país en períodos anteriores⁶ fueron menos seleccionadas, tal es el caso de los rockeros, skaters, raperos, emos, rastafaris y punks. Sin embargo, comenzaron a visibilizarse nuevas propuestas identitarias en el escenario participativo juvenil, como otakus y hipsters. Estas emergencias revelan “(...) el hecho de que siempre están apareciendo diferentes grupos que responden a nuevas sensibilidades estéticas y culturales, que dan cuenta de la complejidad de la ciudad” (Juliao, 2012, p.148).

La pluralidad de experiencias identitarias juveniles que existen, son resultado de las dinámicas sociales que les favorecen y estructuran. Ellas siempre dialogan con el contexto social que les imprime una huella y define, por tanto, así deben ser estudiadas, en función de identificar las lógicas a las que responden. La psicóloga cubana Daybel Pañellas, en entrevista para la investigación, planteó que:

(...) el contexto convoca necesidades y agrupaciones también diferentes (...) En ese contexto histórico, en ese momento, estas forman parte de la expresión cultural [del país]. Los grupos que emergen son síntomas de la sociedad. Que emerjan grupos que se unan porque lo que usan es la ropa de marca, me está diciendo que la ropa de marca está empezando a ser un tema (¿importante o diferenciador?) para esta sociedad (...) Es importante de cara a entender a la juventud de esa época (...).

⁶ Tomamos como referencia los estudios realizados en la capital, por Pañellas (2009) y nacionalmente la IV ENJ por CESJ/ONEI (2011).

Se revelan algunas ideas que nos invitan a pensar en estas emergencias grupales, no solo como hechos o identificaciones aisladas, sino muchas veces como necesidades sentidas o expresiones sociales que tienen un correlato directo con la sociedad macro donde se expresan. Así, emerge una interrogante que sirve como enunciado a los principales resultados encontrados. ¿Por qué las mayores identificaciones en el estudio estuvieron en función de los llamados *reggaetoneros*?

Para nadie es un secreto la popularidad que ha cobrado el reggaetón como género urbano y popular, no solo para los más jóvenes, sino para variadas generaciones y sectores poblacionales. Cuestión que refuerza su consumo y preferencia en esta muestra, sin mediar en diferencias etarias, por sexo, color de la piel, provincias ni ocupaciones.

Los resultados evidenciaron que su consumo no fue un fenómeno exclusivo de los varones, sino que también estuvo en la preferencia de las jóvenes y adolescentes, aunque en sus letras se reproduzcan posturas machistas y sexistas. En ese caso, se asume y sostiene un consumo musical acrítico de este género. Según lo evidenciaron algunos discursos de féminas villaclareñas, en los que se refuerza la relación entre consumo musical, edades, discursos identitarios; cuando para algunas la preferencia por el reggaetón se reduce a su ritmo, facilidad para el baile y la popularidad:

Porque quizás sea más dinámico y pega más con nosotros y con lo que nos distingue como cubanos. Se ha ido acoplando a manera que ha transcurrido el tiempo (...).

Yo creo que es por el simple hecho de que, a la hora de transmitir la canción, mueve el tema de la musicalidad, el moverse (...).

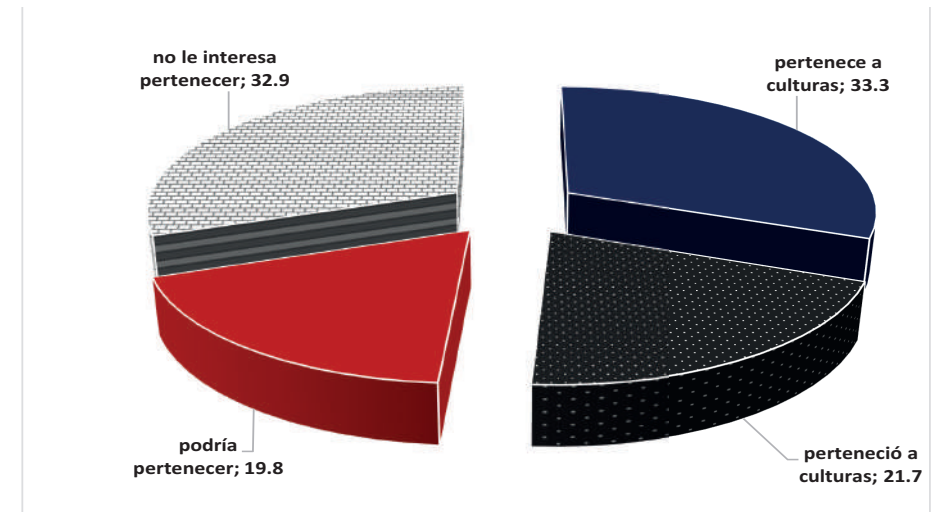
La manera de hablar, porque los jóvenes de hoy en día hablan de una forma así, vulgar y la canción refleja eso (Grupo Focal, adolescentes villaclareñas).

Otra arista a tener en cuenta respecto al consumo y alcance en el contexto nacional del reggaetón, tiene que ver con las mediaciones y el impacto de las industrias culturales en la vida de los sujetos. Desde sus mecanismos colonizadores se promueve y comercializa la imagen de los “artistas” de este género urbano, como portadores de un ideal de vida exitosa. De esa manera, se muestra siempre al cantante de este género con grandes cadenas, carros de última generación, mayormente rodeado de sensuales mujeres (con un ideal de belleza muy específico). Todo como sinónimo de poder económico y estatus social alto.

Ese discurso simbólico ya no tiene fronteras geográficas, por lo que, aunque se haga en Puerto Rico, Venezuela, Colombia o en Cuba, aporta los mismos significados para su consumidor pasivo. Además, funciona como un referente identitario que potencia ideales sustentados en cuestiones materiales, y conduce a que se subvaloren aquellos referentes éticos y humanos. Otro indicador de la crisis de valores que hoy impera en las sociedades globalizadas y de consumo.

La realidad actual y los resultados obtenidos reflejan el valor simbólico que ha alcanzado este género musical para los jóvenes cubanos de hoy. Sin embargo, el análisis cobra otros matices cuando muchos de los identificados con los reggaetoneros, aludieron que no pertenecen a esta expresión simbólica. Emergen nuevas variables dentro del tema de las culturas juveniles, y es la no necesaria relación entre identificación y pertenencia grupal. El gráfico 2 refleja cómo quedó refrendado en el estudio:

Gráfico 2. Pertenencia a culturas juveniles según los identificados, en%



Fuente: Datos tomados de la investigación (Pulgarón et al., 2020).

En la gama de opciones que aparecen dentro de los identificados con alguna cultura juvenil, emergieron aquellos que pertenecen a una (o varias) de ellas (69 sujetos), los que fueron miembros en algún momento anterior (45 personas), los que podrían pertenecer, pero hoy no lo son (41 casos), y aquellos que aludieron no mostrar interés por formar parte de estas (68 sujetos), dato que no puede desestimarse, dada la proximidad en cantidad con los que son miembros actuales.

Entre los que no mostraron interés de pertenencia, sobresalió el caso de los 40 sujetos identificados con los reggaetoneros, pero que no forman parte de las prerrogativas de este grupo. La posible explicación sobre este fenómeno obedece a lo apuntado en la investigación realizada en Santiago de Cuba, por Lavielle y Espronceda (2013), de no ser esta una cultura juvenil definida, sino que en las lógicas de sus exponentes funciona más el gusto por el género que una real pertenencia, o la definición como grupo identitario consolidado. Cuestión que introduce la idea que la identificación no siempre conduce a una real pertenencia.

Para las autoras mencionadas, los sujetos que declaran cierto gusto asociado con esta música, generan un tipo de identidad musical intermedia respecto al reggaetón. Siendo reconocida como su música preferida pero no asumen íntegramente el uso de los elementos ideó-estéticos y la oralidad secundaria que lo distingue como género y, por ende, como grupo identitario. En tanto que aquellos que se visualizan como parte de este grupo, podrían entrar en el cuarto nivel propuesto por las autoras, denominado: “consumo musical marcado e identidades estructuradas respecto al reggaetón” (Lavielle y Espronceda, 2013, p.83). Estos sujetos se distinguen por un marcado gusto por el género y, al mismo tiempo, asumen de manera activa y consciente aquellos elementos que lo conforman, tanto en el orden cognoscitivo como en su apropiación cultural.

En el estudio hubo 28 sujetos que también manifestaron criterios de no pertenencia, pese a una anterior identificación con otras grupalidades (mickys, reparteros, frikys y rockeros, hipsters, rastas y emos). En todos los casos, funcionan otras cuestiones a la hora de identificarse con alguna de las culturas, que no conduce a una real pertenencia grupal.

En materia de construcción de identidades colectivas deben tenerse en cuenta varias cuestiones claves que inciden en las reales pertenencias de los sujetos. Estas son: la identificación con la grupalidad, la práctica consciente, los discursos de identidad, la conciencia de ser ellos mismos, y que también otros logren identificarlos como tales⁷. La teoría de la identidad social sugiere que los sujetos se identifican con los grupos, y que no existe un divorcio entre identificación y pertenencia grupal; debido a que la primera es condición para que se consoliden las diferentes pertenencias sociales, culturales, etc. Sin embargo, los resultados obtenidos revelan que deben funcionar otros elementos en esa relación dialógica.

7 Estas cuestiones serán profundizadas más adelante en el acápite relativo al sentido de pertenencia.

(...) Se puede decir que se ha formado una identidad social o colectiva, que un grupo humano se ha constituido en grupo identitario para los otros y para sí. Cuando logra pensarse y expresarse como un “nosotros” y de alguna u otra manera, más o menos sólida, más o menos consciente, puede compartir rasgos, significaciones y representaciones, una imagen de las mismas y sentimientos asociados a la pertenencia e identificación con esos rasgos. Una nueva identidad humana (en este caso, grupal) aparece allí donde el grupo de personas, pequeño o grande, puede ser identificado desde su interior y desde lo externo como un sujeto colectivo que es y tiene conciencia de ser él mismo y no otro, que puede denominar e identificar su particularidad mediante una categoría (cubano, trabajador, azucarero, latino, rockero, feminista, intelectual, negro, marxista, católico, ecologista, etc.) acerca de la cual los miembros desarrollan y comparten memorias, representaciones, sentimientos de pertenencia, prácticas culturales, significados y reflexiones, que sustentan cierta continuidad en el cambio y dan sentido a sus vidas (De la Torre, 2008 en Pañellas, 2011, p.20).

Desde esa mirada deben confluír otros elementos, más allá de las identificaciones, para que se concrete una real pertenencia en términos de identidad asumida, sentida, militante y como *conciencia de pertenencia* (Giménez, 1997). De esa manera, los elementos asociados con la subjetividad, las motivaciones y aquellos vinculados con el contexto, estructuran los discursos de pertenencia grupal, la práctica consciente y su connotación simbólica, que permite construir *un soy, un nosotros y un hacemos*.

Pertenencia a culturas juveniles: Prácticas culturales, espacios de sociabilidad y discursos identitarios

En la muestra pesquisada, los 69 adolescentes y jóvenes que pertenecían en el momento del trabajo de campo a culturas juveniles fueron, mayoritariamente, mickys, frikys, reggaetoneros, reparteros y rockeros. En menor medida estaban aquellos asumidos como skaters, emos y un sujeto punk. Además, hubo 10 casos que manifestaron pertenecer a otras culturas (emergentes), con predominio de los otakus, los de un estilo personalizado y un hipster, por ese orden.

Desde estas páginas, enunciamos las principales cuestiones encontradas en los discursos identitarios de los sujetos analizados. Todas permiten reconstruir el mapa de sus pertenencias grupales. En ocasiones, las diferentes grupalidades reproducen prácticas culturales y espacios de sociabilidad que, lejos de crear fronteras simbólicas entre unos y otros, se complementan en una unidad que posibilita entender estos procesos identitarios de manera integradora. En ese sentido, serán abordados en el acápite cuestiones relacionadas con las formas de acercamiento a las culturas juveniles, las principales prácticas culturales, estilos y espacios de sociabilidad distintivos, así como las motivaciones y sentidos de pertenencia grupales, que movilizan sus prácticas e identidades.

Entre las formas principales de acercamiento a las grupalidades destacaron cuatro: (1) la imitación o el seguir a otros que ya reproducían tales adscripciones; (2) elementos estructuradores como el lugar donde se vive; (3) el vínculo con las tecnologías de la información y (4) los consumos audiovisuales. Todas homogenizan estas expresiones identitarias, en función de patrones y prácticas culturales globales.

Desde la imitación, reconocieron a los familiares y amigos como esos primeros referentes identitarios. (...) *Por mi hermano. Porque mi hermano y yo tenemos los mismos gustos, empezamos a escuchar la misma música, y nos empezamos a relacionar con gente micky y bueno, ahora todos somos mickys* (adolescente micky, habanera).

El inicio, asociado con dinámicas estructuradas por el espacio social donde se vive, emergió como una tendencia descrita desde la vivencia de una adolescente asumida *repartera*. Para ella, funciona cierto estigma en el caso de los reparteros, a los que se les etiqueta que provienen de contextos sociales desfavorecidos y, por ende, existe una percepción de que *si vives allí te toca ser*. Es como una marca, que diferencia y etiqueta: *Yo nací en San Miguel del Padrón y el barrio influye* (adolescente repartera, habanera).

En la respuesta de la adolescente se percibe cierta resignación frente al “*deber ser*”, que a la vez se muestra como realidad discriminatoria. La manera como ella se asume provoca lecturas sociológicas muy interesantes, al revelar la necesidad de que se estudien estos procesos identitarios desde el prisma de las heterogeneidades y desigualdades sociales, a partir de que las pertenencias también pueden generar estigmas, tanto por el lugar donde se vive, las prácticas culturales y recreativas a realizar, los accesos económicos y espacios de ocio, etc. Todo ello habla de realidades diferenciadoras y desiguales presentes en la conformación de estas grupalidades, en la interacción con otros sujetos culturales.

Las tecnologías y el consumo de audiovisuales, emergieron como mediaciones importantes para un grupo de sujetos en el momento de iniciarse en determinada cultura juvenil. Se revela el estrecho vínculo que existe entre las pertenencias y las prácticas de consumo cultural. Por ejemplo, para los otakus, la práctica cultural asociada con ver *animés/mangas* en etapas iniciales, define la conformación de sus identidades:

Principalmente yo me identifico con los otakus, yo soy otaku. Yo empecé siendo otaku sin saberlo, empecé a ver algunas series del paquete⁸, empecé a indagar más sobre el tema, a ver una serie que me recomendaron (...) (adolescente otaku, holguinera).

El consumo de estos audiovisuales se convierte en el mediador externo que reafirma sus identidades. Construyen sus referencias identitarias a partir de gustos marcados relacionados con audiovisuales foráneos, con una imagen, estética y elementos ideológicos específicos como los animes. Para su consolidación como otakus, han debido introducirse en las vías de socialización de la cultura en el país. Comparten la información que tienen, adquieren el *paquete semanal* para consumir estas series. Por tanto, han establecido redes y buscado alternativas para reproducirse como sus miembros.

También emergió, desde los discursos de adolescentes holguineros, el papel central de las tecnologías como vías efectivas para profundizar sobre los diferentes grupos identitarios. A través de dispositivos como el celular, se aprende sobre las características y prerrogativas de algunas grupalidades. De esa forma, es posible su reproducción y se re-construyen nuevas maneras de relación con ella: *Hay aplicaciones del teléfono que te dicen, que tienes que seguir un patrón para ser hipster (...) (adolescente holguinera). A nivel de aplicaciones de teléfono, yo un día no sé, qué es eso [se refiere a determinada cultura juvenil], y me pasan la aplicación y así me informo (adolescente holguinero).*

⁸ Alternativa para la circulación de productos audiovisuales en el país, mediante discos duros externos o memorias flash. Este incluye telenovelas, series, películas, videos musicales, documentales, música, videojuegos, catálogos, publicidad, noticieros, revistas, libros, actualizaciones de anti-virus, reality shows, aplicaciones para móviles, entre otros. Deviene negocio informal, pues para adquirir los productos las personas deben pagar un monto que oscila entre los 2.00 CUC (peso cubano convertible) y 5.00 CUC.

La centralidad de la tecnología en las prácticas sociales de adolescentes y jóvenes ha generado nuevos referentes identitarios, como los denominados *gamers*, *youtubers*, y *teams*⁹. En el caso de los *gamers*, se nuclean en función de los juegos de computadora y otras tecnologías. Estos comienzan a mostrar cierta presencia en las redes juveniles cubanas y, al igual que sus referentes internacionales, asumen las tecnologías como ámbitos de expresión. Por su parte, también asociados a estas, son reconocidos en el país los llamados *youtubers*. Un grupo mayormente juvenil que estructura en sus identidades conexiones con el consumo audiovisual. La posibilidad de hacer videos personales y subirlos a una plataforma como *Youtube*, se convierte en el principal desafío para los cubanos, dado los costos del acceso a internet y la infraestructura tecnológica aún insuficiente para realizar actividades como estas en la red.

El tercer reto es el que emerge de la relación establecida entre los productores de estos audiovisuales y sus consumidores, y es que deben ganar en seguidores para que su “obra” realmente tenga el éxito esperado. Lo trascendental es que, a pesar de las dificultades para la conectividad en el contexto nacional, se ha convertido en una práctica muy aceptada por adolescentes (mayormente como consumidores), por conectar con sus códigos e intereses etarios.

La otra emergencia se relaciona con el acceso a Facebook y la articulación en grupalidades simbólicas denominadas *teams*, mediante las que comparten imágenes y videos preferidos. Desde finales del año 2018, se han

⁹ Estas nuevas propuestas identitarias no fueron estudiadas durante la investigación, debido a que no se revelaron en el trabajo de campo. No obstante, ameritan ser profundizadas en posteriores estudios porque dan cuenta de las nuevas configuraciones subjetivas y grupales emergentes que dialogan con las tecnologías y el consumo asociado con las redes sociales. Estas realidades, están movilizandoo nuevas dinámicas interactivas y de sociabilidad juvenil en la capital, y otros territorios, pasando de las redes directas hacia el escenario virtual u *online*. Aunque para el contexto cubano aparece como novedad, ya son prácticas recurrentes en escenarios latinoamericanos, norteamericanos y europeos desde hace más de una década. Todas, mayormente, sociedades de consumo y altamente conectadas. En ese sentido, debe profundizarse si tales emergencias identitarias reproducen modelos foráneos, o si las necesidades a satisfacer con ellas son diferentes a las grupalidades aquí estudiadas. ¿Qué desafíos entraña su estudio en el contexto cubano actual? ¿A qué lógica responden? entre otras interrogantes.

mostrado miradas alarmantes y caras preocupadas (similares a las que ocurrieron cuando el “boom” de asistir a la calle G, en el Vedado), a partir de que cientos de adolescentes tomen las inmediaciones de las céntricas calles de Prado, San Lázaro y Malecón. Se reúnen, esencialmente, para socializar *online* y *offline*. Declaran buscar la mejor foto, para compartir con amigos y seguidores.

¿Qué diferencias hay entre los que allí asisten, con los adolescentes y jóvenes que refuncionalizaron tiempo atrás, la *calle G* para lógicas recreativas y de autoafirmación identitaria? En sentido general, estas experiencias juveniles revelan nuevas formas de participación juvenil, de hacer y decir como jóvenes, pues “las nuevas tecnologías no solo transforman nuestra experiencia simbólica de la vida, sino que al mismo tiempo se han convertido en el medio “necesario” para representarla” (Juliao, 2012, pp.159-160).

Prácticas culturales, estilos y espacios simbólicos

La articulación entre los estilos asumidos, las prácticas culturales que reproducen y los espacios de interacción, consolidan los procesos de adscripción y el sentido de pertenencia de los sujetos a culturas juveniles. En líneas generales, se apreció que no existe un divorcio entre las prácticas que realizan como miembros de una cultura juvenil y los espacios de sociabilidad (sus lógicas y significados). Conexión importante para hablar de identidades asumidas y expresadas. El diálogo entre *lo que hago* y *dónde lo hago*, legitima y refuerza *quién soy*, en clave de semejanza/diferenciación; pues se establecen relaciones con las otredades, ya sean miembros de la misma grupalidad o no.

En el caso de los mickys del estudio, sus prácticas culturales se relacionaron con el tipo de música que consumen y los lugares a los que asisten para recrearse como bares y discotecas. Los altos ingresos económicos que poseen, les permiten frecuentar estos escenarios recreativos, elementos que les refuerzan como grupo identitario. También el vestuario a la moda y el uso de ropas de marcas les identifica. El poder adquisitivo alto les permite

construir fronteras simbólicas respecto a otros grupos, así como estructurar criterios de aceptación grupal. Cuestión que en materia de prácticas culturales se articula con los principales espacios de interacción. Ello funciona como una doble diferenciación respecto a otras culturas juveniles, ya que casi todas las grupalidades habaneras tienen un espacio territorial propio, mediados por los accesos económicos, características del lugar y actividades a realizar en ellas:

(...) los repas frecuentan la fuente del malecón, los frikys la fuente de G (la calle G), los mickys se reúnen en bares, en discotecas, en fin, pienso que es así. (...) Para mí son importantes porque me reúno con gente que tiene los mismos gustos que yo, y me siento bien con eso (adolescente micky, habanera).

La principal alerta realizada frente a las asunciones de los mickys como grupo identitario, es que reproducen desde una microescala grupal, cuestiones relativas a la diferenciación económica que sustenta la creciente heterogeneidad social en Cuba (Espina 2006, 2008, 2011; Zabala, 2014; Pañellas, 2012). Aunque, no es solo exclusiva de esta grupalidad, ella centraliza en los accesos económicos altos una de sus características más distintivas, e incluso, revela tendencias de discriminación hacia otros, cuando se asume de manera natural: *que tenemos dinero, es lo que principalmente nos identifica, y que las demás personas no pueden hacerlo.*

Este argumento establece distancias sociales respecto a los “distintos” y construye relaciones sobre la base de la homogeneidad grupal, frente a aquellos con quienes comparten sus estilos de vida, consumos y posibilidades económicas. La clave real está en comprender por qué no todos los adolescentes pueden ser mickys, llevar ropa de marca o acceder a los mejores bares y discotecas (sobre todo, pensando en aquel joven/adolescente que quisiera reproducir esta identidad y no lo puede hacer por razones objetivas).

La mirada hacia las prácticas culturales y espacios de sociabilidad de los *otakus*, precisa de algunas cuestiones generales a mencionar, debido al carácter “importado” y emergente de esta cultura juvenil en el contexto cubano. Los *otakus*¹⁰ tienen una historia internacional, constituida fundamentalmente por jóvenes, aficionados al manga¹¹, al anime¹² y/o a los juegos de video, siendo activos consumidores de estos productos culturales y sus derivados. Este fenómeno, en perpetuo crecimiento desde los años 80 en Japón, representa hoy día un mercado inmenso y se extiende con rapidez al resto del mundo. Según Iwabuchi (2002), la cultura popular japonesa, a través de sus dibujos animados y juegos de video, se encuentra en el origen de una globalización cultural y desplaza el centro de la dominación cultural americana hacia Asia.

Los *otakus* de la muestra, por su parte, reproducen prácticas globales de esta grupalidad. Esta realidad refleja la existencia de procesos globalizadores efectivos, en términos de contextualización de prácticas foráneas y el empleo de estrategias para llevarlas a cabo desde el país. La interacción con los otros miembros emergió como una cuestión central para sus identidades como *otakus*, lo cual se articula con los espacios de encuentro. De esa manera, se consolidan las redes identitarias que los refuerzan como grupo de pertenencia. Distinguió aquellos relacionados con los eventos que difunden lo relativo a los animes/mangas y a la cultura japonesa, en los que confluyen noveles y más experimentados dentro de la cultura.

Los *rockeros* constituyen la cultura juvenil “más longeva” en la escena identitaria juvenil del país e internacionalmente (Feixa, 1992a; Reguillo, 2004; Marcial, 2009, Pañellas, 2009). La mayor presencia en el estudio de

10 *Otaku*, deriva de un término utilizado para nombrar a una casa o familia. En la jerga moderna del Japón, el término *otaku* se refiere a un fan de cualquier tema en particular (Menkes, 2012).

11 *Manga* es la palabra japonesa para designar a la historieta en general. Fuera de Japón se utiliza para referirse a las historietas niponas.

12 *Anime* es el término que identifica a los dibujos animados de procedencia japonesa.

jóvenes *frikys* que de *rockeros*, habla de cambios en algunas de las preferencias y tendencias juveniles actuales. Ambas expresiones no funcionan como contrapuestas, sino que sus referentes asumen continuidades en sus estilos y prácticas culturales. Dentro de los elementos de distinción defendidos sobresalió el consumo de la música rock en todas sus variantes¹³, así como las cuestiones vinculadas al vestuario, el uso de tatuajes y símbolos.

Para los *rockeros* y *frikys*, emergieron elementos interesantes asociados con el estilo, el vestuario y las lógicas a reproducir. Sobre todo, porque no siempre siguen las líneas estéticas como premisa excluyente en sus prácticas, lo que revela que existe una pluralidad de formas de llevar la identidad grupal. Aunque no desconocen su importancia como elemento de identificación: *El vestuario no es una cosa significativa. La mayoría se viste con manillas de pinchos, de negro, no te digo que no pero no todos se visten así tampoco. Yo conozco muchos rockeros que se visten normal, como cualquier persona que ande por la calle, incluso de traje y corbata y son rockeros (joven rockero, matancero).*

Las identidades *rockeras* asumidas no siempre precisan ser reproducidas desde los patrones estéticos, para que sean efectivas. En ellos funcionan otros referentes mediadores, igual de válidos. Se revela desde estas reeducaciones, el carácter activo del sujeto en la construcción de sus identidades y pertenencias sociales.

13 Existen varias tendencias dentro de los *rockeros*, a partir de las variantes de esta música (*hard rock*, el *heavy metal*, hasta las melodías menos fuertes, fusionadas con el pop y las baladas). Como otros grupos identitarios asociados al género se reconocen los punks, los *skinners* (Reguillo, 2004; Marcial, 2009).

Otro de los grupos juveniles presentes en la realidad cubana actual son los autoidentificados como *hipsters*¹⁴. Las construcciones identitarias que asumen se conectan directamente con patrones estéticos específicos, donde la forma de vestir puede marcar y etiquetar en función de gustos estéticos. En el caso de las prácticas culturales distintivas, se estableció la correspondencia entre la forma de vestir y sus identidades. Incluso, es reconocido como un estilo y no tanto un grupo cultural definido, apoyado sobre todo en una reinterpretación de patrones de moda, pues se trata de traer a la actualidad la *moda de otra época*:

Hipster es reciclar la ropa vieja por ropa nueva. Tu armario nunca tendrá ropa nueva, siempre será la vieja, pero hecha a la moda, ¡Eso es hipster! (...) Yo me inclino más hacia los hipsters porque están más cerca de la realidad en general, volver atrás la moda, (...) a las épocas geniales que fueron los 90, los 80. Épocas épicas (...) desde la música (...) Las culturas pasadas me llaman la atención, a mí me gustan todas esas cosas viejas, antiguas (...) (adolescente hipster, holguinera).

Las identidades que se construyen desde estos referentes, que ponderan lo *retro* en sus prácticas sociales y en sus preferencias musicales, son resultado de las dinámicas socializadoras y mediaciones culturales actuales. Hoy, en sentido general, desde la industria cultural hay tendencias a revivir en imágenes, prácticas y símbolos, algunas modas y manifestaciones artísticas de la década de los 50 y 60 del pasado siglo. Para algunos jóvenes, se asumen como épocas doradas, que desde lo visual se han hecho recurrentes

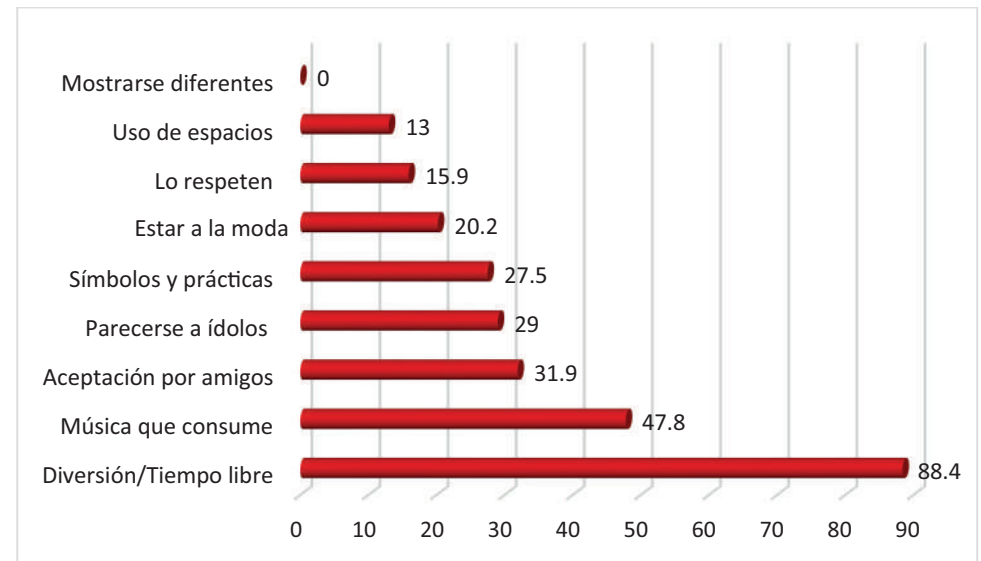
14 Se originó a mediados del siglo XX (1950), aunque desapareció y volvió a emerger a finales de los años 90, fue a principios de la década de 2010 cuando se popularizó y extendió más esta cultura urbana. Es un grupo que aparece, sobre todo, en grandes ciudades entre personas de clase media. Cabe recalcar su alta presencia en ciudades como Nueva York, Chicago o San Francisco. Al igual que ha pasado con muchas otras culturas urbanas, al extenderse y popularizarse se convierten en una moda. Es por ello que actualmente se llama *hipster* a las personas que visten según una estética concreta, aunque no tengan nada en común con los hipsters originarios o incluso, sus actuaciones sean contrarias al espíritu original del término. Al final, ocurre como en todas las modas: cuando una tendencia se populariza, pierde su esencia y pasa a ser un negocio para las empresas que venden ropa, complementos o servicios adaptados a los gustos de los nuevos hipsters.

a través de videoclips, vestimenta de cantantes y artistas, etc. Es así como se populariza una tendencia de “rescatar y realzar”, a veces de manera acrítica, épocas anteriores.

Sentidos de pertenencia que articulan a estas grupalidades

El sentido de pertenencia hacia las culturas juveniles se encuentra muy ligado al plano significativo, al ser este uno de los detonantes para la acción simbólica. Desde estos referentes, los sujetos logran explicarse sus pertenencias y continuidades como representantes de cada grupalidad. Según los resultados del estudio, sobresalieron aquellas motivaciones de integración grupal relacionadas con: *divertirse y pasar el tiempo libre*, la pertenencia por *el tipo de música que consumen y escuchan en ella y ser aceptados por sus amigos*, como las más representativas en la muestra (Ver gráfico 3).

Gráfico 3. Razones de pertenencia¹⁵ a las culturas juveniles expresadas en %



Fuente: Datos tomados de la investigación (Pulgarón et al., 2020).

15 Estos valores se construyeron a partir del análisis de los sujetos que declararon pertenecer actualmente a culturas juveniles (en total 69 personas).

La razón relacionada con la posibilidad de divertirse y emplear el tiempo libre sobresale como un elemento motivador común, independiente al grupo de pertenencia, edad, el sexo, color de la piel, territorio y ocupación. Ello refleja que, para los imaginarios juveniles, estas prácticas identitarias se sustentan en la posibilidad de satisfacer necesidades recreativas, e incluso, muchas veces las defienden como las únicas que tienen.

En los resultados del estudio sobre la calle G (Pañellas, 2009), se reveló la trascendencia de este espacio simbólico alternativo, frente a la no tenencia de lugares recreativos atractivos y económicos para la juventud habanera. Esta demanda también emergió en el estudio realizado, como necesidad sentida, sin diferencias, según los territorios analizados.

Las inquietudes de adolescentes y jóvenes cubanos, al cierre de la segunda década de los años 2000, continúan relacionadas con la necesidad de encontrar espacios recreativos acordes a sus intereses y asequibles a sus posibilidades económicas como jóvenes. Sobre todo, se defiende que puedan estar contruidos bajos sus propias lógicas y donde la influencia de la figura del adulto sea menor. Cuestión que, aunque cambien los tiempos, las modalidades y maneras de llevarlas a cabo, ya sea desde el espacio físico o el virtual, continuarán marcando las integraciones juveniles.

También aludieron pertenecer a estas grupalidades por razones como: *parecerse a sus ídolos, los símbolos y prácticas que realizan, por estar a la moda, el ser respetados y el uso de espacios simbólicos*. Estas visiones reproducen motivaciones globales de estas entidades simbólicas. En primer lugar, el carácter dinámico, y en algunos casos, efímero de sus prácticas, conduce a que sea percibido muchas veces como una moda.

Por otra parte, se aprecian continuidades al intentar parecerse a sus ídolos y tenerlos como modelos de referencia en su práctica identitaria. Esta idea estructura un tipo de identidad asociada a ideales. Las motivaciones

de pertenencia se construyen por la cuestión de *querer ser parecido a (...), o así soy como (...)*. De esa manera funcionan las adscripciones para muchas grupalidades, a partir de referentes o modelos identitarios. También para aquellas en las que la música es un catalizador de identidades, los artistas y músicos devienen símbolos claves para estas. Para los rockeros y los reggaetoneros, esta cuestión emergió como una razón de peso.

En el caso de las prácticas culturales y símbolos que les distinguen, devienen elementos objetivos de la identidad, o sea, aquello que les define y permite la distinción entre grupos. Mayormente, estas grupalidades reproducen patrones foráneos, a partir de funcionar como formas de expresión globales. Eso puede llevar a un diálogo entre lo nacional y lo internacional, de acuerdo con las maneras como se reproducen en Cuba y las estrategias de afrontamiento.

La percepción sobre las dinámicas que ocurren al interior de estos grupos, relacionadas con el respeto, habla de una mayor prevalencia de relaciones horizontales entre coetáneos y pares cuando interactúan. Las prácticas grupales que reproducen rompen con patrones tradicionales del mundo adulto, y favorecen el diálogo y las relaciones empáticas, distanciándose de aquellas conflictuales y verticales, con las que interactúan en otros ámbitos de la sociedad.

El uso de determinados espacios públicos, como una razón ponderada por el grupo, reconoce las conexiones entre cada expresión identitaria y el espacio simbólico de interacción inter e intragrupal. E incluso, distingue las nuevas maneras de conectar grupalmente, las que denotan nuevos escenarios y ritualidades, pero que responden a iguales lógicas y necesidades de socializar y/o sociabilizar, compartir intereses, afinidades y realidades comunes, alejadas de aquellas prácticas tradicionalmente adultas.

De manera general, el sentido de pertenencia a estas grupalidades revela las diversas existencias juveniles que dialogan en función de estilos, prácticas y cosmovisiones compartidas. También estas se conectan con un contexto que no les resulta ajeno, y condiciona sus transformaciones. Desde los discursos identitarios y posturas asumidas se revelan otras maneras de reproducirse como jóvenes en estrecho vínculo con las estructuras sociales, coetáneos, adultos e instituciones.

Ideas finales

Pensar el tema de las culturas juveniles en Cuba hoy, implica no solo su análisis desde esquemas preestablecidos y lineales, sino que resulta clave mirar y problematizar sobre ellas desde el carácter dinámico que las distingue. Las nuevas grupalidades que emergen y se legitiman en algunos grupos juveniles, rompen con las fórmulas anteriores, (aunque defienden sus esencias), por lo que nos remiten a permanecer actualizados en cuanto a sus manifestaciones. También, la necesaria vinculación de estos procesos identitarios con los contextos sociales donde dialogan y se expresan, dinamizan y definen sus esencias.

La vinculación del tema con el mundo de las tecnologías le imprime un sello diferente, pues se rompe con lógicas anteriores, relacionadas con la resignificación de espacios físicos, para satisfacer necesidades grupales. En las nuevas formas de integración juvenil en Cuba, valen tanto el espacio *online* y sus posibilidades de interacción, como el contacto físico y la comunicación directa entre sus miembros. Todo lo cual conduce a retos para su estudio desde el país, en el que se avanza en el tema de informatización de la sociedad, y donde la población juvenil se destaca como la más activa y creativa dentro de este proceso (Cubillas y Lukianenko, 2018).

Aunque el escenario muestra tales tendencias, no resulta hoy un fenómeno mayoritario la pertenencia militante y comprometida hacia las culturas juveniles en el país. Sin embargo, las juventudes actuales las reconocen, identifican y dialogan con sus expresiones contemporáneas. Según los resultados obtenidos en el estudio, los procesos de identificación hacia estas, fueron mayores que sus reales pertenencias. Ello conduce a que los análisis sobre el tema incorporen otras variables para comprender sus complejidades.

El sentido de pertenencia resultó ser una de las variables más dinámicas y heterogéneas dentro de los adolescentes y jóvenes que integraron culturas juveniles en el estudio. La articulación entre los estilos asumidos, las prácticas culturales reproducidas y los espacios de interacción, consolidaron los procesos de adscripción identitaria. Destacaron como las principales razones de pertenencia grupal: divertirse y pasar el tiempo libre, la pertenencia por el tipo de música consumida y la aceptación grupal.

Una de las cuestiones centrales a la que nos enfrentamos al trabajar con estas poblaciones, deriva del posible conflicto vivido por aquellos sujetos que reproducen o resignifican prácticas culturales foráneas, y las maneras como expresan su identidad nacional como cubanos. En el caso de los otakus estudiados, por ejemplo, parecieran definirse como una propuesta identitaria alejada o distinta a la idiosincrasia cubana. Habría que recordar que en sus prácticas culturales reproducen elementos de la cultura japonesa (a través del consumo de *animés*, *mangas*, filosofía de vida, etc.).

Emerge la interrogante, ¿cuánto rompen con sus tradiciones más autóctonas, o con su identidad nacional cuando reproducen estas prácticas foráneas? O, por el contrario, ¿se convierte esta opción en una alternativa para reinterpretar y resignificar la cultura cubana actual desde nuevas miradas y códigos?

La idea del carácter activo del sujeto en la construcción de su identidad, lleva a que nos inclinemos por la segunda propuesta. Los individuos tienen una multiplicidad de identidades que se expresan y dialogan en función de las circunstancias sociales. Lo cual no significa que se deje de ser cubano, por reproducir prácticas foráneas o globales, e incluso, no tienen por qué existir contradicción porque estas dialoguen. Precisamente, ese es el valor de la contextualización de la que se ha hablado anteriormente.

Además, hay que entender el carácter dinámico de las identidades colectivas, como lo es la identidad cultural cubana. Esta se atempera a las particularidades individuales. Hay esencias que no se pierden por el hecho de preferir un tipo de música o realizar otra práctica que no “sea tan cubana”. Lo importante es adentrarse y reconocer las otras maneras de reproducir sus identidades como jóvenes cubanos, haciéndolas coincidir con otras preferencias y estilos de vida.

Sirvan estas líneas para incentivar el estudio de todo aquello que es distinto, pero por ello no se puede considerar “anormal” o “peligroso”. Siguiendo las ideas de Raúl Zarzuri (2000), estos procesos identitarios hay que entenderlos alejados de toda sombra de estigmas, caricaturas o ridículos, en función de conocer, qué se esconde detrás de estas manifestaciones culturales juveniles, qué nos quieren decir.

En nuestro caso, los resultados obtenidos permitieron revelar la existencia de diversas adscripciones juveniles. Los elementos abordados validan la pertinencia de estudiar integralmente los procesos identitarios, en diálogo con los consumos culturales. Sus conexiones y expresiones son el resultado de mediaciones y procesos globalizadores, en los que se han socializado como adolescentes y jóvenes en el país. Por otra parte, el análisis de sus identificaciones y pertenencias, devino una forma también de apostar por el reconocimiento social como jóvenes, no solo como los hacedores del futuro cubano, sino como los actuales protagonistas y edificadores del presente del país.

Referencias bibliográficas

- Bermúdez, E. (2001). *Consumo cultural y representación de identidades juveniles*. Universidad del Zulia, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Centro de Estudios Sociológicos y Antropológicos.
- CESJ/ONEI. (2011). *IV Encuesta Nacional de Juventud*. CESJ.
- Cooppinger, F. (2012). Jóvenes reparteros. Caracterización de un estilo juvenil desde la mirada de los propios protagonistas. *Revista Estudio*. (12). Centro de Estudios Sobre la Juventud. enero-junio. pp.70-79.
- Cubillas, M. y Lukianenko, S. (2018). *Usos y accesos de las tecnologías informáticas por adolescentes y jóvenes cubanos*. (informe de investigación). CESJ.
- De la Torre, C. (2001). *Identidades. Una mirada desde la Psicología*. Centro de Investigaciones y Desarrollo de la Cultura Cubana “Juan Marinello”.
- De la Torre, C. (2003). Sobre los jóvenes cubanos de hoy. En *El cubano de hoy. Un estudio psicosocial*. Fundación Fernando Ortiz.
- De la Torre, C. (2007). *Valores y motivaciones de los cubanos y cubanas de hoy. Un aporte al conocimiento del mercado cubano y sus segmentos*. (formato digital).
- Espina, M. (2006). La comprensión de la desigualdad. *Revista Temas*. (45). pp.4-16.
- Espina, M. (2008). Desigualdad y política social en Cuba hoy. *The future of Social Justice in Cuba*. Bellagio Conference Center.
- Espina, M. (2011). La política social en Cuba: resultados y retos. *La cuestión social en Cuba contemporánea*. Center for Latin American and Latino Studies. American University.
- Feixa, C. (1992a). *De jóvenes, bandas y tribus*. Ariel.

- Feixa, C. (1992b). *De las bandas a las culturas juveniles. Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*. Universidad de Colima.
- Feixa, C. (1998). *El reloj de arena. Culturas juveniles en México*. Editorial Feixa, C. D.R Causa Joven.
- Giménez, G. (1997). *Materiales para la teoría de las identidades sociales*. http://docentes2.uacj.mx/museodigital/cursos_2008/maru/teoria_identidad_gimenezpdf
- Gómez, L. y Luis, Ma. J. (2009). Nuevas condiciones juveniles y trayectorias de vida en Cuba. *Última Década*. Año 17 (31). CIDPA Ediciones. pp.11-29.
- Gutiérrez, L. (2010). Culturas juveniles: (sub)versiones teóricas para agendas emergentes de investigación en Cuba. *Revista Perfiles de la cultura cubana*. (5) junio-octubre. <http://www.perfiles.cult.cu/index.php?r=site/articulo&id=217>
- Iwabuchi, K. (2002). *Recentering Globalization: Popular Culture and Japanese Transnationalism* (Paperback). Durham, NC: Duke University Press.
- Juliao, C. (2012). Culturas juveniles y tribus urbanas: ¿Homogeneización o diferenciación? *Revista Praxis Pedagógica*. (13). enero-diciembre. pp.144-164.
- Lavielle, L. y Espronceda, M.E. (2013). El consumo musical del reguetón y las identidades juveniles. *Revista Estudio*. (15). Centro de Estudios Sobre la Juventud. julio-diciembre. pp.76-89.
- Mafessoli, M. (1990). *El tiempo de las tribus*. Editorial Icaria.
- Marcial, R. (1992). Juventud y expresiones juveniles. Un acercamiento al fenómeno juvenil en México. *Revista Relaciones*. 12 (50). pp.121-147.
- Marcial, R. (1997). *La Banda Rifa. Vida cotidiana de grupos juveniles de esquina en Zamora*. El Colegio de Michoacán.
- Marcial, R. (2009). Voces de la diversidad. Culturas juveniles: referentes simbólicos y espacios de interpelación. *Revista Estudio*. (7). Centro de Estudios Sobre la Juventud. enero-junio, pp34-49.
- Margulis, M. y Urresti, M. (1996). La juventud es más que una palabra. En Margulis, M. y Urresti, M. (eds.). *La juventud es más que una palabra*. Editorial Biblos.
- Menkes, D. (2012). La cultura juvenil otaku: expresión de la posmodernidad. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud* 10 (1). pp.55-62.
- Pañellas, D. et al. (2009). *CalleG-eando. Caracterización psicosocial de la población que se reúne a lo largo de la calle G*. (informe de investigación). Facultad de Psicología, Universidad de La Habana.
- Pañellas, D. et al. (2011). CalleGros. ¿Tribus, grupos, qué son? *Revista Estudio*. (11). Centro de Estudios Sobre la Juventud. julio-diciembre. pp.37-50.
- Pañellas, D. (2012). *Grupos e identidades en la estructura social cubana*. (tesis de doctorado). Facultad de Psicología, Universidad de La Habana.
- Pulgarón, Y. et al. (2020). *Identidades juveniles y consumos culturales de adolescentes y jóvenes cubanos*. (informe de investigación). Centro de Estudios Sobre la Juventud.
- Reguillo, R. (2000). *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Editorial Norma.
- Reguillo, R. (2003). Las culturas juveniles: un campo de estudio; breve agenda para la discusión. *Revista Brasileira de Educação*. (23). mayo/junio/julio/agosto, pp. 103-118.
- Reguillo, R. (2004). La performatividad de las culturas juveniles. *Revista de Estudios de Juventud*. (64). Instituto de la Juventud, pp. 49-56.

- Urteaga, M. (1998 a). Identidad, cultura y afectividad en los jóvenes punks mexicanos. En Medina, Carrasco, G. (comp). *Aproximaciones a la diversidad juvenil*. Documento en formato PDF.
- Urteaga, M. (1998 b). *Por los territorios del rock. Identidades juveniles y rock mexicano*. Causa Joven-SEP-Culturas Populares.
- Valenzuela, J.M. (1997). Culturas juveniles. Identidades transitorias. Un mosaico para armar. *JOVENes, Revista sobre juventud*. Nueva época, año 1, (3). Causa Joven/Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud. pp.12-35.
- Zabala, M. (Comp.) (2014). *Algunas claves para pensar la pobreza en Cuba desde la mirada de jóvenes investigadores*. Centro Félix Varela, Publicaciones Acuario.
- Zarzuri, R. (2000). Notas para una aproximación teórica a nuevas culturas juveniles: Las tribus urbanas. *Última Década*. (13). CIDPA Ediciones. pp.81-96.
- Zebadúa, P. J. (2008). *Culturas Juveniles en contextos globales. Estudios sobre la construcción de los procesos identitarios de las juventudes contemporáneas*. (tesis de doctorado). Universidad de Veracruz.

Culturas juveniles: Los TEAMS

Daybel Pañellas Álvarez¹

Introducción

La evolución de la web y sus posibilidades de espacios interactivos entre los usuarios ha propiciado la construcción y expresión de identidades en estos escenarios, que se constituyen como forma alternativa de expresión y construcción del “mundo real”. Se promueve un nuevo tipo de identidad: las identidades digitales, online o virtuales, las cuales se refieren al fenómeno de la construcción de formas de presentación personal en la web, lo cual se traduce en mostrarse *on line* perfilando aspectos personales, culturales, cívicos, desde los cuales “identificarse”.

La creación de una identidad virtual es realizada por el usuario de forma consciente, lo que la diferencia del proceso offline, donde esta es el resultado de la experiencia, las interacciones y la sociedad. Es por ello que la identidad digital es el resultado de quien el usuario desea ser, ya que él es quien se configura en estos espacios. Así pues, el sujeto-usuario se re-define y, desde su nuevo yo, establece el tipo de interacciones con los otros suje-

¹ Fueron colaboradores del estudio y de los resultados aquí presentados: Arlena Franco, Carolina Álvarez, Eyleen Miyares, Gabriela Ruiz, Heidi Carmona, Isis Cabrera, Laura Ortega, Leyanis Placencia, Lill Hernández, Llilián Capote, Lorena Gamonedo, Lorena Gil Blain, Lucía Uliver, Mariluz Jiménez, Maura Vázquez, Melissa Robaina, Mónica Betancourt, Naiby Capote, Patricia Prado, Patricia Rodríguez, Sharay Sánchez, Sheyla Andalia Crespo, Thalía Rubiera, Yelina González. Estudiantes 2do año, Facultad de Psicología, Universidad de La Habana.

tos-usuarios del ciberespacio. “Tales espacios dan la oportunidad a los individuos de crear versiones ideales de sí mismos, en muchos casos, rebosantes de virtudes y carentes de defectos” (Aguilar y Said, 2010).

Forman parte de estas narraciones las imágenes, videos y frases. La relación que exista entre las identidades digitales con la identidad real del sujeto “puede tomar, a grandes rasgos, tres caminos: guardar cierta coherencia con la vida offline; ser resultado de la imaginación; o un híbrido de ambas” (Moreno, 2012).

Detalles metodológicos

La investigación de la que da cuentas este artículo es resultado de “sentir” y ser coherente con la práctica de la psicología social. En enero de 2019, una estudiante de la licenciatura en Comunicación Social me contactó preguntándome sobre los teams. Yo no sabía nada de ellos. Conversamos, y solo fui capaz de darle respuestas a partir de generalidades relacionadas con la comprensión de la psicología de los grupos. Un mes más tarde, los estudiantes de 2do año de la carrera de Psicología, en su período de prácticas pre profesionales en institutos preuniversitarios capitalinos de los municipios 10 de Octubre, Plaza de la Revolución y San Miguel del Padrón, describieron la emergencia de este fenómeno en las dinámicas grupales. Se hizo evidente para mí la necesidad de acercarnos a estos grupos y entenderlos. Así comenzamos.

Formó parte del trabajo extracurricular de un grupo de estudiantes motivados con el tema. La investigación, con un enfoque cualitativo, tuvo lugar de marzo a junio de 2019. Se inició con observaciones de espacios públicos donde se dan cita estos grupos (Prado y Malecón, el Salón Rosado de la Tropical, el Balneario Universitario), en paralelo se contactó con miembros de los mismos para establecer rapport y realizar entrevistas a profundidad. Por otra parte, se accedió a las páginas de Facebook, bien porque eran públicas o porque se convertían en sus amigas por esta vía. Así mismo,

se identificaron adultos que concurrían a estos espacios; entre ellos se encontraban policías y algunos oficiales del Ministerio del Interior (15), así como vendedores de productos comestibles que ejecutaban su trabajo en esas zonas (20). Posteriormente, se procedió a entrevistar a los que voluntariamente accedieron (adultos y miembros de los grupos de Teams). Las entrevistas contuvieron preguntas abiertas y cerradas, además de dibujos. En total se trabajó con 80 miembros de teams (en diferentes roles: bosses, kings, princess, fotógrafos, peluqueros, miembros), pertenecientes a Red Devil, Pinki Travesura, One Panda Chalk, Daye Young Flow, Ozunita, Ozi Towers, Ruben Hp Metallic, Pineapple, Blackroses, Lightinggirls, Unknow, Lester Gang Power-Infinite Future, Golden Star, Only Style, Over Secret, Luxury, Intocables, Tops Star, Overdose Tyke up; Sicko World, WifKahli-fa, Pac Brains, Champion Boys, Royal Blood, Stone Heart, Delirious, Boy Wonder, Metal Gear, Start Shalk, Under, Infinity, Guccy, BabyGirls, Sugar Style, Supu, Hell Boys, apple Green, Infinity Channel, entre otros.

Cerramos la investigación por cuestiones relacionadas con el ciclo académico. Pero si una certeza tenemos es que la formación y desarrollo de estos grupos está en constante cambio, de modo que los resultados presentados representan más bien una foto del asunto y tal vez estén desactualizados para cuando este libro esté en manos de los lectores².

¿Qué son los Teams?

Son grupos de jóvenes y adolescentes, generalmente entre los 14 y los 27 años. Se caracterizan por considerarse una familia o hermandad, también equipo, lo cual implica que los miembros del grupo mantengan cierto grado de compromiso entre sí. Se unen bajo un mismo nombre, como elemento unificador intra grupal y diferenciador exogrupal. Su conformación responde a criterios de amistad y/o reconocimiento en las redes sociales.

² En la presentación de resultados, todos los parlamentos en cursiva se corresponden con respuestas de los sujetos entrevistados.

¿Cuándo surgieron?

Existen varias hipótesis sobre su surgimiento. La más compartida es que fue en el año 2018, a partir de una convocatoria hecha en Cuba para batir el récord del “Selfie Gigante”, competencia realizada inicialmente en Australia bajo el nombre de “GigaSelfie”, consistente en tomarse una selfie donde aparecieran la mayor cantidad de personas y paisajes exóticos del país, con el fin de atraer a un mayor número de turistas.

A la convocatoria realizada en Cuba respondieron 10 grupos de adolescentes, conformados —aproximadamente— por 50 integrantes cada uno; algunos meses después se llamarían a sí mismos “teams”. El primer team tuvo su origen en Camagüey, para lo cual utilizaron la plataforma digital de Facebook. Se nombraron los “Cid” y posteriormente este nombre fue replicado en La Habana por un team con miembros diferentes, y que no incluyó a los usuarios de la provincia central.

Desde su surgimiento, los teams son atendidos institucionalmente por el Comité Nacional de la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC), particularmente por su departamento ideológico. Esta organización juvenil se ha familiarizado con la nueva tendencia, y ha creado teams patrocinadores como el “Team Cuba” y el “Team talla”.

¿Dónde se encuentran?

Aunque surgen en el espacio virtual, sienten la necesidad del espacio físico cara a cara, entre otras razones, por la competencia que se establece intergrupalmente. Se lanzan a la conquista de espacios públicos urbanos, que intentan tornar exclusivos, entre ellos se han destacado rentas de bares en los que organizan fiestas “solo para teams”.

Al parecer, el 12 de enero de 2018 se convocó la primera reunión pública de teams en la escalinata del Capitolio, de donde fueron expulsados por la policía, dada la significación política e histórica del lugar, al ser la actual sede de la Asamblea Nacional del Poder Popular. Posteriormente se trasladan al Teatro Martí, de donde nuevamente son desalojados, ya que se encuentra próximo al laboratorio de criminalística; y más tarde comienzan a ocupar la zona de Prado y Malecón, de la cual se retiraron temporalmente debido a las exposiciones de la Bienal de La Habana. En estos momentos los podemos encontrar los sábados, en el horario de la tarde, frente al hotel Packard. Las características comunes de todos estos espacios son: públicos, reconocidos, bonitos.

Los territorios de reunión difieren de los de fiesta. Estos últimos comenzaron siendo en La Piragua, pero por cuestiones de capacidad, debido al crecimiento el número de teams, fueron trasladados al Salón Rosado de la Tropical y al Balneario Universitario; ambos proyectos patrocinados por la UJC. Las fiestas en el Salón Rosado se mantienen, sin embargo, se han extendido a una lista exclusiva de bares en un convenio de los cuentapropistas³ con los líderes de cada team; los bares más visitados son: El Johnny, Malevo, Bar-bar, Sapir y 3ra y 18.

¿Por qué se es miembro de un team? ¿Qué significa y hace sentir ser miembro de un team? ¿Cómo lo evalúan sus miembros? ¿Qué ventajas y desventajas identifican?

La pertenencia al team genera sentimientos positivos (alegría, felicidad, amor, afecto, placer, relajación.) Se satisfacen necesidades de inclusión, aceptación, reconocimiento, autoafirmación, contacto filial, contacto íntimo afectivo. *Somos como una familia. Tener gente que te quiere como eres, hacer más amigos, divertirse, sentirse bien. Popularidad, la gente sabe quién eres y como que empiezas a crecer y te respetan. Es una hermandad. Es*

³ Se refiere a los trabajadores del sector privado.

como una familia con la que puedes contar siempre. Todos se llevan bien. Es como un grupo muy, muy unido. Es como una familia, nos contamos las cosas, hacemos fiestas, la gente me conoce, tengo más amigos. Es donde puedo sentirme bien. Yo me siento súper, porque tengo a donde ir, no me aburro en las vacaciones, ahora vamos a hacer más cosas juntos. Me siento importante, la gente sabe que pertenezco a un team y eso es lo último ahora. Pertenecer a una familia, que esté presente para ti, en la alegría, en la tristeza e incluso, cuando el whatsApp nos separe.

En general, hay acriticidad con respecto a la pertenencia o a la influencia que el grupo puede ejercer sobre sus miembros. Más bien lo analizan desde la satisfacción individual. Entre las ventajas señalan: *Te ayuda a coger like en Facebook. Te ayuda a conocer personas. El calor familiar que recibes. No la veo, porque yo lo hago porque eso se usa y la gente se hace popular y yo lo hago por embullo. Que estamos pegados y salimos. Disfrutar, pasar momentos lindos en la vida. A mi team lo conoce todo el mundo, somos los Visionary y estamos en el top 16 del top 0 de los teams y eso todos lo valoran, te enseña de la amistad. Que tienes muchos amigos que se identifican como tú. Ser popular en las redes. Nunca estás sola.*

Entre las desventajas refieren: *Hay veces que eso te trastorna, porque no haces más nada que pensar en eso. La rivalidad tan grande que hay en algunos teams que son muy grandes e importantes. Para la edad que tenemos la mayoría, eso de estar tirándose fotos es una bobería y fiñería y yo lo hago porque no hay más nada que hacer ahora mismo. Ninguna, chismes y rivalidad.*

¿Cómo son los miembros de un team?

Están vestidos a la moda, bonitos, como cantantes y famosos, muchos de ellos reguettoneros puertorriqueños y cubanos; se distinguen por la extravagancia.

Hay algunos que declaran que no hay prototipo, y que la ropa y los accesorios no tienen importancia, aunque saben que es norma para muchos teams. *Grupo, vestidos a full con lo último: las gafas, canguro, los fila, aunque*

no todos así, muchos likes, fotos todurakos. Somos los mejores porque nosotros lo tenemos todo. Nosotros somos nuestros patrones, pero Bad Bunny está todurako. Todos tienen que ir vestidos parecidos, no iguales, pero bien vestidos, no en chancletas Dupe con un shortcito de playa, porque tú te tienes que dar a respetar, no es que tengas que ir de marca, pero hay que ir bien. Como Anuel, Bad Bunny, Chris Brawn, Los Migos, Future, los Quabo, que son gente de moña. Nos vestimos ancho, nos gusta el trap, Bad Bunny, Anuel, a ver, también escuchamos repartero, pero más el pop, el trap, la moña. Todo eso. Estar en el mundo repa es otra historia, es meterse en problemas, es otro mundo, te lleva a otro alcance, das glamour, vistes bien. Ya y por eso es que me gusta, No sé cómo decirte, porque hay mikis, hay repas. De ropa, sencillo siempre, usamos ropas anchas como Bad Bunny, con camisetas de básquet, camisas de flores, monos anchos. En mi team la mayoría son peludos y bueno, yo tengo mi pelo muy largo desde que estoy en el team. Gente loca por ahí moviéndose, que no busca problema. Mi team es de sencillos, no andamos así con esa bobería de tetes ni peluches. Mi team siempre anda con bozales y yo, como ves, uso eso, a ver no se llaman bozales, se llaman nasobucos y los usamos porque nos gusta, no es que signifique algo específico. Yo no ando en esa bobería de fijarme en los teams, pero en el mío todo el mundo se debe vestir a la moda y coordinado, sin chusmería y hay que tener un poco de posibilidades pa' salir, es decir, tener dinero y tener likes. En el mío, donde todas somos mujeres y tenemos siempre cosas lindas como muñequitos, felpitas de colores, siempre me visto de rosado con cosas chulis, pero solo me visto así para venir aquí, porque yo no tengo toda mi ropa rosada, tengo de otros colores y bueno, me compré la rosada pa' venir aquí, Los Pinne Apple andan con una piña y se la ponen en la cabeza, se hacen fotos con ellas. Los Champion Boys andan con unos hue-sitos o absorbentes en la cabeza, enganchados en el pelo porque todos tienen tremenda melena (son negros). Vestirse con pantalones anchos, medias altas, gafas de Bad Bunny, tenis Fila, riñonera.

¿Qué hacen?

Su principal objetivo es compartir actividades que esencialmente contribuyan a otorgarles mayor reconocimiento, tanto dentro de las redes sociales virtuales, como fuera de ellas.

Se destacan por tomar fotos para su posterior publicación en Facebook, salidas a bares y piscinas, competencias de baile y retos entre ellos que denominan “Votas”. Este último consiste en seleccionar un miembro de cada team para que lo represente y hacer una publicación en Facebook donde aparezca una foto de los usuarios elegidos junto con el texto: “Vota entre dos chicos(as) para ver quién está más *“duro/tixxa”*; por “un usuario determinado” vota “me encanta” y por “el otro usuario” vota “me divierte” / “me asombra”; finaliza “un determinado día” a “la hora escogida”.

El primer “Vota”, denominado “Vota Cuba”, se trató de una página virtual creada con el acompañamiento de diseñadores de la UJC. Los “Votas” más conocidos son: Vota Candy, Vota Flash, Vota Ferragama y Vota Vs. Entre los premios que se ofrecen para el team ganador predominan las bebidas alcohólicas costosas, como botellas de whisky Ballentine´s, e invitaciones gratis a fiestas en bares y piscinas privadas. Al resto de los teams, incluido el perdedor, se les cobra altos precios para poder entrar a las mismas, lo cual se está convirtiendo en un negocio muy lucrativo, cada vez más extendido en la sociedad capitalina. Obviamente, ello conduce también a la ingestión de bebidas alcohólicas.

Para ganar —aumentar el reconocimiento en Facebook, dígame los “likes”— se desarrollan disímiles estrategias como fotos imitando a los artistas con los que se sienten identificados. En ellas reproducen —esencialmente— sus prendas de vestir, accesorios, poses; también aparecen con abrigos

en plenas temporadas calurosas, uso de mascotas, etc. Recurren a todos sus contactos y piden que entren a sus perfiles en las redes, le den likes y comenten sus publicaciones.

A raíz de estas competiciones, la categoría team se ha segmentado en teams reconocidos y teams no tan reconocidos. Los primeros se listan en una página de Facebook bajo el nombre de teams oficiales de Cuba. *Los Wonders son súper buenos, ahí está el hombre que más likes coge en Cuba: Hugo Wonder con más de 1000 likes en cada publicación, el primer hombre en Cuba en llegar a los 3000 likes, pero, a ver, él también es modelo.*

Lo principal es tirarse fotos tizas porque así es como se coge likes... y también se reúnen en el salón, que eso ahora mismo es como el lugar de ellos, porque ahí van los teams nada más, cada uno con su foto, o sea, como decir una foto de perfil del team, cada uno con su boss y así se entra. O se van pa' las fiestas de los teams en bares, por ejemplo, las fiestas de los Ozitowers, que ahí no puede entrar cualquiera. La talla de los teams es la pinta que tú tienes ¿ves?, por eso tienes que hacerte foto, pa' que se te reconozca tu estilo.

También conversan, cantan, hacen chistes, en general actividades propias de la edad y las relaciones interpersonales: *Los viernes decidimos las fotos que nos vamos a hacer, sabemos qué opina el boss de nosotros y el sábado tiramos fotos y las subimos y vamos al salón. Yo no hago nada especial, solo ayudo al boss, porque soy actualmente su novia, pero hay quien tiene que buscar lugares y cosas constantemente para el team. Nosotros tiramos fotos, por ejemplo, a lugares que sirvan para las sesiones, o buscamos donde pueden hacerse las fiestas, o si tenemos relaciones buscamos quien nos haga las fotos y organice los eventos, está el que se encarga de ayudar al boss a escoger a los que entran, pero eso no es igual en todos los teams. Yo dedico todo el tiempo a esto porque es lo que me gusta, además, yo tengo ganancias porque consigo casas en la playa y piscinas para otros teams más caras y tengo mis*

ganancias. *Cuando hago algún evento con el boss también tengo mi parte. Salimos, damos chuchos, nos reímos mucho. Nos contamos las cosas, compartimos, pasamos buenos ratos.*

¿Cómo se organizan?

Son grupos con grados de organización que varían en función del team en cuestión. En cualquier caso, todos dan cuentas de jerarquías intra-grupales.

Aquellos que administran teams en Facebook pueden tener roles principales como boss y coordinador, que en ocasiones se identifican como “King” o “Queen” y “Prince” o “Princess”. Estos son los máximos líderes del team, pueden delegar responsabilidades en otros miembros que constituyen su “mano derecha” y muchas veces son llamados “alfa”. Otros roles encontrados son fotógrafos, guarda-bolsos, coreógrafos(as) y sirvientes. Cada team se distingue por la posesión de una “mascota” que suele ser un peluche o un niño —cuya edad oscila entre los 5 y 8 años aproximadamente—, por lo general son hermanos o primos pequeños de los bosses.

El team es creado por un usuario de la red, que se designa a sí mismo como boss. Generalmente es un hombre entre los 20 y 24 años, que determina quiénes forman parte de su grupo y establecen normas, tanto en el mundo online como en el offline. Desempeña tareas como reunirse los martes con el resto de bosses reconocidos para discutir sobre el desempeño de cada uno de sus teams, comprar las entradas de las fiestas para todos los miembros de su grupo. Los bosses construyen una imagen pública atractiva que genera seguidores. Imitan formas de comportamiento —de vestimenta, lenguaje, relacionales— típicas de artistas representativos de la música urbana, extranjeros, y que son reconocidos por “influencer” como Bad Bunny, Anuel, Carol G, Intocable. Se convierten en un prototipo grupal, que genera tendencias comportamentales.

Las normas de inclusión varían de un team a otro, se encontraron algunas como: el pago de una cuota en efectivo, la realización de un reto, la tenencia de más de 300 likes, la posesión de un objeto de moda como tenis marca Fila o un Iphone 7, la apropiación de objetos de valor, propiedad de los miembros de bajo estatus, por parte de los bosses, o una recarga móvil realizada a este último.

Una vez que es confirmada la pertenencia a un team, los usuarios deben cambiar sus apellidos por el nombre de este, para ser identificados como miembros oficiales. Otras normas para mantener la uniformidad de los miembros son: color del cabello, el vestuario y el calzado (generalmente de marca Fila, con dibujos de muñequitos infantiles y accesorios extravagantes como tetes, peluches y frutas que exhiben en la calle). En general, declaran que la pertenencia a un team es exclusiva, es decir, que no se puede ser miembro de más de uno de estos grupos.

Asimismo, los bosses pueden establecer reglas en su grupo para la publicación de “Votas” (votaciones por uno u otro team en las redes a partir de fotos publicadas) como, por ejemplo, la prohibición de solicitudes por messenger de “me encanta” o me divierte” / “me asombra” y de la creación de perfiles falsos. Si algún miembro incumple con estas exigencias, los bosses pueden expulsarlo del team (solo ellos tienen la potestad para eliminar a alguien). Si el usuario posee motivos personales para hacerlo, puede determinar su salida de un team en cualquier momento.

Hay normas y normas, no se puede estar en el descaro, no pueden estar unos con otros así tan regados. No se aceptan menores en el team. La menor es mi novia que tiene 13 y su hermana que es la novia de mi hermano que es el boss, por eso ella es fundamental. Yo soy el king. Boss es como el rey Edgar, y yo, el king, soy como el príncipe. Él puede decir que quiere a alguien en el team y yo digo que no y no puede estar. Eso

lo decidimos en una conferencia. Eso es por mayoría de votos. Yo, por ejemplo, estuve en los King Future y las muchachas no podían hacer nada si al boss no le daba la gana. Ahora, en el mío, las cosas no son así.

El boss tiene que dar ejemplo, él tiene que vestirse bien, es como un ejemplo a seguir, no debe alcoholizarse, porque lo que haga él se refleja en nosotros.

¡Ah, otra cosa! Yo no puedo ser de La Habana y tú vivir en Guantánamo porque si no, ¿cuándo nos vemos? ¿cuándo charlamos? Además, para tú ser el boss de un team, tú tienes que crear muchas condiciones: el boss del team tiene que darle conexión a todo el team, no es que tú te conectes con tu tarjeta nauta y el resto ahí aburridos, no, él tiene que darle conexión a todo su team al mismo tiempo. Generalmente los que hacen eso son los dueños de la wifi. Por ejemplo, mi hermano que tiene un millón de tarjetas y una pila de horas, él nos tiene que dar conexión. Porque un team tiene que estar conectado. No es que ahora tú vas a subir unas fotos y te vas a conectar una vez al mes o 3 veces al año. Para tú pegarte en el facebook tienes que estar arriba de la conexión.

Tenemos distintas mascotas: un pitbull, y un perro loco que hay en mi casa. No ladra, no muerde, todo el día dormido. Pero, por ejemplo, la de los King Future es un pajarito.

También tenemos a Curry Gang Power, le decimos así porque es ídem a Curry, un basquetbolista. Tiene como un año. No le damos alcohol ni nada de eso. Es súper carismático y muy, muy lindo. Lo vestimos con tremendas pintas. Yo conozco a la gente de un team que se llama Los Blaser demo y el hermanito de uno es demasiado lindo y tiene como 3 años y es parte del team con cuenta en facebook, le tiran buenas fotos y ya tiene un bulto de chiquitas locas porque crezca, porque es que es lindo. Es que nacen para eso, porque son lindos. A ver, tú no vas a meter en el team a un negrito sucio de los que vienen aquí al área a jugar descalzados.

Sí, hay normas, te tienes que vestir “tiza”, aunque no te dicen nada si no te vistes así, participar en las reuniones, si no puedes tienes que avisar con tiempo, pertenecer al grupo de messenger, whatsApp.

Es el boss porque está forrado en plata. Yo soy su niño lindo, porque él es un poco penco y si se forma alguna bronca, yo lo defiendo.

Otros están en la bobería de que tienes que tener un iphone 10 y eso, pero en el mío no hay esa discriminación.

¿Cómo se nombran y por qué?

El nombre constituye un elemento de diferenciación intergrupala. Generalmente son nombres en inglés (que consideran que suenan más bonitos). Muchos miembros conocen su significado, otros no tienen idea, responden de manera general a imitaciones de famosos o nombres que sugieren un perfil de “ganadores”: *Por Wifkhalifa, hazte la idea, la chica que habla con nosotros por whatsApp la ponemos a delirar, es un juego, y en español es Engranaje de Metal, porque suena bonito, Por ciudad gótica, la de Batman, no sé, yo no fui quien fundó el grupo, Porque somos fresas, Rosas negras, Canales infinitos.*

Teams no capitalinos

Existen teams en otras provincias del país, y al parecer, no necesariamente en espacios urbanos de las mismas. Fueron entrevistados miembros de teams en Mayabeque (Melena del Sur y Nueva Paz), Matanzas (Cárdenas) y Artemisa (San Cristóbal y Güira de Melena), que dan a entender una perspectiva diferente del sentido de ser team.

En la mayoría no existe la jerarquía entre sus miembros antes descrita; muy pocos cuentan con boss, y los que lo hacen los denominan así por ser los que tuvieron la idea de formar el grupo o porque organizan los eventos en los que se reúnen, pero las decisiones se toman de conjunto. No obstante, su capacidad

de influencia radica en la dimensión emocional, en tanto son los que mantienen mejores relaciones con todos los integrantes. Los roles que se desempeñan en estos grupos son rotativos.

Comparten similitudes con los teams de La Habana en cuanto a las actividades que realizan: los encuentros para tomarse fotos y publicarlas en Facebook, para compartir juntos —se privilegian las piscinas porque son alquiladas en el horario de la tarde y así sus padres les permiten asistir a todos—; y se declara fundamentalmente que *comparten sus preocupaciones, se brindan apoyo*, lo cual da cuentas de un mayor espacio afectivo.

Los lugares a los que asisten son generalmente públicos y gratuitos —la escuela, el parque o la plaza— con lo cual no demandan inversión de altos recursos económicos por sus miembros; si son piscinas, en estos pueblos su alquiler cuesta 2 CUC por cada sujeto.

En cuanto a relaciones intergrupales de carácter competitivo, se identificaron en Nueva Paz (Mayabeque) y Cárdenas (Matanzas) los únicos teams investigados que forman parte de los “Votas”. En estos casos, también se constata que existen muchos miembros en contacto permanente con teams en La Habana, y que constituyen fuente de referencia, que conduce a la imitación. Por ejemplo, el team Unknown (Nueva Paz) se organiza jerárquicamente: boss, presidente, capitán, vicepresidente y secretaria.

¿Qué dicen los adultos?

En las entrevistas realizadas a vendedores que acuden al lugar, vecinos de los alrededores de Prado y Malecón, policías y otros oficiales del Ministerio del Interior que monitorean los espacios donde se reúnen estos grupos, refirieron aceptación, comprensión y legitimación de la presencia de los teams: *Son muchachones, eso es lo que se hace a esas edades; Vienen en*

manadas y es increíble cómo se llena esto. Se la pasan tirándose fotos y en la bobería, no están en na´. Son muchos, pero nunca hay broncas ni problemas. Están en lo de ellos, no se meten con nadie, ni faltan el respeto.

Señalan como elementos negativos la ingestión de bebidas alcohólicas, la presencia de niños en esas dinámicas: *De todo, a veces los ves flaquitos y chiquiticos, pero fumando o tomando. Ves venir de las tiendas o los alrededores a muchachitos que no tienen 18 años, pero vienen con la botella de bebida para el grupo. No los he visto con drogas ni pastillas, alcohol sí y los vecinos de los edificios más cercanos protestan porque hay tremenda bulla. Ya uno no puede ir a sentarse en el paseo del Prado con tranquilidad. Ya no se puede llevar a los niños a montar bicicleta o a jugar porque están todos los muchachones. De todas las edades, porque también hay niñitos que me imagino que sean hermanitos, familiares o vecinitos.*

Salvo los comportamientos observables que desarrollan en esos espacios públicos, no conocen las cualidades del vínculo ni la vida en la red de estos grupos.

¿Qué dicen ellos que dicen los adultos?

Refieren posturas que los apoyan y otras que no, aunque prevalecen las primeras. *Mi mamá dice que estoy en la bobería que eso es perder el tiempo, pero ella no sabe que mi futuro también puede salir de estar en un team. La gente que no sabe cómo es esto, no entiende. Mis padres estaban pesados con eso porque no creían que fuera bueno, que no sé qué, pero se han relajao. A veces mi mamá se pone fula con eso. Las personas mayores nos miran raro desde el punto de vista que hay veces que nos tiramos cosas extravagantes. Él está vestido de Joker ahora mismo. Hay veces que nos tiramos overoles de albañil y de bombero y nos quedan bien, también por los pelos. Sí, tanto mi familia como todo el mundo lo respeta, ellos lo ven como algo normal y natural. Sí, hasta mis padres me ayudan y me mandan hacer camisas con los logos de mi team y eso.*

Mi mamá a veces se pone a pelearme, pero como ella está ocupada siempre y tiene mucho trabajo, ni se da cuenta de si estoy en la casa o no. Y mi papá trabaja en EUA y bueno él lo que hace es mandar ropa y dinero, pero ya más nada. Mi mamá me da un poco de berro⁴, pero, ya, normal.

Notas finales

Para la psicología social y de los grupos, el concepto de emergencia es clave, pues da cuenta de saliencia y también de necesidad. De manera que el primer cuestionamiento es, ¿qué rol cumplen estos grupos dentro de los adolescentes y jóvenes como parte del ámbito social más general? ¿Qué nos dicen sus prácticas, sus cualidades, su sentido de ser?

Si bien es típico de la edad la importancia que toma el grupo, la pertenencia a tribus urbanas, culturas juveniles, etc., constituyen periodos que pueden ser efímeros (con respecto a una vida), identidades de closet, como decía Baumann, pero de cara a nuestros análisis, la cualidad de estos grupos y su evolución en nuestro contexto, convoca a reflexión.

Grupos urbanos surgidos previamente (frickies, mickies, repas, emos, blackmetaleros, skaters, etc.) no supusieron mecanismos de regulación grupal de la cualidad de las que hemos descrito en esta síntesis (Pañellas, 2011). Entre ellas, normas relativas a tenencia de recursos, roles que denotan clara jerarquía y subordinación, con rasgos de sumisión en muchos casos. Los ideales que se erigen están contruidos desde externalidades, desde objetos que se compran, no cualidades que se adquieren; son condiciones materiales, no espirituales. Se convoca a la competición, no a la cooperación; a cierta despersonalización, no a la búsqueda de identidades individuales, diferenciadas, recreadas.

4 Expresión juvenil para expresar que les pelean.

Se incorpora la presencia de niños que, mínimamente, sugieren adultos —padres, familiares— que delegan de alguna manera la función educativa, que tal vez desconocen que esos pequeños están creciendo antes de tiempo, socializándose en grupos que nos les corresponde; estos mismos adultos financian las ropas y accesorios costosos, las salidas más exclusivas y, si no las financian, no saben, no se preocupan, son ingenuos o han perdido el control con respecto a cómo sus hijos obtienen el dinero para lo que hacen. “La familia no puede ser solo una familia asistencial. Se necesita de los padres de una disponibilidad atenta, estar ausente en la presencia y presente en la ausencia” (Arés, 2018, p.143).

La escuela, como espacio de socialización donde adolescentes y jóvenes pasan al menos 30 horas semanales, refuerza —en muchos casos— los valores que estos grupos defienden: tener es sinónimo de poder (mejores y peores grupos; grupos con ventajas y desventajas territoriales relativas a localización, iluminación, mobiliario, maestros; recompensas y castigos, etc.).⁵

La escuela, que sabe de la presencia de teams, y otras dinámicas, no trabaja con ellas, se limita al currículo escolar y político, y no a las emergencias emocionales, relacionales, de los estudiantes con los que interactúa. Ciertamente, a veces no tienen sus profesores tiempo, condiciones o preparación para enfrentarlo. Se justifica cada vez la presencia de psicólogos en la institución educativa que puedan acompañar la formación de jóvenes y adolescentes en estos espacios; la interrelación de padres y maestros.

Los medios de comunicación son también responsables del reforzamiento de la ética del tener, cuestión que comunican explícita o implícitamente. Los cantantes de reguetón famosos, que se colocan como ideales de estos grupos, no son los únicos que contribuyen a la fantasía de sujetos ganadores socialmente sin esfuerzo, instrucción, valores. Y a ellos mismos podríamos acudir, justamente para intentar promover comportamientos prosociales, dado que definitivamente son fuente de influencia.

5 Ver Sardain, P. (2017) y Torralbas, J.E (2017); Aguilar, Y; Fernández, A; Ramos, H. (2019), sobre procesos de inclusión, exclusión y cohesión en el contexto educativo.

Los teams demuestran la capacidad de nuestros jóvenes y adolescentes para organizarse y actuar espontáneamente; el papel movilizador de las redes sociales también en nuestro entorno.

Si bien reproducen patrones discriminatorios (especialmente por sexo, color de la piel y nivel adquisitivo), en muchos comportamientos y discursos observados y escuchados durante el periodo de investigación, también se nota la creciente inclusión de cada uno de estos tópicos (en grupos con mixtura de cada uno; o en múltiples grupos con estas características).

Se verifica una sociedad que cambia aceleradamente, conectada, no aislada, que hace uso de las tecnologías; el acompañamiento de organizaciones como la UJC ofrece evidencias de apertura, de diálogo con la diversidad, de gestión de espacios de recreación, de conciencia sobre tendencias de la juventud actual. Este acompañamiento, unido a la función de los miembros del MININT, evita la proliferación de actividades como la venta y consumo de drogas, otras actividades delictivas para las que estos agrupamientos se vuelven vulnerables.

Sin embargo, este control tiene muy poca incidencia sobre la dinámica del comportamiento, sobre la motivación, sentido y significado de las conductas individuales, intra e intergrupales. No se trata solo de “seguir la corriente” sino también, de ofrecer posibilidad de desarrollo de las necesidades.

No se debe satanizar a estos grupos, ellos han legitimado desde su creación, la búsqueda de una identidad. Demuestran contenidos de la subjetividad social, presente en otras agrupaciones, juveniles y adultas; informales y formales.

Se coloca como reto otro “inter”; el trabajo interinstitucional, sistémico, coherente, consistente con una sociedad que declara colocar al ser humano como centro.

Se trata de reflexionar y actuar con respecto a las ofertas de sentido que estamos brindando en Cuba hoy.

Referencias bibliográficas

- Aguilar, D., y Said, E. (2010). Identidad y subjetividad en las redes sociales virtuales: caso de Facebook. *Zona próxima. Revista del Instituto de Estudios de Educación*. (12). Universidad del Norte. enero-julio. pp.190-207.
- Aguilar, Y. (2019). Relación entre los procesos de cohesión grupal y rendimiento en escuelas de nivel medio superior especializadas. (tesis de diploma). Facultad de Psicología, Universidad de La Habana.
- Arés, P. (2018). *Individuo, familia, sociedad. El desafío de ser feliz*. Editorial Caminos.
- Moreno, F. (10 de 2012). *Construcción de la identidad*. Obtenido de La construcción de la identidad y el uso de los espacios de comunicación en Facebook dentro de la matriz sociocultural y comunicativa adolescente. <http://www.ungs.edu.ar/ponencia-Flor-construccion-de-la-identidad>.
- Pañellas, D. (2011). CalleGros. ¿Tribus, grupos, qué son? *Revista Estudio*. (11). Centro de Estudios Sobre la Juventud. julio-diciembre. pp.37-50.
- Sardain, P. (2017). Procesos de inclusión y exclusión en el contexto educativo. (tesis de maestría). Facultad de Psicología, Universidad de La Habana.
- Torrallas, J.E. (2017). Cohesión grupal en contextos escolares. (tesis de maestría), Facultad de Psicología, Universidad de La Habana.

Atrapando el lugar.

**Espacios identitarios de las escenas rap-reggae y reguetón
en Santiago de Cuba**

Ligia Lavielle Pullés

Introducción

Bares, discotecas y plazas de baile; supermercados, tiendas de artesanías y ferias populares; parques, solares y esquinas de barrio; Facebook, Instagram o cualquier red social, todos ellos y muchos otros, tienen en común ser espacios habitables y/o transitables; plataformas físicas que sustentan a colectivos aunados por propósitos comunes. En efecto, con frecuencia los espacios públicos, físicos o virtuales, se pueblan de adolescentes, jóvenes, adultos, ancianos, los cuales se dan cita, socializan, pueden sentirse identificados unos con otros, suelen compartir prácticas de consumos de toda índole (música, compras, atuendos, libros, etc.) y con ello posibilitan sedimentar grupos de relativa regularidad donde se conjugan identidades colectivas.

Sin dudas, este ha sido uno de los temas más atractivos en las agendas de los investigadores sociales de hoy, especialmente cuando en la triada temática comulgan juventudes, consumos e identidades. En no pocas ocasiones, el espacio urbano se asume ya bien como mero telón donde se desarrollan las actividades de grupos identitarios o como variable significativa de tales actividades. Numerosos investigadores sociales acogen esta última mirada cuando interpretan qué influencias posee el espacio para la confi-

guración de identidades colectivas, al tiempo que se cuestionan cómo se transforma la trama urbana cuando los colectivos aunados por prácticas de consumos se apropian de espacios varios.

De este par de premisas decantan otras preguntas necesarias: ¿cómo muta el mapa simbólico de la ciudad? ¿cuáles son las arterias más efectivas para emplazar instituciones y actividades comerciales y culturales en el territorio local? ¿quiénes y cómo otorgan sentidos a determinados espacios atravesados por representaciones de clase? Dígase marginal, periférico, aburguesado, comercial y que en nuestra Cuba se traducen en voces populares de circunstanciales atisbos de racialidad, tales como: *barrios bajos*, *repartos de ricos*, *barrios de negros*, *bar de gente con dinero*, *antro de perdición*. Obviamente, los espacios de ocio también se visten con tales cargas simbólicas.

En el presente artículo se explora, precisamente, sobre el pensamiento simbólico que tiñe a los espacios de ocio destinados a la música, pero no a cualquiera de estos, sino aquellos que en Santiago de Cuba se han dedicado a una de las categorías más polémicas de la música popular: la urbana. En veinte años los productores de este tipo de sonidos han sedimentado gustos asimétricos y con ellos, asegurado consumidores, cuya expresión palpable no solo radica en la “medición” y valoración de consumos musicales, sino, además, y de forma más explícita, en la configuración de un mapa simbólico de la ciudad santiaguera, no exento de contradicciones con la política cultural.

La formación de este mapa, inevitablemente líquido toda vez que mutable, se transversaliza por la identidad con que los actores ya bien atrapan el espacio desde los sentidos, o lo apartan de sus universos simbólicos. De ahí que pensar el espacio desde las identidades sea pertinente. Las colectivas sustentan la conformación de lugares, una categoría especial en los estudios microsociales de la geografía humana y social, central en este texto. Al respecto, y desde el marco conceptual que hilvana los campos post-subculturalistas, consumos y espacios, el presente artículo contribuye

a las ciencias con una clasificación sustentada en la perspectiva de lugar. El objetivo radica en dejar sentadas las formas en que los consumidores y productores de rap, reggae y reguetón se han relacionado entre sí, teniendo como baluarte la significación identitaria del espacio.

Huelga insistir en la centralidad que alcanza el campo subcultural en esta propuesta, lo cual ha facilitado organizar los conocimientos a tenor de las grupalidades juveniles que habitan o transitan por los espacios de ocio. Sobre ello, dos reflexiones de corte teórico-empírico resultan primordiales. La primera, se dirige a explicar la nomenclatura *escenas musicales*, imbricadas al análisis de las comunidades de productores y consumidores de rap, reggae y reguetón. La segunda tiene como finalidad esclarecer por qué se trabaja con dos escenas en el marco de tres géneros musicales, disímiles entre sí, pero cuyos intérpretes permanecen identificados unos con otros como músicos urbanos.

Notas necesarias sobre identidades y escenas musicales

Cuando el canadiense Will Straw definía en aquel artículo de 1991 las escenas musicales desde una perspectiva sociológica, probablemente no previó la amplia dimensión que otorgaba a este concepto —ya manido en el periodismo musical— y que pasaba a ser muy aceptado entre el cenáculo de investigadores del campo subcultural, más específicamente post-subcultural. Así fue, hasta el punto que la escena musical se ha convertido en uno de los conceptos más usados, populares y cómodos de este campo, cuando se imbrica con la sociología de la música, o lo que es lo mismo, cuando las culturas o colectivos generalmente juveniles venidos a ser objeto de estudio subcultural, se congregan alrededor de una expresión de núcleo musical. Es necesario entonces sintetizar aquí, qué se entiende por escena musical.

En los años 1991 y 1994, un par de textos escritos por los sociólogos canadiense y estadounidense Will Straw y Barry Shank, respectivamente, atrapaban la concepción *escena musical* dentro de la malla analítica de la sociología (Hesmondhalgh, 2007). Con ello tomaban distancias del periodismo musical.

La concepción de escena que interesa aquí es la de W. Straw (1991, 2006). En síntesis, este autor alude a una comunidad porosa, fluida y dinámica conformada por los productores¹ y consumidores musicales de un género y estilo específico, los espacios que sirven de plataforma para la comunicación directa e indirecta entre ellos, así como las redes creativas y comerciales formadas por creadores, distribuidores, realizadores audiovisuales, adeptos de dicha música y todo aquel que de una forma u otra sustente las relaciones entre ellos. La escena musical se convierte entonces en una comunidad de gusto.

No resulta oportuno describir en el presente texto las vulnerabilidades de una concepción tan abierta como lo es la de escena, ni tampoco las adecuaciones pertinentes que se ajustan, al menos, al panorama cubano y santiaguero. Empero, no debe soslayarse que dentro de la comunidad de gustos que representan las escenas musicales, sobreviven diferenciaciones² acordes con la intensidad y la forma de experimentar y socializar la música entre productores y consumidores, aunque las distinciones no son —en modo alguno—

1 En este artículo, se entiende a los productores desde la visión más amplia de la producción cultural, esto es un proceso inmerso en el ciclo mercantil del bien cultural en cuestión. Entiéndase pues, que con productor musical se hará referencia tanto al productor en sentido estrecho, es decir, quien concibe el lanzamiento de un artista desde la grabación de la música hasta el escenario, el letrista de la canción, su intérprete, el realizador audiovisual. En síntesis, el productor, desde esta óptica abierta, atiende a todo aquel inmerso en el acto de creación.

2 Esta diferenciación, a su vez, no es nueva en la teoría sociológica toda vez que así lo reconoce por ejemplo y salvando las distancias de casos, la teoría clásica de P. Bourdieu (2002) a razón de un espacio social por donde se distribuyen los estilos de vida y con ellos los gustos.

asunto central de este artículo. Sobre las escenas musicales, sí vale declarar el rol que ocupan los procesos identitarios dentro de la conformación de las mismas, en especial de las que se denominan rap-reggae y reguetón.

Cuando los integrantes de la comunidad de gusto se encuentran, disfrutan del mismo tipo de música, realizan movimientos, bailes, cantos y toda suerte de prácticas que poseen sentido en los marcos espaciales de las escenas; hallan claves de identificación que les permiten reconocerse entre ellos en el tamiz de gustos compartidos. Se ponen en marcha procesos mentales de igualación y diferenciación, los mismos que al retomar los criterios de De la Torre (2008), posibilitan al individuo pensarse desde su mismidad, su pertenencia a un colectivo y su separación de otros individuos y colectivos. Así lo expresan productores y consumidores musicales al reconocerse con cierta homogeneidad como parte de un colectivo, ya bien fueren aquellos que salen constantemente los sábados y se sientan en una parte del parque Céspedes santiaguero, en espacios de la popular Calle G capitalina, o bien los jóvenes que con solo 20 pesos en los bolsillos aspiran a mover las cinturas y los pies en algún espacio frecuente de ocio.

No es intención de esta autora valorar injustamente estas comunidades, a partir de señalar cotas de simetrías en grupos altamente disímiles en su interior. Aun así, la frecuencia con que se encuentran los mismos actores bajo las mismas luminarias y equipos de sonido musical, los acerca, les permite socializar, en alguna medida reconocerse, compartir vivencias, enamorarse, tener discusiones y —al final— pertenecer o identificarse unos con otros. Sus identidades musicales se enlazan entonces a la comunidad de productores y consumidores de algún género musical; un afianzamiento que, aunque inestable y dúctil, toda vez que los sujetos cambian constantemente de gustos y escenas musicales, resulta significativo.

Entre las comunidades de productores y consumidores musicales, sobresale la escena musical urbana. Si bien la concepción de “urbano” resulta hoy en día uno de los términos más complejos de definir (Cruces, 2004), su uso no ha cesado, sino que ha sido popularizado de forma operativa. En Cuba, los creadores musicales con labor cercana al hip hop y al reggae desde lo ideo-estético y lo puramente sonoro, que operan fundamentalmente en estudios musicales independientes se consideran urbanos. Sin embargo, en sus lindes también se perciben diferencias, al menos en la ciudad Santiago de Cuba.

El final del siglo XX vio nacer en la ciudad santiaguera un movimiento cultural de núcleo musical en el cual intérpretes de rap, reggae, reggamuffin³ y posteriormente reguetón, convergían. Tales actores, por entonces jóvenes desde el punto de vista etario, se alimentaban creativamente de los ritmos bailables del Caribe, los que, ya bien experimentales y de constante renovación,⁴ habían nacido en las periferias urbanas de esta zona geográfica, se imbricaban con la cultura hip hop y cosechaban producciones disqueras de considerable audiencia.

3 El *raggamuffin* constituye una corriente musical que se relaciona con el *dancehall*. El documental de Connolly (2002) explica que el último se trata de una extensión del reggae jamaicano, cuyo florecimiento tuvo lugar desde los ochenta, fundamentalmente en los barrios marginales de Kingston. Los pobladores de estas comunidades habían organizado un sistema de recreación comunitaria denominado *Sound System*; una especie de discoteca callejera donde la multitud pobre, y esencialmente joven, se divertía. El cantante de *dancehall* ambientaba tales enclaves urbanos con una música que servía de crónica sobre el estilo de vida del gueto, de directo contenido sexual. Ello permitía a los presentes identificarse y, a la par, divertirse con músicaailable que tocaba sus vidas cotidianas. La explosión comercial de los defensores de este ritmo en los noventa permitió ampliar su circulación y la mayor inclusión de elementos de la cultura hip hop. Coincidentemente, Furé (2011, p.127) clasifica al *raggamuffin* como una variación del reggae, más comercial, pero no tan vulgar como el *dancehall*. En aras de no crear confusión, vale anotar que algunos Rastafari han identificado dentro de su cultura a un tipo social que denominan Rasta murrfin, convergente con el tipo de Rasta que Furé clasifica entre quienes adaptan la simbología de la cultura para fines personales y de lucro. Véase al respecto las consideraciones de García (2012, pp.117-118) sobre los peligros de tales clasificaciones. De todas formas, el *raggamuffin*, al cual se alude en el texto, no se concentró en este tipo social, ni desde sus productores, ni desde sus consumidores.

4 Para ser más exactos, historiográficamente hablando, la música no nace de la nada, sino que sus protagonistas crean en medio de un continuum que, en el caso de los géneros abordados aquí, puede rastrearse en la creación del rap desde los ochenta, el reggae desde los setenta y sesenta y si se sigue el camino hacia atrás, se palpará el ska, el rocksteady y el blues.

Ciertamente, los que vivenciaron el contexto cultural y propiamente sonoro popular del Santiago finisecular, entre ellos esta autora, pueden dar fe de la confluencia hermanada de varios jóvenes raperos, creadores de reggae, reggamuffin, etc., no todos con educación profesional, pero sí con ganas de aprender y vender, desde aquellos núcleos que han constituido los estudios musicales informales, domésticos e independientes. El arribo del reguetón se produjo en medio de esta marejada sonora con base en el reggae y la cultura hip hop.

Con el discurrir del tiempo, muchos de los jóvenes formados en el rap solo se dedicaron a producir reguetón, viendo en él un producto más atractivo y de más fácil comercialización. La sola alusión al sexo a través de un ritmo tan seductor para el baile (erótico por demás), podría representar un éxito. Sobre ellos recayó entonces la mirada —con cierto aire de resentimiento— de otros que continuaron apostando por el rap (Zamora, 2015; Zurbano, 2006).

En el año 2003, el reguetón se diseminaba por toda la isla, no solo por el éxito comercial de los discos puertorriqueños, que todavía sin ser distribuidos por las grandes disqueras, llegaban al gusto de los consumidores. Su expansión también se debió a la difusión nacional y en especial por la capital de lo que, en opinión de esta autora, constituyó el fenómeno “Candymán” (Casarella, González y Hernández, 2003, p.50). Fue el momento en que sobrevino el primer cisma en este entramado de “música urbana”, la separación entre músicos raperos, con ellos quienes se dedicaban al reggae y los llamados “reguetoneros” (Zurbano, 2006). Constituye una separación más simbólica que práctica, impregnada por contradicciones, porque en el estudio musical independiente es perfectamente posible la convergencia de cualquier intérprete musical. Por otro lado, que los intérpretes entrecrucen géneros musicales es una práctica común. Cabe subrayar, empero, que la tendencia apunta a especializaciones musicales sobre la base de las preferencias de creación de tales cantantes, donde coinciden intereses comerciales y hasta éticos.

Si bien la separación entre quienes hacen rap y reggae, por un lado, y los dedicados al reguetón por el otro, así como sus respectivas escenas, no debe conllevar a etiquetas clasificatorias, *comprometidos vs comerciales*, pues casi todos los creadores demuestran interés por abarcar un público amplio; resulta un hecho innegable las diferencias ideo-estéticas de sus producciones.

Quienes crean reguetón aluden con frecuencia a las relaciones heterosexuales, lo erótico y el sexo. Todo ello se inserta en un discurso donde sobresale el divertimento consumista a partir del cual el auto, las bebidas alcohólicas, el estar a la moda y tener dinero, constituyen condicionantes importantes de status. Entre los raperos cubanos, por otra parte, son sensiblemente menos frecuentes las referencias a lo erótico y al hecho de poseer altos ingresos. Del mismo modo, su discurso contiene más crítica social relativa a la pobreza y a la discriminación de género y racial, en las cuales destacan el sostenimiento orgulloso de la negritud. Por último, quienes hacen reggae se acercan desde la letra al cancionero del rap nacional, con tópicos como la exclusión social, al tiempo que suelen suprimir las alusiones a lo erótico y al dinero.

Explicadas las diferencias entre la comunidad de gusto rap-reggae y reguetón, es menester retomar su inclusión en el espacio identitario, pues junto al tipo de música que define el tipo de escena, también sobrevive el espacio donde los músicos y sus adeptos pueden reconocerse o identificarse a sí mismos con algún colectivo en específico. “*Yo canto pá mi gente de la AHS*”, “*yo voy con mis amigas a bailar al Bacosó*”, son respuestas que, aunque vagas todavía para reconocer la participación de estos entrevistados en las escenas, permiten reflexionar sobre los gustos compartidos y probables identidades dentro de marcos espaciales.

El lugar como espacio de identidad

Cuando se piensa en habitar el espacio, otorgarle sentidos, sentirlo como propio o ajeno, aunque fuere en el contexto cubano, un espacio gubernamental, semiprivado o privado, necesariamente habría que apuntar hacia nomenclaturas enmarcadas en las investigaciones de espacio. El campo de estudio de los consumos ha sido prolífico con el tratamiento de la espacialidad, especialmente hacia las ciudades y los urbanistas, desde el momento en que esta, también se puede reconocer como un bien simbólico. Al respecto, vale traer a colación a J. Baudrillard (1998, p.57) cuando explica cómo la espacialidad se involucra en el lenguaje de signos que al final representa la sociedad de consumo, inclusive en países no capitalistas como Cuba.

Contrariamente, uno de los vacíos relativos del campo subcultural radica en el alejamiento de la perspectiva de lugar. Siendo las subculturas, tribus, culturas de club, escenas entre otros denominativos, agrupamientos —más o menos sólidos algunos, más fluidos otros— que se estructuran principalmente en las urbes, resulta contrastante que los teóricos sub y post-subculturales no hayan dedicado más páginas al análisis de “lugares” como centros matrices de articulación subcultural.

La marginación de los abordajes del espacio, o mejor sea dicho, de los “lugares”, dentro del plano post-subcultural, nace en una toma de postura contraria a los teóricos subculturalistas del Center of Contemporary Cultural Studies y bajo el siguiente pensamiento: *post-subcultural approaches are less sure about the identifiably of a specific site of youth cultural activity. Such is the fluidity and fragmentation of youth culture that there are only barely identifiable and transitory spaces* (Bennett & Kahn-Harris, 2004, pp.14-15)⁵.

5 Los acercamientos post-subculturales están menos seguros sobre la identificación de un lugar específico para la actividad juvenil. Tal es la fluidez y fragmentación de las culturas juveniles que solo hay espacios vagamente identificables y transitorios (Traducción de esta autora).

El planteamiento de estos autores es contundente y claro. La fluidez de los colectivos culturales supone una contradicción si se les enmarca en un espacio concreto. Al seguir esta idea, es inevitable cuestionar si las escenas musicales también son fútiles y porosas: ¿Por qué aludir a espacios fijos y comprometerse con conceptos como los que a continuación se examinan (lugares)? La respuesta, en primer lugar, se apoya en los datos que arrojan herramientas metodológicas en la voz de los creadores musicales, los cuales demuestran la existencia de lugares, espacios reconocidamente más típicos en término de creación y consumos, que otros. En segunda instancia, la experiencia teórica de algunos cartógrafos culturales del espacio o investigadores de la perspectiva de lugar, podría esclarecer por qué, a pesar de tal futilidad y fragmentación todavía, en lo concerniente a escenas musicales, puede hablarse de lugares. Para los teóricos post-subculturales, entonces, aún hay una deuda que debe ser suplida.

Por regla general, el espacio que describen los investigadores del campo sub-cultural se transversaliza por los tiempos de ocio. Se abordan espacios recurrentes para los jóvenes que llevan a cabo allí sus prácticas culturales, pueden alejarse de la normatividad cultural o la regularidad social. En el territorio cubano, no obstante, prácticamente ninguno de los espacios de ocio (a menos que se lleven a cabo en determinados espacios barriales) se halla completamente al margen de las regulaciones de la institucionalidad gubernamental. Los mismos se insertan en una densa estructura institucional de espacios socio-musicales que ha sido definida para la finalidad de este estudio como: *todos los espacios que dan cabida a la interacción in situ colectiva entre productores y consumidores musicales, por lo cual, resultan el basamento físico donde se materializa la escena musical en su más amplia expresión*. Se produce entonces un tránsito dual de sentido: del espacio hacia los actores sociales y de éstos hacia el espacio, para reconstruir, a su vez, los sentidos espaciales.

En obras clásicas como la de H. Lefebvre (2013, p.63), el espacio desborda la pura cartografía, la geografía física o la perspectiva euclidiana. Expone el marxista francés que no existen espacios vacíos porque este también es social, es decir, “implica, contiene y disimula las relaciones sociales, a pesar de que, como hemos dicho, este espacio no es una cosa, sino un conjunto de relaciones entre las cosas” (Lefebvre, 2013, p.141) y añade: “conlleva una multiplicidad de relaciones sociales” (p.144) dentro de sus márgenes.

Bajo esta perspectiva, otros analistas del espacio comentan que este “puede ser considerado como un texto, como un conjunto de símbolos. Al nombrar de cierta forma el espacio y sus fragmentos se le da sentidos específicos” (Lindón, Aguilar y Hiernaux, 2006, p.12). Con tales prerrogativas se pueden poner bajo escrutinio los sentidos conferidos a cada espacio significativo dentro de las escenas musicales, amén de su maleabilidad, lo cual aporta datos a la cartografía simbólica de la urbe santiaguera.

La lectura del espacio a la luz de las ciencias sociales, su ponderación más allá de lo físico privilegia un par categorial que ha devenido recurrente dentro de los estudios del espacio: el lugar y el no lugar. Para De Certeau (1990) el lugar enmarca el espacio propio, aquel que tiene nombre e identidad para un sujeto o incluso un conjunto diferenciado de estos. Va más allá; según sus experiencias empíricas, el lugar no necesita la presencia misma, pues la memoria a veces expresa “identidades invisibles sobre lo visible” (p.121). La obra de M. De Certeau contribuye a enmarcar el espacio dentro de los ángulos de la identidad individual y colectiva, añadiéndole, además, la memoria construida sobre el mismo, de suerte que la conversión del espacio en lugar, pasa por el filtro de la identidad que demuestran los actores sociales en relación a él.

Sobre este presupuesto, algunos estudiosos observan los lugares en ilación con los imaginarios sociales que también sustentan las cartografías de la ciudad. El lugar es “la forma clave de comprender el espacio a partir de

la experiencia del sujeto y con toda la carga de sentido que dicha experiencia lleva consigo. El lugar es considerado acumulación de sentidos” (Lindón et al. 2006, pp.12-13). Teniendo en cuenta tales referentes, sobreviene una concepción que ha alcanzado popularidad en nuestros días: los no lugares.

Según M. Augé (2000, p.42), “los no lugares por lo general lo constituyen las instalaciones necesarias para la circulación acelerada de personas o bienes”. No podrían definirse como “espacios de identidad, relacionales o históricos” (p.83). Aunque la contribución central de este autor yace en la fundamentación de los no lugares⁶, sobre los cuales se aboca panegíricamente a describir, no debe pasarse por alto que su referencia para lograr asirlos, corresponde a las características centrales de los lugares para las ciencias antropológicas.

De ese modo, M. Augé (2000, p.58) demuestra que el lugar no solo se conforma en la identidad. Su existencia también se conjuga en lo relacional y lo histórico. Lo relacional apunta al vínculo que se construye socialmente entre los individuos que lo pueblan o que le asisten, y he aquí que se produce una relación entre el espacio y las relaciones sociales que se establecen dentro de sus bordes. Dicha interconexión, se provee de sentido cuando las acciones resultan regulares, es decir, alcanzan historicidad. Al asociar tales reflexiones al estudio de las escenas musicales, el trabajo empírico ha demostrado cómo algunos espacios han abrigado relaciones sociales alrededor de prácticas de consumo musical que apuntan al triduo sonoro trabajado en este texto.

⁶ Considero que en Cuba los *no lugares*, de constituir objetos de estudio, deberían pensarse bajo un prisma aún más contextualizado y singular. La causa primordial sería una sociedad de consumo que no ha encajado coherentemente o de manera similar a los países primermundistas dado el modelo socio-económico cubano, lo cual no significa en absoluto que las ramificaciones de la misma no hayan tocado las subjetividades y las estructuras cubanas. El ejemplo más representativo podría visualizarse en una zona de tránsito como las que Augé epitomiza como *no lugar*, dígase la parada del bus o la terminal de cualquier otro medio de transporte. Salta a la vista que en ellas no se produce aquella “circulación acelerada de personas”, que el autor acuña como uno de los caracteres del concepto que aborda. Con ello no se ignoran las significaciones del *no lugar* en el territorio nacional, pero se alerta de valorar correctamente aquellos presupuestos que M. Augé ha ubicado en lo que él denomina sobre-modernidad.

Ahora bien, el espacio que no sea “lugar” tampoco debe ser necesariamente “no lugar”. Que no haya logrado todavía ser considerado un espacio identitario de las comunidades de productores y consumidores de rap, reggae y reguetón, no lo empuja forzosamente hacia la categoría de “no lugar”. Otros espacios se observan bajo una constante puja de sentidos por constituirse lugares. Aunque dentro de sus márgenes se desarrollan varias acciones relacionadas con las escenas musicales, no llegan a albergar las características para erigirse espacios de identidad, debido —precisamente— a su futilidad a cuanto prácticas musicales se refiere, cuyas dependencias se hallan en manos de sus gestores culturales institucionales.

Al pensar entonces en las disímiles formas en que los actores sociales sienten o consideran relacionamente lo identitario en torno a los espacios socio-musicales, se elabora la siguiente clasificación bajo el criterio de la perspectiva de lugar. Es decir, un lugar se ha conformado cuando resulta un espacio identitario, cargado de históricas y distintivas relaciones sociales. El objetivo de la clasificación se basa en caracterizar la estructura institucional socio-musical de espacios de ocio de acuerdo a las escenas estudiadas:

1. *Lugares*: Para aquel espacio donde históricamente se desarrollen relaciones sociales que signen el espacio como identitario de las prácticas socio-musicales que se enmarcan en él.
2. *Espacios significativamente cercanos a la escena musical*: Aquellos que han sido de interés para ciertos actores sociales o instancias institucionales para desarrollar prácticas socio-musicales, pero que dada la inestabilidad de las escenas no llegan a albergar relaciones sociales duraderas.
3. *Espacios circunstanciales*: En ellos los actores sociales desarrollan circunstancialmente cualquier tipo de práctica socio-musical.

Las relaciones sociales que llevándose a cabo históricamente connotarían a un espacio determinado como lugar, también poseen una carga emocional. Esa carga simbólica, emocional o afectiva que M. Lois recuerda (2010, p.216) y que Appadurai (1996, p.181) realza en torno al desarrollo de localidad llamándoles “structure of feeling”, resulta la base para las relaciones identitarias que conectan a los sujetos con el espacio. En síntesis, la carga afectiva, que por cierto no ha sido marginada del discurso post-subculturalista (Stahl, 2004, p.56), se observa en las antípodas de la consideración espacial.

Espacios de la escena rap-reggae

Una mirada a la estructura institucional inherente a cualquier manifestación cultural artística en nuestra ínsula, permite advertir la supremacía de los espacios regidos por organismos vinculados a la dirección nacional de cultura, por encima de los espacios privados. La organización socioeconómica y política nacional articula este sustento estatal, que para los cubanos es un hecho naturalizado, pero que asienta diferencias con la configuración de escenas musicales en todo el mundo, donde los espacios privados de creación y de disfrute constituyen una franja sólida en las instituciones del ocio. En el análisis inmediato se apreciará la catalogación de espacios, distribuida entre privados y públicos estatales, con peso en el segundo.

La comunidad de creadores y adeptos del rap y el reggae hallan sus espacios fundamentales de disfrute bajo la égida de la institucionalidad estatal de la cultura. De acuerdo a la clasificación espacial elaborada, la primera categoría, la de lugar, debe conferírsele a dos espacios habituales de interacción entre productores y consumidores de sendos géneros musicales. El primero de ellos es la sede de la Asociación Hermanos Saíz (AHS), espacio que en Santiago de Cuba también se conoce como Casa del Joven Creador.

Históricamente, este recinto ha otorgado escenario a los artistas menos mediáticos, trovadores, por ejemplo. Con esta categoría también se inscribían desde finales de los noventa y en los primeros años del nuevo milenio, quienes defendían el rap, el reggae y un incipiente reguetón impregnado de raggamuffin. Lo cierto es que mientras los devotos de la música urbana más propensos a la producción reguetonera, alcanzan buenas cotas de audiencia, los intérpretes de rap y reggae en Santiago, no cuentan con tales dosis de popularidad, pese a que el reggae se considera uno de los géneros más gustados por los santiagueros⁷. De ahí que la sede de la AHS haya sido escenario para productores y consumidores asistentes tanto a los festivales⁸ organizados por la institución, como a su programación musical habitual.



Foto 1. Patio de la Asociación Hermanos Saíz durante un Festival de hip hop. Fuente: Edgar Brielo.

7 Considerese que, en la tesis doctoral de esta autora, el reggae recibió la aprobación de la mitad de los encuestados en la fase exploratoria, con un 51 % de gustos positivos.

8 En la sede de la Asociación Hermanos Saíz desde 2016 tienen lugar, por ejemplo, los festivales del hip hop. También se realizan las noches urbanas, momento de presentación mensual de intérpretes de rap, *trap* o reggae. Asimismo, durante el anual Festival del Caribe o Fiesta del Fuego, este recinto abre las puertas de su patio para la presentación de variados intérpretes nacionales y foráneos de música poco mediática. En ese momento, la escena rap-reggae también es bien representada.

En su patio se conjugan interacciones históricas entre cantantes de rap y reggae, sus realizadores audiovisuales, disc jockeys, graffiteros, bailarines de *breakdance*⁹, rastafaris y —obviamente— los que disfrutan la música, a tal punto que opera una identificación de los concurrentes con el espacio. Estos sujetos, generalmente hombres jóvenes, expresan lo que Appadurai (1996, p.181) denomina “estructuras de sentimientos” o lazos simbólicos emocionales con la Casa, pues en este espacio abierto no solo rememoran momentos felices de ocio, sino crean nuevas memorias de disfrute y con ello construyen significados de pertenencia confiriéndole la categoría que M. Augé refiere como espacio de identidad o lugar (2000, p.83). Se entenderá entonces el “yo me quedaría con mi gente, yo cantaré con mi gente, la Asociación Hermanos Saíz”, respuesta de Reinier Álvarez (rapero conocido como MC Sketche), cuando se le confiere en un juego imaginario el poder de elegir dónde presentarse.

Otro espacio considerado “lugar” se emplaza en las “fiestas reggae” o de Rastas, así conocidas las actividades informales de variada locación, cuyos protagonistas son algunos miembros de la comunidad Rastafari y sus simpatizantes. Su música preferida y más regularizada: el reggae.

Las referencias a estas festividades dentro del plexo urbano, tanto geográfico como simbólico, provee datos interesantes. Sus participantes comparten opiniones alusivas a un estrato social en desventaja que asiste a tales eventos en barrios de alta complejidad social¹⁰, tenidos en el imaginario colectivo santiaguero como marginales. Un hecho histórico que no debe descuidarse en el relato sobre los imaginarios de marginalidad es que —precisamente— la génesis de la triada musical abordada hunde sus raíces en las barriadas periféricas y marginales de las ciudades del Caribe (Campbell, 2016; Furé, 2011; Ziquero, 2006) y en el caso del rap, extendiéndose

a esta misma categoría de espacios urbanos en Estados Unidos (Bambaataa, 1996; Hess, 2007; Kato, 2007). Se entenderá mejor así la coherencia entre tales prácticas musicales y sus emplazamientos acomodados en estos enclaves.

Se vuelve necesario subrayar cómo numerosos entrevistados remarcan que el carácter entendido como periférico, de acentos estereotípicos marginales, funciona como potencialidad para la formación de estas fiestas, que van de lo doméstico a lo comunitario. *Aquí en Vista Alegre tú pones reggae* (quiere decir este tipo de fiesta doméstica) *y te buscan a la policía... En esos barrios tú pones reggae y todo el mundo participa*. Sin embargo, huelga insistir en cómo el imaginario colectivo mapea la ciudad en base a una simbología histórica identitaria, en la cual no deben soslayarse sus tintes realistas sin llegar al determinismo. El hecho se ejemplifica cuando en el mismo Vista Alegre, tenido por comunidad antitética de lo marginal, se halla la sede de la AHS, el lugar por excelencia de la escena rap-reggae, así como otros que próximamente se traen a colación.

Retomando la estructura institucional, y con ella la clasificación elaborada, se valoran en la categoría de “espacios significativamente cercanos a la escena musical” las instituciones conocidas como Casa del Caribe y Casa del Tambor. Las prácticas musicales mediante las cuales se establecen históricas relaciones entre productores de rap y reggae y sus consumidores, sin llegar a ser regulares, ya portan cierto grado de regularidad.

La Casa del Caribe, enclavada en el mismo vecindario que la casa de la AHS, alberga profesionales cercanos al mundo de la cultura artística, quienes han llevado a cabo ideas para hacer de este espacio un “lugar”,

9 Es el baile típico del hip hop y uno de los elementos fundacionales de esta cultura.

10 Se puede ejemplificar con comunidades como Chicharrones, Los Olmos o Los Hoyos.

característico del rap y —fundamentalmente— del reggae¹¹. Pero, la inestabilidad de las propuestas y las pocas adecuaciones técnicas conferidas al espacio para la creación de un espectáculo musical a la altura de lo que esperan los músicos de rap y de reggae,¹² han relativizado la funcionalidad de la Casa del Caribe como un lugar de tales géneros.



Foto 2. Intérpretes en la Casa del Caribe durante una peña dedicada al reggae.
Fuente: la autora

Lo dicho, no demerita a esta institución como espacio cercano a la escena rap-reggae. Son bien valoradas las constantes cruzadas de artistas por crear allí peñas que agrupen a rastafaris y sus simpatizantes, sobre todo músicos de rap y reggae. De ahí que sea común hallar en su programación mensual las consabidas peñas. Sin embargo, que se programen no significa que funcione en toda la magnitud como espacio gregario de adeptos al rap y al reggae, como lo ha logrado la AHS.

11 En ese sentido, debo mencionar La Peña del reggae, creada por el artista de la plástica Gilberto Martínez, que con relativo éxito funcionó desde el 2014. En teoría, la música proyectada allí debía ceñirse a este ritmo caribeño, en respuesta a la idea del creador de la Peña, de revitalizar esa música y darle un espacio relativamente fijo en la ciudad. Allí también han compartido escenario músicos en ciernes de un género aparentemente dispar como el reguetón. El reguetón presentado se incluía en la línea más romántica del mismo (*romantic style*), con un discurso despojado de obscenidades sexuales y posturas desafiantes.

12 Recuérdese que los músicos que los defienden apuestan por escenarios artísticos de buena factura tecnológica, que permitan buena calidad de proyección de imagen y, sobre todo, de sonidos.

Sobre el espacio *Casa del Tambor*, sus significados musicales son aún más diversos, pues en sus marcos toman sitio tanto músicos de rap, de reggae como de reguetón. Su primer rasgo descollante resulta la ubicación en la Avenida Martí, pórtico simbólico al barrio Los Hoyos, una de las comunidades más significativas en el imaginario popular por ser representativa, otra vez, de marginalidad. Allí conviven los dedicados a la conga santiaguera homónima,¹³ expresión de la cultura popular tradicional, con numerosos productores de los contemporáneos rap, reggae y reguetón, cuyos hogares también se localizan cerca o dentro del mismo espacio barrial.

Lo geo-cultural, sin embargo, no determina su cualificación como “lugar” de la escena rap-reggae, como lo ostentaría la AHS. La inestabilidad de las presentaciones llega a tal extremo que complejizan la identificación del espacio como parte de dicha escena. Una vez más se comprueba que la construcción simbólica de lo periférico asido al espacio, constituye un factor influyente para otorgarle significados, pero no determinante en la configuración de la escena.

En la categoría “espacios circunstanciales,” se pueden mencionar: la Plaza Aguilera (o plaza del Subway¹⁴), el Anfiteatro Mariana Grajales y un espacio de nuevo tipo que compite con la estructura institucional ceñida al sector estatal de la cultura, el semiprivado, cuyo ejemplo fue el denominado y ya desaparecido Bacosó¹⁵.

13 Una de las expresiones de la cultura popular tradicional más conocidas e históricas de Santiago de Cuba lo constituyen sus congas, manifestaciones musicales comunitarias en las que el pueblo participa de forma espontánea. La conga de los Hoyos es una de las más antológicas.

14 En tiempos pasados, esta plazoleta albergó un cine bajo su área perimetral y por tal motivo se le conoció como *Subway*. Hoy en día, dicho espacio subterráneo, todavía existente, le da cabida a un pequeño restaurante-cabaret.

15 Espacio destinado a la juventud que desaparece en el 2018.

Sobre el primero, debe señalarse la ventaja que representa la comodidad de sus accesos (se halla en el centro neurálgico de la ciudad); se enfrenta con la diversidad de propuestas musicales presentadas, géneros musicales populares bailables o no. Dicho eclecticismo sonoro dificulta significarlo identitariamente con las prácticas de ocio circunscritas a un género en específico. De hacerlo, sería el reguetón, dada la frecuencia en que se presentan artistas santiagueros, bailarines y músicos, en sus umbrales.

El Anfiteatro Mariana Grajales resulta un espacio pensado para espectáculos masivos, dado su considerable tamaño. Pero aún más, las entrevistas a expertos demostraron que lo ha sido para la escena urbana en Santiago de Cuba. Obviamente, la praxis institucional y la real limitación de su emplazamiento en los márgenes urbanos, lo alejaron de estas intenciones. No siempre fue así. Antes de los años noventa de la pasada centuria, allí concertaban artistas nacionales y extranjeros, de profundo calado artístico. Pero hoy comparte con los restantes dos espacios mencionados la heterogeneidad de propuestas en términos de significación identitaria musical por parte de los consumidores.

Es necesario detenerse en un fenómeno que sobresale por sus implicaciones con el espacio: la proxémica, es decir, la proximidad de actores en el mismo espacio. Este constituye uno de los rasgos en los que se detiene Michel Maffesoli (1996) en su antológica interpretación a las grupalidades que denominó —metafóricamente— tribus. Para este ya clásico sociólogo de la vida cotidiana y del hecho subcultural, la corta proximidad entre participantes de una manifestación gregaria que atiende cualquier práctica, parece fortalecer los vínculos empáticos entre los miembros de una comunidad emocional.

Tal reflexión se revela en los espacios de la escena rap-reggae. Mientras más pequeños sean, mejor funcionan como comunidades de gusto, más relaciones de socialización se observan entre los participantes y más empatía se

genera entre ellos, si la música resulta su aglutinante común. El ejemplo más representativo es la comparación entre la AHS (cuyo espacio primordial, el patio, es el más pequeño de todos) y el Anfiteatro Mariana Grajales.

Quizá si la música que encentra toda la dinámica socializadora se caracterizara por bailes más coreográficos y abiertos como la salsa, por ejemplo, la proporción entre amplitud y proxémica tuviera otro sentido y las relaciones de sociabilidad comunitaria tomarían otro rumbo. Lo cierto es que, mientras más angostos sean estos, la aglutinación y la relación empática entre el público más seducido y los artistas, es más fuerte.

Espacios de la escena reguetón

Si el rasgo más palmario del consumo musical de reguetón, amén de gustos y disgustos, radica en su masividad, ello es causa —y a la vez cíclica consecuencia— de la diseminación de espacios musicales donde adquiere protagonismo. Esta expansión, esencialmente informal, resulta un factor preocupante para la institucionalidad de la cultura. Debe tenerse en cuenta, empero, que el organismo vinculado a la esfera cultural no constituye ni siquiera el único responsable oficial de los espacios protagónicos de dicha escena. Un ejemplo representativo se explicita con la Empresa Provincial de Gastronomía “ENCASA”.

La estructura institucional vinculada a la escena reguetonera se vuelve típica porque a diferencia de la rap-reggae, se transversaliza por una suerte de estatus simbólico. En efecto, el trabajo empírico demostró que una clasificación distintiva atraviesa la de espacios de acuerdo al lugar, bajo los criterios que se detallan a continuación.

El primer y más importante criterio radica en los niveles de acceso económico de los consumidores, cuya más palmaria diferencia radica en los precios para asistir a los espacios socio-musicales. El segundo rasgo se sustenta en el elemento geo-cultural. Se trata del contexto urbanístico donde

se enclavan los lugares y espacios prolíficos en música reguetón. Los más apegados a comunidades que el imaginario colectivo santiaguero signa de estereotípica marginalidad poseen un estatus menor para los consumidores que los del centro de la ciudad.

Una vez más se observa como la significación espacial constituye otro tipo de mercancía inmersa en la sociedad de consumo, tal y como explica J. Baudrillard (1998, p.57) y confirman J. Heath & A. Potter (2005, pp.137-140). El primero de estos autores, el filósofo y sociólogo galo, dedicado a caracterizar la sociedad de consumo y la postmodernidad, explica por qué el espacio también compite en el entramado de significaciones que constituyen las mercancías. Similar a otros bienes, incorpora un valor de signo distintivo que no solo alcanza a quienes poseen bienes inmuebles domésticos, sino también y como se muestra aquí, a los que disfrutan de la espacialidad de ocio.

Una comunión de estos dos rasgos condiciona un tercer elemento, el tipo de música (de reguetón) que según los entrevistados se reproduce en el espacio. Las tres diferencias simbólicas mencionadas se conjugan en las consecuentes formas de la estética personal o estilo que los consumidores asumen cuando asisten a tales espacios, conformando un último criterio que funciona como consecuencia y no como causa.

Un análisis de los instrumentos arroja que los entrevistados (al menos hasta el 2017) coronan como “lugar” de reguetón, es decir, el espacio donde se conforma una histórica¹⁶ identidad correlacional entre los asistentes y los marcos físicos que albergan dicha música, con el más alto estatus de consumo¹⁷ a los cabarets en las afueras de la ciudad, especialmente San Pedro y Tropicana. En continua competencia con los primeros, y todavía

16 La historicidad de tales lugares debe valorarse relativa en tanto, no corresponde con un largo período de tiempo, ni con una continuidad sin rupturas.

17 Y aquí se hace referencias desde consumos de cultura, es decir música, espectáculos artísticos, hasta consumos gastronómicos y de toda índole. Ambos tipos poseen un fuerte componente simbólico que asegura status, solo en términos puramente monetarios, a quienes frecuentan tales espacios.

dentro de la categoría de lugares de reguetón, los consumidores ubican los clubes privados,¹⁸ como el conocido San Pauli o Dejavú,¹⁹ por solo citar dos ejemplos. La visita que reciben de reguetoneros capitalinos de moda, así como la socialización que los mismos efectúan en sus marcos acentúan sus significados de lugares de la escena.

Por su novedad y creciente importancia cabe detenerse en los clubes privados. Constituyen una de las arterias novedosas más significativas del circuito de ocio santiaguero, especial para los copartícipes de la escena musical. A través de contratos o negociaciones con los realizadores audiovisuales, productores e intérpretes, el club sirve de plataforma promocional y centro de trabajo privado para los productores, quienes regularmente, y con miras a lograr promoción, acuerdan ambientarlo musicalmente, algunos sin recibir ganancia monetaria alguna.



Foto 3. Bar y club privado San Pauli, enclavado en la céntrica calle Enramadas.

Fuente: la autora

18 Vale mencionar algunos otros clubes privados que en el 2017 y 2018 tienen vigencia y popularidad: Revolution, Punto G, Roma, ADN.

19 Este último dejó de funcionar en el 2018.

En los clubes también se manifiesta una oposición de status. Los de mayor rango simbólico se hallan en el centro, mientras que acercarse a las periferias urbanas o barrios estereotipados de marginalidad otorga un estatus menor. De ese modo se pueden percibir diferencias entre el bar-club San Pauli (en espacio urbano céntrico) y el Dejavú (muy cercano a la Avenida José Martí).

Todavía en la categoría de lugar, pero con menor status que los anteriores, debe mencionarse la Pista Pacho Alonso y el semi-privado Bacosó. El primero, con público mayoritariamente universitario debido a su cercanía con la Universidad de Oriente.

La categoría “espacios significativamente cercanos al reguetón” se conforma por aquellos que refieren vagamente los actores sociales en las entrevistas como característicos del género, pues en ellos no se ha formado todavía una histórica identidad de relaciones sociales. En esta categoría se pueden mencionar en orden de status: Alegrémonos, la Plaza Aguilera o Subway, el anfiteatro Mariana Grajales y la Casa del Tambor. Deviene en exigencia precisar que en todos ellos (como en los más identitarios), no solo se reproduce esta música. Aun así, la balanza comparativa en torno a la música proyectada se inclina hacia el reguetón, o el menos hacia la exposición de sus principales intérpretes, que no siempre es este género,²⁰ aunque forme parte de la misma escena.

En los “espacios circunstanciales” los sesgos simbólicos del status desaparecen, o resultan poco frecuentes. Aquí se localizan aquellos espacios que funcionan durante los carnavales, ferias y fiestas de barrios, e incluso, pequeñas extensiones de instituciones gastronómicas (conocidas como carpas) ubicadas en comunida-

20 En los últimos años, junto al reguetón se levanta otro género musical cuya visualidad posee matrices simbólicas parecidas y que no compite, sino participa de los mismos conceptos que exponen quienes cantan reguetón, el *trap*. De hecho, sus cantantes son raperos o reguetoneros. No sería extraño entonces hallar que en los “lugares” donde el reguetón gana protagonismo también se reproduce el *trap*. Incluso, la escena rap-reggae también le ha dado cabida, pues el mismo nace cercano al hip hop. Lo interesante y próximo a investigación sería verificar las diferencias entre el *trap* que se concierta en la escena rap-reggae y el que se reproduce y se crea entre los que hacen reguetón.

des barriales que también se convierten en espacios de socialización musical. Sus emplazamientos exactos varían de acuerdo a la época del año o a las directrices de las empresas, por lo cual se hace difícil concebirlos como identitarios. Por lo general, cuando los directivos de estos espacios, cualesquiera que fuese su categoría, abaratan los costes de entrada y consumo, facilitan la asistencia de un público mayoritariamente juvenil.

Huelga esclarecer que, amén de las distancias simbólicas entre unos y otros en términos de la clasificación por la perspectiva de lugar, entre todos sobrevive la misma lógica de status. Por cuanto, se podría entender cómo un lugar de reguetón como el Bacosó puede resultar competitivo para un espacio cercano al reguetón como Alegrémonos. Y es que la lógica de status, aunque influida por el tipo de música reproducida con regularidad, se conforma por criterios simbólicos que se ubican más allá de la perspectiva de lugar.

La clasificación espacial transversalizada por la sub-clasificación de espacios en cuanto status se grafica con la siguiente tabla:

	Subclasificación espacial por estatus		
	Mayores	Medios	Menores
Clasificación espacial de acuerdo a la perspectiva de lugar			
Lugares	Tropicana, San Pedro, San Pauli, Dejavú, otros clubes privados	Pista Pacho Alonso	Bacosó
Espacios significativamente cercanos al reguetón	Alegrémonos	Plaza Aguilera	Anfiteatro Mariana Grajales, Casa del Tambor
Espacios circunstanciales	Espacios circunstanciales en fiestas populares o vecinales, carpas pertenecientes a instituciones gastronómicas emplazadas en espacios públicos barriales o plazas.		

Palabras finales

Conjuntamente con el tiempo, el espacio constituye una de las dimensiones vitales de la vida y entenderlo como dimensión humana, significa repensarlo más allá del sentido euclidiano para interpretarlo como parte de históricas relaciones sociales. Las que surgen y permanecen en el marco de la creación y la degustación de la música, han sido significativas a lo largo del tiempo porque desde allí no solo surge nuestro patrimonio sonoro, sino que se proyecta el devenir cultural de la isla en torno a lo musical. El espacio que da cabida a tales interacciones también resulta parte de la memoria nacional y protagonista de los fenómenos socio-musicales del hoy, aunque a menudo no se repara en él como fuente de investigación. Por citar solo un ejemplo: Sin aquellos espacios informales y oficiales de recreación en Santiago de Cuba, que desde el alba del siglo XXI pululaban por toda la ciudad, la comunidad de gusto reguetonera no habría adquirido mayoría de edad.

Los actores sociales sienten el espacio como suyo; parte de sus identidades y a donde se sienten pertenecer. Convierten a los espacios en lugares y los destinados al ocio con base en la música corresponden con esas pertenencias. De suerte que los colectivos juveniles de acuerdo a sus identidades colectivas conforman mapas urbanos. El presente estudio sobre la espacialidad de ocio inherente a las escenas rap-reggae y reguetón arroja las siguientes conclusiones, siempre parciales, debido a la fluidez de tales comunidades de gusto.

- Una clasificación de espacialidad en base a la perspectiva de lugar denomina tres categorías. Se desarrollan en base a la significación que tienen los espacios de ocio en torno a la histórica confluencia de relaciones sociales entre productores y consumidores musicales de rap, reggae y reguetón. Esta clasificación, en el caso de la escena reguetonera, se transversaliza por una jerarquía de status.

- En la escena rap-reggae alcanzan categoría de lugar el espacio institucional sede de la AHS y las fiestas reggae desarrolladas en determinados enclaves de la ciudad. En la escena reguetón, los lugares de mayor status corresponden a los cabarets y clubs privados, mientras que otros de costos más abaratados se consideran de menos status.
- Los espacios de ocio constituyen mercancías que compiten en el entramado de bienes que resulta de una sociedad de consumo cuyas influencias también son visibles en nuestro país, aun con su tipicidad socioeconómica.

Referencias bibliográficas

- Appadurai, A. (1996). *The production of locality. Modernity at large: cultural dimension of globalization*. University of Minesota Press.
- Augé, M. (2000). *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobre-modernidad*. Editorial Gedisa S.A.
- Bambaataa, A. (1996). *Hip-hop history: interview w/ Afrika Bambaataa Hip Hop's ambassador*. Hip Hop Politics. <http://hiphopandpolitics.com/1996/09/23/hip-hop-history-interview-w-afrika-bambaataa-hip-hops-ambassador/>
- Baudrillard, J. (1998). *The consumer society. Myths and Structures*. Sage Publications.
- Bennett, A., & Kahn-Harris, K. (2004). Introduction. En: A. Bennett, A. & Kahn-Harris, K. *After subcultures. Critical studies in contemporary youth culture*. Palgrave Macmillan. pp.1-18.
- Borges, J. (2015). *Concierto cubano. La vida es un divino guión*. Ediciones Unión.
- Bourdieu, P. (2002). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Taurus S.A.
- Campbell, H. (2016). *Rasta y resistencia: De Marcus Garvey a Walter Rodney*. Editorial Oriente.
- Casanella, L.; González, N.; y Hernández, G. (2003). El rap en Santiago de Cuba. Causas y azares. *Revista Movimiento de la Agencia Cubana del Rap*. (2). pp.42-47.
- Conolly, M. (2002). The history of reggae. (Documental). BBC.
- Cruces, F. (2004). Música y ciudad: Definiciones, procesos y perspectivas. *Trans. Revista Transcultural de música*. (8). <https://es.scribd.com/document/256653064/Cruces-Francisco-Musica-y-Ciudad-Definiciones-Procesos-y-Perspectivas>.
- De Certeau, M. (1990). *La invención de lo cotidiano. Las artes de hacer*. Universidad Iberoamericana. Departamento de Historia. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- De la Torre, C. (2008). *Las identidades: Una mirada desde la psicología*. Instituto Cubano de Investigación Cultural "Juan Marinello".
- Furé, S. (2011). *La cultura rastafari en Cuba*. Editorial Oriente.
- García, M. (2012). *Rastafarismo en La Habana. De las reivindicaciones míticas a las tribus urbanas*. Pinos Nuevos.
- Heath, J., y Potter, A. (2005). *Rebelarse vende. El negocio de la contracultura*. Santillana Ediciones Generales S.L.
- Hesmondhalgh, D. (2007). Recent concept in youth cultural studies: Critical reflection from the sociology of music. En: Hodkinson, P. & Deicke, W. *Youth culture. Scenes, subcultures and tribes*. Routledge. pp.37-50.
- Hess, M. (2007). *¿Is Hip Hop dead? Past, present and future of America's most wanted music*. Praeger.
- Kato, M.T. (2007). *From Kong Fu to Hip Hop. Globalization, Revolution and Popular Culture*. State University of New York Press.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Capitán Swing.
- Lindón, A.; Aguilar, M.A., y Hiernaux, D. (2006). *Lugares e imaginarios en la metrópolis*. Universidad Autónoma Metropolitana. Antropos.
- Lois, M. (2010). Estructuración de espacios. La perspectiva de lugar. *Geopolíticas*. 1. (2). pp.207-231.
- Maffesoli, M. (1996). *The time of the tribes. The decline of individualism in Mass society*. Sage Publication.

- Stahl, G. (2004). It is like Canada reduced: Setting the scene in Montreal. En Bennett A. & Kahn-Harris, K. *After subcultures. Critical studies in contemporary youth culture* (pp. 36-48). Palgrave. Macmillan.
- Straw, W. (1991). System of articulation. Logics of change: communities and scenes in popular music. *Cultural Studies*. 5. (3). pp.368-388.
- Straw, W. (2006). "Scenes and sensibilities". *E compos. Revista de Associação Nacional dos Programas de Pós Graduação em Comunicação*, 6. www.e-compos.emnuvens.com.br.
- Zamora, A. (2015). Entrevista al rapero Yrak Sáez de Doble Filo. *Esquife*. afromodernidades.wordpress.com/2015/01/21/yo-defiendo-el-rap-hasta-que-muera-entrevista-al-rapero-yrak-saenz-de-doble-filo-primera-parte/
- Ziquero, R. (2006). El indiscreto encanto del reguetón. A propósito de una explosión en el campo cultural latino. *Movimiento. Revista de la Agencia Cubana del Rap*, (6). pp.15-17.
- Zurbano, R. (2003). Mami no quiero más reggaetón. *Movimiento. Revista de la Agencia Cubana del Rap*. (6). pp.4-12.

III

IDENTIDADES EN CONFLICTO, DESIGUALDADES Y RESISTENCIAS

Identidades y percepciones de exclusión en jóvenes. De lo particular y lo general en la juventud cubana

Elaine Morales Chuco

Introducción

Las urgencias de la vida cotidiana se han encargado de focalizar a las identidades en el entrecejo popular; el conocimiento acerca de las especificidades de cada persona y grupo humano es un instrumento de orientación para establecer relaciones interpersonales e intergrupales armónicas, así como para autoperfeccionarse a nivel individual o colectivo. Por otra parte, la necesidad de saber nuestros orígenes o de dónde venimos, para enrumbar con mayor certeza nuestro futuro o hasta dónde pretendemos llegar en el especial viaje que es la vida, constituye uno de los enunciados mejor aprendidos; si bien le asiste razón, la reiteración excesiva o de manera descontextualizada del mismo, le ha restado credibilidad entre las personas más jóvenes. Por lo que es pertinente recolocar el tema en el debate juvenil, reconociendo su relevancia.

Más allá de esta simple enmarcación del asunto, pensar las identidades desde las ciencias sociales involucra un nivel de análisis de mayor complejidad, pues convoca y articula a varias ciencias, disciplinas, escuelas de

pensamiento y enfoques teórico-metodológicos. Este entramado tiene ya una historia meritoria que ha permitido rebasar definiciones mecánicas, reduccionismos o posturas que han intentado diluir este tópico entre otros tantos.

Al respecto, se reconocen los aportes de importantes autores y teorías que han marcado el quehacer actual; desde la entrega de Erving Goffman (1963) con la presentación del estigma como condición que convierte a los sujetos en desacreditados o desacreditables; el planteamiento de Serge Moscovici (1981) acerca de las minorías activas; las teorías de Henri Tajfel sobre las Identidades Sociales (1984) y de Turner en torno a la Autocategorización (1999) hasta planteamientos vitales como los de Ticio Escobar (s/f), Maritza Montero (2000), Ignacio Martín Baró (1989), José M. Valenzuela (2004, 2015), Rogelio Marcial (2010), Rossana Reguillo (2010), Maritza Urteaga (2010) y Gilberto Giménez (2004) que han entregado sustanciales consideraciones. Asimismo, otros exponentes como Carolina de la Torre (2001) y José Francisco Morales unido a Miguel Moya, Elena Gaviria e Isabel Cuadrado (2007), tienen el mérito de sistematizar críticamente y devolver antecedentes que no pueden ser obviados.

Situar las identidades en el entorno de los estudios de juventud del modo en que lo han hecho varios de los arriba citados, significa añadir otros retos en el orden epistemológico; resulta imprescindible reconocer en las personas jóvenes su condición de sujetos y actores sociales, para desde ahí promover el entendimiento de los procesos de (re)construcción de las configuraciones identitarias. No sería posible debatir resultados de investigaciones sobre las identidades, ni comprender las mediaciones, particularidades y contenidos, desde posturas paternalistas o adultocentristas. Las identidades juveniles —que no son menos importantes que las adultas— deben ser estudiadas no solo desde las posturas adultas; junto a estas es preciso que se erijan procesos de investigación donde los propios jóvenes se descubran y reconozcan.

A lo anterior se deben agregar las particularidades que confieren las condiciones de construcción del socialismo en el proceso de formación de las identidades juveniles y en el propio pensamiento social en torno a ellas; las distinciones de las generaciones de jóvenes en la Cuba de los últimos sesenta años tienen el impacto del imaginario social producido por el discurso y el liderazgo político, así como por el protagonismo juvenil asumido en estos años. La sociedad cubana, a partir de 1959, inició el proceso de construcción del “hombre nuevo”¹, y tal modelo ha sido referente esencial; ser joven tiene pues una connotación sociopolítica y no es solo una condición etaria contextualizada culturalmente. A los jóvenes se les ha adjudicado —y un segmento importante aún asume— la condición de “futuro y continuidad” de la Revolución; por tanto, ser y pensar el ser joven en Cuba, no puede eludir el profundo significado político e ideológico de este ejercicio.

Algo semejante ocurre con varias de las dimensiones en que se expresa la identidad de una determinada generación. En el caso de la nacional, definida como una “ajiacó” por Don Fernando Ortiz (1973) en alusión a las peculiaridades de lo cubano, y que no se limitaba a la circunstancia de nacimiento, sino que incorporaba rasgos psicosociales, del ser, decir y comportarse, se le deberá añadir otras cualidades adquiridas, según Fernando Martínez Heredia², con el devenir del proceso revolucionario cubano, al punto que identidad nacional e identidad cultural pasaron a imbricarse de manera ineludible; y así llamaba la atención sobre la dignidad, el orgullo y el elevado concepto de ser cubano inscrito en las oportunidades y logros sociales.

De igual modo, constituyen circunstancias de importante ascendencia en el proceso de edificación del ser joven en los últimos treinta años, la heterogeneidad y las desigualdades socioeconómicas, los cambios en el esce-

1 Alude al ensayo de Ernesto Guevara de la Serna (Che) de 1965 *El socialismo y el hombre en Cuba* (La Habana: Centro de Estudios Che Guevara y Ocean Press), donde define las cualidades que deberían caracterizar al hombre nuevo formado como parte del proceso revolucionario cubano.

2 Se refiere a la entrevista concedida a la autora en 2017 pocos meses antes de su fallecimiento.

nario político, y el panorama sociodemográfico de la sociedad cubana, que estremecieron las relaciones sociales en sus diferentes expresiones y trajeron consigo un contexto diverso. Todo ello es percibido de diferente manera, de acuerdo con la conjunción de la verticalidad y la horizontalidad en las trayectorias de vida, que aguzan las potencialidades de revisitar críticamente los escenarios y las prácticas de la cotidianidad, evitando la naturalización, la psicologización o la moralización de las diferencias.

En este sentido, las condiciones de pobreza, marginación, vulnerabilidad y exclusión social (Espina, 2010, 2008; Íñiguez, 2017, 2014; Morales, 2017b; Pañellas, 2012; Zabala, 2018, 2017, 2015) imprimen especificidades a los contenidos de las identidades construidas por adolescentes y jóvenes, en cualquiera de las dimensiones o niveles de que se trate. Aquí tiene especial significación las formas en que las personas jóvenes subjetivizan estas condiciones; de tal modo, se presumen diferencias en las identificaciones individuales y colectivas con lo nacional, lo cultural, lo territorial, lo generacional, lo racial y de género.

Ahondar en el nexo entre el proceso de configuración de las identidades en las y los adolescentes y jóvenes, y sus percepciones de exclusión supone reconocer a las primeras en calidad de construcción de la subjetividad, que define el origen y el presente, al tiempo que proyecta hacia el futuro las características esenciales y estables de un individuo o grupo, corporeizadas en elementos materiales y espirituales, cuyos significados permiten establecer a su interior tendencias de continuidad, ruptura y emergencia, así como diferencias y semejanzas con otros significativos en un contexto determinado. Se trata de una construcción de la subjetividad con expresiones de mayor alcance, dígase la nacional, cultural y de clase, y otras más específicas como la generacional, racial, territorial y de género.

De otro lado, el proceso de exclusión social está asociado a cambios socioestructurales, y consiste en la reducción sostenida de las oportunidades y expectativas de integración, participación e inserción social de modo satisfactorio de determinados grupos, aspectos que generan su descalificación e incrementan su vulnerabilidad; es multidimensional, con expresiones objetivas y subjetivas, y tendencias de acumulación y concentración, solo contrastadas con políticas sociales efectivas.

Aunque tiene expresiones similares a la marginación, la trasciende debido a las implicaciones institucionales que la respaldan, a la recursividad y gravedad del impacto psicológico. El rechazo, la estigmatización y la discriminación de personas y grupos, categorizados como inferiores, según las escalas sociales predominantes en un contexto histórico concreto, sobrepasan las relaciones interpersonales e intergrupales y devienen manifestaciones de asimetrías de poder instaladas en la estructura social.

La percepción social de la exclusión social es un proceso pertinente a la subjetividad, que consiste en la elaboración de juicios de cierta complejidad, a partir de la interpretación y evaluación de información formal e informal captada en la vida cotidiana, indicativa de descalificación, vulnerabilidad y limitaciones para la integración, inserción y participación satisfactoria y estable de ciertas personas y grupos en un contexto determinado. Para su estudio se recurre al examen de las experiencias de exclusión, con atención a su frecuencia, causas atribuidas, espacios de socialización, emisores y consecuencias.

Los resultados de investigaciones en estos temas (Morales, 2017a; 2017b) muestran la relación entre las pertenencias grupales, las identidades y las percepciones de exclusión. La existencia de estas últimas impacta los contenidos identitarios, las auto y heteroimágenes, los procesos de comparación y diferenciación, la radicalidad de los límites, las mismidades y otredades, así como el nexo entre ellas.

Las inclusiones o exclusiones pueden abarcar la multiplicidad de identidades o revelarse solo en algunas de ellas. Unido a los prejuicios raciales (Morales, 2012) o los de clase (Morales, 2017b), los territoriales emergen con una importancia y actualidad que no puede desconocerse.

El análisis desde el territorio conduce a aceptar sus potencialidades para articular la expresión de varias dimensiones de las identidades, como las de clase, ocupacional y racial, debido —entre otros aspectos— a las conexiones existentes entre las condiciones favorables de determinados territorios —centralidad, conectividad, gestión institucional eficaz, infraestructura en buen estado, entre otros elementos— y las ventajas de ciertos grupos para acceder e instalarse establemente en ellos. Tal es su relevancia que la segmentación residencial constituye, según Kaztman (2001), uno de los rasgos fundamentales de la vulnerabilidad social en América Latina y los jóvenes sufren su impacto.

Otros ejes identitarios importantes son el cultural y el nacional; el primero reducido en muchos casos al consumo y las prácticas culturales, pero que puede abarcar también costumbres y tradiciones, lengua, alimentación, por solo señalar algunos aspectos. Lo nacional, por su parte, describe más la relación con la nación, con los nacidos o residentes en ella, y de algún modo, con el sistema político adoptado en el lugar.

Algunos estudios realizados en la primera década del presente siglo dan cuenta de la paulatina sedimentación de las diferencias socioeconómicas, así como de la compleja configuración de los contenidos identitarios —territorial, racial, cultural, nacional— en diferentes grupos. En tanto, resultados de investigaciones ejecutadas entre 2015 y 2017 confirman la interseccionalidad de las desigualdades, las actuales percepciones de exclusión y su impacto en las dimensiones identitarias. Unos y otros datos servirán para profundizar en el debate.

Identidades en jóvenes en la sociedad cubana. Menciones importantes

Son varios los estudios dedicados a abordar una o varias de las dimensiones de las identidades en la población joven cubana. Llama la atención que tienen en común el apego a la propuesta teórica de Carolina de la Torre (2001) y luego algún desplazamiento hacia las Teorías de la Identidad Social, de la Autocategorización, así como la incorporación de otros derroteros de la psicología social latinoamericana, e incluso, el avance hacia posicionamientos propios. Desde el punto de vista metodológico, se observa el empleo de las técnicas tradicionales, así como la indagación alrededor de indicadores que articulan la diversidad de posturas teóricas; ellos van desde los sentimientos favorables o el orgullo de pertenencia a determinados grupos, la existencia de características comunes reconocidas por el grupo, la presentación de una propuesta representativa de los mejores atributos grupales, entre otros. Los resultados tienen varios niveles de expresión, desde las identidades individuales hasta las grupales más generales; no obstante, algunos se acercan más a la caracterización psicosocial de determinados grupos de jóvenes, que a la revelación de verdaderos contenidos de las identidades, pues a juicio de la experta De la Torre³, tales rasgos deben formar parte de las narrativas de los propios jóvenes y trascender la mirada adulta y de las ciencias sociales.

A inicios del presente siglo, un trabajo en equipo de adultos y jóvenes, centrado en diagnosticar y elaborar propuestas de transformación social en el barrio Colón, del municipio habanero Centro Habana⁴, reveló un conjunto de problemas sociales que afectaban a la barriada en general y a la población joven en particular. Tal situación, que sobrepasaba la historia de la generación y se inscribía en la del barrio mismo, generaba una grave afectación a la autoestima, al punto de limitar el aprovechamiento de impor-

3 Intervención en sesión científica del Doctorado curricular colaborativo de la Facultad de Psicología de la UH.

4 Se refiere al proyecto de colaboración desarrollado en el Consejo Popular del mismo nombre, el cual articuló propuestas del gobierno local y de la ONG Habana Ecopolis.

tantes oportunidades iniciadas por el Estado cubano con la denominación de Programas de la Revolución; ejemplo de ello era la autolimitación en el acceso a espacios recreativos y de formación general, por no considerarlos propios, a pesar de estar enclavados en el mismo barrio. En este estudio afloraron como elementos identitarios las relaciones vecinales, que podían recorrer desde la colaboración hasta la falta de privacidad debido al hacinamiento. Mientras, se rechazaba la prostitución, el juego ilícito, el proxenetismo y otras conductas delictivas de elevada y larga presencia en el lugar, las cuales han pasado a formar parte de las heteroimágenes. Al mismo tiempo, se desconocían u obviaban valores materiales e inmateriales de la localidad asociados a tradiciones culturales, a la presencia de instituciones, obras y representantes destacados de las artes en el país (Morales, 2008).

El estudio realizado con preadolescentes residentes en algunas localidades capitalinas aquejadas con mayor gravedad por la situación socioeconómica, ubicadas en los municipios San Miguel del Padrón, Habana del Este, Habana Vieja, Arroyo Naranjo y Centro Habana, mostró el nexo entre las percepciones con respecto a sus barrios y el sentido de pertenencia a los mismos. Percibían que en tales zonas la disponibilidad de servicios, el estado constructivo de los inmuebles, la gestión de las instituciones comunitarias y la atención de las municipales, era cuantitativa y cualitativamente inferior en comparación con otras zonas de la capital y esta valoración generaba insatisfacción y rechazo hacia el barrio, o al menos fragilidad en los lazos con este espacio de socialización. Asimismo, daba lugar a una subvaloración del lugar, de sus habitantes en general y de ellos mismos en particular (Zabala y Morales, 2005).

La indagación acerca de la identidad territorial en jóvenes de la capital, nos remite necesariamente al estudio realizado por Peñate y López (2009, 2011) el cual especificaba que “el proceso de construcción de la identidad juvenil, atraviesa hoy por problemas asociados a nuevas y profundas estratificaciones y diferenciaciones sociales...” (Peñate y López, 2011, p.119).

Los cambios se registraban en el orden de los planes y proyectos futuros en el ámbito educativo y profesional, asociados a la pérdida de sentido del estudio y el trabajo formal, en tanto, mecanismos de movilidad social.

Estas autoras trabajaron con jóvenes de cinco barrios de La Habana —Víbora, Náutico, Jesús María, Pogolotti y Guaicanamar, ubicados en los municipios 10 de Octubre, Playa, Habana Vieja, Marianao y Regla respectivamente— con diferencias relevantes en el orden socioeconómico, demográfico y cultural. En sus resultados destacan cuatro aspectos importantes, primero que las características identitarias en el orden individual y con independencia de los barrios de residencia, guardan coincidencias asociadas con: rasgos personológicos favorables en su mayoría, influencias familiares positivas en la formación en valores, expresiones de cubanía, mediación de la situación económica, así como de la antigüedad en el barrio y de la posibilidad de satisfacer sus necesidades en este territorio. Sobresalió, asimismo, que las características socioeconómicas, arquitectónicas y culturales, al igual que el clima sociopsicológico de los barrios, influyen en las configuraciones identitarias, impregnándose en el ordenamiento de los valores más reconocidos a nivel local; señalaron también, la intervención de ejes sociodemográficos como color de la piel, género y situación ocupacional; y finalmente apuntaron que los estereotipos y las representaciones sociales halladas en la población estudiada son comunes a otras generaciones.

En otra investigación (Morales, 2010), se identificó el vínculo entre las características territoriales y las culturas juveniles. Si bien en el centro de la capital las culturas juveniles asumían rostros más o menos semejantes a las propuestas clásicas de esta forma de apropiación de la identidad cultural por parte de los más jóvenes, en la periferia, en situaciones cercanas o de franca pobreza, los mikis, punks y emos, aparecían arropados por la desventaja socioeconómica, de modo que vestuario, accesorios, estilos y prácticas culturales estaban mediados por tales circunstancias.

Colocadas expresamente en lo nacional, de la Torre (2001, 2003) dirigió varias indagaciones desde finales del siglo XX y principios del XXI, las cuales analizaron las auto y heteroimágenes de personas nacidas en Cuba, y las diferencias percibidas con respecto a otros grupos, ya fuesen latinos o norteamericanos; también exploraron la imagen que tenían estudiantes extranjeros acerca de los cubanos. Emplearon para ello técnicas clásicas atemperadas al contexto del país y aportaron interesantes resultados, de los cuales no escaparon los jóvenes.

La autora señalaba la evolución de las autoimágenes de los diferentes grupos, desde una elaboración muy positiva a inicios de los 90, donde se apreciaba superioridad pues “los cubanos se percibían con cualidades éticas, morales y sociales... superior a los norteamericanos” y más adelante agrega:

... se demostró que los norteamericanos y los cubanos eran valorados igualmente como trabajadores, decididos, eficientes y organizados” hasta una percepción igualmente positiva, pero menos distanciada, y expone “ni los norteamericanos aparecen tan negativos, ni los cubanos tan perfectos...algunos ítems... mejoraron para los norteamericanos y empeoraron para los cubanos (2001, pp.160, 168).

Aclara, además, que se apreciaron manifestaciones de una cultura plattista⁵, pero no hallaron expresiones generalizadas de una Ideología Dependiente de USA (IDUSA).⁶

Otras investigaciones de esta autora —centradas en los jóvenes— dan cuenta de la reapropiación, por parte de este segmento etario, de las costumbres, modelos de pensamiento y patrones de comportamiento más asentados en la población cubana en general. Al respecto reconocen la circunstancialidad de las transformaciones, las cuales estarían a tono con los

5 Se refiere al análisis de Abel Prieto sobre el tema.

6 Se refiere a los estudios de la psicóloga Maritza Montero.

cambios en el país, pero no son reconocidas como imágenes definitivas; lo expresan como “estamos siendo, no somos”. Se referían a las características negativas que afloraban en las autoimágenes, dígame agresividad, mala educación, etcétera.

En este propio tema, pero en fecha más reciente, el acercamiento de Díaz, Escalona y Molina (2017) aporta que la identidad nacional en jóvenes está impregnada por la heterogeneidad socioeconómica, por lo que las cualidades fundamentales de cubanas y cubanos se asocian a las carencias materiales y a las diferentes estrategias para solventarlas. Otros marcadores significativos detectados fueron: el esparcimiento y el descanso, vinculados, por ejemplo, a la música, el baile, las bebidas alcohólicas y los juegos de mesa; la comunicación verbal y no verbal en las relaciones interpersonales; aspectos políticos e ideológicos y los religiosos.

En el orden de los estudios de las identidades, en correspondencia con la estructura socioclasista —particularmente lo socio-ocupacional— se destaca en años recientes el aporte de Pañellas (2012); sus investigaciones sobre la construcción de identidades sociales en torno a dirigentes, obreros, cuentapropistas e intelectuales, recogen que las visiones de los jóvenes se asemejan a las aportadas por el resto de la población, cuestión que llama la atención, pues resulta contrario a las tradicionales emergencias de las regularidades de la edad.

Estos acercamientos a jóvenes en territorios específicos, se ratifican con algunos resultados de estudios realizados hacia el final de la primera década del presente siglo (CESJ-ONEI, 2012). Según estas indagaciones de corte cuantitativo, que involucraron a la población joven cubana en general, las características constructivas de la vivienda y el gusto por el barrio donde esta se ubica, son aspectos fundamentales para el vínculo de adolescentes y jóvenes en su barrio de residencia. De acuerdo con tal investigación, la mayoría de los jóvenes cubanos declara su gusto por el barrio en que está

enclavada su vivienda, lo que supone cierta identificación con el lugar de residencia; alrededor de la cuarta parte expresa una atracción menor y una cifra reducida explicita su rechazo al lugar donde reside.

Estas tres posturas básicas se mostraron con diferencias según las características demográficas fundamentales; de tal modo que las personas del sexo masculino, piel blanca, residentes en el occidente y en el centro, con edades entre 15 y 19 años, carentes de un nivel escolar definido, que buscan trabajo por haberlo perdido, y quienes estudian, se sienten muy atraídos por su barriada. Mientras que, mujeres, mestizos, capitalinos, con más de 25 años, y aquellos dedicados a realizar tareas del hogar, sienten poca atracción. Por otra parte, entre aquellas personas que no se sienten a gusto en su barrio, sobresalen las del sexo femenino, de piel negra, unidas a quienes habitan en la capital, son mayores de 25 años, carecen de nivel escolar concluido y se dedican a las tareas del hogar. Como puede apreciarse, quienes residen en la capital del país se mueven en los niveles medios y bajos de atracción por su barrio.

En un acercamiento mayor a este tema, se articularon las condiciones constructivas con el gusto por el barrio; y ello apunta a que más de un tercio de los jóvenes cubanos reside en viviendas en buen estado constructivo y gusta del barrio en que esta se encuentra enclavada. Al propio tiempo, casi un cuarto de la población juvenil habita en viviendas con afectaciones, pero gusta de su barriada; en tanto más de un diez por ciento señala también que su lugar de residencia no está en buenas condiciones, y además, el barrio donde se encuentra no es totalmente de su agrado. Esta concatenación subraya la intervención de las afectaciones materiales en el proceso de elaboración de las identidades, y en particular las condiciones de vida en la identidad territorial.

Con las referencias presentadas se evidencia la existencia de un conjunto de investigaciones relacionadas con el tema juventud, de las cuales emanan características de la población joven que vive este siglo XXI, y se revelan estudios que han hurgado de manera específica en las identidades

de los jóvenes cubanos. Lo recopilado indica, asimismo, la necesidad de actualizar algunos datos y contextualizar interpretaciones, de acuerdo con las transformaciones acontecidas en el país.

Desigualdades, percepciones de exclusión y autoimágenes.

Actualización y focalización de los análisis

La investigación *Identidad de jóvenes residentes en barrios marginales*, auspiciada por el Instituto Cubano de Investigación Cultural “Juan Marinello”, ejecutada entre 2014 y 2017 en la capital habanera, responde a la necesidad de dar continuidad a los temas presentados⁷. Sus resultados produjeron información acerca de importantes asideros de las identidades juveniles, en particular lo territorial. En la elaboración y ejecución de la misma, se manejaron articuladamente varios referentes teóricos —ya mencionados—, con el fin de generar un posicionamiento en el tema y la construcción de un marco propio; se acudió a producciones de distintas ciencias, tanto para el examen de las identidades, las desigualdades y la juventud, como grupo central de la investigación.

Desde el punto de vista metodológico, primó el enfoque cualitativo, el cual permitió avanzar según el diseño planteado y, al propio tiempo, realizar actualizaciones de acuerdo con las exigencias de la práctica investigativa en sus tres etapas de trabajo. La investigación se dirigió a exponer y comprender los contenidos de las autoimágenes de adolescentes y jóvenes residentes en barrios marginales de la capital, a partir de las desigualdades y exclusiones percibidas. Para ello se indagó en uno y otro aspecto, y progresivamente afloraron las emergencias que los conectaban.

⁷ Participaron en diferentes momentos de la investigación investigadores del Instituto Cubano de Investigación Cultural “Juan Marinello” —MSc. Yeisa B. Sarduy, Lic. Leydis Castro y Lic. Emilio Aybar— y estudiantes de la Facultad de Psicología de la Universidad de La Habana.

Se trabajó con 118 adolescentes, de ambos sexos, con edades entre 13 y 18 años. Predominó la piel negra y mestiza, la condición de estudiantes de nivel medio y medio superior, distribuidos en tres tipos de instituciones educativas: secundaria básica, institutos politécnicos y escuelas de oficios, todas ubicadas en los municipios Centro Habana, Habana Vieja y Marianao.

Desde el punto de vista grupal, participaron seis agrupaciones, dos por cada tipo de enseñanza. De acuerdo con el lugar de residencia, la mayor parte de los adolescentes está domiciliada en barrios muy populares de las jurisdicciones político-administrativas mencionadas; quienes habitan en Centro Habana se distribuyen entre Los Sitios, Colón, Cayo Hueso, Pueblo Nuevo, La Victoria y San Leopoldo; los de Habana Vieja en Jesús María y Belén; y los de Marianao en Los Pocitos, Los Ángeles, Palmar, Cocosolo, Zamora y Pogolotti.

Estas características sociodemográficas de los y las adolescentes participantes en la investigación, anuncia la particularidad del estudio, pues se trata de uno de los segmentos de la población joven cubana menos estudiado en las ciencias sociales del país. Si bien las personas jóvenes constituyen el centro de numerosas investigaciones, sus propósitos y logística las han concentrado en estudiantes de pre y universitarios, pertenecientes a instituciones ubicadas en zonas denominadas “luminosas” por su conectividad, estado constructivo, potencialidades de inversión e innovación; lo cual configura una población adolescente y joven predominantemente blanca, con intereses encaminados a la formación profesional de alto nivel.

La territorialidad fue indagada a partir de la relación con el lugar de residencia, ya descrito como periférico, no por su localización geográfica, sino por sus desventajas, no obstante, poseer redes de servicios básicos atinentes a educación, salud y otros aseguramientos de la vida cotidiana; por tanto, los vínculos con el barrio pueden tener distintos orígenes. Desde ese

punto de partida, se revelan percepciones y pertenencias, sentidos y significados, satisfacciones e insatisfacciones, procesos de homogeneización y diferenciación con respecto a otros, y hasta relecturas acerca de generaciones anteriores.

Las elaboraciones juveniles acerca de ¿quiénes y cómo somos? ¿cómo y por qué hemos llegado hasta aquí? ¿quiénes queremos ser y a dónde queremos llegar? y ¿cómo nos reconocen los demás? emiten contenidos básicamente asociados al territorio, pero con fuertes relaciones con la condición nacional, cultural, el futuro gremial u ocupacional. Asimismo, deja ver contenidos raciales y de género que matizan las autoimágenes.

La dimensión territorial de la identidad gira en torno a dos nociones de barrio; la predominante lo ubica como las personas que comparten/habitan un mismo lugar; y la otra invierte las referencias y lo señala como lugar de residencia compartido con otras personas. Así, el contexto barrial, en tanto agente socializador, es interpretado en dos dimensiones que pudiéramos denominar espacial-afectiva y espacial-física, con una notable interdependencia entre ellas. En el primer caso se trata de coincidencias y distinciones al ser, pertenecer y poseer, modelos de acción y pensamiento con implicaciones a nivel (inter)subjetivo. En el segundo, se trata de una identificación con un área geográfica con límites físicos más o menos claros, cuya relevancia está dada por adjudicaciones y significados acerca de las diferencias de poder y de gestión institucional.

El reconocimiento y la identificación con “sus barrios” se enmarcan en mayor medida en la primera acepción; los parlamentos de adolescentes en todos los barrios se centran en lo afectivo, relegando los elementos físicos, sus límites, símbolos y distinciones, incluso los valores patrimoniales. Las semejanzas al interior de tales espacios, transita por la posesión de “los mismos problemas”; ello supone la existencia de una infraestructura y red de servicios débil e ineficiente. La comunidad de problemas sentidos y compartidos quedaron expresados en: violencia, promiscuidad y falta de privacidad

entre los cohabitantes, fragilidad de los límites en las relaciones interpersonales, alto índice delictivo, carencia de espacios recreativos, bajo nivel de instrucción, coetáneos desvinculados del estudio y el trabajo, falta de higiene ambiental y peligro de contaminación, predominio de familias disfuncionales, y deficiente estado constructivo de los inmuebles, entre otros.

Si bien reconocen a tales circunstancias como parte de la imagen compartida, ellas actúan a modo de espejo y efecto Pigmalión, forman parte de la devoción, que en términos de heteroimagen les llega elaborada desde otros barrios.

Esta afinidad fundada en la desventaja, las carencias y los sentimientos de indefensión y minusvalía, constituye una pieza importante del sustrato de la dimensión territorial de las identidades de adolescentes y jóvenes; este cuerpo de similitudes ha sido vivenciado por las actuales generaciones y recibidas de las anteriores debido a la larga data de las dificultades.

Tales condiciones generan un clima social insatisfactorio que, sin embargo, no es suficiente para promover procesos de participación social a nivel comunitario efectivo o, al menos, con potencialidades de transformación social. Las posturas de los adolescentes ubican la génesis y el devenir de las condiciones de vida en el afuera, sin control propio, familiar o comunitario; se inclinan más hacia las críticas y demandas insistentes que a las posibilidades de participación.

Otro de los núcleos identitarios de la territorialidad, se erige en torno a la satisfacción de la necesidad de apoyo y compañía entre vecinos en situaciones extremas, entre las que se citan crisis (para) normativas de cariz dramático en las familias como enfermedades, fallecimientos y reclusiones penitenciarias. Igualmente, las interconexiones se fundan en la puesta en práctica de una peculiar concepción de solidaridad, entendida como camaradería, complicidad, sostén y socorro —expreso e indiscutible— a los cohabitantes que puedan encontrarse en trances difíciles o peligro; lo cual

incluye tomar parte en disputas y altercados violentos en cualquier lugar —público o privado— aun cuando los sucesos supongan daños físicos o psicológicos para quienes se involucren.

Es tal la centralidad de la sociabilidad en la identidad barrial que, en las autoimágenes construidas por estos adolescentes, las peculiaridades de este tipo emergen en primer término, presentadas a manera de requisitos para el éxito de las relaciones interpersonales e intrabarriales. Entre las características positivas se hallan amabilidad, capacidad para escuchar al “otro”, simpatía, comprensión y apoyo mutuo, compañerismo y respeto a la diversidad. De igual manera, sobresalen exigencias en cuanto a ser buenas personas, alegres y divertidas, sencillas y humildes, rasgos que definen, recrean y sitúan modos de interacción. Quedan desplazados a un segundo plano, requerimientos asociados a comportamientos morales demandados para un proceso de integración social más complejo.

Al mismo tiempo, reconocen la existencia en sus territorios de habitantes con características negativas a quienes califican de sujetos sin escrúpulos, conflictivos, y “creyentes”⁸ Así, asumen como parte del barrio a aquellas personas convertidas en figuras que concentran un tipo de poder real; devenidos líderes porque encarnan el ideal de éxito —bienestar material, respeto y reconocimiento a nivel local— obtenido mediante acciones de diversa índole, las que incluyen actividades económicas ilícitas. Este modelo o prototipo negativo de joven de estos barrios, parece contar con todas las condiciones para su reproducción en el imaginario de la actual generación, pues de alguna manera tiene ascendencia en las localidades.

⁸ Término utilizado para referirse a quienes se consideran (“se creen”) superiores al resto de los miembros de un grupo.

La autoimagen de jóvenes del barrio(s) incorpora atributos favorables y desfavorables de sus coterráneos y de sí mismos, que han devenido rasgos típicos de las personas residentes en esas localidades. Esto ha sido constatado, además, en otras investigaciones con ejes teóricos semejantes, lo cual ratifica la relevancia de los hallazgos presentados (Domínguez, 2014).

Los contenidos de las autoimágenes y su relación con las condiciones del contexto en que se han (trans)formado, enriquecido o deteriorado, aportan sin dudas elementos para la comprensión de las identidades en este caso. Pero la profundización en los procesos de homogeneización y diferenciación con otros significativos, permite avanzar hacia un nivel de mayor esclarecimiento, pues incorpora a la descripción, la narrativa desde posiciones autorreferenciales.

El proceso de homogeneización para estos casos se ha construido a partir de semejanzas en las formas de sentir y vivir la vida en el entorno barrial, las cuales están fundadas en la antigüedad de los nexos y en la cercanía física entre los residentes, propiciadas por la contigüidad de las viviendas y el hacinamiento en su interior. En la mayoría de los casos, el asentamiento familiar en esos lugares precede al momento del nacimiento de los más jóvenes y se remonta a varias generaciones atrás; ello también fundamenta la calidez y la intimidad de los vínculos, su pertinencia y funcionalidad para responder a las exigencias de la vida cotidiana en territorios con históricas limitaciones económicas, donde las redes informales de apoyo suplen, en determinadas ocasiones, los efectos de la pobreza, la marginación, la exclusión y la autolimitación, para participar e insertarse en espacios económicos y relacionales poco conocidos, y así aprovechar mejor la estructura de oportunidades.

A juicio de adolescentes, esas circunstancias propician el estigma, el descrédito de los territorios y de sus habitantes; en ellos fundamentan la imagen que proyecta el barrio y la consecuente discriminación. La “barria-

lidad” y la satisfacción por ella generada, se ve amenazada por la reproducción de problemas sociales originados desde las condiciones materiales de vida, los cuales tienen su correlato a nivel de la intersubjetividad.

La diferenciación inter e intra barrial está asociada a la percepción de marginación antes mostrada. Las contraposiciones con otros barrios exhiben dos niveles, por un lado, discernen pequeños contrastes entre barriadas mayormente análogas, sobre todo en las desventajas socioeconómicas y los estigmas; y de otro lado, distinguen mayores disparidades entre este tipo de barrios y aquellas zonas que encarnan los ideales de bienestar y reconocimiento social.

La atracción ejercida por sus barrios y la diferenciación con respecto a “otros” se nutre de la afectividad ya comentada. Se trata de influencias cruciales en la trayectoria de vida adolescente: el lugar de nacimiento y residencia, la presencia de la familia y amistades, así como el gusto por el ambiente y la atmósfera del barrio. A partir de estos elementos, se afianza la distinguibilidad y el endogrupo es mejor valorado que el exogrupo.

Sin embargo, ocurre lo contrario cuando la comparación se fundamenta en la situación socioeconómica y sus consecuencias en ámbitos específicos de la vida cotidiana para estas edades. La contrastación se enfoca en otras localidades; los “otros” barrios se perciben con indiscutibles ventajas; les confieren: ausencia de violencia y delincuencia, estabilidad en el servicio de acueducto, disponibilidad de espacios recreativos, mayor poder adquisitivo, acceso a servicios de calidad, buen estado constructivo de las viviendas, posesión de transporte privado en las familias y mejor higiene ambiental. A criterio de adolescentes, tales condiciones alcanzan a la población juvenil, que posee amplias y diversas oportunidades y son bien valorados por los adultos.

En paralelo, se produce una diferenciación intrabarrrial, protagonizada por segmentos de la población adolescente de los barrios, y basadas en las características de los procesos de inserción y participación social. Exponen una dicotomía entre quienes siguen el modelo de enajenación, desvinculación laboral y escolar, y algún tipo de nexo con el delito, y quienes tienen comportamientos más productivos en el orden personal y social más general, mediante la formación profesional o vínculos laborales estables.

El acercamiento a las identidades territoriales en clave generacional aporta contenidos de continuidad con respecto a generaciones anteriores, ya sea en cuanto a aspectos positivos en el orden afectivo, de relaciones interpersonales y redes informales de apoyo, o en el orden negativo dada la acumulación de problemas sociales e insatisfacciones. Se trata de identidades juveniles fuertemente territorializadas; no obstante, se aprecian tensiones por las desventajas comparativas con otras localidades, lo cual puede generar distanciamientos reales o simbólicos.

A modo de conclusiones: Revisitando datos

Las producciones mencionadas permiten llamar la atención con respecto a algunos elementos que intervienen en la construcción de las identidades o constituyen resultados de este proceso complejo, y que aparecen reiterados en los distintos acercamientos referenciados, marcando tendencias a tomar en consideración:

- Entre los primeros es preciso jerarquizar la ascendencia de las condiciones materiales de vida en la construcción de las identidades, las cuales tomen o no la forma de condiciones de pobreza, marginación, vulnerabilidad o exclusión social, son percibidas por adolescentes y jóvenes en calidad de problemas y dificultades en el acceso al bienestar material, atinentes a ellos, sus familias y barrios. Tales circunstancias forman parte de la cotidianidad

en que se configura la identidad y, por tanto, constituye referente para definirse y proyectarse. Aquí se torna relevante la decisión con respecto a cuán importantes resultan los elementos materiales en el proceso de elaboración de la autoimagen y en la asignación y evaluación de sus contenidos, así como en la comparación con otros significativos.

- Otro aspecto a considerar por su reiteración y connotación, es la larga data de las desventajosas condiciones en el orden material para varias localidades y numerosas familias de la capital cubana. La acumulación y concentración de tales perjuicios deja ver procesos que trascienden la movilización de las capacidades individuales y grupales y forman parte de brechas en la universalidad de las políticas sociales.
- La persistencia de los problemas sociales reporta resignación y no la necesaria movilización y participación para la transformación social, entre otras razones, por la instalación de una autoestima frágil, la naturalización de determinados comportamientos y la insuficiente y asistemática crítica al interior del grupo joven. La crítica se ha redireccionado hacia figuras individuales o colectivas representativas de otras generaciones y de instituciones formales con encargo social.
- Los procesos de diferenciación trascienden las identidades individuales y de pequeños grupos, y se inscriben en niveles meso-identitarios como el territorial, y pueden alcanzar el nacional, en dependencia de la localización del “otro significativo”.
- La percepción social de las desventajas tiene como referente la apreciación de las condiciones favorables de existencia de otros grupos/coetáneos significativos; las distancias no son mínimas,

ni despreciables, sino claramente perceptibles a pesar de la corta edad, las reducidas experiencias de vida y el merecido reconocimiento al sistema de políticas sociales del país.

- Las identidades juveniles son diversas; están mediadas por ejes socioeconómicos, raciales y de género; y están, además, fuertemente territorializadas.
- La territorialidad se expresa en vínculos positivos y estables con valores del barrio. Se reconoce la comunión de características atemporales y generalmente positivas de las personas jóvenes, al tiempo que tienden a recolocar entre sus modelos algunos antes devaluados, a partir de la efectividad de sus estrategias, de su capacidad de agencia a despecho de la descalificación social más general.
- Los contenidos identitarios hacen énfasis en las relaciones afectivas y en la calidad de las mismas a nivel barrial, con cierta subestimación de las prácticas comunitarias perjudiciales; lo que apunta a la afectivización de la dimensión territorial de las identidades juveniles.
- Los contenidos identitarios territoriales no jerarquizan suficientemente los núcleos históricos ni los valores de la cultura popular tradicional de nivel local, por lo que la dimensión territorial de las identidades juveniles adolece de estos aspectos, con cierta tendencia a la desculturalización y deshistorialización de las identidades.

Investigar y transformar

Los atisbos de tendencias deberán conducir los pasos hacia la realización de nuevas indagaciones en grupos pequeños, cuya configuración psicosocial permita revelar una identidad grupal a partir de las propiedades de la colectividad. Ello incluye extender la investigación hacia la población adolescente y juvenil en condiciones favorables desde el punto de vista socioeconómico, con el empleo de diseños teórico-metodológicos donde prevalezcan posturas comprometidas con los destinos sociales, y respetuosas de los saberes de adolescentes y jóvenes.

La multiplicidad de factores que sustentan la articulación de identidades y procesos de exclusión en la población joven, ratifica la necesidad de un proceso de intervención complejo, que implique la preparación del personal docente para manejar situaciones de marginación en el escenario docente y barrial, así como la actualización de las políticas de juventud, con el fin de programar acciones focalizadas. Para tales fines, es preciso dinamizar un proceso de desprejuiciamiento de los adultos y, en especial, de profesionales relacionados con estos temas y grupos.

Referencias Bibliográficas

CESJ-ONEI. (2012). *Cuarta Encuesta Nacional de Juventud*.

De la Torre, C. (2001). *Las identidades. Una mirada desde la psicología*. Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana “Juan Marinello”.

De la Torre, C. (2003). Sobre los Jóvenes cubanos. En Fundación Fernando Ortiz (Ed.). *El Cubano de hoy: un estudio psicosocial*. Fundación Fernando Ortiz pp.187-197.

Díaz, C.O., Escalona, A.L., Molina, K.P. (2017). Retrato a lápiz de cubanas y cubanos del siglo XXI: Jóvenes cubanos dibujan su identidad nacional. *Revista Estudio*. (22). Centro de Estudios Sobre la Juventud. enero-junio. pp.14-21.

Domínguez, M.I. (2014). Universo de sentido e identidades locales en las juventudes habaneras. En CIPS. (Ed.). *Cuadernos del CIPS. Experiencias de investigación social en Cuba*. Publicaciones Acuario. pp.65-88.

Escobar, T. (s.f). *Identidades en tránsito*. <http://www.pacc.ufrj.br/artelatina/ticio.html>.

Espina, M. (2008). *Políticas de atención a la pobreza y la desigualdad. Examinando el rol del Estado en la experiencia cubana*. CLACSO-CROP.

Espina, M. (2010). *Desarrollo, desigualdad y políticas sociales. Acercamientos desde una perspectiva compleja*. Publicaciones Acuario, Centro “Félix Varela”.

Giménez, G. (2004). Materiales para una teoría de las identidades sociales. En J.M. Valenzuela (Ed.). *Decadencia y auge de las identidades. Cultura nacional, identidad cultural y modernización*. El Colegio de la Frontera Norte, Plaza y Valdés. pp.45-78.

Goffman, E. (1963). *Estigma. La identidad deteriorada*. Amorrortu Editores.

Guevara, E. (1965). *El socialismo y el hombre en Cuba*. Centro de Estudios Che Guevara, Ocean Press.

Íñiguez, L. (2014). *Las tantas Habanas: Estrategias para comprender sus dinámicas sociales*. Editorial Universidad de La Habana.

Íñiguez, L., et al. (2017). *Atlas de la infancia y la adolescencia en Cuba. Análisis a partir del Censo de Población y Viviendas 2012*. Editorial Universidad de La Habana.

Kaztman, R. (2001). Seducidos y abandonados: el aislamiento social de los pobres urbanos. *Revista de la CEPAL*. (diciembre). pp.171-189.

Marcial, R. (2010). Expresiones juveniles en el México contemporáneo. Una historia de las disidencias culturales juveniles. En Reguillo, R. (Ed.). *Los jóvenes en México*. Fondo de Cultura Económica. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. pp.183-224.

Montero, M. (2000). El sujeto, el otro, la identidad. *Akados*. 2(2). pp.11-30.

Martín-Baró, I. (1989). *Sistema, grupo y poder*. UCA Editores.

Morales, E. (2008). Marginación y exclusión social. El caso de los jóvenes en el Consejo Popular Colón de la ciudad de La Habana. En Ziccardi, A. (Ed.). *Procesos de urbanización de la pobreza y nuevas formas de exclusión social*. Siglo del Hombre Editores, Colección CLACSO-CROP. pp.371-394.

Morales, E. (2010). Marginación cultural. Un estudio de grupos informales juveniles urbanos en Ciudad de la Habana. *Revista Estudio*. (9). Centro de Estudios Sobre la Juventud. julio-diciembre. pp.4-15.

Morales, E. (2012). Prejuicios raciales en jóvenes cubanos. Un análisis actual. *Revista Estudio*. (12). Centro de Estudios Sobre la Juventud. enero-junio. pp.80-91.

Morales, E. (Ed.) (2017a). *Identidad, cultura y juventud*. Instituto Cubano de Investigación Cultural “Juan Marinello”.

Morales, E. (2017b). *Marginación y juventud en Cuba. Análisis desde la psicología social*. Editorial Ciencias Sociales.

- Morales, J.F. (2003). El estudio de la exclusión social en la Psicología Social. En Morales, J.F. (Ed.), *Estudios de Psicología Social. UNED, EDICIONES*. pp.509-538.
- Morales, J.F.; Moya, M.; Gaviria, E.; Cuadrado, I. (2007). *Psicología Social*. (3ª ed.). Editorial Mc Graw-Hill.
- Moscovici, S. (Ed.) (1981). *Psicología de las minorías activas*. Ediciones Morata.
- Ortiz, F. (1973). Los factores humanos de la cubanidad. En Le Riverend, J. (Ed.). Órbita de Fernando Ortiz UNEAC.
- Pañellas, D. (2012). *Grupos e identidades en la estructura social cubana*. (Tesis doctorado). Facultad de Psicología, Universidad de La Habana.
- Peñate, A.I.; López, D. (2009). La Habana: Jóvenes, barrios e identidad. Última Década. Año 17(31). CIPDA. pp.31-54.
- Peñate, A.I.; López, D. (2011). Construcción de las identidades: singularidades en la juventud. En Colectivo de Autores. *Lecturas de la realidad juvenil cubana a principios del siglo XXI*. Centro de Estudios Sobre la Juventud. pp.92-120.
- Reguillo, R. (2010). La condición juvenil en el México contemporáneo. Biografías, incertidumbres y lugares. En Reguillo, R. (Ed.), *Los jóvenes en México*. Fondo de Cultura Económica. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. pp.395-429.
- Tajfel, H. (Ed.) (1984). *Grupos humanos y categorías sociales*. Editorial Herder.
- Turner, J. (1999). Social Identity Saliency and the Emergence of Stereotype Consensus. *Personality and Social Psychology Bulletin*. (25). 809.
- Urteaga, M. (2010). Género, clase y etnia. Los modos de ser joven. En Reguillo, R. (Ed.). *Los jóvenes en México*. Fondo de Cultura Económica. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. pp.15-51.
- Valenzuela, J.M. (Ed.) (2004). *Decadencia y auge de las identidades. Cultura nacional, identidad cultural y modernización*. El Colegio de la Frontera Norte; Plaza y Valdés.
- Valenzuela, J.M. (2015). Remolinos de viento: juvenicidio e identidades desacreditadas. En Valenzuela, J.M. (Ed.). *Juvenicidio. Ayotzinapa y las vidas precarias en América Latina y España*. Ediciones Nuevos Emprendimientos editoriales (NED). pp.15-58.
- Zabala, Ma.C. (Ed.). (2017). *Debates actuales sobre política social. Cuba en el contexto de América Latina y el Caribe*. FLACSO-Cuba, Fundación Friedrich Ebert.
- Zabala, Ma.C.; Fundora, G. (Eds.) (2018). *Desarrollo local y equidad en Cuba*. FLACSO-Cuba, Editorial Ciencias Sociales.
- Zabala, Ma.C.; Morales, E. (2005). Desigualdades sociales. Dimensión subjetiva en el escenario comunitario capitalino. En Íñiguez, L.; Pérez, O.E. (Eds.) *Heterogeneidad en la Cuba actual*. CESBH, CEDEM. pp.117-141.
- Zabala, Ma.C.; et al. (Eds.). (2015). *Retos a la equidad social en el proceso de actualización del modelo económico cubano*. Editorial Ciencias Sociales.

Voces juveniles al habla: identidad barrial, agentes mediadores y desigualdad territorial a debate¹

Yeisa B. Sarduy Herrera

*“(...) aprender a mirar lo que sucede con los jóvenes
lleva a comprender de otro modo el conjunto de la sociedad.”*

(García Canclini, 2010, p.430)

A modo de introducción

Las realidades que viven los jóvenes² en la actualidad demandan de la mirada aguzada de los científicos sociales en pos de, como afirma la investigadora mexicana Rossana Reguillo: “(...) colocar al centro de los análisis la vida cotidiana no necesariamente como tema, sino como lugar metodológico desde el cual interrogar a la realidad” (2003, p.105). La asunción de este supuesto conlleva a captar las esencias, las vivencias, los sentidos y las subjetividades juveniles, teniendo en consideración las diferencias y, al unísono, el reconocimiento de las singularidades que tipifican a este grupo poblacional.

1 El artículo comprende parte de los resultados obtenidos en la investigación realizada en el marco de la Beca CLACSO-CROP, 2015. Además, es una reelaboración del texto: *Identidad barrial juvenil, agentes mediadores y desigualdad territorial: nexos y reflexiones desde la experiencia en un escenario comunitario capitalino*.

2 El uso del masculino genérico alude a ambos sexos y no tiene implícita ninguna actitud discriminatoria ni excluyente por parte de la autora.

Precisamente, la heterogeneidad que matiza a esta población, cuya visibilidad se manifiesta mediante comportamientos, gustos, ideologías, intereses y prácticas lo sitúa como actor social que produce culturas propias y distintivas a nivel inter e intrageneracional. Ahondar en sus dinámicas de interacción y sociabilidad implica el acercamiento a prácticas cotidianas, experiencias, valoraciones y necesidades, no desde la postura crítica del investigador, sino desde el reconocimiento de la construcción de realidades comunes, sentidos y referentes simbólicos, resultante de la condición juvenil que les es propia en un mundo caracterizado por el constante incremento de las desigualdades y la pobreza; consecuencias de las diversas dinámicas económicas, culturales y políticas existentes (Rodríguez, 2011, p.3).

Un claro ejemplo se observa en los modos de habitar la ciudad —en tanto ámbito de reproducción social— que contribuye a (re)producir la desigualdad socio-urbana. La dinámica citadina se refleja no solo en lo cotidiano, sino que también tiene su impronta en las identidades de los sujetos, alcanzando especial significado en la (re)configuración de las identidades de las personas jóvenes.

En nuestro país, pese a los ingentes esfuerzos del Estado por llevar el bienestar a todos los sectores, aún no se han logrado eliminar procesos de desigualdad latentes (Espina et al., 2010) lo que indica la persistencia de brechas de equidad vinculadas a lo territorial y la articulación entre asentamientos y procesos de empobrecimiento. Así se pueden apreciar zonas al interior de la capital como el barrio Jesús María, localidad en condiciones de pobreza y desigualdad, ubicado en el municipio de la Habana Vieja, que da cuenta de las asimetrías “no solo en la esfera geográfica” sino también entre los grupos sociales en general.

Al interior de los grupos poblacionales, la juventud constituye un sector vulnerable cuando se alude a las diversas formas y expresiones de las desigualdades sociales que se manifiestan en nuestra sociedad. El contexto de los años 90 del pasado siglo en Cuba —con la crisis y la reforma— matizó determina-

dos comportamientos asumidos por un amplio segmento de la juventud, fundamentalmente, aquel que se encontraba en situación de desventaja social. En consonancia, se hicieron visibles lazos frágiles de identificación que los jóvenes entablaron con sus entornos más inmediatos (Morales, 2008), sus barrios de residencia, como espacios de socialización. En los tiempos que corren, un acercamiento al tema reviste mayor importancia, pues la centralidad que adquiere la población joven versa en la posibilidad de demostrar que aun cuando “(...) pertenezcan a un mismo país, una misma provincia, sus vidas cotidianas no transitan en todo este espacio, sino que se concentran en localidades definidas por municipios, comunidades y barrios, que actúan como resortes de identidad y diferenciación social” (Peñate y López, 2007, p.36).

Siguiendo la lógica discursiva, y en virtud de lograr una factible comprensión del artículo, se comparte con los lectores un análisis e interpretación de los principales tópicos que encauzaron la pesquisa: la configuración de los rasgos identitarios correspondientes al contexto barrial de un grupo de jóvenes residentes en el Consejo Popular Jesús María³, el rol de los agentes mediadores identificados por ellos en el proceso identitario y el nexo existente con las percepciones sobre desigualdad territorial que poseen, a consecuencia de habitar aquí. Desde una ruta conceptual y empírica se retoman los resultados del estudio de caso implementado bajo una perspectiva metodológica cualitativa que, si bien no constituyen generalidades, son de gran valía para ulteriores investigaciones.

3 Es la estructura inframunicipal constituida por los delegados de circunscripción y representantes de órganos y entidades productivas y no productivas presentes en la demarcación, que tuvo como propósito acercar a la población al proceso de gestión. Esta nueva estructura quedó finalmente respaldada en el año 2000 por la Ley 91 de los Consejos Populares, que dispone que “es un órgano del Poder Popular, local, de carácter representativo (...) apoya a la Asamblea Municipal del Poder Popular en el ejercicio de sus atribuciones y facilita el mejor conocimiento y atención de las necesidades e intereses de los pobladores en su área de acción” (Ley 91). Es válido acotar que los límites territoriales del Consejo Popular y el barrio Jesús María son los mismos, según la información proporcionada por el Grupo de Desarrollo Integral de la Capital (GDIC, 2006).

Contexto y protagonistas

El Consejo Popular Jesús María concentra una población de 30 452 habitantes, conformada por blancos, negros y mestizos (ONEI-CEPDE, 2012). El territorio está totalmente urbanizado, cuenta con 10 035 viviendas, clasificadas en: edificios múltiples, ciudadelas⁴ y viviendas individuales. En lo que se refiere al estado constructivo de las mismas, podemos citar que 502 se encuentran en buen estado (5%); 1860 están regulares (15%) y 8 028 están en malas condiciones para un (80%). De acuerdo con estos datos, se considera que el principal problema es el fondo habitacional en máximo deterioro y las condiciones de insalubridad. Igualmente, indicadores registrados demuestran la existencia de una zona que coincide con el perfil de pobreza urbana (Espina et al., 2010) identificado en el país, que permite ilustrar su complejidad socio-estructural y económica⁵.

Es válido acotar que aun cuando los estudiosos de las materias de pobreza y desigualdad social siempre insisten en el hecho cierto de que los perfiles propios de la pobreza en Cuba son considerablemente diferentes a los de América Latina y otras áreas del mundo periférico, en:

el sentido de que pobreza no se identifica en nuestra Isla con exclusión y desamparo, dada la existencia en el país de una red pública de servicios sociales universales, que garantizan acceso masivo a los bienes y servicios más importantes para la vida y la dignidad humana, no es menos cierto que ello significa que una buena parte de nuestra población se ve impedida de desarrollar una vida cotidiana familiar adecuada, lo que algunos han dado en llamar *la cotidianidad difícil* (Espina et al., 2004, p.8).

4 Las ciudadelas son viviendas colectivas con alta densidad poblacional, que en su mayoría presentan un marcado deterioro físico. Dichas viviendas se ubican en interiores, son muy pequeñas y continuas, caracterizándose por poseer una entrada común que las comunica con la calle.

5 Para profundizar en estos indicadores, consúltese: Sarduy, 2016, p.17.

Dentro de la población joven que habita en el barrio, se trabajó con un grupo de 30 personas en edades comprendidas entre los 15-29 años y una distribución igualitaria de los sexos. La delimitación de la muestra respondió a la saturación de la información y la elección de las personas jóvenes quedó sujeta al procedimiento de la *bola de nieve*. Los criterios iniciales para desatar dicho proceder fueron escogidos de manera intencional, lo cual condujo a casos diferentes para alcanzar una ruptura de los círculos homogéneos que se desprenden en cada uno. En tal sentido, se tomaron como dimensiones interrelacionadas la edad, el nivel escolar y la ocupación. En congruencia, la muestra se conformó, según el nivel escolar, por estudiantes de la enseñanza técnico-profesional (en el momento de desarrollo de la investigación cursaban sus estudios, fundamentalmente, en la Escuela de Oficios), jóvenes que culminaron o se encontraban cursando el 12º grado en la Facultad⁶, a la vez que estaban vinculados laboralmente, y estudiantes de la especialidad de Ciencias Médicas, perteneciente a la enseñanza universitaria. Esta última, la menos predominante.

Respecto a la ocupación, se contactó con trabajadores del sector estatal (educadoras de círculos infantiles, maestras de escuelas primarias, profesores de secundaria básica, técnicos en gastronomía), del sector no estatal, específicamente trabajadores por cuenta propia (expendedores en cafeterías, choferes de bicitaxis⁷, vendedores de discos compactos de música), así como con aquellos jóvenes que no estudiaban ni trabajaban, mayor prevalencia, en el período en que se efectuó la recogida de información.

6 FOC: Facultad Obrero Campesina, entidad donde las personas trabajadoras o no realizan sus estudios de manera presencial en secciones nocturnas para obtener el 9º o 12º grado.

7 Término popularmente utilizado para nombrar a un medio de transporte privado resultante de la inventiva del cubano. Se construye a partir de la modificación de una bicicleta a la cual se le agrega un par de asientos traseros y una cubierta superior hecha de lona principalmente. Asimismo, posee un claxon y un reproductor de música acompañado de bocinas. Funciona como un TAXI para el traslado a los clientes turistas y cubanos. El cobro del servicio queda sujeto a lo que el chofer considere.

Supuestos teóricos pertinentes

En coherencia con los propósitos que sustentaron el estudio, este apartado esboza sucintamente los conceptos y las nociones teóricas claves que constituyeron los principales ejes conductores.

Comprender el proceso de configuración de la identidad barrial, merece una aproximación a la categoría de barrio en tanto nivel de análisis territorial. Su surgimiento se asienta en el discurso sociológico y político como rasgo distintivo e indicador de la situación de explotación y desigualdad que se evidenciaba en la ciudad moderna (Engels, 1845; Owen, 1977). Ya en la contemporaneidad, los postulados defendidos por el antropólogo argentino Ariel Gravano (2005) para debatir en torno al barrio, resaltan lo confluente de la visión del fenómeno urbano y lo social. Su principal aporte refiere al reconocimiento de la conformación de los barrios como un resultado histórico y la convergencia de elementos como cohesión, personalidad y conciencia colectiva que permiten distinguir la vida social de este territorio y la conciencia de distintividad por parte de sus residentes.

Así, la concepción del barrio en el imaginario social de los habitantes cobra centralidad, pues nos acerca a los usos que los moradores hacen del espacio, no solo en el orden urbanístico, arquitectónico o espacial (Gravano, 2005), sino desde la dimensión social, manifestando la (re)configuración de la(s) identidad(es) de los actores sociales. Lo antes expuesto permite asumir y pensar la identidad barrial como identidad social o colectiva. Para ello, resultaron pertinentes los supuestos teóricos de Carolina de La Torre, quien entiende la identidad colectiva como:

El conjunto de procesos que permiten asumir que ese sujeto (individual o colectivo), en determinado momento y contexto, es y tiene conciencia de ser él mismo, y que esa conciencia de sí se expresa en su capacidad para diferenciarse de otros, identificarse con determinadas

categorías, desarrollar sentimientos de pertenencia, mirarse reflexivamente y establecer su continuidad a través de transformaciones y cambios (De La Torre, 2001, p.82).

A todas luces, puede apreciarse una *identidad barrial* cuando de alguna manera los habitantes de determinado territorio —en este caso la población juvenil—, logran expresarse como un nosotros y tienen conciencia de que existen toda una serie de atributos o características que los identifican como tal, comparten historias, experiencia, cultura. Además, están presentes sentimientos de pertenencia e identificación y es el lugar al que se remiten subjetivamente para la comparación con otros grupos sociales ubicados en otros territorios, y para la adquisición de normas y valores. Asimismo, los individuos tienen la posibilidad de mirarse “reflexivamente en el tiempo y establecer continuidades aún insertas en dinámicas de cambios” (Rodríguez, 2011, p.39).

Sin embargo, no debe obviarse la heterogeneidad que matiza al barrio, entendida como la distinción por sexo, edad, raza, generación y ocupación de los sujetos que lo habitan, sin que esto resulte un obstáculo para la atribución y comprensión de la identidad que tiene como referente a su territorio. Se trata de comprender la conformación identitaria desde los rasgos y matices peculiares que están condicionando vivencias que influyen en las experiencias cotidianas. En este sentido, la relación entre territorio e identidad y, por consiguiente, la interconexión entre desigualdad territorial-procesos identitarios, tal y como demuestran Di Virgilio y Perelman (2014), significa aceptar que en su conformación intervienen condiciones estructurales, pero también elementos microsociales que refieren a las experiencias cotidianas de los sujetos y las interpretaciones que ellos hacen de sus experiencias y condiciones de existencia. Se trata de reconocer la centralidad que elementos de orden objetivo, como las mediaciones (individual, grupal e institucional) junto a la dimensión subjetiva, adquieren en el establecimiento de redes sociales que pautan dinámicas, acciones y comportamientos de los individuos.

Justamente, analizar la categoría de agentes mediadores remite a una identificación con postulados presentados por el investigador latinoamericano Guillermo Orozco (1998), quien ofrece herramientas dentro del campo de estudio de las mediaciones para entender de manera más inclusiva e integral una serie de condicionantes implícitas en diversas situaciones y subprocesos como, por ejemplo, el proceso identitario. El valor de su propuesta consiste en que reorienta su mirada hacia los sentidos que adquieren las articulaciones complejas de elementos y factores de índole social en las relaciones sociales que entablan los sujetos. Con ello, la comprensión de las mediaciones abre “una nueva veta” (Orozco, 1998, p.11) a través de la cual es posible explicar lo que sucede en los intercambios sociales cotidianos. A consideración del autor, la acción social de los individuos y el contexto barrial, citando sus ejemplos, aparecen como elementos mediadores en el tejido social.

Igualmente, aportadoras resultan las premisas enfocadas en los agentes de socialización emanadas de la disciplina sociológica y cuya génesis puede encontrarse en la obra de George Simmel (1908), aunque los teóricos Berger y Luckman (1972) en su texto: *La construcción social de la realidad*, también realizaron aportes considerables al tema, al reconocer dos momentos o etapas importantes: la socialización primaria y la socialización secundaria. La significación de estas propuestas reside en la coincidencia de todos los autores de referir la permanencia del proceso de socialización durante toda la vida.

Según la lógica de Giner, Lamo de Espinosa y Torres (1998), y que en este escrito se apoya en virtud de la concepción de agentes mediadores que se asume, la socialización está estrechamente ligada al aprendizaje y a la formación de la personalidad, y a procesos inherentes a ella como son las identidades (individual o colectivas). Los agentes socializadores son los diferentes actores sociales (personas, instituciones, medios de comunicación) con los que el individuo se relaciona y de los que aprende normas de conductas y valores. Igualmente, se considera oportuno señalar que el abordaje de los

agentes mediadores engloba esta concepción, pero también reconoce a los actores, ámbitos e instancias en interinfluencia con prácticas cotidianas que (re)configuran procesos y acciones sociales que resultan de ellos, así como el sentido o valor que toman estos en determinados momentos (Linares, 2014).

De esta manera, *los agentes mediadores* se conciben como ámbitos, agentes e instancias que atraviesan la (re)configuración de los procesos sociales de manera compleja (en nuestro caso, referente a la conformación de la identidad barrial) y se nos presentan desde sus diferentes dimensiones: individual, grupal e institucional (Linares, 2014). Entendidos no como la sumatoria de todos sino como la multiplicidad de factores que simultáneamente condicionan y articulan los procesos identitarios de manera dinámica en un momento histórico dado (Orozco, 1998; De la Torre, 2015). Pueden ser abordados empíricamente desde indicadores como: la familia, el entorno barrial, el grupo de pares, el relacionamiento que se produce entre los sujetos y las instituciones (educativas, socioculturales, políticas, etcétera).

Desigualdad territorial

El estudio de la desigualdad territorial en el actual escenario mundial se torna un quehacer complejo pero necesario. Los postulados enfocados en abordar esta vertiente dentro de las investigaciones centradas en el fenómeno de las desigualdades han sido múltiples, teniendo como punto de contacto la preeminencia de la dimensión económica en sus premisas. Sin embargo, es imprescindible en su tratamiento tener en cuenta la interconexión de factores económicos, políticos y sociales como aspecto medular que expone las disparidades existentes e ilustra rasgos que marcan la disfuncionalidad del sistema social de un territorio (Di Virgilio y Perelman, 2014).

Justamente, la comprensión de esa perspectiva de la desigualdad remite a un fenómeno social producido con manifestaciones y articulaciones espaciales claras que, a su vez, se nutre de ellas. En la contemporanei-

dad, el análisis de la desigualdad territorial en América Latina trasciende la óptica de considerar solamente la localización de los sujetos sociales en un enclave fijo. Es necesario, según Jirón (2010):

Abordarla como gradientes móviles y relacionales en la ciudad. De este modo, contemplar esta doble naturaleza en la indagación de la desigualdad, supone nutrir el análisis tradicional de la segregación urbana con otro centrado en las prácticas cotidianas y sus distintas esferas y espacios de intercambio e interacción que superan las áreas residenciales fijas (p.27).

Las disímiles manifestaciones y dimensiones del proceso tienen un impacto diferencial en distintos sectores de la sociedad y áreas geográficas que producen desarrollos desiguales y procesos de fragmentación económica, cultural y social relacionados con niveles de vulnerabilidad social y pobreza (Zabala y Morales, 2004). En palabras del sociólogo Danilo Veiga (2000) se está en presencia de cómo “los procesos de fragmentación socio-económica acentúan diversas formas de segregación urbana, induciendo profundos cambios en los valores, pautas culturales y estrategias familiares, y por consiguiente en la emergencia de situaciones de vulnerabilidad y riesgo social” (p.6).

Aparejado a esto, vale mencionar que la discusión en términos de la desigualdad en cuestión, permite asumir la concepción de que las oportunidades asociadas a la localización introducen importantes diferencias entre los lugares de residencia, así como entre sus habitantes, lo cual apunta de manera crítica al proceso de estratificación.

Desde esta óptica se deriva el reconocimiento del doble papel que el territorio desempeña como “generador de espacios de oportunidades y movilidad para sus habitantes, a la vez que objeto de procesos significativamente diferentes de desarrollo por parte de los grupos que contiene” (Martín y Núñez, 2009, p.8). Igualmente, como fuente y receptor de desigualdades,

regula las oportunidades a partir de “la relación entre estratificación territorial y el acceso a las oportunidades (de trabajo, ingreso, educación, etcétera) de las personas que habitan en espacios distintos” (Íñiguez, 2004, p.10).

En coherencia con lo anterior, “las ciudades latinoamericanas se tornan escenarios que muestran a los diferentes grupos y clases sociales que interactúan entre sí, a través de relaciones que reflejan su distancia y desigualdad social” (Veiga y Rivoir, 2001, p.5), acrecentando brechas y disparidades.

En ese sentido, indicadores como las diferencias en el acceso y calidad de las viviendas, en los bienes y servicios —agua, drenajes, acceso a los espacios públicos, los equipamientos y la calidad del transporte— retratan las diversas manifestaciones de desigualdad existentes entre territorios y provocan disfuncionalidad en ellos. A criterio de Espina et al. (2010), el cual se asume, la desigualdad territorial se trata de:

La influencia de condiciones territoriales en la situación socioeconómica y en las oportunidades de acceso al bienestar de los individuos. Empíricamente, algunos indicadores concretos son: estado de la vivienda, calidad del medio ambiente, desarrollo económico y constructivo, presencia de transporte público, densidad poblacional e incidencia de la zona de residencia en la permanencia en el sistema de enseñanza y la formación profesional (...) (p.15).

Según la sistematización documental realizada sobre la temática de la desigualdad, tratada a partir de pesquisas de distintos especialistas (Íñiguez, 2004, 2014; Zabala y Morales, 2004; Rodríguez, 2011), se identificó el nexo

existente entre este proceso y el de la identidad territorial, con marcado énfasis en contextos socialmente desfavorecidos, en tanto la identidad actúa como catalizadora de la (re)configuración de culturas y subjetividades.⁸

De cara a los resultados

Rasgos de la identidad barrial: vivir en Jesús María

Una de las dimensiones apuntadas por el grupo fue el gusto por habitar en el lugar. Los entrevistados dieron cuenta de una identificación con el territorio que se sostiene en aquellas razones de su agrado. En orden descendente, ellas son: la céntrica posición geográfica que presenta el barrio, lo cual les permite el traslado hacia cualquier punto de la ciudad. En segundo lugar, alegaron la antigüedad en el barrio, idea que guarda relación con el sentirse seguros, como resultado de conocerse entre vecinos dado el tiempo de convivencia. Ello constituye el motivo fundamental para no querer vivir en otro lugar, a la vez que representa una ventaja y contribuye al fortalecimiento de la integración en la dinámica barrial. Así, prevalece la articulación de las mediaciones familiares y de amistades como lazos de apoyo, seguridad y apego hacia el territorio de residencia.

Seguidamente, indicaron las tradiciones histórico-culturales. Si bien los jóvenes tienen conocimiento de algunos elementos de la historia (fundamentalmente de las viviendas situadas en el territorio, pertenecientes a figuras de la cultura y la historia cubana), enfatizan principalmente en las

⁸ Las identidades territoriales en virtud de este tema, se asumió que “son formas peculiares y concretas de expresión de la identidad cultural (entendida en sentido amplio) de un grupo humano asentado en un territorio específico. Se trata de un proceso multidimensional y cambiante, capaz de englobar a los diferentes grupos que componen la estructura social, los rasgos particulares de socialización y las transformaciones que han tenido lugar en distintos momentos históricos, que han dado lugar a una cultura más o menos homogénea en cuanto a costumbres, tradiciones, valores, normas de vida, lenguaje, símbolos y cultura material, desarrollados a lo largo de una historia común” (Domínguez et al., 2009, p.13). Dicho enunciado se revela como fundamental pues comprende dimensiones de análisis que permiten reconocer la identidad barrial como una de las formas en que puede desdoblarse la identidad territorial.

prácticas religiosas de origen africano como elemento distintivo del barrio desde antaño, lo cual constituye una fuerte referencia identitaria hasta el día de hoy. El grupo considera que el simbolismo y las costumbres propias del lugar se han mantenido a través de generaciones, e imprime una tradición en las familias asentadas sin importar el color de la piel.

Llama la atención el consenso existente en asociar la historia barrial con el decurso del modo de vida de sus habitantes, ya que resaltan los comportamientos que en ocasiones suelen relacionar con los problemas característicos del lugar. “La mala fama” que ostenta Jesús María debido a los males que lo tipifica, crea en el imaginario social de los sujetos en estudio significados que resultan indisociables de una memoria oral transmitida a través de las generaciones, pero también asociada a las vivencias diarias (Gravano, 2005; De la Torre, 2001, 2015). En ello se da un claro ejemplo de cómo se ha ido configurando un habitus, al decir de Pierre Bourdieu, como “historia incorporada, hecha naturaleza (...)” (Bourdieu, 1982, p.35).

El grupo de jóvenes creció en ese entorno barrial, término que en la jerga popular y juvenil reconocen como “el ambiente” y, a su juicio, constituye un signo de identificación y distinción del barrio respecto a otros territorios del propio municipio de la Habana Vieja y de la capital en general. Sin embargo, en los testimonios se pudo percibir que los discursos transitan entre un sentido de pertenencia y orgullo, pero, al mismo tiempo, de inconformidad y descontento que tiende, en ocasiones, a subvalorar el espacio barrio. La comprensión de esta ambivalencia responde a las experiencias vividas dentro y fuera del espacio residencial, dando cuenta de cómo el lugar de procedencia ha penetrado sus relaciones interpersonales.

Frente a la interrogante ¿qué sientes cuando te identifican como miembro de Jesús María? las respuestas denotaron apego y conformidad, actitud que se vincula a realzar aspectos positivos del barrio: las costumbres y tradiciones. Asimismo, dejaron entrever que el reconocimiento de su pro-

cedencia barrial, en algunos casos, es sinónimo de malestar como resultado de los juicios de valor e incluso, rechazo que reciben de personas allegadas (familiares y compañeros de estudios), moradores de otros territorios de la ciudad. Las experiencias de rechazo vividas se circunscriben, de manera general, a intercambios en el ámbito escolar y de recreación, dejando una significativa secuela en sus vínculos con esas personas. Igualmente, expresan un alto sentido de inconformidad, pues consideran que el rechazo y la discriminación no debieran ocurrir.

Haciendo un análisis de los testimonios, se constató que bajo el lente de otras personas estos jóvenes tienden a ser etiquetados de una forma u otra como consecuencia de la generalización de la población respecto a los rasgos reales y tradicionales que tipifican al barrio, evidenciando un proceso histórico de estigmatización del lugar en su conjunto que se sustenta en asociar al territorio y a todos sus habitantes con la carencia, no solo material, sino también de valores. En el imaginario social, Jesús María aparece como un “barrio de delincuentes”. Se divisa entonces que no se tiene en cuenta la diversidad que caracteriza al territorio y a las personas que habitan allí.

Además, aquellos jóvenes insertados en los ámbitos estudiantil y laboral declararon procurar distanciarse de la imagen estigmatizada del barrio justamente a través de estos vínculos. Lo esencial es marcar la diferencia respecto a los rasgos negativos que históricamente han identificado a Jesús María. En consonancia, hubo un reconocimiento del rol importante de la familia, en tanto valora de manera significativa el sistema educativo y laboral como vía de superación y realización.

Otro de los rasgos que exponen los contenidos de la identidad barrial es el sentido de diferenciación (otredad) y el sentido de identificación (mismidad) (De la Torre, 2015) con los otros grupos; en este caso, con los jóvenes que residen en otros territorios. Respecto a la otredad, se evidenció un proceso de marcada diferenciación con relación a los jóvenes de Playa

y Plaza de la Revolución (conocido popularmente como el Vedado), que viene dada por un reconocimiento de superioridad de los jóvenes de estos territorios capitalinos sobre ellos. Los argumentos que sustentan dicho planteamiento fueron: las favorables condiciones económicas que los residentes de estos lugares ostentan, cuestión enfatizada en investigaciones anteriores (Sarduy, 2014); así como el diferente estado constructivo de los inmuebles y la tranquilidad que caracteriza a esas zonas.

También reconocieron diferencias con otros barrios a lo interno del propio municipio de la Habana Vieja, principalmente aquellos que integran el Centro Histórico, zona turística del municipio. La diferencia radica en la atención y distribución de recursos económicos para las acciones de reparación constructiva que en ellos se acomete, lo cual deviene en indicador de desigualdad. Sobre este aspecto se volverá en el próximo apartado, pues resultó un elemento crucial en sus percepciones.

Referido al sentido de mismidad, se apreció un proceso de identificación y reconocimiento con barrios de otros municipios capitalinos como Pogolotti y aquellos colindantes como Los Sitios, Belén, San Leopoldo y Cayo Hueso. Los criterios recogidos remiten a una semejanza centrada —básicamente— en la dinámica de los espacios (comportamientos y conductas de sus habitantes). No obstante, manifestaron que Jesús María descuella por proyectar, de manera más aguda, las problemáticas sociales ya explicitadas. Pese al reconocimiento de aspectos negativos, podemos afirmar que en la muestra existe una identidad barrial que se expresa ante las diferentes interrogantes formuladas acerca del barrio, pues encabezan sus respuestas frases como: *Es mi barrio (...), me gusta mi barrio (...), ¡mi barrio es único!, Nosotros los de Jesús María;* resultado de la existencia de experiencias y vivencias personales, o las interrelaciones significativas que aluden a un sentido de pertenencia (De la Torre, 2015).

Agentes mediadores

En el análisis de las informaciones recabadas se encontró que median la configuración de la identidad barrial los siguientes agentes:

En primer lugar, el grupo de iguales (entiéndase, amistades del barrio afines en su crianza) como aquel que pauta, guía y marca el proceso de sociabilidad en ese contexto. Aquí se ahondó en lo que los jóvenes hacen cuando se reúnen con sus amigos, prevaleciendo ideas como: encontrarse para conversar, jugar dominó, caminar el barrio y *pasar el tiempo*. Comunicarse y compartir entre ellos muestra un alto grado de lazo afectivo que manifiesta cuán importante es mantenerse ligado a las personas que conocen desde la infancia. Tener amigos es uno de los principales elementos que develan una identificación con el lugar de residencia. Además, muestra el valor que gana el grupo en esta etapa de la vida.

En segundo lugar, se encuentra el entorno barrial. El mismo se presenta como mediación a analizar en dos sentidos, pues si bien deviene en elemento de atracción debido al intercambio con sus coetáneos y personas cercanas, así como el estilo de vida que se comparte signado por el constante movimiento de personas al interior de Jesús María; al mismo tiempo remite a insatisfacciones que posee el grupo como resultado de problemáticas que ellos plantean respecto a la vida en el barrio y que constituyen aspectos medulares en sus percepciones sobre la desigualdad territorial. Tales problemas son: las riñas, los escándalos y las indisciplinas sociales, acompañadas de un deterioro y mal estado constructivo de las viviendas.

La familia emerge como otro agente mediador dado el importante rol que desempeña en la educación de infantes, adolescentes y jóvenes en la transmisión de valores, normas y conductas. Para el grupo entrevistado constituye una cuestión relevante que sus familiares sean oriundos del lugar o posean una notable antigüedad residencial, puesto que consideran que en

la función educativa les comparten e inculcan nociones histórico-culturales sobre el barrio, y a lo interno del ámbito familiar, la práctica religiosa (esencialmente la yoruba o santería) se torna primordial, a la vez que conforma un elemento característico del contexto barrial. Se reconoce la influencia familiar en su formación, en la medida que afianza el sentido de apego con el lugar, a partir del rescate de las tradiciones y el reforzamiento del valor de la solidaridad entre los habitantes. La antigüedad en Jesús María es asumida con orgullo y afirmada en términos identitarios.

La situación socioeconómica se comporta como elemento mediador a considerar. Si bien en los discursos no lo definieron como tal, en las opiniones de los entrevistados queda implícita la centralidad de la cuestión económica como factor que desencadena los comportamientos manifiestos por la juventud al interior del barrio. En este sentido, es válido acotar que dicho factor fue también señalado en investigaciones empíricas precedentes, centradas en indagar sobre los problemas sentidos por la juventud en su vida diaria (Domínguez et al., 2009; Peñate y López, 2007).

En el estudio este aspecto refleja los diferentes mecanismos y redes de interacción que crean o a las que recurren la mayoría de los jóvenes del barrio como vía de solvencia económica. Para una parte de la muestra, esencialmente los vinculados al estudio y/o el trabajo (sea en el sector estatal o cuentapropista), se evidenció un descontento y fuertes críticas en este punto, ya que refirieron la existencia de variadas actividades ilícitas en el espacio barrial. Declararon que estos procederest restan importancia a la instrucción y al trabajo como vías para elevar las condiciones de vida material, apelando a otras alternativas y estrategias dotadas de un carácter informal, denominada *lucha*, que enaltecen prácticas que son reprochables y que tienden a sobrevalorarse respecto a las primeras como otra forma de “ascenso al consumo” (Rodríguez, 2011, p.136).

Al conversar con jóvenes desvinculados del estudio y el trabajo se apreció que se sienten bien en esta condición, pese a estar sometidos a las críticas del resto de sus coetáneos. Ellos consideran que no haber continuado su superación (todos abandonaron sus estudios culminado el 9º grado) y el empleo de otras vías como medio de ingreso económico les ha abierto las puertas para “hacer dinero rápidamente”, dada la necesidad de sustento económico que precisa la familia, a la par del deseo de ostentar una situación económica favorable en los lugares que frecuentan fuera del barrio. El querer brindar, a través de una buena solvencia económica, una imagen distinta al estigma que matiza al lugar de residencia, puede entenderse como una búsqueda de aceptación y reconocimiento social en las relaciones entabladas con personas que no residen en este entorno, en virtud de superar la imagen de personas con carencias materiales y económicas, que desde la mirada externa se construye en el imaginario social.

Concerniente al nivel institucional, se percibió que la escuela no se menciona como agente mediador, lo cual condujo a interrogantes como: ¿constituye este silencio una noción relevante? ¿Indica una desarticulación interinstitucional entre la escuela y el resto de las entidades emplazadas en el territorio? Las respuestas resultan obvias, pero son un llamado de atención para el quehacer de educadores y decisores locales. Se trata de la búsqueda de alternativas para concretar el accionar conjunto, pues a decir de los entrevistados, y tomando en consideración los recuerdos que compartieron, nunca fueron convocados a participar en actividades organizadas por la escuela —refiriéndose solo a la enseñanza primaria— en coordinación con otras entidades del barrio.

Esto refleja una preocupación inminente y enfoca el análisis hacia la urgencia de resaltar que la educación primaria constituye el eslabón fundamental donde se crean las premisas para que el trabajo en los grados superiores pueda desenvolverse con éxito, donde se despierta el interés de los niños por saber, donde se forja la ciudadanía, se engendra el patriotismo, el amor y se inculca y/o

fomenta la identidad nacional y barrial. Si esta institución no cumple dicho propósito, queda ausente del imaginario de infantes y jóvenes y evidencia una fractura que, como se aprecia, incide en la identificación y el relacionamiento de los jóvenes, y hasta de los infantes, con las instituciones educativas. Por consiguiente, están y continuarán mediando la configuración de sus rasgos identitarios.

El proceso de construcción de identidades individuales y colectivas —como esta que nos ocupa— tiene lugar en la actividad y la comunicación con la familia, la escuela, la comunidad y otros actores sociales, donde los estudiantes internalizan y se apropian de herramientas culturales, de representaciones compartidas, de significados. La investigación llevada a cabo por el Instituto Central de Ciencias Pedagógicas (ICCP) en este Consejo Popular con el proyecto: *Los chicos del barrio* así lo confirma y como explicita Castillo et al. (2011):

(...) debemos subrayar que este proceso de construcción de la identidad no es unidireccional. A partir de un enfoque histórico cultural en esa interacción y comunicación con los otros y con el ambiente natural y material desarrollan formas creativas de relacionarse (p.54).

La Casa de la Cultura figuró como agente que en un momento determinado influyó en la formación de valores en los jóvenes y ofreció actividades para ellos, pero actualmente su objeto social no cumple con las expectativas de este segmento poblacional. En congruencia, hubo consenso en torno a la falta de instituciones y espacios recreativos para esta población, lo que demuestra que el escenario barrio no satisface plenamente las necesidades de la juventud. Se evidencia un reconocimiento y apropiación de la calle como principal espacio de sociabilidad.

A tono con lo anterior, si bien el Taller de Transformación Integral del Barrio (TTIB) es contemplado en el Planeamiento Estratégico Comunitario y reconocido por los dirigentes del Consejo Popular (CP) como una de las

fortalezas del territorio, en los jóvenes de la muestra hay desconocimiento sobre esta institución y, por ende, de su función social. No lo identifican como mediador referente de la identidad barrial, causa que se explica por el distanciamiento que existe entre la misión social del mismo y los intereses de la juventud de la zona. Como resultado, se aprecian carencias y límites por parte del entramado institucional que constriñe la identificación de los jóvenes con las instituciones locales —particularmente con el TTIB, aunque la Casa de la Cultura no queda exenta— elemento clave que demuestra que la identificación con el barrio viene dada, primordialmente, por el decurso de las vivencias y experiencias compartidas, más que por el quehacer de las instituciones socioculturales para con ellos.

Lo anterior pone de relieve una invisibilidad permanente del enfoque de juventud para concretar programas y acciones sociales destinados a este segmento poblacional por parte de las entidades del barrio ya mencionadas. Si bien es importante la actuación de ambas entidades con grupos como infantes y adultos de la tercera edad, las personas jóvenes merecen y precisan de atención, tema relevante cuando se indaga en la configuración de la identidad barrial, puesto que pone sobre la mesa el nulo vínculo entre ellos y las instituciones comunitarias. Esto evidencia la urgencia inmediata de diseñar e implementar líneas de acción específicas, enfocadas a satisfacer sus demandas y expectativas (Sarduy, 2016).

Tras el sentir del grupo: percepciones juveniles sobre la desigualdad entre territorios

Los cambios vertiginosos que están teniendo lugar a partir del proceso de *actualización del modelo económico y social*⁹ propuesto por la dirección política del país tienen una impronta notable en los territorios. En el caso de la capital, el escenario y los efectos de las medidas implementadas dan cuenta de un ensanchamiento de la heterogeneidad territorial que irradia desiguales beneficios para los individuos según municipios y barrios determinados dentro de ellos; lo cual confirma lo que apunta la disquisición de la investigadora María del Carmen Zabala (2013): “los efectos de estas inequidades se hacen palpables en diversas áreas como el acceso a vivienda y hábitat confortable, las condiciones del entorno comunitario, así como en cuanto a empleo, ingresos y consumo” (p.132). En este sentido, el impacto de la actual situación socioeconómica no deja de ser significativo y prevalece en las percepciones que los jóvenes construyen de la desigualdad entre territorios.

La desigualdad percibida tiene que ver, en primer lugar, con los problemas sentidos por las personas jóvenes, lo cual se entrelaza con las dificultades significativas del barrio. En todos los casos, apuntaron hacia un vacío de actuación por parte de los dirigentes locales, causa fundamental que consideran frena la solución o el aminoramiento de las agudas situaciones, ubicándolos en una posición desventajosa respecto a otros barrios del municipio y de la ciudad. Se evidencia por parte del grupo un cuestionamiento sobre el quehacer de los decisores y, además, pone de relieve la incomunicación existente entre estos y el sector juvenil ante las demandas y necesidades de la población joven.

En consonancia, llama la atención la autopercepción que demuestran estas personas de no considerarse parte del municipio Habana Vieja —territorio al cual pertenecen por la división político-administrativa— poniendo

9 Puede decirse que las bases y contenido se encuentran en la agenda para las transformaciones estratégicas del país: *Los Lineamientos de la Política Económica y Social*. Constituye la plataforma desde la cual se están desplegando los cambios estructurales para los próximos años. El mismo fue sometido a una consulta popular y aprobado en el VI Congreso del Partido Comunista de Cuba (PCC) en abril de 2011.

de relieve la desarticulación y el mal funcionamiento de las instancias de gobierno municipales y provinciales respecto al barrio, lo cual trae consigo descontento en la población; al tiempo que evidencia una “centralización de las decisiones y recursos” (Torres, 2012, p.68).

La falta de apoyo y desatención por parte de esas instancias es la cara pública de la imposibilidad de solución, a la vez que refleja una carencia de autonomía por parte del gobierno del territorio para dar respuestas e instrumentar acciones ante la precaria situación que identifica a la zona en estudio.

Las distancias y desigualdades sentidas inciden en el desarrollo de las experiencias de los grupos poblacionales, al proyectar significativos contrastes no solo en las dimensiones relativas a las condiciones de vida, sino también en la consecución (o no) de estrategias que hablan de una (in) existente capacidad de gestión y desarrollo de acciones destinadas a la(s) población(es) según en los territorios que habiten.

La inexistencia de espacios recreativos y deportivos es una de las privaciones fundamentales que experimentan en el barrio, lo que dificulta el buen aprovechamiento del tiempo libre de la población joven y comportándose como otra cuestión crucial. Al respecto, la mayor parte de los entrevistados afirma que esta carencia es causa principal de la prevalencia de un considerable número de *población joven flotante*. Coherentemente, hubo consenso en plantear fuertes críticas a la representación gubernamental de base, debido a la ineficiente capacidad de gestión para solucionar las demandas del segmento juvenil, enfatizando, además, en el divorcio entre el discurso proclamado y las prácticas de los dirigentes. Esto nos alerta de la importancia que tiene la acción institucional formal en la construcción de las percepciones de desigualdad y la urgente necesidad de diseñar e implementar acciones destinadas a esta población.

La carencia de los mencionados espacios figuró como factor de marcada disparidad entre el barrio y otras zonas de la capital: Vedado, Miramar y el Centro Histórico de La Habana Vieja donde se encuentran centros recreativos, heladerías, cines, teatros, áreas deportivas y museos como lugares atractivos para el disfrute. Ello les obliga a trasladarse para su distracción, siendo frecuentados dichos territorios sistemáticamente por una parte de los jóvenes, resultando vital cómo a través de este elemento las personas en estudio exponen, consensuadamente, una valoración positiva de estas zonas capitalinas, convirtiéndolas en referentes de lo que significa vivir en un buen lugar. El territorio se presenta entonces como generador de espacios de oportunidades (Di Virgilio y Perelman, 2014; Íñiguez, 2014) y esta desigualdad de oportunidades, sea cual fuere, impacta en las experiencias cotidianas de— los individuos (Zabala, 2013).

En nuestros días, según criterio de la investigadora María del Carmen Zabala, la

desigualdad e inequidad entre territorios refleja otra arista de los complejos matices de la realidad social cubana, resultante de un proceso que comprende los impactos de la crisis de los años noventa y sus secuelas, de la implementación de estrategias de salida de la crisis, de las posteriores políticas de recuperación y de las políticas de reformas en curso (Zabala, 2013).

La desigualdad de oportunidades se conecta con la mediación económica, elemento primordial tanto en la conformación de los rasgos identitarios —debido a los comportamientos y conductas que asume parte de la muestra entrevistada— como en la construcción de las percepciones. No todos los miembros pueden acceder a los centros recreativos emplazados en los lugares mencionados por no tener los recursos económicos para ello. Se

hace referencia a centros recreativos cuyo importe de entrada es en CUC¹⁰ y que por lo general, son los de mayor preferencia por la juventud capitalina (Domínguez et al., 2011; Morales, 2008) lo cual restringe, en ocasiones, el entretenimiento y esparcimiento que el grupo desea.

En tal sentido, la diferenciación contenida en la configuración de la identidad está atravesada por el fenómeno de la desigualdad en su dimensión económica vinculada estrechamente a lo territorial. Como resultado tienden a ubicar en una condición de superioridad al otro, en este caso, a los jóvenes residentes de las zonas: Playa y el Vedado en cuanto a su poder adquisitivo. “La incidencia diferenciada de los aspectos económicos resulta simbólicamente diferente, según el territorio que sirva de marco” (Morales, 2008, p.25). De ahí que la actitud asumida por varias personas del grupo haya sido la de reconocer a estos escenarios y a sus residentes como exponentes de un modo de vida mejor que alude a la interrelación entre la (des) favorable solvencia económica y la procedencia barrial.

Es válido señalar que la cuestión racial no emergió como elemento de desigualdad en ningún momento por parte del grupo, a pesar de que investigaciones cubanas hayan encontrado a este factor como parte de la dinámica de sistemas de desigualdad y pobreza del país (Espina et al., 2010; Rodríguez, 2011; Núñez et al., 2011).

En coherencia con todo lo expuesto, este grupo de jóvenes percibe la desigualdad territorial como sinónimo de desatención de las instancias gubernamentales, desequilibrios, diferencias, dificultades, así como disparidades de acceso y disfrute de determinados recursos por parte de los mora-

10 En la sociedad cubana, desde inicios de la década de los noventa del siglo XX hasta el 1ro de enero de 2021, coexistieron dos monedas: el CUC (peso cubano convertible) y el CUP (esta última denominada popularmente “pesos cubanos”). La doble circulación de monedas (su aparición y/o legalización) impuso una dinámica y patrones de comportamiento a los ingresos de la población, erigiéndose la tasa de cambio (1CUC = 25 CUP) como elemento de gran importancia en el establecimiento de desigualdades. Actualmente, debido al proceso de reordenamiento monetario iniciado en el año 2021, se encuentra vigente el CUP como única moneda nacional.

dores del barrio. Esto corrobora la incidencia de las desiguales condiciones de partida que lastran y ubican a Jesús María en una situación desventajosa en el ámbito capitalino (Sarduy, 2016).

Las percepciones antes descritas forman parte de la dimensión subjetiva implícita en la conformación de la identidad barrial de los jóvenes. Se pone de relieve una postura crítica asumida frente a las problemáticas que les atañe, así como en la concepción de sus vivencias cotidianas, otorgándoles sentido a la interacción social donde los agentes mediadores-socializadores desempeñan un rol primordial.

Reflexiones finales

La aproximación realizada no tuvo la pretensión de ser absoluta en los resultados, pues las informaciones obtenidas dejan entreabierto el análisis para futuros derroteros investigativos que requieren la reflexiva mirada de los científicos sociales. Entender el objeto de estudio exigió el distanciamiento de aquellas “determinaciones fijas y dicotómicas” (Espina, 2010, p.58) para pensar este nexo como matrices de relaciones articuladas que pone sobre el papel no solo la urgencia de transformar el medio social, sino también los elementos y acciones que lo integran en pos de un mejor desarrollo social.

Las respuestas identitarias estuvieron marcadamente mediadas por el contexto histórico-social concreto donde se estructuran sus percepciones y prácticas. Esto resulta significativo, puesto que alude a las condiciones del entorno que dibujan problemáticas y necesidades que delinear y resultan de la desigualdad territorial imperante. El proceso desigual, vivido y testimoniado por los jóvenes respecto al barrio habitado, impacta la dimensión subjetiva y refuerza la constante otredad, presente en el sentido de diferenciación típico de la identidad (De la Torre, 2015), tornándose así esencia del proceso identitario que se conforma desde la conjunción de las valoraciones críticas sobre el entorno, y el sentido de pertenencia e identificación explícitos.

La relación entre las percepciones sobre la desigualdad territorial y la configuración de la identidad barrial es notable, debido a que tales percepciones constituyen aspectos subjetivos (no únicos) que, en constante imbricación con agentes mediadores, dan cuenta de las representaciones y experiencias para con *los otros*. A la vez que ponen al descubierto la amplia visión de las relaciones sociales que arrojan tanto los momentos de sociabilidad aproximativa o de identificación, como interacciones de distanciamiento, diferencias y exclusión.

Se puede plantear entonces, la existencia de un continuo proceso relacional entre la configuración de la identidad barrial y las percepciones sobre desigualdad territorial, donde prevalecen elementos mediadores que modulan, y al unísono, constituyen importantes agentes catalizadores y de expresión de las percepciones sobre la desigualdad entre territorios. En este sentido, la falta de accionar por parte de las entidades no solo evidencia la ausencia de mediaciones institucionales, sino que descuella como cuestión crucial y de fuertes críticas puesto que consolida la desventaja del territorio Jesús María, en tanto barrio desprovisto de opciones destinadas al segmento juvenil, lo que demanda de manera urgente la realización de proyectos e implementación de políticas que realcen el enfoque de juventud, no desde disposiciones impuestas, sino a partir de la identificación de los intereses y necesidades de este grupo poblacional (Sarduy, 2016). Urge pues, propiciar el diálogo entre esta población y los actores institucionales comunitarios con el objetivo de diseñar —de manera conjunta— estrategias que den respuesta a las inquietudes e insatisfacciones que poseen los jóvenes.

Referencias bibliográficas

Berger, P. y Luckman, T. (1972). *La construcción social de la realidad*. Editorial Amorrortu.

Bourdieu, P. (1982). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Taurus.

Castillo, S. et al. (2011). *Los chicos del barrio*. Instituto Central de Ciencias Pedagógicas.

De la Torre, C. (2015). Entrevista a especialista realizada por Yeisa Sarduy Herrera en Territorio y desigualdad: acercamiento al caso de Jesús María desde la perspectiva de los elementos mediadores en la configuración de la identidad barrial juvenil. Programa de Estudios sobre la Pobreza y las Desigualdades, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO- CROP).

De la Torre, C. (2001). *Las identidades. Una mirada desde la psicología*. CIDCC “Juan Marinello”.

Di Virgilio, Ma. y Perelman, M. (2014). *Ciudades Latinoamericanas: Desigualdad, segregación y tolerancia*. CLACSO.

Domínguez, Ma. I. et al. (2009). *Identidad generacional de la juventud capitalina e influencias socializadoras*. (informe de investigación). CIPS.

Domínguez, Ma. I. et al. (2011). Universo de sentidos e identidades locales en las juventudes habaneras. *Cuadernos del CIPS 2011: experiencias de investigación social en Cuba*. Publicaciones Acuario/ UNICEF.

Engels, F. (1845). *El Anti- Daring, introducción a todas las ciencias y a toda la doctrina marxista*. Ediciones Fuente Cultural.

Espina, M. et al. (2010). *Desigualdad, equidad y política social. Integración de estudios recientes en Cuba*. CIPS.

Espina, M. et al. (2004). *Heterogenización y desigualdades en la ciudad. Diagnóstico y perspectivas*. (resultado de investigación). CIPS.

García, N. (2010). *La sociedad sin relato: antropología y estética de la inminencia*. Katz Editores.

Giner, S., Lamo de Espinosa y Torres, C. (1998). *Diccionario de Sociología*. Alianza.

- Gravano, A. (2005). *El barrio en la teoría social*. Espacio Editorial.
- Grupo para el Desarrollo Integral de la Capital (GDIC). (2006). *Jesús María: un barrio de cultura y tradición*.
- Íñiguez, L. (2014). ¿De quiénes son los territorios? *Miradas a la Economía cubana desde una perspectiva territorial*. Editorial Caminos. pp.43-56.
- Íñiguez, L. (2004). Desigualdades espaciales en Cuba: entre herencias y emergencias. *Heterogeneidad social en la Cuba actual*. Centro de Estudios de Salud y Bienestar Humano/ Centro de Estudios Demográficos. (pp.31-54)
- Jirón, P. et al. (2010). Exclusión y desigualdad espacial: retrato desde la movilidad cotidiana. *Revista INVI* 25, (68), Universidad de Chile. www.revistainvi.uchile.cl/index.php/INVI/article/view
- Linares, C. (2014). *Cuba: participación ciudadana en la cultura. Algunas claves para su estudio*. (informe de investigación). ICIC Juan Marinello.
- Martín, L. y Núñez, L. (2009). Papel del territorio y el hábitat en la movilidad social. El caso de Cuba. (ponencia). *Taller Social Mobility and Equity: Theory and Methodology II*.
- Morales, E. (2008). Marginación y exclusión social. El caso de los jóvenes en el Consejo Popular Colón de la ciudad de La Habana. *Procesos de urbanización de la pobreza y nuevas formas de exclusión social*. Siglo del Hombre/ Colección CLACSO- CROP. pp.84-99.
- Núñez, N. et al. (2011). *Las relaciones raciales en Cuba*. Fundación Fernando Ortiz.
- Oficina Nacional de Estadística e Información (ONEI)-(CEPDE). (2012). *Censo de Población y Vivienda*. ONEI.
- Orozco, G. (1998). *De las mediaciones a los medios. Contribuciones de la obra de Martín-Barbero al estudio de los medios y sus procesos de recepción*. Siglo del Hombre.
- Owen, R. (1977). Teoría del Paralelogramo de la Armonía. *Ciudad y utopía*. Centro Editor de América Latina.
- PCC. (2011). *Lineamientos de la Política Económica y Social del Partido y la Revolución*. VI Congreso del Partido Comunista de Cuba.
- Peñate, A.I. y López, D. (2007). *Territorio e identidad juvenil en Ciudad de La Habana*. (informe de investigación). CESJ.
- Reguillo, R. (2003). Las culturas juveniles: un campo de estudio; breve agenda para la discusión. *Revista Brasileira de Educação*. 23, (105). pp. 103-119.
- Rodríguez, M. (2011). *Estudio de la identidad barrial de los pobladores del barrio de Buenavista*. (tesis de maestría), Universidad de La Habana.
- Rodríguez, P. (2011). *Los marginales de las Alturas del Mirador. Un estudio de caso*. Fundación Fernando Ortiz.
- Sarduy, Y. (2016). Territorio y desigualdad: acercamiento al caso de Jesús María desde la perspectiva de los elementos mediadores en la configuración de la identidad barrial juvenil. (beca). *Estudios sobre la Pobreza y las Desigualdades*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, CROP.
- Sarduy, Y. (2014). *Prácticas de consumo en el vestir e integración social en el ámbito universitario. Un estudio de caso con estudiantes de segundo año de la Facultad de Economía de La Universidad de La Habana*. (informe de investigación). ICIC Juan Marinello.
- Torres, A. (2012). La participación local para la alternativa. Espacio comunitario y estrategias de enfrentamiento a la pobreza en un estudio de caso cubano. *Transformaciones en las políticas de lucha contra la pobreza. Diseños del Norte y alternativas del Sur*. CLACSO. pp.64- 80.
- Veiga, D. y Rivoir, A.L. (2001). *Desigualdades sociales y segregación en Montevideo*. Facultad de Ciencias Sociales/Universidad de la República.

Veiga, D. (2000). Notas para una agenda de investigación sobre procesos emergentes en la sociedad urbana. *Repensando la experiencia urbana de América Latina: cuestiones, conceptos y valores*. CLACSO.

Zabala, Ma. C. y Morales, E. (2004). Desigualdades sociales: dimensión subjetiva en el escenario comunitario capitalino. *Heterogeneidad social en la Cuba actual*. Centro de Estudios de Salud y Bienestar Humano. pp.117-140.

Zabala, Ma. C. (2013). Retos de la equidad social en el actual proceso de cambios económicos. *Miradas a la Economía cubana. Entre la eficiencia económica y la equidad social*. Editorial Caminos. pp.32- 49.

Identidad, resiliencia y adolescentes transgresores. Un estudio entre la exclusión social y el proyecto Escaramujo

Ana Hernández Martín

Juliette Ortiz Gómez

Introducción

Desde las ciencias sociales y dentro del marco de las transgresiones de la ley, el tema de la adolescencia se ha trabajado, tanto en Cuba como en otras latitudes, a partir de diferentes enfoques y problemáticas asociadas. Sin embargo, cuando se profundiza en las categorías desde las cuales ha sido estudiada, en muchos casos se evidencia una disminución o ausencia de una postura que permita colocar al adolescente en interacción con su realidad, como sujeto activo, crítico, creador y/o transformador. En este sentido, el fenómeno se torna más complejo cuando su vida cotidiana está marcada por situaciones de marginalidad o exclusión social, o de manera más particular, por su participación en hechos que la ley tipifica como delitos.

En el país, —aun cuando no exista de manera directa una relación entre transgresiones de la ley y situaciones de exclusión social—, es importante destacar que en los últimos años ha aumentado, de manera considerable, el índice de infracciones cometidas y/o protagonizadas por adolescentes, quienes, en muchos casos, conviven en este tipo de entornos. Aspecto este que limita las posibilidades de que puedan resignificar sus problemáticas, lo que disminuye sus oportunidades reales de reinserción social.

A partir de esta panorámica, el presente artículo ofrece el resultado de un trabajo de cuatro años que se realiza con la facultad de Psicología de la Universidad de La Habana, como parte del proyecto Escaramujo¹. En este proceso se ha tenido como propósito develar las posibilidades de transformación que se visualizan en estos adolescentes, en términos de capacidades resilientes e identidad, a partir de un diseño metodológico y una concepción de proceso general, que no centra su foco de atención en factores de riesgo ni en la conducta transgresora, como contenido esencial.

Esta propuesta implica a la exclusión social como plataforma de análisis para el abordaje de esta población, al tener en cuenta las oportunidades que ofrece de tomar en consideración otros elementos del contexto en relación con las particularidades psicológicas de los sujetos, las que limitan sus oportunidades para insertarse en la sociedad. En este sentido, no solo se visibiliza a esta población como victimaria, sino como víctima de un contexto y un condicionamiento histórico social que favorece la expresión de comportamientos transgresores de la ley.

1 Proyecto educomunicativo interdisciplinar organizado desde distintos centros universitarios en cuatro provincias del país: La Habana (Universidad de La Habana y Universidad de Ciencias Pedagógicas Enrique José Varona), Camagüey (Universidad de Camagüey), Holguín (Universidad de Ciencias Médicas) y Santiago de Cuba (Universidad de Oriente). Su objetivo general es contribuir al desarrollo psicosocial de niñas, niños y adolescentes en Cuba, fundamentalmente en aquellos que viven en condiciones de vulnerabilidad social, a partir de una práctica educomunicativa interdisciplinar concebida desde las concepciones y metodologías de la Educación Popular. Incide en escuelas de enseñanza secundaria y en Escuelas de Formación Integral (EFI). Pertenece a la Red de Educadoras y Educadores Populares, a la Plataforma Latinoamericana y Caribeña del Universo Audiovisual de la Niñez y la Adolescencia (UNIAL) y a la Plataforma de Articulación Juvenil del Centro Oscar Arnulfo Romero (OAR). Ha trabajado en estrecho vínculo con el Centro Memorial Martin Luther King y el Centro de Intercambio y Referencia de Iniciativa Comunitaria (CIERIC). Además, ha trabajado de forma articulada con la Dirección de Menores del Ministerio del Interior (MININT), La Colmenita, el Proyecto Nuestra América, A+ espacios adolescentes, Payasas terapéuticas y Redes de esperanza. En 2018 el proyecto se incorporó al Programa Nacional de Educación del Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente (CITMA) y en 2019 recibió el Premio de la Universidad de La Habana por la Investigación Científica y Tecnológica y la Innovación al Resultado de mayor aporte a la Educación.

Por otra parte, cuando se revisan los estudios en estas temáticas se encuentra que la adolescencia, desde esta perspectiva, no solo ha sido insuficientemente trabajada, ya sea porque la mirada ha estado centrada en otros procesos y/u otras posturas epistemológicas; sino que, además, se han invisibilizado sus particularidades para ser tratadas tanto desde la infancia como desde la juventud.

De este modo, nuestros esfuerzos van dirigidos a la posibilidad de contribuir, —desde la definición de elementos teórico-metodológicos derivados de esta propuesta—, al perfeccionamiento de las estrategias educativas de las Escuelas de Formación Integral (EFI) que trabajan con estos adolescentes, en su necesidad de reinserción social.

Es importante resaltar que los datos que se expresan responden al trabajo llevado a cabo con 60 adolescentes de la Escuela de Formación Integral de La Habana, entre los años 2015 y 2018. El diseño de los talleres se realizó desde una metodología cualitativa, con una diversidad de métodos interactivos y humanistas que favorecieron la creciente implicación de los participantes y el análisis, tanto en el proceso como en el resultado, atendiendo a la comprensión de múltiples realidades.

Esta concepción de trabajo implicó, por tanto, a la Investigación-Acción-Participativa (IAP), en su doble función: educativa y transformadora. Su implementación pretendió, en primer lugar, acortar distancias entre el proceso y la devolución de resultados para la toma de decisiones, además, incluir a los sujetos como parte de la investigación en todas sus fases y etapas; aspectos estos coherentes con los principios metodológicos de la Educación Popular.

Algunas conceptualizaciones teóricas que fundamentan el trabajo realizado

- **Identidad**

Una categoría relevante en nuestro estudio ha sido la identidad. Tener conciencia de quién soy, a dónde pertenezco y cómo me ven los otros, permite actualizar constantemente aquellas situaciones o características que pueden ser modificadas, para alcanzar, cada vez más, niveles mayores de inclusión social.

Estos elementos adquieren un valor más significativo si se trabajan en la adolescencia, puesto que la identidad, como proceso psicológico, representa una de las formaciones de mayor relevancia en esta etapa, destacándose como un característico punto de análisis. Pero, ¿cómo se construye la identidad desde estas posiciones de desventaja? En este sentido, se hace necesario acotar algunas cuestiones acerca de nuestra comprensión de este proceso.

El tema de la identidad es fundamental en la psicología social contemporánea, pues constituye una posibilidad privilegiada para analizar cómo los procesos sociales determinan y conforman los fenómenos psicológicos. La noción psicosocial de la identidad reconoce la importancia fundamental que tiene el contexto en la creación de nuestras identidades. Asume que la persona no es una autónoma social, sino que el individuo interpreta la situación social, tiene capacidad de elección entre diversas alternativas y genera proyectos que, en ocasiones, contradicen o alteran las pautas socio-culturales aprendidas e imperantes.

En función de lo que la experta Carolina de la Torre denomina identidades humanas —de las personas y de los grupos—, reajusta su concepto de identidad y refiere que:

Cuando se habla de un sujeto individual y colectivo hacemos referencia a procesos que nos permiten asumir que ese sujeto, en determinado momento y contexto, es y tiene conciencia de ser el mismo y que esa conciencia de sí se expresa (con mayor o menor elaboración o awareness) en su capacidad para diferenciarse de otros, identificarse con determinadas categorías, desarrollar sentimientos de pertenencia, mirarse reflexivamente y establecer narrativamente su continuidad a través de transformaciones y cambios (De la Torre, 2001, p. 82).

De este concepto se desprende que, al referirnos a la identidad personal se sostiene la igualdad consigo mismo, pero se marca la diferencia con los demás. Si se trata de una identidad colectiva, aunque también se atiende la diferencia con otros significativos, el énfasis está en la similitud entre los que comparten el mismo espacio sociopsicológico de pertenencia. Sin embargo, la primera no deja de ser condición necesaria de la segunda y se consideran como identidades socialmente constituidas y absolutamente enlazadas (De la Torre, 2001, 2008).

- **Resiliencia**

La resiliencia es un concepto prácticamente nuevo en psicología. Puede decirse que constituye lo opuesto a los enfoques tradicionales de riesgo, los que han estado enfocados en la enfermedad y en las características que posibilitan el daño biológico o social. De este modo, se centra en factores de la adaptación humana que promueven el sano desarrollo del individuo, en la promoción de las capacidades y potencialidades de las personas (Ortiz, 2017).

Por tanto, al hablar de resiliencia se hace referencia a la importancia que tiene el estudio de aquellos factores —tanto del contexto como del propio individuo—, que les posibilitan a los sujetos un ajuste satisfactorio a circunstancias, situaciones y ambientes hostiles.

A partir de la experiencia en investigación, se llega a definirla como el resultado de la combinación y/o interacción entre los atributos del individuo (internos) y su ambiente familiar, social y cultural (externos), que lo posibilitan para superar el riesgo y la adversidad de forma constructiva. Esto es dinámico en el sentido de que las influencias del ambiente y del individuo interactúan en una relación recíproca que permiten al niño y adolescente una construcción sana de su desarrollo y de un ajuste social positivo al entorno (González, 2007; como se citó en González, Valdez, Oudhof y González, 2009).

Se puede hablar de resiliencia siempre que una persona haya estado inmersa en una situación estresante, en circunstancias desfavorables, de las cuales haya salido fortalecida y con un ajuste psicológico satisfactorio, mediante la utilización de sus propios recursos y/o de los que le proporciona el ambiente donde se desenvuelve (Ortiz, 2017).

Por otra parte, se debe hablar de individuos con disposiciones o tendencias para la resiliencia. En este sentido, podría decirse que, al ser una tendencia y no una ley, una persona puede ser resiliente ante una situación y ante otras no. Es decir, para que estas disposiciones se expresen en un individuo, ha de existir una interrelación entre lo social y lo psicológico en término de recursos y en función de la situación en la que se encuentre la persona.

En este sentido, se entiende la resiliencia como el enfrentamiento exitoso a la adversidad, en un contexto de amenazas significativas y situaciones de alto riesgo para el desarrollo del individuo, saliendo fortalecido incluso, de tales circunstancias mediante la interacción de sus características individuales con las del entorno donde se desenvuelve (Ortiz, 2016, p.37).

- **Exclusión social y adolescencia**

Desde la literatura, se reconoce la interrelación de un conjunto de factores de riesgo que pueden conducir a determinadas situaciones de exclusión, tales como: ingresos insuficientes, carencia de vivienda, ruptura de los lazos sociales y familiares, ausencia de participación política y escasa representatividad, privación de libertad u otras circunstancias de discriminación social. No obstante, a pesar del énfasis en los factores estructurales, no se puede dejar a un lado la influencia de aquellas características individuales relacionadas con la subjetividad, a partir de las cuales se atribuyen sentidos a estos propios contenidos que se manifiestan desde lo estructural.

Sin embargo, la incidencia de estos factores estructurales es tal que la exclusión es relativamente irreversible, al menos en un corto plazo, debido a la incapacidad de las personas afectadas para salir de tal situación por sus propios medios. Esto revela la importancia de focalizar este fenómeno como una problemática a trabajar, pues la mayor parte de las estrategias de reeducación invisibilizan el impacto de este tipo de pertenencia y relocaliza la mirada hacia los comportamientos (hechos que la ley tipifica como delitos) y no al entramado de relaciones que los produce, dejando en un segundo plano la oportunidad de reinsertarlos objetivamente en espacios de participación y derechos ciudadanos.

Cuando la persona que se encuentra en contextos sociales de desventaja como los referidos anteriormente es un adolescente, se evidencia una tendencia a maximizarse en sus expresiones más negativas, pues deben tenerse en cuenta, además, las características propias de la etapa del desarrollo psicológico por la que transita. Esto trae consecuencias desfavorables para este grupo, tanto desde el punto de vista psicológico como social, sobre todo en lo referido a sus relaciones interpersonales al encontrarse en medios

sociales vulnerables, donde son marginados y excluidos de sus actividades y necesidades más básicas y donde existe un deterioro material y espiritual (Bel, 2002; Camejo, 2015).

Sin embargo, mediante la acción conjunta de diversos agentes de socialización se puede intentar disminuir las desventajas existentes y facilitar procesos de inclusión social, donde el empoderamiento de las personas afectadas y el compromiso de los agentes e instituciones implicados en el proceso de cambio, desempeñan un papel fundamental (Batista, 2014; Bel, 2002; Jiménez, 2008; Roch, 2012).

Principales hallazgos

Los contenidos que aquí se presentan constituyen un primer acercamiento al tema en el trabajo con una población comisora de hechos que la ley tipifica como delitos. Por tanto, los datos que se comparten no pretenden posicionarse como generalizaciones, sino como particularidades que se encuentran en sujetos con estas características y que pueden constituir alternativas a tener en cuenta en acciones de prevención, dirigidas a sujetos en condiciones similares.

- **Identidad**

Con relación a la identidad, el propósito fue caracterizar dicho proceso en este grupo de adolescentes, a partir de considerar las condiciones de la situación de exclusión, la percepción que tienen de tal situación y de los propios contenidos de la identidad.

La población estudiada se caracteriza por un predominio de adolescentes varones, con color de la *piel mestiza*, negra y blanca (en ese orden), con un rango de edad de 14-15 años, de *municipios periféricos* de la ciudad (Centro

Habana, San Miguel del Padrón, Habana Vieja, Cerro, entre otros) y con relación al tipo de conductas por el cual son atendidos institucionalmente, predominan aquellas que son clasificadas como *conducta*², *hurto* y *robo con fuerza*.

El color de la piel, el sexo y el lugar de residencia constituyen espacios simbólicos y sociales que refuerzan estereotipos propios de grupos transgresores. Los contenidos mencionados marcan elementos significativos que configuran atributos identitarios asociados a la transgresión de las normas sociales y legales propias del contexto, no solo legitimándose en la autoimagen grupal o individual sino, además, en la manera en que los otros les asignan a estos grupos determinadas cualidades identitarias.

A través de los elementos rescatados de las historias de vida de los sujetos estudiados, se encontraron características de los factores, tanto individuales como del contexto, que inciden en la formación de su identidad y reflejan una situación de vulnerabilidad y exclusión social. En los *factores individuales* resaltan las carencias afectivas y espirituales y/o la sobreestimación de las carencias materiales en contradicción con las posibilidades reales de satisfacción de las mismas; el escaso conocimiento de sus potencialidades y recursos personológicos para sobreponerse a situaciones adversas; y la necesidad de ocupar o mantener un lugar y de ser aceptados por los grupos informales que promueven la comisión de actividades delictivas.

Dentro de los *factores del contexto* se aprecian la pertenencia a barrios, familias y grupos informales con presencia de indicadores de desajuste social, tales como el consumo y tráfico de drogas, consumo de sustancias

2 Se entiende por conducta, aquellos comportamientos que tienen un marcado deterioro social que no solo rompen con las normas sociales legitimadas en un contexto determinado, sino que, por demás, impactan de manera negativa en otros (sujetos individuales, grupales o patrimoniales) o en los propios adolescentes, sin que llegue a convertirse en un hecho tipificado como delito, según el código penal cubano. Entre ellas se encuentran: fugas de la casa durante días o hasta altas horas de la noche, deambular en horarios nocturnos, conductas sexuales desorganizadas (vinculadas a prácticas sexuales con otros a cambio de recibir recompensa), conductas violentas en espacios públicos, mendicidad, consumo de sustancias tóxicas, entre otras.

tóxicas, tenencia y uso de armas blancas y de fuego en los barrios; violencia en las relaciones interpersonales; métodos educativos predominantemente negligentes, permisivos e inconsistentes por parte de la familia; límites difusos en las relaciones familiares y escolares; uso inadecuado de la autoridad para ejercer el poder sobre los adolescentes, tanto en la familia como en la escuela, así como presiones de carácter subjetivo provenientes de los grupos de iguales que pueden incidir en la comisión de hechos delictivos.

Como se plantea en la literatura, la relación que se establece entre los adolescentes y los miembros de su comunidad, ejerce una notable influencia en su desarrollo, lo cual ha propiciado que lleguen a aceptar, como si fueran propios, modelos de comportamiento y prácticas cotidianas como las mencionadas con anterioridad, que son legitimadas desde la comunidad misma.

Ningún ambiente va a estar aislado de la situación socio-histórica que experimenta una sociedad concreta, encontrándose en correspondencia con los valores consolidados por ella. En este caso, aunque no son los valores que se han pretendido consolidar durante estos últimos años de Revolución, ciertamente estas realidades constituyen también una cara de nuestra sociedad, que cada día se hace menos oculta y afecta a diferentes sectores sociales.

Por tanto, la presencia de grupos que parecen atrapados en una posición de desventaja y la naturalización de acciones ilegales como una estrategia alternativa de vida, no queda aislada del sistema social en el que se desarrollan. Se coincide con los planteamientos de Sánchez y Tapia (2013) y de Morales (2011), esta realidad se enmarca en las complejas relaciones que se establecen entre lo macro, micro-social e individual, que finalmente se interiorizan en la subjetividad de los propios sujetos. Estas circunstancias han conducido a los adolescentes a una ruptura con las condiciones de exigencia social que se le presentan y con los adultos que se lo demandan.

En este caso, los adolescentes estudiados no solo llegan a reconocer el delito como un fenómeno naturalizado, sino que, al vivenciarlo como parte de su realidad, lo comienzan a internalizar y a expresarlo, en algunos casos, como parte de las valoraciones que ofrecen sobre sí mismos y sobre sus aspiraciones futuras, lo cual no deja de estar igualmente mediatizado por la etapa de vida por la cual transcurren. Estas ideas se pueden constatar en expresiones como: *me gusta arrebatarle la cartera a los yumas³ y todo eso; quiero hacer negocios, vender droga, andar con armas de fuego*. Sus intereses, por tanto, van a estar marcados por los escenarios y las prácticas cotidianas que históricamente forman parte de su realidad. Han comenzado a construir una imagen con la cual se identifican, que responde a las propias características de los grupos y contextos de pertenencia.

Sin embargo, es válido mencionar que las relaciones entre las condiciones de desventaja social y la configuración de una identidad delictiva no es una relación de causalidad simple y directa, pues tal como se manifiesta en Dionne y Zambrano (2009), muchas personas que han vivido en condiciones similares, no asumen como prácticas cotidianas este tipo de comportamientos.

No obstante, el barrio constituye un medio inmediato de influencia, donde los adolescentes pasan la mayor parte del tiempo en la *calle*. La *calle*, entonces, resulta un núcleo de experiencia que predomina como organizadora de vínculos, a través de los cuales se va consolidando el desarrollo de la identidad.

Por su parte, las *percepciones de los adolescentes sobre su situación de exclusión social* están mediatizadas por su estado de internamiento en la EFI. Las causas que le atribuyen a su situación de exclusión están centradas esencialmente en criterios externos a su conducta, los cuales están dados —en lo fundamental— por la presión grupal y denotan un bajo nivel de criticidad, colocándose más en posición de víctimas que de responsables de sus decisiones. Dentro de las situaciones vivenciadas que testifican la diferen-

3 Término utilizado popularmente en Cuba para hacer referencia a los extranjeros.

ciación, la estigmatización y la discriminación se encuentran el control permanente de sus horarios de vida, el trato violento de algunos profesores, así como la atención diferenciada entre muchachas y muchachos.

Desde este análisis, se valida la presencia real de una situación de exclusión social, reforzada en la actualidad por una condición de internamiento en una Escuela de Formación Integral, lo cual supone un reto parcial en comparación con los análisis tradicionales que se desprenden de la exclusión social, marcados, sobre todo, por su expresión en contextos comunitarios. La EFI, como escenario de exclusión, tiene sus propias particularidades. Ante todo, es necesario valorar que su permanencia en la institución supone un estado transitorio, en función de la evolución del adolescente y el tiempo establecido.

Para estos adolescentes, las razones por las cuales se encuentran internos están vinculadas a la influencia del grupo en la regulación de su comportamiento, siendo esta una característica de la etapa, lo cual se evidencia en testimonios como: *no me podía quedar dao, nos guiamos por otras personas; por guapería y querer tener fama*. Manifiestan, además, una percepción de autoexclusión al compararse con presos o delincuentes por el hecho de estar en la EFI y asocian esta condición con la peor vida posible, por ejemplo: *nosotros estamos aquí y no podemos salir; la peor vida es estar aquí adentro*.

Para este grupo, su permanencia en la institución supone un aislamiento social que impide mantener un lazo afectivo con la familia y los amigos más cercanos, lo cual produce un deterioro de los vínculos relacionales como parte de este distanciamiento. Como respuesta a este fenómeno, puede aparecer una baja autoestima, imágenes distorsionadas de su persona consecuentes con su situación actual o incluso, comienzan a incluir en sus propias valoraciones, particularidades que refuerzan su posición de exclusión. En este caso, se describen a sí mismos resaltando estas características

y categorías de análisis, que destacan las causas por las cuales se encuentran internos. Estos contenidos van a tener un marcado peso en el desarrollo de la identidad y la autoimagen que se configura.

La dinámica particular de la EFI favorece la percepción de exclusión que tienen de sí. Los vínculos interpersonales están marcados por relaciones autoritarias, con métodos educativos impositivos, lo cual afecta la relación maestro-estudiante y puede contribuir a la existencia de un clima psicológico tenso. Estas relaciones están marcadas por procesos de etiquetamiento que se manifiestan en juicios, rituales cotidianos de la institución, así como premios y castigos otorgados por los profesores, que refuerzan la identidad del grupo.

Muchas veces estas situaciones pueden generar un mecanismo de exclusión que se acentúa desde el vínculo con los reeducadores y oficiales que los atienden. Si bien estos no resultan figuras sustitutas socialmente adaptadas y con competencias técnicas para favorecer en los adolescentes la satisfacción de las necesidades del desarrollo, pudieran actuar en dirección de confirmar una identidad psicosocial negativa, marcada por una identidad delictiva.

Con relación a los *contenidos propios de la identidad* que se expresan en el grupo de adolescentes transgresores de la ley, sería significativo resaltar que se trata de una identidad en un importante período de formación, lo cual supone la variabilidad constante de los fenómenos que en esta etapa se producen como tendencia en el desarrollo.

De manera general, los adolescentes son capaces de expresar un conocimiento sobre su grupo de pertenencia (en este caso adolescentes transgresores de la ley), que les permite autodefinirse y categorizarse como pertenecientes a él (autoimagen). Las causas que subyacen en las razones de pertenencia al grupo, en la mayoría de los casos se relacionan a un modo de supervivencia. Para esta población transgredir la ley no supone solo un acto de incumplir las normas, sino un modo de integración, reconocimien-

to y obtención de recursos. Por tanto, estas representaciones que reflejan un desarrollo de su identidad delictiva están mediadas —mayormente— por la actual condición de internamiento, siendo este uno de los criterios esenciales de inclusión al grupo por sus miembros.

Dentro de los principales atributos que caracterizan esta autopercepción se encuentran características de la personalidad o rasgos del carácter que tipifican poblaciones vulnerables, etiquetadas, como son: *brutos, presos, pillos, antisociales, intranquilos, desobedientes, transgresores, conductuales, trasnochadores, que roban*⁴, *delincuentes, agresivos, inmaduros, fracasados*. También aparecen otras clasificaciones como: *divertidos, bailadores, amables, cariñosos, valientes, que pueden rectificar, buenos, educados y solidarios*.

Como se aprecia, resaltan como más típicos aquellos que constituyen un acumulado de fracasos vivenciados en las diferentes esferas de su vida cotidiana (*social- comportamental, escolar, familiar, interpersonal*). De manera que las particularidades que aquí emergen, son también resultado de la interacción que se produce entre sus narrativas biográficas y relacionales, que dan como producto una autoimagen que enfatiza más en un desarrollo de conductas antisociales, favorecida por su pertenencia a un medio social desventajoso, en la medida en que disponen de menos y más limitados recursos protectores frente a los factores de riesgo a los que son expuestos cotidianamente (la calle como escenario de supervivencia, la violencia como estilo de relación prevaleciente en los ámbitos de socialización, así como las carencias materiales y afectivas que los hacen sentirse fracasados de manera general).

4 Es importante señalar que en este caso se perciben desde esta característica y no como ladrones, por ejemplo, aspecto este que puede estar asociado a las implicaciones simbólicas y excluyentes que puede tener este adjetivo, además, que cuando refieren que roban, casi siempre está asociado a la satisfacción de necesidades materiales o como respuesta a la influencia grupal, pero no como algo que forma parte de sus descripciones personológicas de manera más estable.

Al respecto mencionan: *Somos malas personas, delincuentes y nunca vamos a cambiar porque así nacimos y así nos morimos*. Sin lugar a dudas, estos contenidos configuran procesos autovalorativos que generan inseguridad y bajos niveles de confianza, que impactan en la identidad de este grupo y dificultan una reinserción social efectiva.

Con relación a las valoraciones positivas, estas se hallan más relacionadas con sentimientos o actividades que son propias de la edad, como producto de los cambios fisiológicos y psicológicos que comienzan a percibir en esta etapa de la vida. Irrumpe, también, una idealización en cuanto a determinados valores o prácticas comportamentales referidos más a lo que se espera que a lo que en realidad ocurre, pues si bien se reconocen como *buenos sentimientos o educados*, cuando se explora en sus interacciones —en diversos escenarios como familia o escuela—, se evidencian relaciones muy bien estructuradas, que se definen por límites poco claros, por ser irrespetuosas y que pueden dañar a otros, como puede ser el caso de los padres, maestros o residentes en el barrio.

Por otra parte, el grupo se reconoce como diferente a otros adolescentes que también pueden haber cometido conductas transgresoras por el hecho de estar internos en la EFI, lo cual los hace menos inteligentes y, al mismo tiempo, muestran que se identifican con valores negativos y con otros grupos que comparten dichos valores: *Tú no eres inteligente, porque si tú fueras inteligente no hubieras hecho lo que tú hiciste*.

En algunos casos, las características que expresaron que los identificaba como grupo, no los hacía distantes de otros adolescentes que no han transgredido la ley, aunque ser adolescentes es también una categoría que generaliza al grupo. Desde esta mirada, reconocieron entre sus gustos: *cantar, oír música, recrearse*, practicar deportes. Sin embargo, el grupo fue descubriendo los elementos que les permiten identificarse como parte de él y diferenciarse de los otros. Ello pone de manifiesto un discurso en el

que incluye el *nosotros*, lo cual se destaca en expresiones como: *Si nosotros estamos aquí, es por hacer lo que no teníamos que hacer en la calle; aquí todo el mundo está por algo.*

En la diferenciación con otros grupos sociales, los adolescentes estudiados se perciben diferentes a otros que se caracterizan por poseer cualidades morales positivas socialmente reconocidas, tales como: *correctas, trabajadoras, tranquilas*; y se describen a sí mismos como *intranquilos, desobedientes, pandilleros, trasnochadores*. En este sentido, puede apreciarse que la autoevaluación como grupo está marcada por actividades e interacciones que reflejan, en su esencia, una ruptura con las normas y valores sociales, que no dejan de estar aislados de sus prácticas cotidianas y de sus pertenencias a contextos marcados por la desventaja y la vulnerabilidad social, aspectos estos que inciden en la conformación de su identidad.

En correspondencia con esta idea, se colocaron en el nivel más bajo de la escalera de la vida, tras percibir su estancia en la EFI como la peor vida posible. Desde esta condición fueron capaces de diferenciarse de otros grupos (estudiantes, universitarios, deportistas, trabajadores estatales de alto reconocimiento social, dirigentes, otros adolescentes que no están controlados por el MININT). Se identifican con los presos y se ubicaron en el mismo escalón social que aquellos grupos socialmente más vulnerables, como los alcohólicos, los drogadictos, los fumadores; ante lo cual se puede destacar que en varios momentos los adolescentes también se han reconocido desde las características que identifican a estos grupos. Estas representaciones manifiestan la connotación negativa que puede llegar a tener para ellos su estancia en la EFI.

Llama la atención que conformaron la escalera de la vida en función de criterios tanto económicos como de reconocimiento social, donde se evidencian cómo las condiciones económicas y materiales, así como los niveles de prestigio de algunas profesiones, mediatizan sus creencias sobre lo que

es la mejor o peor vida. Sin embargo, se colocan a sí mismos a partir de su estado de privación de libertad, lo cual nos habla de cómo esta posición actual condiciona socialmente el desarrollo de su identidad y los costos subjetivos que de ellos se derivan, que puede generarles baja autoestima, sentimientos de inferioridad y frustración.

En la mayoría de las técnicas que suponen algún tipo de identificación, utilizan las figuras de los artistas para expresar sentimientos de admiración o referencia, lo cual puede estar hablando de necesidades insatisfechas, tanto de tipo económicas como de reconocimiento social. Desde esta idea se hace válido señalar que nos encontramos inmersos en una sociedad que se acerca a los marcos del consumismo y la relevancia de la imagen externa; situación que sin duda influye también en la población adolescente.

Dado que buena parte del autoconcepto del individuo se desarrolla por medio de la pertenencia a diferentes grupos, es coherente que los adolescentes quieran pertenecer a grupos socialmente valorados con un alto beneficio económico o material. A partir de los resultados negativos que les genera su comparación social con otros grupos, se produce como generalidad, al menos desde el discurso, el deseo de redefinir su pertenencia categorial pasándose a uno de estatus superior, lo cual implica una ruptura con el actual. Esto podría conllevar a una movilidad social, de ser trabajado intencionadamente por las instituciones encargadas de su protección y atención. En este caso, este mecanismo de cambio se expresa a través de sus aspiraciones futuras, principalmente por el deseo de lograr un vínculo laboral y convertirse en profesionales.

El grupo refiere un conjunto de acciones necesarias a partir de las cuales podrían lograr dicha movilidad social: *estudiar, cumpliendo las metas; luchar por ello; trabajar duro; cumplir con lo que está establecido; mucho sacrificio; mucha responsabilidad*; a la vez que visualizan como mayor impedimento para alcanzar este propósito, estar en la EFI: *Prime-*

ramente, salir de aquí, eso es claro. Sin embargo, es posible distinguir que algunas de esas acciones pueden corresponder a frases clichés y responder solo a los comportamientos que, desde lo social, reconocen como correctos y como aquello que es diferente a lo que cotidianamente hacen.

- **Resiliencia y adolescentes en situación de exclusión social**

Con relación a esta categoría, el estudio se enfocó en la caracterización de los factores contribuyentes a la expresión de la capacidad de resiliencia en estos adolescentes. De este modo, se identificaron factores tanto a nivel individual como del contexto, que favorecen la expresión de dicha capacidad. En cuanto a los *factores individuales*, aun cuando los miembros de este grupo tienden a presentar una autovaloración desestructurada y dificultades en la autoestima, durante el desarrollo de las sesiones y en diferentes momentos, expresaron reflexiones acerca de sí mismos, variadas, coherentes, que evidencian autoconfianza, con elaboración personal; disposición a cooperar y apoyarse mutuamente, así como relaciones interpersonales favorables entre ellos. Revelan, además, aspiraciones futuras y recapitan sobre sus comportamientos.

Lo anterior habla de sus potencialidades, las que están centradas en lo que es importante para el adolescente en esta etapa. En determinados momentos del debate, fueron capaces de expresar características negativas de sí mismos, las que están condicionadas por su situación de exclusión social y por los hechos delictivos que han cometido. Estas cualidades negativas que consideran que poseen, pueden ser resultado de la influencia de la sociedad en su entorno más inmediato, o de los grupos sociales con los que se relacionan. Aunque también pueden responder a un autoconocimiento, aunque el contenido no esté en sus potencialidades y refleje un autoconocimiento limitado, pues para estos adolescentes, por ejemplo, es inteligente otro adolescente que comete los mismos hechos delictivos, pero con la diferencia de que se encuentran fuera de la EFI. Entonces, de forma latente, existen en

ellos potencialidades para trabajar la expresión de sus capacidades resilientes, pero se deben resignificar en cuanto a su contenido, pues se evidencia una distorsión relacionada con su significado moral, según los principios y los valores de nuestra sociedad.

Es curioso el hecho de que la mayor parte del grupo refiera que no le gusta estar inmerso en circunstancias que impliquen violencia, por ejemplo, discutir, que los maltraten o humillen, fajarse, el abuso. No obstante, algunos de estos sujetos practican estos comportamientos. Esto muestra que, probablemente, tengan la necesidad de contar con recursos para la solución de conflictos de una manera diferente; pero se evidencia como expectativa, no como realidad. Este es un factor que pudiera contribuir a la expresión de la capacidad de resiliencia si se trabajara intencionadamente para entrenarlos en la solución de conflictos y que la escuela, en su propósito de contribuir a la reinserción social, prestara atención diferenciada a estos aspectos. Esta resulta entonces un área en la que se puede apostar, especialmente por la labor que se realiza con este grupo social en la institución escolar y en los distintos proyectos educativos que participan en este proceso educativo.

Por otra parte, fueron capaces de reconocer que presentan determinadas problemáticas, asociadas con dificultades en sus relaciones interpersonales, sobre todo en los marcos de la institución y con su situación de internamiento. Entre las causas que responden más a lo que constituye para ellos su problema central —estar internos en la EFI—, se encuentran, en primer lugar, aquellas que tienen que ver con la influencia de criterios externos que regulan su comportamiento (*por embullo por dejarme guiar, hemos hecho malas cosas, nos guiamos por otras personas y queremos complacer a los demás antes que a nosotros*), característica típica de la etapa de la adolescencia por la que transitan. También encontramos aquellos que se relacionan con criterios internos que regulan sus propias conductas (*no oír consejos, no hacer caso*).

Esto muestra, como características que son propias de la edad se exageran o se hiperbolizan de tal manera, que los conduce a cometer hechos que los ponen en situación de mayor vulnerabilidad, por querer tener fama o reconocimiento social, por la presión de otras personas o por embullo. Sin embargo, el grupo es capaz de reconocer esta situación, lo que refleja su autocrítica y su autoconocimiento, factores favorecedores de la expresión de la capacidad de resiliencia.

En cuanto a habilidades comunicativas mostradas en las dinámicas grupales, encontramos que supieron defender las opiniones y expresar emociones, sin rigidez ni imposición de criterios y con cortesía y amabilidad, a través de la emisión de sus puntos de vista, ideas y sentimientos acerca de los temas debatidos y sobre sí mismos.

Todas las circunstancias anteriores permitieron que las relaciones con los coetáneos fueran favorables, quizás igualmente influenciado por el hecho de que en la institución escolar la violencia entre estudiantes constituye una indisciplina grave. También aprendieron a trabajar en equipo, a consensuar criterios y a establecer diálogos que conllevaron a la realización exitosa de las actividades propuestas por el equipo de coordinación, como, por ejemplo, los dibujos colectivos, las dramatizaciones, redactar la historia que constituiría el producto comunicativo final, así como las filmaciones. Esto evidencia que cuentan con recursos psicológicos que pueden estimular la capacidad de resiliencia, y sobre los cuales la institución escolar puede intencionar la labor que desempeña.

Por otra parte, también encontramos *factores del contexto* que inciden positivamente en la expresión de la capacidad de resiliencia en el grupo de adolescentes estudiados. Específicamente hacemos alusión a la institución educativa (EFI) y al proyecto Escaramujo.

En lo referido a la contribución de la EFI en el desarrollo de capacidades resilientes se puede mencionar que, aun cuando en la escuela existen espacios y actividades que pretenden la satisfacción de las necesidades de los adolescentes y su formación integral, en pos de facilitar su reinserción en la sociedad, ellos no lo vivencian como tal. Esto puede ser debido a que no existe una conexión dialógica entre lo que realiza la institución y las necesidades reales de sus estudiantes. En este sentido, se manifiesta la presencia de buenas acciones e intenciones; pero no son construidas conjuntamente con los protagonistas a quienes van destinadas. Por tanto, eso podría conducir a que no las asuman como suyas.

Las circunstancias anteriores subrayan de manera desfavorable su situación de exclusión y desventaja social, si se tiene en cuenta que no solo están en un contexto de castigo, “privados de su libertad”, participación ciudadana y de su vínculo con otros agentes de socialización; sino que, además, tienen una limitada participación en el contexto más inmediato donde se encuentran. Por lo que se evidencia que igualmente son excluidos en ese sentido.

No obstante, aun cuando todo esto acontezca, en la EFI se intenciona y se promueve el desarrollo de espacios que pretenden contribuir a la reinserción social de los adolescentes, en aras de que logren sobreponerse a las situaciones adversas de los contextos a los cuales regresarán, una vez hayan egresado del centro.

De este modo, desde el propio Reglamento Disciplinario está contemplada la protección de sus derechos, el cuidado de la salud y la atención médica, la alimentación, los horarios de vida; momentos de recreación, deportivos, culturales. También están los talleres de oficio, de artes manuales y la participación y vínculo en diferentes proyectos como La Colmenita, Bahía de La Habana y Escaramujo. Así, la escuela pretende contribuir a la preparación integral de estos adolescentes e incidir en una favorable reinserción social. Así, vemos la existencia de un marco jurídico que pretende proteger sus derechos y que puede resultar factor protector de sus características resilientes.

Por otra parte, en la EFI se lleva a cabo una estrategia de intervención en el tratamiento de los internos, que toma en cuenta las potencialidades que pudieran poseer, aun cuando las mismas no se centran en recursos psicológicos. No obstante, existe el respaldo oficial como política de trabajo. Quizás, lo que habría que hacer sería no solo conformarse, incidir y potenciar lo más visible, sino actuar también en los procesos intersubjetivos y las capacidades psicológicas y personológicas con que puedan contar.

Asimismo, la institución puede contribuir a la transformación de las prácticas sociales de este grupo y, por tanto, a la expresión de capacidades resilientes, ya que los adolescentes la perciben como una red de apoyo formal que permite la consecución, construcción o resignificación de los contenidos de sus aspiraciones —aunque no lo hacen de forma consciente—, y a la satisfacción de necesidades afectivas y cuidados que muchas veces no encuentran en el hogar; y que, tal vez, se conviertan en factores protectores de características resilientes. En este sentido, quizás algunos instructores, oficiales, maestros, representan para estos adolescentes, aquella persona con la que logren establecer una relación cálida y cercana.

Referido al proyecto Escaramujo, con el desarrollo de los talleres se pretendió potenciar, por medio de la reflexión crítica, el diálogo, el trabajo en equipo, la construcción colectiva y la participación, determinados aspectos facilitadores de conductas resilientes, como las habilidades comunicativas, el control y expresión de las emociones, el adecuado manejo de las relaciones interpersonales, las aspiraciones futuras, la autoconfianza y la confianza en el otro. Escaramujo se convirtió en un espacio para la ventilación de emociones. Se trabajó la integración grupal, la reflexión en torno a sus experiencias de vida, a sus problemáticas, a cómo son, a las cualidades que poseen, como manera de influir positivamente en los procesos de autocrítica, autoconocimiento y autoestima. Con lo anterior se intentó contribuir a la transformación de sus prácticas sociales y concepciones, en

aras de potenciar determinados recursos individuales y aportar elementos favorecedores para su adaptación a circunstancias adversas, presentes en los contextos en donde se desenvuelven.

De este modo, en los marcos del Proyecto, no solo se develó la existencia de potencialidades en este grupo en particular, sino que se trabajó en los talleres de manera tal que las mismas se desarrollaran. Por ejemplo, *la creatividad*, mediante la realización de dibujos, dramatizaciones, elaboración de historias; *el desarrollo de capacidades expresivas individuales y colectivas* por medio no solo de las actividades anteriores, sino también de la ventilación de emociones, la búsqueda de consenso de criterios en tareas de índole grupal o en pequeños subgrupos, entre otras.

A través de Escaramujo pudieron *revivir sus experiencias de vida, y reconstruirlas de forma colectiva*, pues las mismas fueron objeto de análisis y reflexión por parte de ellos. Estas actividades se llevaron a cabo en aras de satisfacer algunas de sus necesidades, sobre todo las recreativas y de esparcimiento, y las afectivas. En todo momento se tomaron en cuenta sus opiniones, preferencias, puntos de vista, etc., a la hora de diseñar —o rediseñar— los talleres, hecho que probablemente hayan percibido como que realmente tenían una participación y eran protagonistas del proceso. Esto contribuye, no solo a estimular la expresión de capacidades resilientes en el grupo, sino también a no remarcar la situación de exclusión social en la que se encuentran, al menos en los límites del Proyecto.

A modo de cierre

Afortunadamente, Escaramujo todavía tiene mucho que hacer en términos de su encargo social. Sin embargo, los resultados de cada uno de los talleres que desarrolla en las Escuelas de Formación Integral a lo largo del país y el trabajo en particular que realiza en La Habana, comienzan a visibilizar acciones concretas y metodologías de trabajo que, sustentadas en una concepción política-pedagógica y emancipadora como la Educación Popular develan, en un corto período de tiempo, el desarrollo de recursos personológicos favorecedores de la resignificación que estos adolescentes pueden hacer de su entorno, con el propósito de tributar a su reinserción social.

En este sentido, consideramos necesario atender a los procesos intersubjetivos que subyacen en el comportamiento de los adolescentes que, por su condición de internamiento, se encuentran en situación de exclusión social. Esto implica incidir en la transformación de características que, aunque se están comenzando a formar, no constituyen cualidades estables de la personalidad, pero que de ser trabajadas en espacios de comunicación potenciadoras del desarrollo humano, pueden constituir resortes para la transformación endógena de los procesos que se quieren transformar. Tal es el caso de la identidad.

Con relación a este proceso, se autodefinen con cualidades negativas marcadas por la conducta transgresora, aunque sobresalen características positivas asociadas a sus pertenencias a grupos nominales como etaria, barrial y nacional. Dentro de ellas resaltan ser sociables, bailadores, valientes y cariñosos. Sin embargo, estas cualidades positivas no son siempre percibidas de tal modo por los otros significativos para este grupo, quienes tienden a valorarlos de manera negativa, atribuyéndole cualidades típicas de la edad como parte de las explicaciones causales de su conducta transgresora.

En los factores individuales que contribuyen a la expresión de situaciones de exclusión se identificaron las carencias afectivas y espirituales y/o la sobreestimación de las carencias materiales, escaso conocimiento de sus potencialidades y recursos personológicos para sobreponerse a situaciones adversas; así como la necesidad de ocupar o mantener un lugar y de ser aceptados por los grupos informales que promueven la comisión de actividades delictivas. Entre los factores del contexto se encuentran la violencia en las relaciones interpersonales; límites difusos en las relaciones escolares y familiares; el predominio de métodos educativos negligentes, permisivos e inconsistentes por parte de la familia; pertenencia a barrios, familias y grupos informales con presencia de indicadores de desajuste social que pueden contribuir a la naturalización de conductas transgresoras e incorrectas; uso inadecuado de la autoridad, tanto en la familia como en la escuela, para ejercer control sobre el comportamiento de los adolescentes; presiones de carácter subjetivo por parte de los grupos de iguales que pueden incidir en la comisión de hechos delictivos.

En cuanto a la categoría resiliencia, se manifiesta la existencia de factores individuales y del contexto, que resultan favorecedores de su expresión. Dentro de las características de los primeros se encuentran determinadas habilidades comunicativas tales como: expresar emociones, defender las opiniones y las buenas relaciones con los coetáneos; aspiraciones futuras orientadas a la esfera profesional y la capacidad de autocrítica, conocimiento de sí mismos, reflexiones en torno a sus propios comportamientos, disposición a cooperar y a apoyarse mutuamente. Entre los segundos, se halla la existencia de un marco jurídico protector de derechos, tanto a nivel de la sociedad en general, como del medio más inmediato donde se desarrollan (EFI) y la percepción que poseen los adolescentes sobre la institución escolar y de sus familias.

Por otra parte, trabajar desde un enfoque de exclusión y no desde una postura de desviación de la conducta, tal como se reproduce en los contextos de intervención de nuestro país, invita al análisis permanente del condicionamiento histórico social de los fenómenos, lo cual demanda un trabajo no solo a nivel individual, sino también en el micro y macro medio del que son parte los sujetos en situación de vulnerabilidad. Además, posibilita la comprensión de estos adolescentes, tanto en su condición de victimarios, como de víctimas de la situación.

Estos elementos ofrecen la oportunidad de tener en cuenta otros aspectos generadores de comportamientos que transgreden la ley, no como centro del problema a resolver, sino como resultado de todo este entramado de relaciones sociales de las que son parte.

Referencias bibliográficas

- Batista, P. (2014). ¿Todo el mundo cuenta? Percepción de exclusión social en el barrio Pilar-Atarés. (tesis de diploma). Facultad de Psicología, Universidad de La Habana.
- Bel, C. (2002). *Exclusión social: origen y características*. Curso: "Formación específica en Compensación Educativa e Intercultural para Agentes Educativos". Murcia 30 de enero de 2002. http://enxarxats.intersindical.org/nee/CE_exclusio.pdf
- Camejo, Y. (2015). *Habilidades para la Interacción Social. Estudio con adolescentes en situación de exclusión social del Proyecto Escaramujo*. (tesis de diploma). Facultad de Psicología, Universidad de La Habana.
- De la Torre, C. (2001). *Las identidades. Una mirada desde la psicología*. Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana "Juan Marinello".
- De la Torre, C. (2008). *Identidad, identidades y ciencias sociales contemporáneas; conceptos, debates y retos*. http://www.psicologiaonline.com/articulos/2008/05/identidad_identidades_y_ciencias_sociales.shtml
- Dionne, J. y Zambrano, A. (2009). Intervención con adolescentes infractores de ley. *El Observador* (5). pp.35-55. http://www.mercops.org/Vigentes/21.Intervencion_adolescentes_infractores_ley.pdf
- González, N.; Valdez, J.; Oudhof, H. y González, S. (2009). Resiliencia y salud en niños y adolescentes. *CIENCIA ergo sum*, 16(3). Universidad Autónoma del Estado de México. pp. 247-253. <http://cienciaergosum.uaemex.mx/index.php/ergosum/article/view/1335/1019>
- Jiménez, M. (2008). Aproximación teórica de la exclusión social: complejidad e imprecisión del término. Consecuencias para el ámbito educativo. *Estudios Pedagógicos*. 34(1). pp.173-186. <http://dx.doi.org/10.4067//S0718-07052008000100010>

Morales, E. (2011). *La percepción social del proceso de marginación. Un estudio psicossocial en la juventud cubana.* (tesis de doctorado). Facultad de Psicología, Universidad de La Habana.

Ortiz, J. (2016). *Resiliencia en adolescentes en situación de exclusión de la Escuela de Formación Integral José Martí. Una mirada desde el Proyecto Escaramujo* (tesis de pregrado). Universidad de La Habana, Facultad de Psicología.

Ortiz, J. (2017). *La resiliencia en el proceso de reinserción social de adolescentes transgresores de la ley en internamiento* (tesina de diplomado). Centro de Estudios Sobre la Juventud.

Roch, E. (2012). A 300 metros de la exclusión social, a 300 metros de la inclusión social, a 300 metros de ti. *Educación Social* (14). <http://www.eduso.net/recursos/a-300-metros-de-la-exclusion-social-a-300-metros-de-la-inclusion-social-a-300-metros-de-ti/>

Sánchez, O. y Tapia, E. (2013). La corrupción de interioriza en la familia. *Revista Estudio.* (15). Centro de Estudios Sobre la Juventud. pp.38-51.

Discursos de identidad y resistencia cultural en jóvenes Rastas cubanos

Yoannia Pulgarón Garzón

Introducción

Para las ciencias sociales resulta cada vez más pertinente el estudio de aquellas formas de lucha y de resistencias culturales, generadas por comunidades negras y movimientos sociales de la africanía moderna, en aras de contribuir a descolonizar la memoria histórica de los afrodescendientes, recuperar sus legados culturales, sus pensamientos invisibilizados y muchas veces silenciados.

La cultura Rastafari emerge como una de estas alternativas socioculturales liberadoras y decoloniales, que visibilizan y rescatan las herencias africanas, sus saberes ancestrales, trayéndolos al presente con lecturas críticas y contextualizadas. Desde sus referentes ideológicos y prácticas, se estructura como expresión simbólica subalterna y contracultural en un doble sentido, por el hecho de sobrevivir y existir al margen de la corriente cultural dominante, y a la vez, por promover un discurso afroepistémico y de resistencia cultural en cada ámbito donde se expresa.

Con el presente artículo, revisitamos algunos resultados obtenidos en 2016, en el marco de una investigación sobre la identidad cultural Rastafari en jóvenes rastas cubanos¹. Desde estas páginas, se promueve el necesario debate sobre las identidades, el diálogo intercultural, la agencia humana, la equidad étnico-racial y la necesidad del mayor reconocimiento de las historias, culturas e identidades negras/afrodescendientes, tanto en sus dimensiones propias como en sus contribuciones a cada país y a la región latinoamericana en su conjunto. En ese sentido, desde una propuesta decolonial y crítica, nos acercaremos a los imaginarios raciales, de resistencia cultural y las reinterpretaciones afrodiaspóricas, construidas a partir de la pertenencia a la cultura Rastafari en un grupo de jóvenes rastas cubanos.

Pensar la cultura Rastafari en claves decoloniales, significa dialogar de manera crítica con categorías como identidad cultural, identidad racial, africanía y resistencia cultural; que se conectan armónicamente en el sistema simbólico Rastafari, y hacen visible a un actor social, sujeto cultural y político que en sus prácticas dialoga activamente con y desde propuestas decoloniales. Ya sea, mediante la reproducción “pasiva” de los postulados fundacionales de este movimiento o en la reinterpretación de los mismos, a partir de las realidades particulares y sociales a los que responden. A lo largo del artículo, nos aproximaremos al abordaje conceptual de estas categorías y su vínculo con esta expresión identitaria.

1 La investigación se realizó con vistas a la conclusión del ejercicio académico, correspondiente a la Maestría en Sociología de la Universidad de La Habana. El estudio llevó por título: *La identidad cultural Rastafari en un grupo de jóvenes rastas de La Habana. Aproximaciones desde un estudio de caso* (Pulgarón, 2016). La indagación; tuvo en cuenta aquellos elementos que estructuraban la identidad cultural Rastafari en este grupo de rastas, profundizándose en las cuestiones relativas al conocimiento sobre esta cultura, el sentido de pertenencia y sus prácticas de sociabilidad. Se utilizó una muestra compuesta por 18 sujetos asumidos rastas, con edades comprendidas entre los 20 y 34 años de edad, predominaron los hombres negros y mestizos, y los residentes en La Habana.

Cultura Rastafari. Acercamiento a su origen, historia y desarrollo

La cultura Rastafari surge y se desarrolla en Jamaica, a partir de 1930. Desde sus inicios se convirtió en un movimiento de resistencia y una respuesta cultural alternativa frente al colonialismo vivido por varios siglos en esta isla caribeña. Los postulados ideológicos promovidos desde las etapas iniciales, exaltaban el orgullo racial, la valorización de la cultura y la historia de África, a través de dos corrientes de pensamiento: el etiopianismo y el garveyismo.

La primera de estas corrientes tuvo como base ideológica la idealización de África. Su etapa de mayor esplendor fue a fines del siglo XVIII cuando el nombre de Etiopía se utilizaba en la literatura bíblica para denominar a esa región y como sinónimo de África (Yawney, 1994; Larenas, 2002; Furé, 2011; Faúndez, 2012; entre otros). Por otra parte, el trabajo ideológico realizado por Marcus Garvey², promovió el orgullo racial y la valorización de la cultura y la historia africanas. El garveyismo tuvo sus raíces en medio de la estructura social de Jamaica, organizada sobre los criterios de la clase social y el color de la piel. En esta estructura desigual, se ubicaban los negros y pobres en la base de la pirámide social, siendo la gran mayoría de la población jamaicana (Furé, 2011; Ulloa, 2007; García, 2014).

El desarrollo e influencia de estas concepciones condicionaron el surgimiento y la posterior evolución de las ideas sobre Rastafari. En una primera etapa, su rasgo más importante fue la propagación de la concepción

2 Marcus Mosiah Garvey (nacido en 1887), fue un líder jamaicano que promovió un proyecto de regreso a África (*Back to África*), que a la larga fracasó, no sin antes haber aglutinado en 43 países a más de cinco millones de seguidores de la UNIA (Asociación Universal para el Mejoramiento del Negro, por sus siglas en inglés). Este fue un movimiento de masas de personas negras, que influyó determinantemente en varias generaciones posteriores (Furé, 2011, p.36). La UNIA, fundada en Jamaica en 1914 por Marcus Garvey, fue un movimiento que intentó unir a africanos y afrodescendientes en torno a un ideario reivindicativo de la raza negra. En virtud de su carismático liderazgo, el mismo Garvey fue tomado por algunos de sus seguidores como una especie de mesías, el cual aseguró el calado profundo de su mensaje proclive a la dignificación del negro y a mirar en África, la tierra originaria, el lugar donde serían posibles la salvación, la libertad y una vida digna (Ulloa, 2007, p.117).

del Dios negro y la divinidad de Haile Selassie I³, afianzándose este movimiento como una manifestación religiosa. En un segundo momento, se consolidó como un movimiento nacionalista, de conciencia racial, “enraizando la identidad y la unidad nacional jamaicana en el reconocimiento de los orígenes de la mayoría negra” (Furé, 2011, p.43). Esta etapa mostró el necesario interés de secularizar el movimiento, separándolo de su orientación estrictamente religiosa, visibilizándolo como una forma de protesta ante el statu quo.

El desarrollo y consolidación de las ideas Rastafaris estuvieron también permeados por diversos acontecimientos políticos, sociales y culturales, ocurridos en la región caribeña y en los EE.UU. Entre ellos, la visita de Haile Selassie a Jamaica en 1964, la repatriación de los restos de Garvey en 1966, la identificación con el renacimiento negro norteamericano y con la ideología del movimiento *Black Power* en los EE.UU; y sobre todo en el Caribe a través del intelectual guyanés Walter Rodney (Furé, 2011).

Paralelo a estos procesos, ocurre la absorción de esta filosofía por muchos jóvenes de los ghettos urbanos de Jamaica. Ellos aportaron su herencia social, espíritu emprendedor y ansias de rebeldía, resultantes de haber crecido en condiciones de desventaja social y pobreza. A esto se suma el surgimiento del reggae, como consecuencia de la evolución de la música popular jamaicana. Este nuevo ritmo musical constituyó un vehículo de proyección crítica hacia la sociedad: “entonces muchos jóvenes como Jimmy Cliff, Bob Marley, Meter Tosh, etcétera, utilizarían el reggae para expresar anhelos rastas y censurar con fuerza el orden social vigente” (Furé, 2011, p.44).

Al comenzar la década de los setenta del siglo XX, en su tercera etapa, Rastafari y reggae constituían ya un sistema articulado alrededor de una unidad temática, donde los problemas sociales y una visión realista del

futuro eran preocupaciones fundamentales. En esta fase se fortaleció la secularización, los entonces símbolos religiosos y atributos espirituales fueron adoptados por personas de todo el mundo, como resultado de la ininterrumpida globalización cultural del sistema rasta-reggae.

El auge de estas ideas en Cuba estuvo marcado por la cercanía geográfica con Jamaica y las grandes semejanzas de estos pueblos, dentro de la diversidad regional caribeña. El pasado colonial impactó en la conformación cultural de ambos países, en sus modos de vida, aunque difieran en su condición de hispano y angloparlantes, respectivamente. La composición étnica, el mestizaje, la interacción entre raza y clase en la estructura social, el carácter fusionable de sus músicas tradicionales, y otros elementos histórico-culturales, favorecieron el arraigo de la cultura Rastafari en algunos grupos sociales del país (Furé, 2011).

El proceso de surgimiento y desarrollo de esta entidad simbólica en Cuba contó con varias etapas con complejas dinámicas temporales. Como fenómeno importado, las ideas Rastafaris llegan al país, con mayor fuerza en la década del setenta del siglo XX (Larenas, 2002; Furé, 2011; García, 2012), como uno de los estilos alternativos de la juventud.

El canal principal de entrada fue mediante la difusión del reggae, el cual alcanzó gran aceptación por parte de algunos sectores de jóvenes, debido al ritmo que proponía a pesar de ser una música foránea, en inglés. A continuación, en la década del noventa, tuvieron lugar dos acontecimientos que complementaron el proceso sociocultural anterior de los años setenta: estos fueron la apertura religiosa que vivió el país a partir de 1991 y el auge del turismo internacional (Larenas, 2002; Furé, 2011; García, 2012).

3 Emperador de Etiopía y considerado como el primer Dios viviente que tuvo la historia de las religiones populares. Su deificación dio lugar al surgimiento, a partir de 1930, de Rastafari como un movimiento social y como nueva forma de religiosidad popular jamaicana.

La aprobación en el IV Congreso del Partido Comunista de Cuba (PCC) de la selección de militantes partidistas con creencias religiosas, el reconocimiento oficial y respeto a las diversas religiones practicadas en el país, unido a la situación social vivida durante el Período Especial⁴, trajo como resultado un reavivamiento de la religiosidad en Cuba (Ramírez et al., 1999).

La crisis transformó la subjetividad del campo religioso, el modo de expresar las ideas y sentimientos asociados con estas creencias, su producción de sentido, representaciones, símbolos y valores, así como su accionar en el escenario social. Estos fueron factores claves para que los presupuestos ideológicos y religiosos propuestos por la concepción de vida Rastafari recibieran la aceptación de algunos sectores de la población juvenil cubana (Larenas, 2002; Furé, 2011).

Específicamente, la zona oriental del país se reconoce como la primera en la que se visibilizaron algunos de sus seguidores, sobre todo, en las provincias de Santiago de Cuba y Guantánamo, por su mayor proximidad al área del Caribe. Pero el fenómeno llegó también a otras zonas, incluyendo la capital, en la cual era mayor el intercambio foráneo desde los sectores turístico y estudiantil. Todo esto propició que se convirtiera en un fenómeno con presencia en diferentes entornos del país, pero a pesar de esta amplia dispersión, era escasamente conocido por la mayoría de la población cubana.

4 Período de crisis económica y social en el país, “la cual trajo como resultado una evidente diferenciación socioeconómica y la consecuente desigualdad de oportunidades en el acceso al bienestar material y espiritual”-(Espina, et al., 1995, p.2).

Algunos antecedentes investigativos

Los abordajes científicos sobre esta cultura datan de la segunda mitad del siglo XX, y se asumen desde diferentes enfoques y disciplinas, dígase la Antropología, la Sociología, la Historia, la Musicología, etcétera. En todos los casos, se destaca la visibilidad de este sistema simbólico como exponente y fiel defensor de tradiciones y costumbres africanas.

Simpson (1970), estudió el sistema de creencias Rastafaris en sujetos jamaicanos, desde una perspectiva antropológica. Por su parte, Leonard Barret (1977), sería el precursor en hacer referencia a la pluralidad de expresiones de lo rasta, surgidas entre los años sesenta y setenta, representativas de diversas orientaciones, como consecuencia de la expansión del rastafarismo y su proyección internacional. Provenientes de la Antropología, se reconocen los estudios realizados por George Eaton Simpson (1970)⁵, los de Constant (1982) y los de Clarke (1980, 1987)⁶.

En fechas más recientes cobran auge los análisis desde escenarios latinoamericanos a partir de la universalización alcanzada por el consumo del reggae y las prácticas asociadas al estilo rasta. Sobresalen en ese sentido, investigaciones desarrolladas en Chile y México, las que revelan el carácter globalizado de esta cultura y la contextualización que hacen los sujetos de sus códigos y prácticas (Lagos, 2010; Contreras, et al., 2009).

Para Cuba, los estudios sobre Rastafari llegaron más tarde, siendo poco sistemáticos. Desde finales de la década de 1990 se han hecho algunas aproximaciones a sus exponentes en el país. Se reconocen como los más consultados los de Hasing, 2001; Larenas, 2002; Larrañaga, 2008; Furé,

5 Este autor abordó, desde la etnografía urbana, el sistema de creencias Rastafaris en un grupo de sujetos así asumidos de Jamaica (García, 2012).

6 Ambos autores analizan la contribución cultural de Rastafari al historiar el proceso de surgimiento y difusión internacional del reggae como música popular auténticamente jamaicana.

2011 y García, 2012. La mayoría de estos permiten identificar elementos identitarios de los sujetos asumidos como rastas, aunque no todos hayan tenido como objetivo manifiesto un acercamiento desde la identidad.

De alguna manera logran mostrar un mapa conductual, simbólico, significativo, y establecen las principales formas de expresión de los rastas en los escenarios sociales cubanos. Las perspectivas asumidas garantizan un acercamiento al fenómeno teniendo en cuenta sus connotaciones sociales, raciales y culturales. Se destacan visiones como la idea de contracultura, los procesos de marginalidad, lo relativo a la racialidad y la filiación religiosa en su vínculo con la cultura dominante, todos resultan categorías clave dentro del rastafarismo cubano.

Identidad cultural Rastafari en claves afroepistémicas y decoloniales

La cultura Rastafari se consolida como entidad simbólica subalterna, o también se asume como subcultura (Hebdige, 1979), con sentidos, prácticas, valores y regularidades alternativas; aunque no siempre existe bajo lógicas totalmente contrarias a las opciones de la cultura hegemónica, dentro de cada contexto social particular. Para Stuart Hall (2007), la mirada hacia los procesos culturales, prácticas e instituciones *alternos* —que al decir de Gramsci (1992), no eran manipulados por la hegemonía, pero sí estaban influenciadas por esta—, no era suficiente para visibilizar las prácticas y procesos culturales que emergían al interior de lo *alterno* (los grupos sociales y culturales periféricos). De esta manera, quedaban excluidas en los análisis las dinámicas inter-culturales, con posicionamientos, relaciones de poder y flujos *subalternos* (Hall, 2007).

El que no se estudien las *subculturas*, o las contraculturas, las minorías o algunas etnias, “desde el interior”, según dice Hall (2007), se ha debido a que la sociología clásica se enfoca en la mirada hegemónica, que establece un *nosotros* (hegemón) y *los otros* (alternos). La observación de lo

subalterno, en todo caso, es una vuelta hacia “la descomposición [de la gran sociedad] en realidades locales nacionales individuales” (Hall, 2011, p.13), y esto, una vía hacia “[cierta] relectura de la historia del mundo, no desde Occidente, sino desde el resto de las emergencias” (Hall, 2007, p.12).

Desde esta lógica, la idea de subalternidad permite comprender aquellos procesos y grupos culturales intermedios presentes en la sociedad con sentidos, valores y realidades propias, no siempre lineales a los patrones de la cultura dominante. De alguna manera, la subalternidad —como proceso en sí— permite visibilizar el actuar de minorías culturales como los grupos étnicos y de grupos identitarios como los propios rastas.

Mirar hacia lo subalterno, pero sobre todo reconocer su existencia, roles y funcionalidad social, deviene paso necesario para la reafirmación cultural de muchos grupos humanos invisibilizados, excluidos y silenciados globalmente. Precisamente, desde este enfoque se promueve un giro epistémico en los abordajes culturales y, sobre todo, en la manera como se reconstruyen los procesos históricos e identitarios en el mundo.

Por su parte, los estudios postcoloniales, también aportaron ideas claves para la visibilidad de nuevos actores sociales, políticos e identitarios. En el caso de Edward Said (2000), propone una reconstrucción histórica desde “el nosotros colonizados”, y no desde la alteridad del europeo. De esa manera, cambia el sujeto identitario, en relación a cómo construía su práctica social y herencia identitaria, por lo que se trasladan los referentes e imaginarios socioculturales.

Es en este giro epistémico desde el cual se promueven y revelan nuevas miradas hacia los aportes, impronta y otras realidades sobre África. Se problematizan los conceptos de raza, diáspora, resistencias, e identidades como construcciones críticas, políticas, económicas y culturales, y no como entidades desvalorizadas y naturalizadas como inferiores (Laó-Montes, 2017).

Las teorías decoloniales también aportan a esta nueva concepción de interpretar y legitimar las diferentes formas de existencia, sobre todo desde las bases en que se sustentan sus análisis. En este caso, el aparato teórico-epistémico con el que se desmontan los mecanismos invisibles que sostienen y reproducen la dominación y las desigualdades sociales, enquistados en la matriz colonial de poder/saber, así lo reafirman. En su vasta obra, Aníbal Quijano (1999, 2000, 2007, 2014, 2017) reconoció la estructura jerárquica del sistema mundo, marcada por la *raza*, como una línea de superioridad/inferioridad y generadora del patrón mundial de explotación/dominación. En ese sentido, concibió la *raza* y la *identidad racial* como instrumentos básicos de clasificación de la población (Quijano, 2007, 2014). El propio autor afirmó:

La colonialidad es uno de los elementos constitutivos y específicos del patrón mundial de poder capitalista. Se funda en la imposición de una clasificación racial/étnica de la población del mundo como piedra angular de dicho patrón y opera en cada uno de los planos, ámbitos y dimensiones materiales y subjetivas, de la existencia social cotidiana y a escala societal (Quijano, 2007, p. 93).

Precisamente, los principios de la decolonialidad y las teorías decoloniales buscan romper con la naturalidad de tales procesos de discriminación o de inferiorización, no solo desde la raza (ya por antonomasia excluyente), sino desde todas las relaciones desiguales que se reproducen socialmente. Gracias a ese nuevo paradigma epistémico, cobra mayor importancia la reflexión en torno a los conocimientos *otros* alejados de las escuelas de pensamiento eurocéntricas y de la tradición moderna occidental. Conocimientos/saberes/formas de interpretar el mundo que, en esencia, desafían la colonialidad del saber/poder y son capaces de movilizar otros proyectos de vida. Aquellos en los que cobra trascendencia la existencia del sujeto, y permiten que se recuperen los diversos legados culturales y de resistencias.

Llegado a este punto, pareciera que nos hemos alejado del tema propuesto, pero nada más lejos de la verdad. ¿Qué vínculos existen entre las identidades como rastas, los principios de la decolonialidad y las apuestas afroepistémicas defensoras de lo africano, presentes en esta cultura? Pues estas ideas se funden en una trinidad relacional, que digamos, consolida a la entidad simbólica como un movimiento reivindicativo del legado africano en clave decolonial. Y es que un rasta, en definitiva, reproduce la *conciencia de lo negro* de sus luchas.

La cultura o movimiento Rastafari tiene en la defensa del legado africano patrones que la homogenizan dentro de la diversidad de expresiones que hoy coexisten en el mundo (Larenas, 2002; Furé, 2011; etc). En la identidad cultural Rasta se entretajan y dialogan las posturas antirracistas y de resistencia cultural. Por lo que, analizar los significados atribuidos a esta cultura, en lógicas decoloniales desde la *identidad* y la *resistencia*, permite que se comprenda este espacio simbólico de pertenencia como un asidero alternativo.

En opinión del investigador cubano Samuel Furé (2011):

(...) ser considerado un rasta en cualquier parte del mundo presupone, entre otras cosas e independientemente del color de la piel, abandonar los prejuicios coloniales, racistas y estereotipos de belleza eurocéntricos que denigran la condición de ser negro, amar la naturaleza y la paz (...) (pp.45-46).

Según la socióloga colombiana Angie Larenas, a pesar de la heterogeneidad de este grupo identitario, existen ejes comunes a través de los cuales interpretan el mundo. Entre ellos,

(...) el sentido de la identidad/solidaridad, representado en la identificación con el pasado africano, el reconocimiento del sufrimiento de los esclavos, el sentido compartido de lo que significa vivir marginado y la lucha por la liberación de la opresión y la injusticia (s/f, p.5).

En sus prácticas identitarias, muchos rastas retoman los ideales del panafricanismo y defienden los valores, historia y el legado de los pueblos de África (Larenas, 2002; Furé, 2011; Contreras et al., 2009). De esta manera, colocan en el centro de sus luchas-las reivindicaciones de estos pueblos, la defensa de las culturas y estéticas negras, cuestiones que, además, centran sus discursos identitarios y de resistencias.

Esta cuestión emergió como resultado en el estudio realizado sobre la identidad cultural Rastafari en jóvenes rastas cubanos (Pulgarón, 2016). El rescate y defensa de África resultó una de las luchas sentidas para estos sujetos:

La negritud⁷ es el punto polémico que tiene un rasta, tiene que ver con el tema de la repatriación, volver a África. Muchos rastas lo ven como la idea de Marcus Garvey, coger un barco e irse para allá... y otros dicen que no, que no tienes que irte, si tú quieres irte para África, lo puedes hacer, pero donde quiera que tú estás, tú debes vivirlo como tal. El retorno debe ser espiritual (...) Como dice Peter Tosh, si eres un hombre negro, entonces eres africano... (Rasta A⁸).

En las reinterpretaciones que hacen de la historia de los pueblos africanos, construyen su presente y dialogan de manera particular con la idea del retorno a África y la visión de este continente *como la tierra madre*. Estas concepciones decoloniales rompen con todo lo que reproduzca la hegemonía del poder blanco y los dispositivos de la colonialidad del poder/saber/

7 Se reconoce este concepto, como una reafirmación de subjetividades, a pesar de su origen colonial, demuestra los procesos de resignificación que asisten a los sujetos negros, en función de reconocer y visibilizar sus historias, identidades y existencias.

8 Fragmentos de la entrevista realizada a sujeto rasta como parte del trabajo de campo de la investigación (Pulgarón, 2016).

ser. Según Larenas (s/f), los rastas asumen la repatriación, el volver a África como una orden divina que no depende de la acción humana; eso diferencia este proceso de la migración. Constituye, por tanto, “un regreso a lo que se poseía antes” (Murrell y Taylor, 1998, p.392).

En este caso, resulta una posesión relacionada con la(s) identidad(es) sometida(s) y asemejan el ideal de identificación con África con la liberación de ese sometimiento. También se asume como una necesidad de buscar sus raíces y recuperar sus riquezas en protesta contra el orden establecido. Por tanto, el retorno deviene símbolo estructurador de sus identidades y experiencias en los diferentes contextos sociales.

Actualmente, la identidad negra defendida desde la cultura Rastafari, articula esta defensa histórico-cultural del legado africano, con criterios de autoafirmación, luchas y resistencias frente al “estado de discriminación racial, desvalorización cultural, desigualdad social y falta de poder político, en el que aún permanecen las masas afrodescendientes de la región [Latinoamérica], quienes aún aparecen con los mayores índices de desigualdad en los indicadores oficiales” (Laó-Montes, 2013, p.66). Esa coyuntura social excluyente es condenada por los rastas y la incorporan como demanda a su causa identitaria (Larenas, 2002; Larrañaga, 2008; Furé, 2011).

Las luchas decoloniales que reproducen como rastas se expresan en su actuar cotidiano. Se evidencian en sus maneras de hacer, sus discursos y saberes, que rompen con lógicas y dispositivos coloniales como los ya enunciados, y otros relacionados con sus prácticas de vida, a partir de sus vínculos con la naturaleza y las relaciones humanas, el cuidado del cuerpo/salud y la alimentación saludable. Todas devienen maneras de resistir frente a prácticas hegemónicas, dictadas como universales.

En el caso del uso de los dreadlocks, como modo natural de tejer el cabello, denota una manifestación de ruptura con el ideal de belleza eurocéntrico. Según Larenas, 2002:

(...) los dreadlocks pasaron a ser una forma de rechazo al concepto de belleza de Babilonia; es decir, un modo de restablecer el orgullo hacia una característica física africana y una forma de expresar su creencia de un compromiso con la naturaleza (Larenas, 2002, p.7).

Alrededor de los dreadlocks se construyen otros significados que contribuyen a reforzar su uso. Uno de ellos es el que lo vincula con fundamentos bíblicos. El juvenólogo español, Carles Feixa, planteó que este “recordaba también las exhortaciones bíblicas a no cortarse el cabello, a través de la historia de Sansón y Dalila, las cuales servían de utilidad para justificar el aspecto poco convencional de los rastas” (Feixa, 2004, p.39).

Este atributo constituye para el Rastafari un elemento de importancia en el proceso de conformación identitaria. Es un símbolo de fuerza, pues incluso cuando están cortos simbolizan la esencia del principiante que intenta desarrollarse dentro del sistema simbólico rasta. Los dreadlocks constituyen elementos objetivos de sus identidades, y permiten la comunicación a lo interno y externo del grupo de pertenencia.

El concepto de Babilonia se asume como sinónimo de lo negativo que rodea al Rastafari, y a lo que debe hacerse resistencia. Se vincula con aquello que genera confusión y que conduce a malos procederes; por lo que tiene una gran carga subjetiva:

(...) *el trabajo de Babilonia es eso, hacer que las cosas que verdaderamente son buenas tú las veas como malas y las cosas que verdaderamente son malas, tú las veas como buenas. Ese es el verdadero trabajo de la reina de la confusión, Babel: Babilonia la grande* (Rasta C).

El concepto se reinterpreta desde toda forma de enfrentamiento a cualquier tipo de discriminación u opresión. Bajo esa premisa, muchos se adscriben a esta filosofía para asumir posiciones críticas frente a las prácticas de discriminación y prejuicios raciales. También condenan aquellos códigos de belleza física y de buena apariencia, socialmente impuestos, que no toman en cuenta otros patrones de vestir y proyección social. De esa manera, se rompe con aquella norma “construida” y como alternativa defienden todo lo relacionado con la cultura africana.

La lucha contra los prejuicios raciales y toda forma de discriminación se erigen como bandera activa en la población estudiada. Rompen de esa manera con el sometimiento, las ausencias y las incomprensiones de las que han sido víctimas las poblaciones negras en el mundo:

(...) *Creo que es influyente la temática de los negros y no negros. Te pones a ver que a lo largo de todo el tiempo fuimos bastante maltratados, y por supuesto la gente demuestra su reacción. Y actualmente todavía hay ese racismo (...) Creo que en Cuba se percibe como una cultura de resistencia bastante fuerte, es como algo que está siempre presente la temática de la resistencia* (...) (Rasta D).

Estas ideas vinculan el significado dado a la cultura con el sentido social y personal de su pertenencia. Posiciones que los conectan con la historia que les antecede, y con las experiencias identitarias actuales. Pertenecer al movimiento Rastafari significa dialogar, de manera crítica, con una realidad marcada por prejuicios y estigmas sufridos por ser negros, rastas o por las prácticas que realizan.

La existencia de prácticas de discriminación racial en Cuba, pese a la obra social y humanista de la Revolución⁹, se vincula con la herencia cultural, la desventaja social acumulada, dificultades en las políticas públicas aplicadas y los nuevos procesos sociales generados durante la transición socialista (Campoalegre, 2018). Al decir de la propia autora, en Cuba no hay presencia de

(...) un racismo estructural, según confirman estudios regionales comparados, sin embargo, se mantiene el prejuicio y la discriminación con manifestaciones de racismo institucional¹⁰, así como en el ámbito de las relaciones familiares e interpersonales más generales (Campoalegre, 2018, p.67).

Estudios anteriores sobre la cultura Rastafari en Cuba (Larenas, 2002; Furé, 2011; García, 2012), reconocen que muchos rastas asumen como un elemento inherente a sus identidades, el haber vivido alguna experiencia de rechazo. Cuestión que atenta contra procesos de integración social de estos grupos humanos y que los conduce a mantener en alto la bandera de la resistencia cultural.

9 A partir de 1959, la Revolución triunfante generó un modelo de bienestar universalista, con amplia cobertura al funcionamiento familiar, mediante políticas inclusivas que garantizaron acceso universal y gratuito a servicios sociales básicos: salud, educación, empleo, seguridad y asistencia social. La igualdad de derechos y oportunidades es fundamento de las políticas públicas con rango constitucional, respaldado por instrumentos jurídicos que proscriben todo tipo de discriminación, con lo cual se eliminan las bases estructurales del racismo.

10 Todo lo que las instituciones estatales dejan de hacer, soslayan, no ven, o en la práctica invisibilizan en materia de las relaciones raciales, expresa el racismo institucional (Campoalegre, 2018).

Los motivos fundamentales de tal rechazo, esbozados por los protagonistas del estudio, fueron: los prejuicios sociales ante la práctica del consumo de la marihuana¹¹, por la condición de ser rastas, por tener como dios a una figura controversial como Haile Selassie y por la identificación de algunos como “jineteros”¹².

En el estudio realizado se interrogó acerca de: *si la imagen como rastas les abre puertas*. La pregunta buscaba encontrar experiencias sociales vividas por ellos como acceso a espacios, a instituciones, formas de empleo, oportunidades; que hubieran estado frenadas o no por el hecho de ser rastas. Se obtuvo como principal resultado un predominio de visiones negativas sobre este particular. Fueron mayoría los rastas que consideraron que no siempre el vivir su identidad les abre puertas.

Describieron que ya fuera en ocasiones o de manera constante han vivido alguna experiencia negativa o prejuiciosa por la condición de ser rastas. Si son criticados por lo que hacen, resulta esta también una forma de cuestionar aquello que la entidad simbólica propone y promueve. Sin embargo, estas limitaciones fortalecen sus identidades, sobre todo cuando son asumidas desde posiciones de compromiso con la esencia rasta.

11 Práctica condenada social y legalmente en Cuba, sobre todo lo relacionado con el tráfico de esta droga y los consumidores, son mal vistos socialmente.

12 Las prácticas asociadas con el *jineterismo* —forma de prostitución en Cuba— no fueron reconocidas por los rastas estudiados como integrantes del sistema simbólico de la cultura Rastafari. Ellas responden a procesos de secularización de la cultura en el contexto cubano. En muchos casos se reproduce la imagen rasta a partir del consumo de un estereotipo. Se configuran sobre lógicas, mayormente económicas, que conducen a la explotación de una imagen como fórmula para ganarse la vida o salir del país. Existen aquellos que la defienden como práctica, al asumirla como algo inherente a los rastas (a partir de ver que son atractivos para las extranjeras y solo debe aprovecharse esa posibilidad natural); mientras que otros se distancian de asumirla, criticándola bajo los argumentos de afectar la imagen social de la cultura, por desvirtuar su verdadera esencia.

Mayoritariamente, la cultura Rastafari se asume como un espacio para existir socialmente y en sus procesos de integración social se convierte en un vehículo importante para ser, estar y participar como rastas en la sociedad. Así manifestó una de las personas entrevistadas:

Me han puesto un sello que realmente no está en mi persona, porque no me han creído que soy músico, no me han creído por qué lucho y eso no me ha debilitado, eso me ha hecho más fuerte, voy a continuar mi lucha, voy a continuar con mi movimiento y que sea lo que el Jah quiera (Rasta B).

De esa manera, desmontan las críticas y cuestionamientos recibidos a sus identidades y roles, mediante la filosofía de lucha e ideales de resistencia. Desde los argumentos de otro sujeto identitario, se pondera también la importancia de conocer la misión social como rastas:

Lo principal que debe tener una persona en la vida es saber a qué misión vino a este mundo, tú puedes venir a hacer muchas cosas..., pero de todas ellas hay una en la que más vas a relucir, y esa es donde más te van a aplaudir. (...) Donde más voy a ser aplaudido es en la música. Mi misión a través de Rastafari es la música, he recibido un poco de reconocimiento más por eso (...) (Rasta A).

Por su gran simbolismo, el reggae emergió como el principal instrumento para canalizar estados de ánimo, denuncias sociales e intereses. El género se consolida como una bandera de lucha y sintetiza todo lo que representa esta cultura para el rasta. Funciona, además, como mediador para la comunicación con otros actores y la participación social.

(...) toda mi música habla de bendiciones, no de maldiciones, y de bendiciones que vienen del más allá. Eso para mí unifica, edifica, ese es el propósito: construir, edificar, educar y lo hago a través de mi música (...) (Rasta B).

(...) Muchos hermanos míos están comprendiendo que mi misión de guerra frente al sistema babilón, contra el sistema de confusión por donde debo desempeñarlo es por la música (...) (Rasta C).

Si se asume la participación social no solamente como presencia, sino desde la arista del compromiso consciente con un proyecto, con el logro de objetivos y metas a cumplir, entonces el reggae resulta la vía principal para hacer visible este objetivo manifiesto. De esa manera, de símbolo se convierte en práctica cultural y, a su vez, en una forma para expresar sentidos de vida.

Emergencia de lo alternativo en los procesos de integración social de los rastas en Cuba

La mirada hacia la integración social no como “polo opuesto al conflicto, sino a la exclusión y la marginación” (Domínguez, 2008, p.79), ubica la importancia de este proceso para el desarrollo y continuidad de las expresiones culturales y simbólicas que pluralizan la región latinoamericana y caribeña. Conduce al necesario diálogo entre diferentes, desde la tolerancia y la colaboración, al romper —desde esta lógica— con la idea de la integración como homogeneización forzada y desde donde se obvia el valor de lo plural.

La inserción social deviene entonces concepto explicativo para las prácticas de integración social de rastas y el reforzamiento de sus identidades en los contextos particulares. La manera como se inserta la cultura Rastafari en los diferentes escenarios dialoga con las estructuras sociales, las instituciones y normativas del contexto macro. Esta cultura, como sistema simbólico-significante, genera prácticas, formas de participación social y construye sentidos de pertenencia en torno a las ideas Rastafaris, todo lo cual modela un tipo de actor social que en su dinámica de interacción suele ser cuestionado/estigmatizado por lo *diferente* de sus prácticas. En

ese sentido, emergen relaciones que pueden ir desde la conflictividad, la tolerancia y, en menor medida, la aceptación hacia lo que promueven como Rastafaris (Larenas, 2002; Furé, 2011; García, 2012).

El análisis de la integración social de los rastas debe partir por analizar la sociedad cubana actual y su relación con esta expresión simbólica e identitaria. Concebirla como un proceso dinámico, en constante evolución, que articule el devenir histórico, con el presente y considere las perspectivas futuras de esta relación en función de los distintos escenarios posibles: económicos, sociales, políticos y culturales, mediados por las condiciones internas y externas que estructuran el escenario participativo de los rastas y su inserción efectiva en el funcionamiento de la vida social (Domínguez, 2008). Todo ello articulado con la dimensión subjetiva y autovalorativa sobre las formas de participación de los propios rastas.

La integración precisa de mecanismos favorecedores para que se exprese. La teoría sobre el tema propone entre sus ejes principales: la justicia social y la participación social (Herrera, 1994; ONU, 1995; Domínguez, 2008). Ambos constituyen ejes potenciales para la inserción social de los sujetos y revelan sus formas de expresión.

El análisis sobre la participación social de los rastas en Cuba deriva en retos para lograr su integración. Su comprensión integral remite al diálogo con una sociedad que brinda oportunidades sociales, acceso equitativo a los bienes y servicios a sus ciudadanos; materializados en educación y salud universal y gratuitas, seguridad social, entre otras. Sin embargo, existen conflictos y prejuicios por ser rastas o por las prácticas que como grupo identitario realizan, que limitan sus procesos participativos.

Frente a las dificultades encontradas en tales procesos, surge lo emergente, lo alternativo como mecanismo de defensa o respuesta identitaria. En el caso de esta cultura se expresa desde la resignificación de espacios públi-

cos, readecuados bajo la lógica rasta. La mayoría de estos espacios generan mecanismos de integración simbólica al interior de la grupalidad, a partir de los sentidos compartidos. Estos lugares suplen las limitaciones encontradas para comunicarse, expresarse y participar en la vida social; y surgen como vías potenciales para incentivar el diálogo con la otredad, en función del reconocimiento social y la legitimidad como actores sociales.

Es así como han surgido con fuerza para el intercambio de estos actores, lugares que defienden la informalidad como lógica central. También en ellos se reproduce lo *underground*, debido a que las actividades que allí se realizan, muchas veces son reconocidas como ilícitas o están socialmente cuestionadas. Entre las más visibles se encuentra el acoso o interacción con los extranjeros, la participación en la economía informal a través del mercado negro¹³ y otros eventos ilegales, sobre todo asociados con el horario nocturno (García, 2012).

Las prácticas vinculadas al asedio del turismo, que ocurren en estos escenarios¹⁴ han generado críticas hacia este grupo social. Se han etiquetado tanto a estos sujetos, como a los espacios donde ocurren las mismas (en plena relación sujetos-identidades-espacio simbólico). Al profundizar en esta realidad se revelan las distinciones dadas a estos espacios. Algunos acuden a ellos para relacionarse con extranjeros, con lo que promueven una imagen de la cultura Rastafari totalmente distorsionada.

Estas prácticas asociadas al *jineterismo* hacen que la identidad asumida se convierta en medio de vida para algunos, y una actividad para obtener beneficios económicos. En estos casos, se construye la pertenencia

13 Emergen como una parcela cuentapropista “cuasi legal” (pues la mayoría de las veces manobran sin licencia) (García, 2012).

14 La investigación visibilizó lugares como la calle Obispo y el Parque Central, en la Habana Vieja y algunos puntos del Malecón habanero.

a partir de intereses materiales, en detrimento de posturas éticas y morales. Esa realidad ha hecho que se estigmaticen desde dentro y fuera de la entidad simbólica a los que asumen tales posturas.

Nosotros mismos estamos tratando de lograr atraparlos a través de la música (...) los amantes del reggae y los supuestos seguidores de Rastafari se centran y se concentran en un lugar: La Habana Vieja y en Obispo; y no quieren salir de ahí porque es el lugarcito que tienen ya acomodado. Se sienten bien, hay muchos yumás¹⁵, ellos quieren estar arriba de las yumás. Eso no es rasta (Rasta C).

Los sujetos logran establecer procesos de identificación-diferenciación como rastas, en función de aquellas prácticas más o menos aceptadas, aunque no se niega la posibilidad para el intercambio o la interacción, con los supuestos “falsos rastas”. Desde el parlamento anterior se aprecia no solo que es posible compartir, sino que resulta necesario acercarlos a las “verdades de la cultura”. Los propios escenarios donde ocurren tales manifestaciones se identifican como espacios de visibilidad, de confraternización y como mediadores para el vínculo entre las diferentes expresiones identitarias.

Estas prácticas, socialmente cuestionadas, han estructurado nuevos escenarios simbólicos de la cultura, al funcionar como patrones de identificación de lo Rastafari en el contexto habanero. Realidad que subsiste, tanto para los rastas, como para los que no lo son. Desde sus detractores esta situación también se revela, pues el rechazo hacia ellas y a los espacios donde ocurren, implica el reconocimiento de su existencia como fenómeno identitario.

Ideas finales

Rastafari es una tendencia cultural alternativa que, por un lado, se construye bajo los efectos de la resistencia cultural y por el otro, mediante procesos de readaptación y cambio. En Cuba se distingue por ser una expresión cultural creativa que no puede desligarse de los conceptos de raza y estructura social, elementos que favorecen no se visibilice como un fenómeno de masas. Esta identidad se expresa y es reproducida mayoritariamente en sectores de descendencia negra y mestiza.

Por otra parte, el proceso de inserción y contextualización de lo Rastafari en el país ha estado marcado por varias condicionantes que han redefinido las identidades de los rastas en el contexto cubano actual, reconfigurándose las formas como hoy se expresan. Ello ha dado lugar a diferencias en los modos de ser rastas, en las formas de llevar la cultura y en las maneras de comunicarse con la simbología que la distingue. No obstante, reproducen en sus identidades ejes globales relacionados con posturas antirracistas y de lucha, así como de defensa de África y su legado, entre otras.

Se revela, desde un enfoque sociológico, la articulación existente entre los procesos simbólicos y los ámbitos socio-históricos que les estructuran. Por otra parte, el análisis de la realidad identitaria de estos jóvenes devino forma de apostar por el reconocimiento social de lo Rastafari como proyección social e identidad consolidada, en tanto se ha convertido para sus actores en un espacio para existir socialmente.

La importancia de estudiar esta expresión simbólico-cultural, no solo consiste en identificar sus rasgos y formas de expresión cotidiana, sino también debe revelarse aquello que ha aportado a la cultura cubana. O sea, en su inserción ha encontrado puntos de contacto con otras expresiones simbólicas sólidas, con las que dialoga y se complementa. Resulta clave legitimarla como grupo cultural válido dentro de la identidad cultural cubana.

15 Vocablo popular y marginal con el que se denomina a personas extranjeras en Cuba.

Para ello, todos y cada uno de los actores sociales que de una forma u otra se vinculan a ella deben confluír en esta intención: los rastas a partir de sus prácticas, las instituciones académicas y culturales como responsables de su visibilidad y de hacer escuchar sus voces, las instituciones y actores sociales, en un franco diálogo por el respeto a lo diverso.

La propuesta, más que describir prácticas y discursos, constituyó un intento por hacer audibles y visibles a grupos minoritarios como el estudiado. Al brindar la posibilidad de mostrar las potencialidades de esta expresión identitaria para promover un discurso reivindicativo de resistencias y re-existencias; así como de promover un discurso de identidad negra, autoafirmativa, de autorreconocimiento y de lucha simbólica en clave de africanía (Laó-Montes, 2017).

A través de estas narrativas como rastas, se trajeron a la luz otros saberes, subjetividades y procesos sociales, en ocasiones ausentes de las agendas académicas y de las políticas culturales inclusivas. Sin embargo, se nos presentan como actores sociales con discursos y prácticas comprometidas con sus realidades, con capacidad de diálogo, espíritu creativo y transformador que interpelan al contexto macro, y producen nuevos saberes, fruto de sus historias de resistencias.

Referencias bibliográficas

- Barret, L. (1977). *The Rastafarians. The dreadlocks of Jamaica*. Sangster'Book Stores/Heinemann, Educational Books.
- Campoalegre, R. (2018). Mujeres negras. Voces, silencios y resistencias: Una vez más sobre la experiencia cubana. *Revista da ABPN*. 10 (26). jul – out. pp. 57-76.
- Clarke, S. (1980). *Jah Music*. Heinemann.
- Clarke, S. (1987). *Les Racines du Reggae*. Ed. Caribbennes.
- Constant, D. (1982). Aux Sources du Reggae. *Roquevaire*. Ed. Parentheses.
- Contreras, et al. (2009). Cultura Rastafari en México. *Apsique*. http://www.apsique.cl/blog/cultura_rastafari_en_mexico
- Domínguez, M.I. (2008). Integración social de la juventud cubana hoy. Una mirada a su subjetividad. *Revista Argentina de Sociología* 6 (11). pp.74- 95.
- Espina, M. et al. (1995). *Impactos socioestructurales del reajuste económico*. Departamento de Estructura y Política Social. CIPS.
- Faúndez, G. (2012). El lugar de los dreadlocks en el proceso de adaptación de la cultura Rastafari a la realidad chilena. *Revista Chilena de Antropología visual*. (9). pp.37-57.
- Feixa, C. (2004). Una historia de las culturas juveniles. En Feixa, C. *Culturas juveniles en España*. Instituto de la Juventud. pp.31-50.
- Furé, S. (2011). *La Cultura Rastafari en Cuba*. Editorial Oriente.
- García, M. (2012): *Rastafarismo en La Habana: De las reivindicaciones míticas a las tribus urbanas*. Ciencias Sociales.
- García, M. (2014). ¿Tribu rasta en La Habana? *Revista de Antropología Experimental*. (14). pp.25-43.

- Gramsci, A. (1992) *Antología*. Siglo XXI.
- Hall, S. (2007). The West and the Rest: Discourse and Power. *Race and Racialization: Essential Readings*. Das Gupta, T. et al (Eds). Canadian Scholars Press.
- Hall, S. (2011). *La cultura y el poder: conversaciones sobre los cultural studies*. Amorrortu.
- Hasing, K. (2001). Los Rastafaris: guerreros del amor. *Caminos*. (22). <http://www.cubaliteraria.com/edielect/pdfs/caminos22.pdf>
- Hebdige, D. (1979). *Subcultura: El significado del estilo*. Methuen y Co. Ltd.
- Herrera, E. (1994). *Reflexiones en torno al concepto de integración en la sociología de la inmigración*. *Papers*, (43). pp.71-76.
- Lagos, R. (2010). *Cultura negra; meditaciones sobre la dimensión ritual del orden Rastafari Boboshanti en Chile*. <http://www.black-ing.net/Tesis%20sobre%20Cultura%20Negra.%20Rafael%20Lagos..pdf>
- Laó-Montes, A. (2013). Empoderamiento, descolonización y democracia sustantiva. Afinando principios ético-políticos para las diásporas afroamericanas. *Revista CS*. (12). julio-diciembre. pp.53-84.
- Laó-Montes, A. (2017). Cartografías del campo político afrodescendiente en América Latina y el Caribe. En Campoalegre, R. y Bidaseca, K. (comp.). *Más allá del decenio de los pueblos afrodescendientes*. CLACSO. pp.139-166.
- Larenas, A. (2002). *La inserción social del Rastafari en Cuba. ¿Tendencias contraculturales?* (tesis de diploma). Facultad de Filosofía e Historia, Universidad de La Habana.
- Larenas, A. (s/f). *La inserción social del Rastafari en Cuba. ¿Tendencias contraculturales?* <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/libros/cuba/cips/caudales05/Caudales/ARTICULOS/articulo115L>
- Larrañaga, M.A. (2008). Un análisis sobre el movimiento Rastafari en Cuba: la riqueza espiritual como alternativa contra la pobreza. En *¿El reino de Dios es de este mundo? El papel ambiguo de las religiones en la lucha contra la pobreza*. Siglo del Hombre. <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/clacso-crop/20120630083250/09larra2.pdf>
- Murrel, N., & Taylor, B. (1998). Rastafari's messianic ideology and Caribbean theology of liberation. En Murrel, N; Spencer, W. & McFarlane, A. (Eds.). *Chating down Babylon: the rastafari reader*. Temple Univesity Press.
- ONU. (1995). *Proyecto de Declaración Final. Cumbre Mundial para el Desarrollo Social*. Naciones Unidas.
- Pulgarón, Y. (2016) *La identidad cultural Rastafari en jóvenes rastas de La Habana. Aproximaciones desde un estudio de caso*. (tesis de maestría). Facultad de Filosofía e Historia, Universidad de La Habana.
- Quijano, A. (1999). Colonialidad del poder, cultura y conocimiento en América Latina. En. Castro-Gómez, S.; Guardiola, O. y Millán de Benavidez, C. (Eds.). *Pensar en los intersticios teoría y práctica de la crítica poscolonial*. Instituto Pensar. pp.117-131.
- Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En Lander, E. (comp). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. CLACSO, pp.122-151
- Quijano, A. (2007). Colonialidad del poder y clasificación social. En Castro-Gómez, S. y Grosfoguel, R. (eds.). *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. IESCO/Instituto Pensar/Siglo del Hombre Editores.

- Quijano, A. (2014). 'Raza', 'Etnia', 'Nación' en Mariátegui, Cuestiones Abiertas. En *Cuestiones y horizontes: de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder*. CLACSO. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20140507040653/eje3-7.pdf>
- Quijano, A. (2017). ¡Qué tal raza! En Campoalegre, R. y Bidaseca, K. (comp.). *Más allá del decenio de los pueblos afrodescendientes*. CLACSO. pp.17-26.
- Ramírez, J. et al. (1999): *El incremento en el campo religioso cubano en los 90: reactivamiento y significación social*. Informe de investigación. Departamento de Estudios Socio religiosos, CIPS.
- Said, E. (2000). *The Edward Said Reader*. Vintage Books.
- Simpson, G.E. (1970). *The Rastafari Movement Political cultism in West Kingston, Jamaica. Religious cults of the Caribbean: Trinidad, Jamaica and Haiti, Caribbean. Monograph Series. (7)*. pp.208-223.
- Ulloa, G. (2007). Hipótesis sobre la subversión religiosa en el rastafarismo. *Revista Reflexiones*. 86. (1). pp.115-126.
- Yawney, C.D. (1994). Rasta Mek a Trod: Symbolic Ambiguity in a Globalizing Religion. En Turner, T. *Arise Ye Mighty People: gender, class and race in popular struggle*. Africa Word Press, Trenton. pp.75-83.

Sobre los autores:

BOMBINO COMPANIONI, Yenisei

Profesora e Investigadora Auxiliar. Máster y Licenciada en Sociología. Docente del Departamento de Sociología de la Universidad de La Habana. Ha participado como investigadora, asesora o consultora en diversos proyectos nacionales y de colaboración internacional en los temas: reducción de las brechas de género en el ámbito rural y en el sector agropecuario; empoderamiento y liderazgo de las mujeres rurales; integración social de los jóvenes rurales; ruralidad y desarrollo agrarios. Pertenece a diferentes grupos profesionales, entre ellos: Red de Investigadores sobre Juventud (CESJ), Grupo de Trabajo de CLACSO: Juventudes e Infancias: prácticas políticas y culturales, memorias y desigualdades en los escenarios contemporáneos, Red Desigualdad y Movilidad Social en América Latina (DEMOSAL) y Asociación de Estudios Latinoamericanos (LASA). Entre sus publicaciones más recientes se hallan: *Educación superior y transformaciones agrarias: diálogo de las políticas con las desigualdades sociales en el espacio rural* (2018) y *Oportunidades y retos de las cooperativas agropecuarias para la inserción laboral de las juventudes rurales: propuestas a las políticas públicas* (2019).

e-mail: yeniseibc@gmail.com

DÍAZ BRAVO, Ofelia Carolina

Profesora Auxiliar e Investigadora Agregada. Máster en Ciencias de la Comunicación y en Sexualidad. Doctora en Ciencias Psicológicas. Docente de la Facultad de Psicología de la Universidad de La Habana y miembro de su grupo de investigación: Grupos, identidades y heterogeneidad social en Cuba. Entre sus últimas publicaciones se hallan: *Cuba y Estados Unidos. Autoimagen e identidad nacional* (2019); *Identidades en adolescentes y jóvenes de la capital cubana. Explorando el impacto de las desigualdades e Identidad nacional y percepción de riesgo ante la Covid-19 en jóvenes cubanos*, ambas en 2020.

e-mail: ofediaz69@gmail.com

HERNÁNDEZ MARTÍN, Ana

Profesora Asistente. Licenciada en Psicología y Máster en Psicología Social y Comunitaria. Doctorante en Ciencias Psicológicas. Docente de la Facultad de Psicología de la Universidad de La Habana. Coordinadora del Proyecto Escaramujo para el trabajo con adolescentes transgresores. Miembro del Grupo de Trabajo: Juventudes e Infancias: prácticas políticas y culturales, memorias y desigualdades en los escenarios contemporáneos, de CLACSO. Miembro de la Red Cubana de Educadores Populares y de la Red Nacional de Investigadores sobre Juventud. Entre sus publicaciones recientes se hallan: *Identidades en adolescentes y jóvenes de la capital cubana. Explorando el impacto de las desigualdades* (2020) y *Adolescentes transgresores de Centro Habana. Factores psicosociales que inciden en su comportamiento* (2021).

e-mail: ana@psico.uh.cu

LAVIELLE PULLÉS, Ligia

Profesora Auxiliar. Doctora en Ciencias Sociológicas, por la Universidad de Oriente (UO) y en Ciencias Sociales, por la Universidad de Amberes (Bélgica). Máster en Desarrollo Cultural y Licenciada en Sociología (UO). Labora en el Departamento de Historia del Arte de la UO. Participa en el proyecto: VLIR-UOS como parte del subproyecto 4 The Social Sciences, the Humanities and Architecture: Facing the Challenges of Local Development in Santiago de Cuba. The Enhancement of Heritage Preservation. Entre sus últimas publicaciones destacan: *Is not world for women?* (2019) y *Entre el ruido y el gozo. Estructura institucional de la escena reguetón en Santiago de Cuba* (2020).

e-mail: ligia.lavielle@gmail.com

MORALES CHUCO, Elaine

Investigadora y Profesora Titular. Doctora en Ciencias Psicológicas, Máster en Desarrollo Social y Licenciada en Psicología, por la Universidad de La Habana. Graduada del Postítulo Internacional e Interdisciplinario en Población y Desarrollo Sustentable (UNFPA-Universidad de Chile, 2000). Trabajó en el Centro de Estudios Sobre la Juventud (CESJ) como investigadora y subdirectora científica. Labora en el Instituto Cubano de Investigación Cultural “Juan Marinello” (ICIC), donde dirige el equipo de Identidades y juventudes. Docente de la Facultad de Psicología de la Universidad de La Habana. Integra varios órganos de evaluación científica y académica. Entre sus publicaciones se encuentra: *Marginación y juventud en Cuba* (2017).

e-mail: elamorales@cubarte.cult.cu

MORAS PUIG, Pedro Emilio

Investigador y Profesor Auxiliar. Máster en Psicología Social y Licenciado en Psicología, por la Universidad de La Habana. Labora en el del Instituto Cubano de Investigación Cultural “Juan Marinello” (ICIC). Coordina el grupo de trabajo Participación y consumo cultural. Desarrolla los temas de Psicología Comunitaria, Participación y Consumo cultural. Docente de la Facultad de Psicología de la Universidad de La Habana. Destacan entre sus publicaciones: *Participación cultural de la adolescencia en Cuba. Expresiones y claves para su comprensión*, (2016); *Las Casas de Cultura desde una perspectiva comunitaria. Necesidades y expectativas de sus públicos* (2019) y *El consumo cultural como escenario de integración y de desigualdades sociales*, (2020).

e-mail: pedromoras@cubarte.cult.cu

ORTIZ GÓMEZ, Juliette

Profesora Instructora. Licenciada en Psicología y Doctorante en Ciencias Psicológicas. Docente de la Facultad de Psicología de la Universidad de La Habana (UH). Forma parte de los proyectos Escaramujo y Mi sitio en Los Sitios. Miembro de la Red Nacional de Investigadores Sobre Juventud, y coordinadora de su filial en La Habana; de la Red de Desarrollo Local y de la Cátedra de la Mujer, ambas de la UH. Pertenece a la Asociación de Psicólogos de Cuba. Sus más recientes publicaciones son: *Adolescentes transgresores de Centro Habana. Factores psicosociales que inciden en su comportamiento* (2021) y *Prácticas pre profesionales en estudiantes de Curso por Encuentro: primer acercamiento desde el diagnóstico comunitario* (2021).

e-mail: ortiz@psico.uh.cu

PAÑELLAS ÁLVAREZ, Daybel

Profesora Titular. Doctora en Ciencias Psicológicas, Máster en Ciencias de la Comunicación y Licenciada en Psicología. Docente de la Facultad de Psicología de la Universidad de La Habana (UH), donde se desempeña como Presidenta del Consejo Científico, jefa de la disciplina Psicología social y Profesora Principal del 2do año de la carrera. Su línea de trabajo es Heterogeneidad social en Cuba: Grupos e identidades. Es miembro del Consejo Científico de la Universidad de la Habana, y de las Redes de Políticas sociales, de Emprendimiento e Innovación, de Estudios del Trabajo, de Estudios de Administración Pública, de Estudios de Población y de Desigualdad y Movilidad Social en América Latina (DEMOSAL). Sus últimas publicaciones son: *Jóvenes cubanos y COVID 19. Percepciones en tiempo de aislamiento y ¿Existen condiciones sociales para el emprendimiento en Cuba? Algunas reflexiones desde investigaciones sociales*, ambas en 2020.

e-mail: daybel77 psico.uh.cu

PEÑATE LEIVA, Ana Isabel

Investigadora y Profesora Titular. Doctora en Ciencias de La Educación. Máster en Sexualidad y Licenciada en Historia. Diplomada en Pedagogía Universitaria, por la Pontificia Universidad Madre y Maestra (República Dominicana). Labora en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Programa FLACSO-Cuba, de la Universidad de La Habana, en el área de Desigualdades Sociales y Políticas de Equidad. Pertenece a la Red de Políticas Sociales de la UH; la Red Nacional de Investigadores sobre Juventud y la Red Desigualdad y Movilidad Social en América Latina (DEMOSAL), así como al Grupo de Trabajo de CLACSO: Juventudes e Infancias: prácticas políticas y culturales, memorias y desigualdades en los escenarios contemporáneos.

Entre sus más recientes publicaciones destacan: *Adolescentes y jóvenes en los ámbitos de familia y pareja* (2020); *Cuba: participación social y prácticas juveniles en tiempos de COVID-19* y *Derecho a la educación y educación en derechos humanos de infantes y adolescentes*, ambas en 2021.

e-mail: anamaryanabel@gmail.com

PULGARÓN GARZÓN, Yoannia

Investigadora Agregada. Licenciada y Máster en Sociología por la Universidad de La Habana (UH). Especialista en Estudios afrolatinoamericanos y caribeños por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Labora en el Centro de Estudios Sobre la Juventud (CESJ) desde donde investiga temas vinculados con los procesos culturales e identitarios de adolescentes y jóvenes. Coordina e imparte docencia en el Diplomado Infancias, adolescencias y juventudes, que auspicia esta institución. Forma parte del Grupo de Trabajo de CLACSO: Afrodescendencias y propuestas contrahegemónicas, de la Red Nacional de Investigadores sobre Juventud y de la Red de Políticas sociales de la UH. Entre sus más recientes publicaciones se hallan: *Cultura Rastafari en Cuba: Identidades y formas de resistencia* (2019) y *Ser joven rasta en Cuba: un camino entre etiquetas e identidades raciales* (2020).

e-mail: yoannia.pulgaron@gmail.com

RIVERO BAXTER, Yisel

Investigadora y Profesora Titular. Doctora en Ciencias Sociológicas, Máster en Ciencias Sociales (FLACSO-Argentina) y Licenciada en Sociología por la Universidad de La Habana (UH). Labora en el Instituto Cubano de Investigación Cultural “Juan Marinello” (ICIC), donde trabaja los temas de educación, partici-

pación y consumo cultural. Coordina el Grupo de Trabajo: Sociología de la Educación y Desarrollo (Cátedra Unesco-UH), el Observatorio de Participación y Desarrollo Cultural y la Revista Perfiles de la Cultura Cubana. Entre sus últimas publicaciones destacan: *Estrategia educativa cubana en tiempos de Pandemia-COVID-19. Reconstrucción y perspectivas* (2020) y *Educación en Cuba. Desafíos, limitaciones y perspectivas* (2021).

e-mail: yiselrb@yahoo.es

SARDUY HERRERA, Yeisa B.

Investigadora Agregada. Licenciada en Sociología por la Universidad de La Habana y Máster en Desarrollo Social por el Programa FLACSO-Cuba. Labora en el Instituto Cubano de Investigación Cultural “Juan Marinello” (ICIC), donde estudia las temáticas de culturas e identidades juveniles, infancia-consumo cultural y desigualdades sociales. Resultó ganadora de la Escuela Regional MOST/UNESCO Juventud, participación y desarrollo social en América Latina y el Caribe, coordinada por CLACSO, UNESCO y la OIJ (2013). Becaria del Programa CLACSO- CROP (2015). Es miembro de la Red Nacional de Investigadores sobre Juventud y del Grupo de Trabajo de CLACSO: Juventudes e Infancias: prácticas políticas y culturales, memorias y desigualdades en los escenarios contemporáneos. Destacan entre sus últimas publicaciones: *Identidades en adolescentes y jóvenes de la capital cubana. Explorando el impacto de las desigualdades* y *Prácticas cotidianas e infancias en Cuba en tiempos de COVID-19*, ambas en 2020.

e-mail: yeibetty@gmail.com

VALENZUELA ARCE, José Manuel

Doctor en Ciencias Sociales con especialidad en Sociología por El Colegio de México. Profesor-investigador del departamento de Estudios Culturales de El Colegio de la Frontera Norte (Tijuana). Miembro del Sistema Nacional de Investigadores (nivel III) del Consejo Nacional de Ciencias y Tecnología. Sus investigaciones han abordado temas relacionados con cultura e identidades juveniles, fronteras culturales, movimientos sociales, sociología urbana y cultura popular. Posee una extensa obra publicada, con importantes reconocimientos como: Premio Casa de las Américas (Cuba, 2001) y Mención Honorífica del Premio Nacional de Antropología Social Fray Bernardino de Sahagún. Sus resultados de investigación han sido esenciales para la comprensión de los procesos socioculturales que definen a la frontera México-Estados Unidos y a los movimientos juveniles en América Latina y Estados Unidos. Entre sus más recientes publicaciones destacan: *Trazos de sangre y fuego. Bionecropolítica y juvenicidio en América Latina* (2018), *Juvenicidio. Ayotzinapa y las vidas precarias en América Latina y España* (Coord.) y *El sistema es antinosotros. Culturas, movimientos y resistencias juveniles* (Coord.), ambas en 2015.

e-mail: jvalen@colef.mx

IDENTIDADES JUVENILES EN CUBA

Claves para un diálogo

¿Quiénes son las y los jóvenes cubanos en la actualidad? ¿Qué sueñan? ¿Cuáles son sus imaginarios? ¿Qué mundos están construyendo? ¿Cómo se reconocen y representan? ¿Cómo prefiguran sus proyectos de vida? Son algunas de las interrogantes que organizan la espléndida obra coordinada por Yoannia Pulgarón Garzón y Ana Isabel Peñate Leiva: *Identidades juveniles en Cuba. Claves para un diálogo*, donde se interpretan las condiciones juveniles cubanas desde las perspectivas teóricas de las identidades socioculturales. Estamos frente a un meritorio trabajo de colegas que conjuntaron sus conocimientos y experiencias investigativas en diálogos germinales con jóvenes para dar forma y sentido a este importante libro que escudriña las culturas, las identidades, los consumos y las praxis juveniles.

(...) resulta una valiosa contribución académica para (re)pensar los mundos juveniles en la Isla, las identidades juveniles, los procesos que definen las relaciones articuladas entre lo rural y lo urbano, la recreación y fuerza de la identidad nacional, la construcción social y cultural de los espacios vividos y representados y los nuevos desafíos anclados a las redes y espacios virtuales que revelan de manera conspicua la cercana articulación de los procesos locales y globales, y su incidencia en la conformación de nuevas formas de adscripción a identidades imaginadas o genéricas desde los mundos virtuales y las articulaciones digitales.

José Manuel Valenzuela Arce

